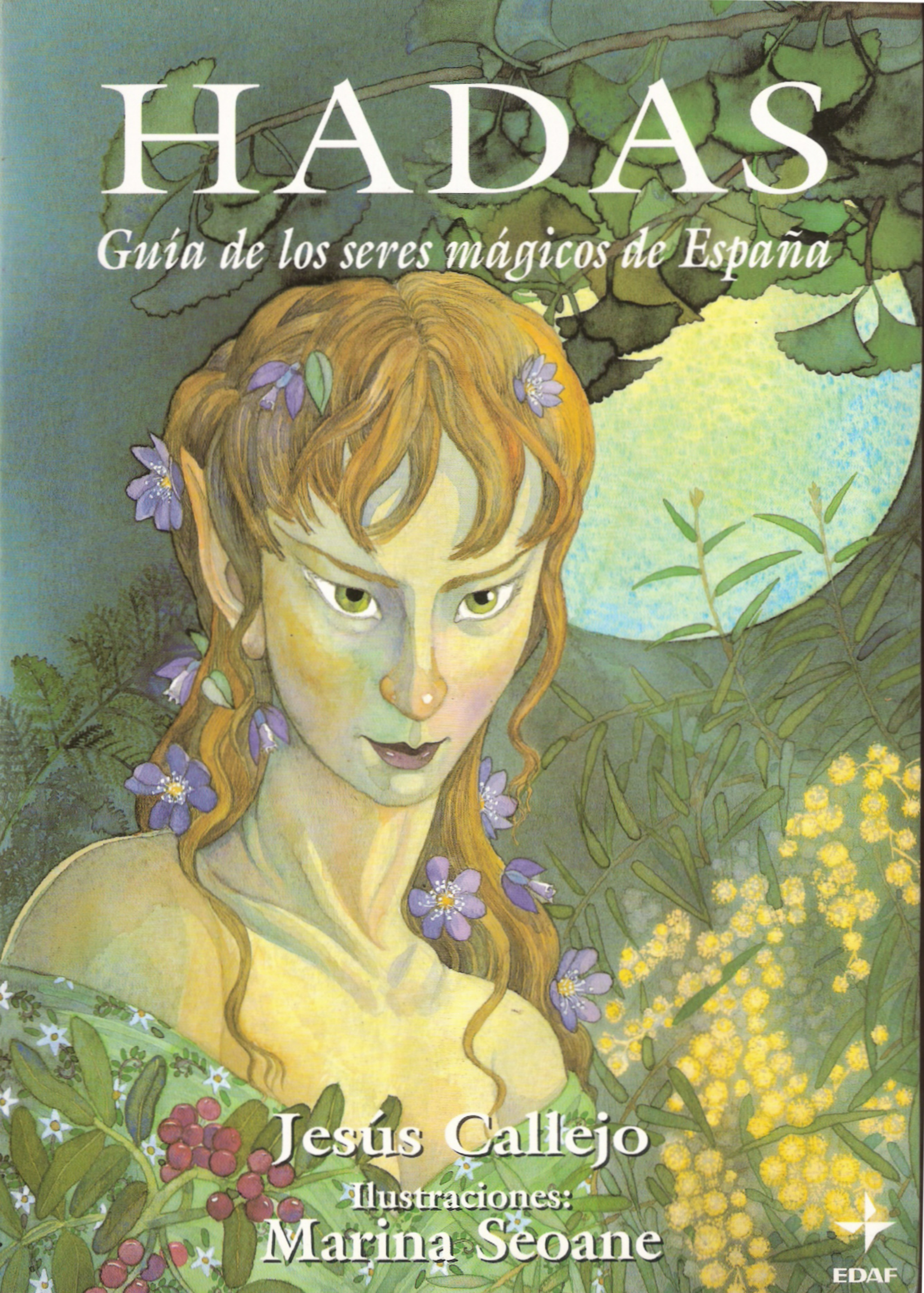

HADAS
Guía de los seres mágicos de España
Jesús Callejo
Ilustraciones:
Marina Seoane
EDAF

JESÚS CALLEJO CABO

HADAS

Ilustraciones: Marina Seoane

Prólogo de Juan G. Atienza

GUÍA DE LOS SERES MÁGICOS DE ESPAÑA

Dirección en Internet: http://www.arrakis.es/~edaf
Correo electrónico: edaf@arrakis.es

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, nº 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
Delegación Venustiano Carranza. C. P. 15530. México, D. F.

Edaf y Albatros
San Martín, 969, 3.º, Oficina 5.
Buenos Aires, Argentina

7.ª edición

Depósito Legal: M. 19.928-1999
I.S.B.N.: 84-7640-937-7

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso por GRAFICINCO, S. A. • Eduardo Torroja, 8 • Pol. Ind. El Palomo • FUENLABRADA (Madrid)

Dedicado a mi especial y encantadora "hada madrina"; con el agradecimiento a Carlos Canales por su ayuda en la elaboración de los gráficos heráldicos que aparecen en la obra.



Sirenas
Ayalgas
Donas o madamas
Xanas
Atalayas
Sirenas atlánticas
Lumias
Janas
Mouras
Ninfas leonesas
Moras
Lamias
Encantadas extremeñas
Hadas
Hadas:
Lamias
Encantadas
Mari
De los bosques y cuevas
De agua salada
De agua dulce
Moras, mouras y moricas


Sirenas cántabras
Anjanas
Donas
Lamiñak
de agua
Mari
Ondinas
Lamias
Encantadas de Aragón
Damas blancas
Alojas
Gojas
Moricas
Dames d'aigua
Moras
Encantats
Lamias
Encantadas
Moras
Damas blancas
Dones d'aygo
Sirenas mediterráneas
Seres blancos
Sirenas

Índice

Prólogo

CUIDADO, lector. No te tomes este libro a la ligera. Estás ante un clásico. El frescor que rezuma no es el del arbusto verde que se agosta y desaparece con las primeras escarchas, sino el de una estructura viva, animada por la Tradición, que asienta a horcajadas su realidad entre la memoria colectiva y la conciencia mágica que anida en el Ser Humano.

Frente a la lectura más al uso en nuestros días: la de ese libro que pretende informarnos puntualmente de lo inmediato y que sólo nos da la opción de leerlo y tirarlo después, porque su valor es tan efímero como la circunstancia que lo provocó, hete aquí que estamos ante una obra que ya, antes incluso de aparecer en los muestrarios de las librerías, habrá vencido al tiempo y habrá entrado por derecho propio a formar parte de nuestras lecturas recurrentes. Como Alicia en el País de las Maravillas; *como* Peter Pan; *como los* Viajes de Gulliver; *o como el libro* Duendes *del mismo Jesús Callejo, que ha precedido a éste.*

La razón estriba en que el lector, adentrándose en el texto de este tratado sobre las hadas, tendrá que hacer de nuevo necesariamente suya la idea que albergó de chico, cuando creía a pies juntillas en la existencia de estos seres elementales. Ahora, la recuperación de esa fe juvenil nos costará pelearnos a muerte con los principios más razonables de este mundo en que vivimos, que no admite más evidencias que aquellas que pueden disecarse en el laboratorio o informatizarse en el disco duro de un PC. Sólo cabe plantearse en qué momento de nuestras vidas perdimos la noción de su realidad. Pero si forzamos la palanca de la memoria, comprobaremos que ese instante coincide casi al segundo con aquel en que también perdimos la inocencia, la sinceridad primordial hacia nosotros mismos y hacia el prójimo; fue entonces cuando aprendimos a mentir y nos integramos en el mundo agresivo de la competitividad, cuando dejamos de creer en la magia que transmite nuestro entorno y nos entregamos al deporte de pisarle el cuello al vecino para evitar que sea él quien nos lo pise antes a nosotros.

Sólo pido —por favor— que nadie se plantee ahora la pregunta sobre si nos encontramos ante un tratado de antropología, ante un estudio folclórico o ante una obra de evasión y fantasía. Pues si algún valor universal contiene este libro, es precisamente el de escapar limpiamente a cualquier amago de ser encasillado y el de entrar a formar parte por derecho propio de nuestra más íntima identidad; por ser reflejo fiel de una Tradición que nos es común a todos; por devolvernos una forma holística de contemplar el mundo, una forma de la que el sistema vigente nos quiere alejar sin contemplaciones, porque constituye el lado más sincero y entrañable de nuestra condición humana. Y esa condición no admite etiquetas, ni definiciones; sólo la conciencia de que vivimos en un universo del que aún ignoramos las raíces más profundas, aunque nos demos de bruces con ellas a la vuelta de cada esquina.

Por eso, la única forma de leer este libro y gozar de su lectura consiste en bañarse de magia entre sus páginas, dejarse mecer por sus imágenes y sentir, de una vez por todas, cuántas cosas realmente importantes nos identifican a los del Norte con los del Sur, a los de Levante con los de Poniente. Y cuántas más nos unen a todos con ese pasado que cuatro obcecados por algo que llaman progreso se empeñan en que olvidemos.

Cada día se está insistiendo con más fuerza en la necesidad de que cambiemos nuestros viejos esquemas de conciencia. Y es cierto que debemos hacerlo, sólo que tal cambio no puede nunca discurrir por las sendas del olvido de nuestra propia identidad. Si algo necesitamos recuperar a cada instante en medio de este cambio imparable hacia nuestra propia evolución, ese algo son nuestros signos de reconocimiento. Y uno de estos signos —y no uno cualquiera, sino, probablemente, uno de los más señeros— es nuestra integración instintiva en el mundo entrañable de las pequeñas criaturas de la fantasía, que personifican el espíritu vivo y latente de esta naturaleza de la que formamos parte y de la que cada día pretenden que nos apartemos más, para poder depredarla y violarla sin que se oiga la voz de quienes todavía sentimos que no somos sus dueños y señores, sino que formamos parte de ella y que cualquier agresión a la que la sometamos habrá de repercutir en el desarrollo de todo el Universo.

Pues bien: este libro es precisamente un acto de amor hacia esa naturaleza y hacia las criaturas que la simbolizan. Es una búsqueda en el espíritu del pueblo y en el de aquellos que, en un momento u otro del pasado, supieron escucharlo y reconocerlo en las tierras de la península Ibérica. Pero aún es más que eso, y por ese motivo pasa a formar parte de los libros que dejaremos para siempre en la mesilla de noche, para recurrir a ellos cuando necesitemos

entrar en contacto con nosotros mismos: nos descubre nuestra alma a través del alma del pueblo del que formamos parte y, desde ella, nos abre la perspectiva infinita del alma universal, la que anida en lo más profundo de todos los seres, recordándonos que somos algo más que una máquina de producir y consumir.

JUAN G. ATIENZA

En la noche de San Juan de 1995

PRIMERA PARTE

ASPECTOS DEL MUNDO DE LAS HADAS

El hada, particularmente bella, posee un cuerpo cubierto de una luz dorada tornasolada y transparente. Tiene grandes alas, divididas en dos partes. La inferior, más pequeña que la parte superior, se alarga en punta como las alas de ciertas mariposas. El hada puede agitar los brazos y batir las alas. Solamente puedo describirla como una maravilla de oro. Sonríe y es evidente que nos ve. Pone los dedos sobre sus labios. Se encuentra escondida en un sauce, entre las hojas y las ramas, nos espía con una sonrisa. No se la puede ver objetivamente desde el plano físico, sino sólo con la vista astral.

GEOFFREY HODSON: *Fairies at Work and Play*

1

A modo de introducción

ES evidente, para qué nos vamos a engañar, que la mayoría de la gente adulta no cree en las hadas. Y cabe hacernos una pregunta aparentemente pueril: ¿por qué?

Muchos autores que han tocado este tema de las hadas y del resto de la Gente Menuda, tanto en España como fuera de ella, han tergiversado un asunto que ya de por sí estaba bastante enmarañado. Ciertos videntes, psíquicos, esotéricos, folcloristas e investigadores superficiales del fenómeno, han tenido la oportunidad de estudiar e incluso «ver» (con esa *segunda visión* de la que nos hablaba Robert Kirk) a estos «espíritus de la naturaleza», y los han descrito muy frecuentemente de una manera que nada tiene que ver con la más pura *realidad.* Es decir, han descrito a estos seres —muchas veces por ignorancia— como si fueran de este plano físico y tangible, intentando explicarlos y comentarlos desde un punto de vista estrictamente humano. Para ello han tenido que encuadrar forzosamente en tan sólo tres dimensiones a unos seres adimensionales, que viven y se desarrollan en un plano astral y etérico.

Por estas razones, y por otras meramente fantasiosas, el descrédito sobre estos seres ha ido en constante aumento, pues las contradicciones e imprecisiones a la hora de analizarlos y describirlos eran tantas y tan evidentes que era muy lógico que se dibujara en nuestros labios una sonrisita de incredulidad.

Por otra parte, su presencia y contacto con los humanos ha ido disminuyendo de forma paulatina, con lo que sus idas y venidas, sus aventuras y desventuras de otros tiempos y los contactos esporádicos que mantuvieron con los humanos han ido entrando en el mundo borroso de los recuerdos, de los mitos y de las leyendas, dando todo esto como resultado algo previsible y que cabía esperar de antemano: se ha sembrado la duda sobre su

existencia, tal vez fomentada por ellos mismos. Creer en estos seres es sinónimo de ingenuidad, en el mejor de los casos, o de infantilismo, en el peor. Nos hemos reído de todos aquellos que decían haber visto, sentido u oído a alguno de estos personajes y seres elementales de la naturaleza. Seres que hemos desterrado al mundo de la fantasía y del olvido, ignorando que también ellos forman parte de este mundo, de una evolución paralela a la nuestra. Ha habido momentos en que se ha llegado al peligroso punto de confundir todas las alusiones que sobre ellos existen, con tal mezcolanza de datos que daba igual hablar de una ninfa que de un gnomo, de una bruja que de un fantasma, de un hombre-lobo que de un alienígena. Todo era lo mismo y, además, lo que es infinitamente peor, no tenía ninguna importancia clarificarlo.

No obstante, debo reconocer que durante la fase de documentación de este libro me he encontrado con tal volumen de información sobre las hadas, incluidos sus distintos grupos y todos sus nombres, formas y variantes, que en un primer momento casi me hace desistir del empeño por abordarlas, ya que a la diversidad del material con que se contaba —sólo en España— se unía la imprecisión de sus datos y, en muchos de los casos, la confusión o falsedad de algunos de ellos. Todo esto hizo que fuera analizando leyenda tras leyenda, viendo los rasgos y puntos en común que tenían cada una de ellas con el fin de aclarar, en lo posible, esta enmarañada madeja de hilos de oro que tenía entre manos (metáfora válida, puesto que estamos hablando de hadas).

Me encontré con muchos nombres que designaban aparentemente al mismo ser femenino; comprobé que se les atribuía características y cualidades de otros seres, averigüé que muchas historias de algunas zonas no eran sino copias de otras y que, en gran cantidad de ocasiones, los folcloristas o autores que trataban estos temas utilizaban una terminología confusa, debido a que ellos mismos, al parecer, tampoco tenían muy claro cómo ordenar a estos seres mágicos, mezclando o fabulando aquellos aspectos sobre los que no tenían suficientes datos. Esto hizo que la investigación, casi detectivesca, llevara más tiempo del que en un principio pensaba.

Al final se pueden poner sobre el tapete una serie de conclusiones, válidas al menos para mí, que paso a exponer en esta obra y que pretenden clarificar este intrincado mapa de casuística feérica. Conclusiones sin las cuales difícilmente podríamos entender, en toda su compleja dimensión, muchas de las leyendas que se han transmitido de boca en boca o por escrito en toda la extensión de nuestra geografía, alejándonos en lo posible de los tópicos y clichés procedentes, en su gran mayoría, de las sagas nórdicas.

Por último, una advertencia al lector antes de seguir leyendo. Debido a la estructura de esta obra, me he visto obligado a ser reiterativo en algunas leyendas por dos razones fundamentalmente: porque en cada Comunidad Autónoma, y diría que en cada localidad, las constantes a las que se aluden suelen ser las mismas, y porque, cuando un dato se repite en varias tradiciones, es claro indicio de que nos está aportando una información valiosa y que vale la pena retener.

Prototipo del hada

El prototipo que mentalmente todos hemos tenido de un hada era, y es, el de un ser de sexo femenino, de apariencia joven, dotada de grandes poderes, minúscula, generalmente desnuda, con alas y con una varita mágica en la mano. Walt Disney fomentó en parte esta imagen del hada madrina en su película *Cenicienta*, aunque vestidas con grandes ropajes y no tan jóvenes. Han sido vistas y descritas por varios testigos, así como por videntes. Todos ellos coinciden en que, si bien muchas tienen alas, no las necesitan para volar.

Lo cierto es que en España, sobre todo en las zonas donde la tradición de las hadas no está tan arraigada, venía muy bien este estereotipo de hada para los cuentos infantiles. Incluso una escritora española como María Luisa Gefaell, de origen austriaco, casada con el poeta Luis Felipe Vivanco, gran conocedora de las leyendas europeas, publicó en 1953 un libro titulado *Las hadas*, donde nos presenta unas diminutas e idílicas hadas que bailan entre el romero y las amapolas, que brincan sobre los arroyos, alegrando el paisaje de Castilla. Ahonda en la imagen nórdica de las hadas y las hace ser una especie de musas (cualidad que dicen que tienen las sílfides) porque inspiran al hombre. En uno de sus cuentos, *Las hadas del sol*, narra cómo una de estas hadas, que está enamorada de un hombre mortal, recibe permiso para amarlo y lo describe de esta manera tan poética:

> Pero como el Padre-Sol es muy bueno, permitió a la hadita que se quedara en casa de su amor. Y una mañana ella entró por la ventana, sin hacer ruido, y se posó en las manos del hombre, que pensaba. El hombre no se fijó en ella, pero sintió calor en las manos y, dejando de pensar, cogió la pluma y se puso a escribir palabras hermosas.

Esta imagen idealizada, tal vez, es la que más se ajusta a la verdadera naturaleza de las hadas: espirituales, etéreas, efímeras, bonachonas, inspira-



Nuestras tradiciones son parcas a la hora de describir a las hadas provistas de alas. Esta imagen estereotipada de hadas voladoras, tan frecuente en el resto de Europa, se limita en nuestro país a vagas referencias en algunas leyendas sobre anjanas cántabras o alojas catalanas.

doras, amorosas, ecológicas, dulces... pero son características que poco tienen que ver con toda la extensa familia de hadas que surgen en el folclor de Europa. Las que aparecen en nuestras leyendas presentan muchas veces manifestaciones más humanas que sobrehumanas (salvo por los poderes que ostentan), y algunas de ellas suelen exteriorizar sentimientos poco sublimes. A veces son muy ancianas, ambiciosas, egoístas, rencorosas, pasionales e incluso asesinas. Pero en la misma medida son generosas, hermosas, encantadoras, románticas... en definitiva, son hadas con una naturaleza tan contradictoria y versátil como la pueden tener los seres humanos, pero con una diferencia significativa: forman parte de nuestros sueños, de nuestra evolución y de nuestra naturaleza.

El inicio de la novela del escritor argentino Manuel Mújica Laínez, titulada *El unicornio*, cuya protagonista y narradora es el hada Melusina (de la que hablaremos extensamente más adelante), nos aclara un poco este maravilloso aspecto:

> Es la historia de un hada, que quien no crea en las hadas cierre este libro y lo arroje a un canasto o lo reduzca al papel suntuoso de relleno de su biblioteca, lamentando el precio que habrá pagado por su gruesa estructura. Lo siento de antemano por él: hay distintos modos de andar por la Tierra: tildándola de insípida, aburriéndose, dejándose morir de monotonía y de tedio; y uno de ellos —tal vez el más tonto— consiste en negarse a probar la sal y la pimienta ocultas que la sazonan de magia.

¿Han desaparecido las hadas?

Antes de entrar en harina, he creído conveniente hacer unas pequeñas reflexiones sobre la posible existencia de estos personajes, pues de poco serviría entrar en su vida y milagros si después resulta que todo ha sido fruto de la fantasía de nuestros abuelos. ¿Han dejado alguna huella o prueba de su existencia? ¿Existen abundantes testimonios de gente seria que dice haberlas visto? ¿Hay que creer realmente en estos seres de la mitología? Realmente, es un tema que no deja indiferente a nadie. O se cree en ellos o no se cree.

El mundo de los devas, ángeles, duendes y hadas parece resurgir de nuevo; se está poniendo de moda, y así lo ponen de manifiesto muchos indicios actuales. La gente se avergüenza cada vez menos de reconocer que cree en estos seres e incluso que los ha visto —con los ojos del cuerpo o con los del alma—. Cada vez se escriben más artículos y libros sobre ellos, y

hasta llegan a decirnos cómo invocarlos, cómo contactar con ellos y cómo descubrirlos. Pero lo curioso es que este interés casi súbito por conocerlos no es nada nuevo. La historia nos demuestra que es cíclica en algunos de sus acontecimientos, y a lo largo de otras épocas el olvido por estos personajes ha sido estremecedoramente constante.

En España, al menos desde el siglo XIV, la creencia en las hadas se puso en tela de juicio, razón por la cual para la doctrina escolástica era la mejor prueba de que éstas existían. En estas lejanas épocas, al parecer, su creencia era tal y sus prácticas estaba tan extendidas, que un cronista de la Corte de Alfonso XI tuvo que escribir un libro didáctico contra las supersticiones relacionadas con estos seres, denominado *Tratado contra las hadas*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca de El Escorial. El autor de dicho libro fue Alfonso de Valladolid (1270-1349). Eso no impidió que las hadas se siguieran manifestando masivamente, sobre todo en los siglos XVI y XVII, en los cuales, por cierto, la penetración de los *elementales* fue intensísima en todos los rincones de Europa, para ir progresivamente decayendo a partir del siglo XVIII.

Las hadas, a pesar de que a algunos les moleste su presencia y a pesar del tiempo transcurrido, siguen interesando a los hombres y se sigue hablando de ellas (este libro es una clara muestra). No caen nunca en el olvido. En todo caso, es su apariencia y su actitud la que cambia respecto a nosotros. Permanecen agazapadas en la invisibilidad y en los cada vez más reducidos espacios naturales y frondosos de la naturaleza. Se transforman en animales, se metamorfosean en nubes o en vientos, se confunden deliberadamente con otras entidades. Permiten formar parte de cuentos distorsionados donde no quedan muy favorecidas, e incluso aceptan de buen grado ser las protagonistas de chistes, bromas o juegos de palabras.

Las hadas han sido vistas en contadas ocasiones porque no tienen costumbre de dejarse observar en lugares cuyo entorno natural originario esté deteriorado. Al ser consideradas como espíritus de la naturaleza, protectoras de las flores, de los árboles, de sus aromas y sus esencias, les duele en el alma ver los bosques talados y calcinados indiscriminadamente, los viejos robles arrancados, las fuentes —antaño de agua cristalina— sucias, los ríos contaminados y los peces muertos. Sufren enormemente con el deterioro progresivo de nuestra naturaleza, ya que ellas están estrechamente vinculadas a la misma; por tal razón, han ido abandonando poco a poco nuestros bosques, ríos y montes.

Las hadas no podían seguir contemplando totalmente impasibles todo lo que estamos haciendo a nuestro planeta Tierra, porque nuestro mundo

—no lo olvidemos— es el suyo también. En él viven y en él mueren. En la medida que su estado de conservación sea el adecuado, esta raza de seres sobrenaturales sobrevivirá en el tiempo y se seguirán manifestando a su modo, porque están vinculadas tan íntimamente a nuestro planeta que forman parte de su conciencia.

Es cierto que ya no se oyen sus dulces susurros entre los hayedos o junto a los arroyos. Las etéricas hadas se han ido marchando, y las plantas marchitas o los árboles dañados ya no reciben sus protecciones y sus caricias. Las setas ya no brotan en círculo a sus pies cuando danzan, y en los montes no se siente su presencia acompañada de un suave aroma y un ligero viento.

Apenas se menciona a las xanas en Asturias, salvo por algún entrañable autor que siente y anhela su presencia. Hace más de cien años que en Cantabria no existen testimonios de haberse visto alguna anjana. La que vieron por última vez, según Manuel Llano, fue en un atardecer a la orilla de un río. Llevaba un vestido blanco y sobre su cabeza portaba una corona de flores. Al ser descubierta por un aldeano, éste logró retenerla, pero ella le susurró suavemente estas palabras:

Dios me jizo
pa jacer el bien
de noche y de día.
Que tengas alegría
pa toa la vida
si no jaces el mal.
Que Dios te castigue
con el tou su poder
si no me dejas volver.

El aldeano la dejó marchar y le dio algo de comida. Desde entonces ninguna anjana, en su manera tradicional, se ha dejado ver. No obstante, para los soñadores y los poetas, las hadas siempre han estado vivas, y si, por azar, no hubieran existido nunca, ellos las hubieran creado. El poeta nicaragüense Rubén Darío lo expresó así en un pequeño poema infantil:

Las hadas
las bellas hadas,
existen, mi dulce niña.

Una leyenda sitúa su declive en el advenimiento del cristianismo. Hasta entonces, las hadas reinaban en las Galias felices y despreocupadas, sin hacer caso de la nueva religión que empezaba a extenderse gracias a los apóstoles. Incluso las que habitaban en Bretaña no dejaron por eso de bailar, cantar e hilar. La consecuencia moral es que fueron castigadas y condenadas a vivir reducidas de tamaño hasta el día del juicio final. Algunas, como la reina Mab, son tan pequeñas que caben en una cáscara de nuez. En España igualmente existen varias leyendas que identifican la extinción de las lamias con la llegada del cristianismo, a las cuales tendremos ocasión de echar un vistazo cuando hablemos de ellas en su capítulo correspondiente.

Aun así, las nuevas creencias no consiguieron desplazar del todo a estas criaturas, y su rescoldo se hace notorio a través del entramado religioso de cualquier época. Están tan extendidas por las leyendas y el folclor de todo el mundo que incluso han servido como fuente de inspiración para un género tan moderno como es la literatura de ficción científica.

De todas formas, el misterio de la desaparición de las hadas a finales del siglo XIX está aún sin resolver. En Francia, los campesinos de Bretaña consideran que se fueron porque, según explicaron ellas mismas, se aproximaba un terrible siglo «invisible» (el siglo XX). En los pueblos cántabros y astures dicen que se marcharon porque el hombre era egoísta y cruel, y no querían ver la muerte de los bosques, retornando a sus hermosas y subterráneas moradas y a sus lechos resplandecientes de oro y cristal.

Después de mediados del siglo XIX, todos los autores de cuentos y folcloristas de prestigio de Francia e Inglaterra se mostraban de acuerdo en que esta gentecilla se hacía cada vez más tímida a medida que la civilización avanzaba.

James Barrie, el autor de *Peter Pan*, tiene una personal explicación, mucho más poética y posiblemente mucho más real, sobre la desaparición paulatina de estas entidades: *«Cuando un niño dice que no cree en las hadas, cae muerta una de ellas, por eso van quedando tan pocas.»*

Distintas teorías sobre su origen

Popularmente, se cree que las hadas y el resto de la Gente Menuda se remontan a los tiempos más antiguos de la Tierra, cuando todavía estaban en formación los montes y los océanos y aún no había surgido el primer *homo sapiens.* Vivían en un lugar determinado del planeta, aunque no tardaron en extenderse por zonas y regiones cada vez más alejadas entre sí, al

tiempo que se iban formando las montañas, los mares y los ríos, y aparecía el hombre primitivo.

Para explicar su remoto origen, existen una serie de leyendas que entroncan casi todas ellas con una fuente común: la «caída» de los ángeles. Veamos algunas:

Los celtas y los eslavos aseguran que estos seres descienden de los ángeles rebeldes, los cuales fueron obligados a vivir en el mar, en el aire o en los profundos abismos de la tierra.

La tradición bretona puntualiza mucho más diciendo que, después de la Guerra de los Cielos, los ángeles «buenos» se quedaron aquí, y los ángeles rebeldes fueron arrojados al infierno, en compañía de Lucifer, mientras que los que permanecieron neutrales se quedaron en la Tierra como hadas y elfos. Esto trajo problemas con su alma, como veremos un poco más adelante.

Otros pueblos piensan que las hadas no son más que las almas de los antiguos antepasados o niños muertos sin haber recibido el bautismo, asociando el Reino de las Hadas al Reino de los Muertos.

Puestos a elegir, personalmente prefiero una versión islandesa que nos remonta al Paraíso Terrenal en el que hallábase Eva lavando a sus hijos en las orillas de un río cuando Yahvé le habló. Asustada, escondió a los hijos que no había lavado todavía, y le preguntó Yahvé si estaban allí todos sus hijos, y ella le contestó que sí. Como no le convenció esta respuesta, advirtió a Eva que aquellos que le había ocultado quedarían ocultos al hombre también. Estos niños se convirtieron en elfos o hadas, y en los países escandinavos se les denominó como la raza huldre. Las jóvenes huldre son de una gran belleza, pero provistas con largas colas de vaca o apareciendo con las espaldas hundidas, y sólo son hermosas de frente, respondiendo así al engaño de su origen.

Lo cierto es que todas las culturas y todos los pueblos primitivos han adorado a viejos espíritus de la naturaleza, suscitados por el animismo (creencia religiosa que considera que todo ser viviente y todo objeto alberga un espíritu o fuerza interior), que más tarde dieron nacimiento, entre los babilonios y los griegos, a deidades terrestres y acuáticas, con toda una sofisticada genealogía de dioses. Se han formulado muchas teorías sobre la posible etimología de las hadas, haciéndolas algunos descender de antiguas divinidades celtas (la diosa Dana) y otros de las Dianas romanas. En realidad, tanto su origen como sus posibles etimologías se pierden en la noche de los tiempos al tratarse de seres que se han ido adaptando a las circunstancias de las épocas, pues no siempre se han llamado hadas, ni ninfas, ni

lamias, ni elfos... pero siempre han permanecido con nosotros, eso sí, con diversas apariencias y revestidos de numerosos nombres.

Entre los pueblos germánicos y celtas, la evolución de estas creencias arcaicas originó una multitud de seres fabulosos con los que se poblaron los bosques y selvas de la vieja Europa, alcanzando una mayor popularidad entre todos ellos los enanos (recordemos a los Nibelungos) y las hadas. Se ha creído ver en estas criaturas el recuerdo de algunas razas humanas de menor tamaño que hace mucho tiempo (el érase una vez... de los cuentos) habrían habitado la Tierra y que, huyendo de las razas de hombres de mayor estatura, se refugiaron en las regiones más inaccesibles (sobre todo en el interior del planeta), pero conservando ciertos poderes que de alguna manera los hacían superiores al resto de los humanos.

Con el paso de los milenios, las hadas se dispersaron y vieron cómo tomaban forma los ríos, las fuentes y los seres vivos. A continuación se especializaron. Unas, las hadas de los bosques y de las llanuras, se transformaron en protectoras de los seres vivos, de las plantas, de los animales y, por supuesto, del hombre, al que apoyaron en sus difíciles comienzos. Se dice que con su ayuda se levantaron los dólmenes, situados en lugares especiales para controlar las fuerzas telúricas y mejorar la agricultura o controlar a las fuerzas de la naturaleza, como el desbordamiento de los ríos y arroyos o los efectos de los terremotos. Las hadas de las fuentes se establecieron junto a los ríos o en los lagos y facilitaron el agua a las tierras vecinas; las de las montañas cuidaron de los desprendimientos y de los aludes, y las del subsuelo cuidaron de los tesoros de la tierra.

Paso a paso, las hadas controlaron sus formas, que adaptaron en nuestro mundo a nuestra imagen, pareciéndose a los seres humanos, pero siendo mucho más hermosas. Sin embargo, sus subespecies son infinitas y es imposible recopilarlas, dado que aparecen en todas las culturas y en todo el mundo, con características diferenciales.

La mayor parte de los folcloristas y autores que han estudiado el mundo de los elementales utilizan el término *hada* de forma muy amplia e incluso genérica, para denominar a todos los tipos de mujeres sobrenaturales de los cuentos y leyendas. Este fenómeno no es sólo propio de nuestro país, sino que se extiende a toda Europa, donde la palabra hada puede incluso llegar a utilizarse como sinónimo de cualquier elemental (por ejemplo, en Francia e Inglaterra las palabras fée —hada— y elf —elfo— se usan habitualmente como equiparable a «Gente Menuda», por eso se habla de mundo feérico o de mundo élfico). Esto puede aceptarse cuando la referencia se hace sobre el mundo en el que viven estos seres mágicos, que es universalmente cono-

cido como «el País de las Hadas», pero debe limitarse cuando de quien hablamos es de las hadas como tales, a las que podríamos definir como espíritus de naturaleza femenina, vinculadas a las más bellas manifestaciones de la vida, en especial a las flores, a los ríos, a las fuentes, a los bosques y a los niños.

2

Naturaleza esotérica de las hadas y demás gente menuda

Interioridades de los espíritus de la naturaleza

LOS cuatro elementos primordiales que constituyen el universo (tierra, agua, fuego y aire) se creían poseídos o dirigidos por determinados espíritus y demonios, a los que la religión zoroástrica y, más tarde, el pensamiento gnóstico y cabalístico reconocieron una gran importancia. Para la tradición esotérica de los rosacruces, los espíritus elementales de la naturaleza son auténticas oleadas de vida, independientes de las jerarquías divinas que, a pesar de estar compuestos de materia astral y etérica, evolucionan en el mundo físico a través de los reinos mineral, vegetal, animal y humano.

En el libro sobre los *Duendes** ya se expusieron trece coincidencias o características comunes que tienen prácticamente todos los habitantes del mundo feérico. Ahora vamos a desarrollar algunos de los aspectos allí señalados para comprender un poco mejor, en la medida que esto puede ser posible, su extraño comportamiento y su primordial papel en el universo.

Tradicionalmente, al hombre se le ha considerado compuesto por varias naturalezas, las cuales, abreviando, podrían establecerse en cuerpo, mente, alma y espíritu, cada una de ellas con una densidad y vibración determinada y completa. Cuando nos referimos a los seres elementales, el tema se simplifica mucho más, pues estos personajes extraordinarios carecen de varias de estas naturalezas, reduciéndose, tan sólo, a un cuerpo (más sutil que el humano, compuesto con las más puras partículas del elemento en el que habitan, lo que da lugar a que se puedan transformar y sean invisibles) y a un espíritu colectivo, nunca individual, que forma parte de un «grupo-ger-

---

* *Duendes*, Editorial Edaf. Madrid, 1994.

men», o alma grupal, según a la familia que pertenezcan (hadas, duendes, gnomos, etc.). Al morir, simplemente se desintegran en ese elemento colectivo original. Por consiguiente, a diferencia de los humanos, no es que carezcan de alma, como han apuntado algunos autores (entre ellos Paracelso), sino que en realidad carecen de un alma inmortal, cuestión que preocupó sobremanera a los teólogos de toda Europa de los siglos XVI y XVII.

Éste es un aspecto importante para entender algunos de los extraños comportamientos de la Gente Menuda. El hecho de que su alma sea mortal es consecuencia, al parecer, del castigo infligido por la rebelión de los ángeles contra Dios, de la que tomaron partido en el lado del vencido. Para la tradición cabalista, el Sumo Hacedor los condenó a una «tierra de nadie», a mitad de camino de los hombres y los ángeles, entre la Tierra y los cielos, pero, en su infinita misericordia, les reveló el secreto para poder encontrar un remedio a este mal, pues a estos seres elementales no les gustaba la idea de que al morir se desintegrasen sin más en el elemento al que pertenecían, en el alma-grupo colectivo de su especie, como ocurre con las distintas especies de animales.

El secreto que les fue revelado consistía en la posibilidad de unirse con un deva astral, que constituye el grado de evolución inmediatamente superior (que para Leadbeater sería la línea normal de desarrollo y progreso del espíritu de la naturaleza), o en casarse con un humano (que sería la excepción a la regla general, pero existiendo varios casos en el folclor universal). De esta manera consiguen que su alma sea individualizada e inmortal. Debido a la importancia que el alma tiene para ellos, es constante la referencia a este aspecto de su naturaleza tanto en las leyendas como en los cuentos de hadas. De las sirenas y ondinas se dice que anhelan poderosamente tener un alma (aunque lo que en realidad anhelan es poseer un alma inmortal), y el abate de Villars nos confirma que las ninfas, salamandras, gnomos y silfos dejan de ser mortales al esposar a uno de nuestros hijos o hijas. Los cabalistas creen, por su parte, que adquieren la inmortalidad mediante sus relaciones con los magos.

A pesar de todo, Paracelso se empecinó en decir que si bien es verdad que todas estas criaturas son hombres, «sólo lo son en sentido animal, sin alma», que se pueden casar con los humanos, y al ser el padre un hombre que desciende de Adán, el niño que nace de esa unión «recibe un alma y se convierte inmediatamente en un hombre de verdad, pues goza de alma y de eternidad». Esto explicaría la naturaleza totalmente humana que tienen algunos linajes míticos como los Lusignan, los Mariños o los Señores de Vizcaya (los dos últimos en España). Paracelso, siguiendo con sus elucubra-

ciones, asegura que —«según nuestro leal saber y entender»— las mujeres del agua (ninfas o sirenas), por el hecho de haberse casado, reciben también un alma, o sea, que son redimidas ante Dios al igual que las demás mujeres, pero cuando la muerte se las lleva, «nada queda de ellas, al igual que sucede con el ganado». A mi juicio, Paracelso se hace un lío, pues, por un lado, dice que carecen de alma; por otro, que no obstante, la pueden conseguir aliándose en matrimonio con el hombre, y, por último, que la pierden al morir. ¿En qué quedamos?

La búsqueda desesperada de esta individualidad explica que ciertos elementales, como gnomos, sátiros, hadas acuáticas... hayan perseguido el contacto carnal con seres humanos, ofreciendo a cambio un amor apasionado o meras riquezas materiales.

Su alejamiento de la Divinidad desde el mismo origen explicaría el que la mayoría de estos seres elementales rehúyan todo símbolo cristiano o religioso. Fue el cristianismo el que los relegó al ámbito de los demonios paganos de baja categoría al formar parte de las huestes perdedoras que les supuso ese ostracismo del que todavía son víctimas, creando una raza paralela repartida por todo el mundo, tan compleja y dinámica como la de los seres humanos.

El plano astral del que hablamos sería una dimensión alternativa de la realidad, y es un entorno tan ligero y tan sutil que los pensamientos de un individuo se impresionan en él, de manera que en función de cómo nos imaginemos a sus habitantes, entre ellos los elementales, así serán ellos (lo mismo escribía Swedenborg de aquellos que se imaginaban cómo sería el infierno). El plano astral recubre el mundo físico, por lo que ciertos aspectos de la realidad física se reflejan en el plano astral, y de ahí el que sean mundos interconectados.

El hombre posee una serie de centros de conciencia sensibles a todos los éteres o elementos (aire, agua, fuego y tierra), por lo que es posible para cualquier «elemental» comunicarse con él, siempre que se den las condiciones adecuadas. Los espíritus de la naturaleza funcionan en una banda de vibración más alta que los seres terrestres y, según Paracelso, para cada «elemental» el elemento en el que vive es transparente, invisible y respirable, tal como es la atmósfera para nosotros.

Estas criaturas también carecen de mente (lo que no quiere decir que sean estúpidas, si bien es cierto que poseen una inteligencia distinta a la nuestra y, a veces, mucho más limitada), con una conciencia neutra, pudiendo ser buenos o malos según su relación con nosotros, aunque algunos de ellos tienen un elevado carácter moral.

En realidad, lo que tienen es un cuerpo-espíritu, principio o éter —según denominan a su naturaleza algunos esoteristas—, del cual se componen y en el cual viven por familias aisladas que les hace habitar en el mundo o plano astral (en el bajo astral, en algunos casos); por ello, al estar compuestos de materia sutil o etérica, viven muchos más años que un ser humano (siendo los del elemento tierra los que menos viven, a diferencia de los que están compuestos de aire, que son los más longevos) y pueden realizar actos increíbles como el cambio de forma y de tamaño.

Sin embargo, los ángeles o devas, que habitan en planos de vibración más elevada, participan de otra sustancia: tienen organismos compuestos que consisten en una naturaleza especial espiritual, junto con una serie de vehículos o cuerpos que la expresan (salvo el limitado cuerpo físico, que es atributo de los humanos). Los elementales, en cambio, al estar hechos de una única sustancia etérica (o atómica), no tienen fricción o desgaste entre el resto de sus vehículos o cuerpos, alcanzando «lógicamente» una edad mucho más avanzada que los humanos.

Veamos con más detalle algunos de los aspectos apuntados aquí, con el fin de desvelar, dentro de lo posible, la auténtica naturaleza de los *elementales*, abarcando con esta palabra a todos los habitantes del denominado «País Borroso» o «Mundo de la Gente Menuda».

Las formas que adoptan

Una de las características de los elementales es la invisibilidad, pero el hecho de que algunas personas, sean éstas clarividentes o no, los hayan visto demuestra que, en determinadas circunstancias y días, pueden densificarse lo suficiente como para ser observados por un humano. Esto supone un considerable desgaste energético, pues es sabido que para que un fantasma, o cualquier entidad del astral, se pueda manifestar se requiere, por un lado, un médium o transmisor, que es quien hace la llamada o abre la puerta de comunicación con el «más allá» (el médium no tiene por qué ser consciente de que ejerce como tal), y, por otro, es preciso que primero la entidad astral conciba claramente la forma que desea adoptar y se recarge luego de energía lo suficientemente densa como para que pueda ser vista. Para ello, ciertamente, hay días y momentos más propicios que otros. Tan pronto como abandonan la idea —y son muy volubles— vuelven a su primitivo estado normal.

Cuando un hada o un duende deciden hacerse visibles en nuestro mundo, procuran que el desgaste que ello supone sea el menor posible. Suelen hacerlo a



Los seres femeninos de la naturaleza gozan de una cierta ambigüedad psicológica. No son esencialmente buenos ni malos; carecen de alma, aunque no siempre; tienen un cuerpo sutil pero a la vez denso; son traviesos, sin ocultar ciertos rasgos de perversidad.

nivel etérico, que es un estado de la materia más denso que el astral, aunque mucho más sutil que el físico. Lo normal es que se manifiesten en su forma más habitual, que es la de pequeños seres antropomórficos, por la sencilla razón de que esto les supone un considerable ahorro energético que si lo hicieran en otras formas menos comunes (en seres gigantescos o extravagantes, por ejemplo).

Como entidades vinculadas a la materia sutil de la que está compuesto el astral, plano en el que habitan, una forma de poder verlos, sin esperar a que se manifiesten delante de nuestras narices, es «desplazarnos» a su mundo, utilizando para ello una serie de técnicas o procedimientos de lo más variopintos, si hemos de hacer caso a algunas leyendas europeas. Uno de estos sistemas es untarse los ojos con cierto ungüento de difícil adquisición, que permite al humano «ver» las moradas de la Gente Menuda, así como sus actividades. No obstante, son muy pocos los casos en que a un hombre se le hace una invitación formal para contemplar el mundo de las hadas y participar en sus festines y ceremonias. Si ellos se enteran de que son espiados por un mortal sin su consentimiento, pueden dejarle cojo, ciego o mudo con un simple soplo de su aliento.

El cuerpo feérico de estos seres está compuesto de materia emocional (que es la sustancia primordial del Mundo del Deseo o Mundo Astral),



Las hadas poseen un cuerpo que les permite ser transparentes, invisibles, etéricas, volátiles, encantadoras, gráciles, armoniosas..., razón por la cual han formado parte del mundo de los sueños y de los mitos.

tan sensible y fluida que puede ser moldeada por aspectos tan tenues como el pensamiento y los sentimientos, de ahí su transformabilidad, puesto que la forma que adoptan se determina imitando los elementos de las plantas y los animales (por eso se les ve en forma de árboles, perros, burros, gallinas, carneros...), o utilizando un molde tradicional (mujer con rasgos perfectos y bellísimos, si es un hada u hombre con rasgos grotescos, si es un gnomo o un duende). A veces interceptan las modalidades del subconsciente humano, y de ahí que se puedan convertir en seres horripilantes o hermosos en función de la cualidad moral de quien los vea. Con todo esto, lo que intentan decirnos es que nuestra relación con ellos es más estrecha de lo que pensamos, hasta el punto de que la apariencia externa de estos seres reflejará con frecuencia las ideas preconcebidas que de ellos tengamos.

Es como un juego (y recordemos que son muy traviesos y juguetones), ya que si nosotros creemos que estos seres no existen, se encargarán, por distintos medios, de demostrarnos lo contrario, y si pensamos que existen e intentamos ponernos en contacto con ellos, lo más seguro es que no les veamos el pelo. Si creemos que siempre tienen gorro rojo con cascabeles en la cabeza, se lo cambiarán; si pensamos que miden 30 centímetros de esta-

tura, se manifestarán como gigantes con el afán de despistarnos, sólo por una finalidad tan lúdica como convertir algo imaginario en real, y así continuamente, razón por la cual catalogarlos y clasificarlos es tarea casi imposible, primero porque no se les suele ver con facilidad, y segundo porque juegan precisamente a confundirnos, cambiando de forma y aspecto, aunque esta cualidad suya no la pueden ejercer tan alegremente como ellos quisieran, por lo que he comentado anteriormente.

Esto no impide que las formas que adoptan tengan una cierta constancia: seres diminutos que suelen tener algún defecto, rasgos o parte del cuerpo exagerado. Cada ser tiene su forma —digamos que preformada—, y gracias a eso podemos seguirles la pista, no sin cierta dificultad.

Ya sabemos que, gracias a su naturaleza etérea, estos seres pueden cambiar su tamaño a voluntad, pero con un considerable esfuerzo por su parte. Charles Leadbeater insiste en este carácter proteico de los espíritus de la naturaleza, diciendo que tanto los de la tierra como los del agua pueden aumentar o disminuir su tamaño a voluntad y tomar la forma que les plazca. Teóricamente, no habría restricción en esta facultad, pero en la práctica tiene sus límites, aunque muy amplios. Un hada de medio metro de estatura puede acrecentarla hasta la de un hombre de 1,94 metros (datos de Leadbeater), pero el esfuerzo para ello sería demasiado violento y sólo podría sostenerlo unos cuatro minutos. A fin de asumir una forma distinta de la propia, el espíritu de la naturaleza ha de concebirla claramente, y sólo será capaz de mantenerla mientras su mente esté fija en ella, pues, como ya hemos dicho, tan pronto como distraiga el pensamiento recobrará su natural apariencia.

Estas transformaciones están en relación directamente proporcional a la sustancia de que estén compuestos estos elementales. La materia etérea puede moldearse fácilmente por el poder del pensamiento, pero no se plasma con tanta rapidez como la astral. Cabe decir que la materia mental obedece instantáneamente al pensamiento, y la materia astral le sigue en orden de rapidez, de modo que el observador vulgar no advierte la diferencia; pero en cuanto a la materia etérea, la visión del hombre que la posea puede notar sin dificultad el aumento o disminución de las formas con ella plasmadas. Una sílfide, al tratarse de un espíritu superior, posee un cuerpo compuesto de materia astral y cambia de forma con relampagueante rapidez. El hada terrestre, cuyo cuerpo es etéreo, cambia de forma y aumenta o disminuye de tamaño con relativa rapidez, pero no instantáneamente.

Costumbres y comportamiento sexual

Hay elementales que son parecidísimos a los hombres y, por ello, parecidas son sus formas de nacer, vivir y morir. Incluso en circunstancias favorables han llegado a corporeizarse tanto que, transformando su energía en materia, han convivido con las personas, y hasta mantuvieron con ellas amoríos y guerras. En algunos de los casos tan sólo han podido ser detectados como espíritus de la naturaleza, por su extraordinaria longevidad, por parir las hembras sin necesidad de cordón umbilical o por tener la sangre de otro color que la de los humanos. La vieja afirmación de que algunas Casas Reales tuvieron sus orígenes en el cruce de un humano con un espíritu de la naturaleza, o con un semidiós, o con un dios mismo, no es tan descabellada como hoy nos parece, y cada país tiene algún relato o tradición que hace referencia a estas descendencias míticas, alguna de las cuales veremos en la tercera parte del libro.

Otros elementales son tan simples como un pequeño tejido energético, sin forma definida ni capacidad para hacer otra cosa que flotar en las cercanías de los rincones de las casas o bajo las raíces de los árboles. La reproducción de éstos nada tiene que ver con la humana y más bien la podríamos comparar con la partenogénesis celular. Son simples jirones de vida que no pueden ni quieren vencer el magnetismo del suelo cerca del cual se arrastran. Con ellos juegan frecuentemente los gatos domésticos. Los hay, también, que son verdaderos desperdicios etéricos que abundan y se amontonan en los lugares donde hay malos olores, miasmas, aires sobrecargados de las emanaciones de los cuerpos enfermos, o perfumes venenosos de plantas maléficas, con lo que la tesis del padre Fuentelapeña, expuesta en su obra *El ente dilucidado* (1676), y de la que hablamos en el libro *Duendes*, no iría tan desencaminada.

El mundo feérico sería como una doble humanidad: hay niños, ancianos, poseen ganado, perros, armas, comen, se visten, duermen, juegan, tejen, muelen grano, cocinan, bailan, enferman, mueren... Como afirma el poeta alemán Heine: «El baile es característico de los espíritus aéreos. Su naturaleza es demasiado etérea para que caminen prosaicamente sobre esta tierra como nosotros. Sin embargo, y a pesar de su delicadeza, sus pies dejan algunas huellas entre la hierba, donde han celebrado sus danzas nocturnas. Son unos círculos a los que el pueblo llama *anillos de los silfos.*»

Aunque también se suelen denominar *anillos de hadas* o *rondas de hadas*.

La reproducción de algunos elementales es similar a la de los humanos: copulan, tienen niños en la forma tradicional (hay leyendas que hablan de la asistencia de una comadrona humana para que el hada pueda dar a luz) y los alimentan con leche, aunque ciertas creencias populares aseguran que algunas familias de hadas, al carecer de pechos, utilizan un subterfugio para que puedan ser alimentados por madres terrestres sin que éstas se enteren.

El reverendo escocés Kirk de Aberfoyle, en su tratado sobre la *Comunidad secreta de elfos, faunos y hadas* (1691), transmitiendo informaciones que le suministraron algunos testigos y videntes, afirma que los «fairies» o «subterráneos» cambian de morada trimestralmente, presos de impaciencia si permanecen en el mismo lugar, encontrando cierto sosiego al vivir sin hogar fijo, repitiendo esta costumbre —dice— hasta que llegue el día del Juicio Final. Llevan sus enseres encima y los transportan por el aire, como si nadaran en él, aunque a ras de suelo. Para Olaf Magnus, las hadas suecas del siglo XVI habitaban en antros oscuros, en lo profundo de las selvas, mostrándose algunas veces para hablar con aquellos que les hacían consultas, desvaneciéndose luego de forma repentina.

Daré un pequeño ejemplo de una forma media de vida en un hábitat concreto. Me refiero a algunos elementales que habitan lugares poblados de árboles, es decir, donde aún la presencia del hombre no es masiva. Son éstos criaturas tímidas que, por su gran longevidad, llevan copias de las ropas que usaban los campesinos de pasados siglos. Para muchos estudiosos, como Robert Kirk, sus vestimentas y su lenguaje son similares a los de las gentes humanas de los lugares que viven por encima de ellos. Carecen aparentemente de toda sexualidad reproductiva, aunque son víctimas de una gran sensibilidad, de manera que cualquier emoción violenta los espanta y los hace desaparecer, utilizando sus formas y mimetizándose en las ramas y cortezas, como ocurre con los llamados «hombres del musgo».

Su actitud con los humanos

Por lo general, a los elementales no les gusta la compañía de los hombres, aunque su innata curiosidad hace que jamás estén alejados de ellos y los observen frecuentemente, como ocurre con el caso de los duendes domésticos. Incluso les gastan bromas, que es una forma infantil de comunicación, produciendo ruidillos en la noche, tendiendo engaños psíquicos que hagan dificultoso el hallazgo de pequeños objetos justamente cuando son necesarios, o materializándose muy fugazmente a lo lejos de manera

que dejan a los hombres y mujeres, preferentemente jóvenes, confusos y temerosos.

Todo esto no tiene que hacernos olvidar que la mayoría de los espíritus de la naturaleza evitan la compañía de los hombres, y no es extraño que así sea, pues para ellos el hombre es un ser devastador que destruye, calcina, horada y deja su pestilente huella allí por donde pasa.

Saben que el hombre es capaz de matar a sangre fría a hermosas criaturas de las cuales los espíritus de la naturaleza gustan cuidar, como son las flores o las mariposas. Los seres humanos talan árboles, siegan las hierbas, arrancan las flores, tirándolas acto seguido para que se marchiten, construye hogares y fábricas con elementos impuros y artificiales que contaminan su ambiente, y todo esto nunca ha podido ser visto con buenos ojos por un espíritu de la naturaleza.

La mayor parte de los hábitos y costumbres humanas, así como sus emanaciones, les desagradan, ya que, por lo general, envenenan su límpido y suave aire con vapores de alcohol y humo de tabaco. También les perturban y enojan nuestras indómitas pasiones, que se reflejan como un espejo en nuestro aura, por la sencilla razón de que con nuestros malos sentimientos y pensamientos levantamos un continuo flujo de corrientes astrales —invisibles para los hombres— que les afecta en grado sumo, como si a nosotros —y el ejemplo es de Leadbeater— nos vaciaran encima un cubo de agua infecta. Pero, como hemos dicho, raras veces toman represalias contra el hombre, limitándose a observar y a repeler al intruso que penetra en sus dominios, haciéndole víctima de alguna pesada broma, casi nunca dañina, como extraviarlo o engañarlo, haciéndole perder el camino y el rumbo al cruzar un pantano o puente, creándole la ilusión de que ve palacios y castillos donde no hay nada, o haciéndole creer que tiene monedas de oro que al final acaban convirtiéndose en carbón. Se comprende entonces que estos seres sólo se acercan a nosotros cuando ven a un ser humano receptivo que está en perfecta sintonía y armonización con todo lo bello de la naturaleza y, por consiguiente, en su misma vibración y longitud de onda.

Como norma general, al no poderse materializar jamás de manera completa, están muy limitados para hablar de forma física, aunque no telepáticamente, técnica que dominan a la perfección. Su oído está tan afinado que son capaces de escuchar sonidos en gamas de frecuencia que escapan a nuestros oídos. Se comunican con los humanos que gozan de su amistad, transmitiendo a algunos de ellos valiosos datos sobre su vida y su mundo, gracias a los cuales hoy podemos conocerlos un poco mejor.

Algunas de las apariencias que adoptan los espíritus de la naturaleza del elemento tierra son siempre como de viejecitos (gnomos, enanos, algunos duendes...), pero la que adoptan los elementales de las aguas o del aire suelen ser de bellas mujeres encantadoras, con profusión de colorido, aunque entre ellos notan las diferencias que les da la edad.

Su concepto de muerte y religión

Para un elemental, como para un humano, habría que hablar de dos clases de muerte: la física, que ocurre indefectiblemente, aunque estos seres hayan vivido previamente la friolera de quinientos o más años de edad, y la muerte del alma, a la que ya he hecho referencia. Cuando mueren sus cuerpos, el alma mortal que tienen no adquiere individualidad (como la de un ser humano), sino que se acaba fundiendo en el alma-germen colectiva de su especie.

La muerte es para ellos, como para nosotros, el abandono de sus vehículos más densos, con la diferencia de que, en el caso de los elementales, la conciencia individual desaparece fundida en el *alma grupal* de su pueblo o grupo étnico.

La idea universal de la reencarnación también prevalece en su existencia, aunque las condiciones son un tanto diferentes de las que presentan los hinduistas y budistas para los humanos.

«El hada —escribe Charles W. Leadbeater, adscrito a la doctrina teosófica— aparece en su mundo completamente formada como los insectos. Vive poco o mucho sin apariencia de fatiga ni necesidad de descanso y sin envejecer con los años. Pero llega un tiempo en que su energía se agota y se siente cansada de la vida. Cuando esto ocurre, su cuerpo se va volviendo más y más diáfano hasta convertirse en una entidad astral que vive durante cierto tiempo en este mundo, entre los espíritus del aire, que representan para ellas la inmediata etapa de su evolución. Después de la vida astral vuelve a su alma-grupo, en donde, si está lo bastante adelantada, puede tener algo de existencia consciente antes de que la Ley cíclica actúe una vez más en el alma-grupo, despertando en el hada el deseo de separación... Por lo tanto, el nacimiento y la muerte son mucho más sencillos para las hadas que para los hombres, con la ventaja de que la muerte del hada está libre de todo pensamiento de tristeza y temor.»

El cuerpo de estos seres, al no ser enteramente sólido, sino tan sutil como el aire, les permite traspasar paredes y ser invulnerables a nuestras

armas, pues no pueden ser atravesados y, si por alguna razón se dividen o fraccionan, se pueden volver a unir como si de un rompecabezas se tratara, precisamente por la poca densidad de la que está compuesta su materia.

Tienen instinto de supervivencia, pero no les desespera ni les angustia la muerte, pues tampoco tienen imaginación suficiente (salvo espíritus más elevados) como para verse en otra situación distinta a la que en ese momento se ven. Les cuesta recordar, y hay casi que forzarlos a ello, y aunque saben muchas cosas de manera innata sobre las propiedades de las plantas y las relaciones de los astros con los fenómenos terrestres, sólo contestan si se les formulan las preguntas correctas.

La religión de los elementales difiere según su hábitat, pero si ponemos como ejemplo a aquellos que viven en los árboles y en la floresta en general, se puede decir que practican una forma de animismo natural que se centra en el culto al espíritu del árbol o del bosque que los cobija. Le hacen ofrendas de distinto signo: danzan alrededor de él y le aportan energía astral y energética. Como sumo sacerdote en estas ceremonias actúa el rey o jefe natural del grupo, pero todos los miembros participan de manera activa. Tienen sus épocas para nacer, épocas para celebrar sus ritos y épocas para morir.

Los elementales tienen una sensación religiosa superior. Creen que por encima de ellos existen entes superiores y mucho más evolucionados, y sobre todo creen en un Dios del Universo —que no necesariamente concuerda con el que tenemos la mayoría de los mortales— al que ven como un inmenso árbol cuajado de estrellas, pero evitan nombrar aquello que sabe que les trasciende y que nosotros, los humanos, no tenemos ningún pudor en llamar Dios o, más correctamente, lo Incognoscible.

Ideas tales como supervivencia individual, sociedad, religión y forma de gobierno se funden en una sola forma, o, mejor dicho, en un sentido holístico de la existencia o filosofía de vida, sin mayor conciencia de la inmortalidad, pero no concibiendo la muerte como nada definitivo, sino como una expresión más de los inmutables ciclos de la naturaleza que se regenera a sí misma con formas de vida en todos sus niveles de existencia, siendo la de los elementales uno más entre ellos.

El reverendo Kirk trata también este importante tema de su vida privada, manifestando que el sistema filosófico que poseen se basa en las tres siguientes ideas básicas:

— Nada muere.
— Todas las cosas, como el Sol y el año, evolucionan cíclicamente, de tal manera que a cada nuevo ciclo se renuevan y rejuvenecen.

— El movimiento es la ley universal: todos los cuerpos de la creación se desplazan y nada se mueve a menos de contar con el impulso de algo animado, y así sucesivamente.

Realmente, estos tres principios, junto con otras constantes de su forma de actuar, recuerdan poderosamente a las siete leyes cósmicas e inmutables (o principios de la Verdad, como prefieren llamarlos otros autores) establecidas en *El Kybalión* (Edaf. Madrid, 1978), el libro que refleja la mayor expresión de la filosofía hermética, atribuido a Hermes Trismegisto. Juzguen ustedes mismos:

— Principio del mentalismo: El Todo es mente. El Universo es mental.
— Principio de correspondencia: Como es arriba es abajo. Como es abajo es arriba.
— Principio de vibración: Nada está inmóvil. Todo se mueve. Todo vibra.
— Principio de polaridad: Todo es doble. Todo tiene dos polos. Todo su par de opuestos.
— Principio del ritmo: Todo fluye y refluye. Todo tiene sus períodos de avance y retroceso.
— Principio de causa y efecto: Toda causa tiene su efecto. Todo efecto tiene su causa. Todo sucede de acuerdo con la ley.
— Principio de generación: Todo tiene sus principios masculino y femenino. La generación se manifiesta en todos los planos.

No hay ninguno de ellos que no se pueda aplicar y se cumpla entre la raza humana y entre la raza de los elementales. Las leyes cósmicas rigen por igual para todo el mundo visible e invisible, con la diferencia de que unos son conscientes de ello y otros no.

Igualmente comenta el reverendo Kirk que, aunque se dice que tienen una jerarquía de dirigentes aristocráticos y numerosas leyes, no demuestran, sin embargo, devoción visible a Dios (él era párroco de Aberfoyle, en Escocia) ni a ninguna religión, desapareciendo de nuestra vista apenas han oído invocar su nombre o el de Jesús, y este hecho se puede constatar en numerosas leyendas.

La forma de sociedad

Las variedades de los llamados «espíritus de la naturaleza» son tan grandes como la que podríamos registrar en el reino animal. Ante un problema de tal magnitud, nos encontramos con el agravante de que, siendo

los elementales seres cuya corporización normal se da en el plano de la energía y son, por lo tanto, inmateriales e invisibles para la inmensa mayoría de los humanos, toda generalización está condenada al fracaso, pero se pueden anotar, aunque sea muy someramente, algunos rasgos comunes respecto a su forma de organización que nos sirva como punto de referencia para casi todos ellos.

Por lo general, son seres gregarios, viviendo en sociedad o formando una familia extendida en donde cada uno conserva su individualismo, aunque se sienten plenamente unidos al resto de la comunidad. Cada elemental trabaja y vive para sí pero en hermandad con los demás, y, aparte de algunas cómicas rencillas, sabe que puede contar con todos, aunque se cuidará mucho de no interferir en la labor de los otros sin necesidad.

Tienen el alimento aparentemente asegurado, por lo menos en lo inmediato, y no se nota desgaste en sus ropas. Gracias al conocimiento profundo que poseen sobre todos los aspectos de la naturaleza, saben prepararse sus propias medicinas y se los ve constantemente ocupados. Distribuyen su jornada de manera tal que incluso sus ratos de ocio y diversión forman parte esencial de su tiempo.

Los espíritus de la naturaleza, al estar muy relacionados con el reino vegetal y el animal, hacen labores importantes y desapercibidas para la mayoría de los seres humanos, tales como las de repasar el aura de las plantas, hoja por hoja, y la de los pastos, brizna por brizna. Refuerzan con inyecciones energéticas las partes poco vigorosas y, mediante formas de excitaciones de unas fibras sobre otras, alcanzan a modificar la orientación de una rama o de una hoja para que realicen mejor los fenómenos físico-químicos que permiten vivir a los vegetales. *«No sólo admiran* —según palabras del teósofo Leadbeater—, *con una intensidad que no podemos comprender, la belleza de una flor o de un árbol, la delicadeza de sus colores o la gracia de su forma, sino que experimentan un gran interés y un profundo placer respecto a todos los procesos de la naturaleza: la formación de la savia, la eclosión de los pimpollos, el desarrollo y la caída de las hojas (...) Se preocupan también por la vida de los pájaros y de los insectos, por la formación de los huevos y el desarrollo de las crisálidas, y vigilan, con ojos atentos, los retozos de los corderos y de los pavos, de los lebratos y las ardillas.»*

Son rechazados por los ruidos estridentes de las maquinarias, por la contaminación, por los olores de los insecticidas y por los vapores alcohólicos, y muy especialmente por las formas astrales de cólera y por las *ideas-forma* de maldad, odio o asesinato. Nuestros pensamientos son más diáfanos para ellos de lo que nosotros creemos, y en función de como sean éstos así se sentirán atraídos o repelidos por nuestra presencia.



En la mitología griega, las Dríadas eran las ninfas de los bosques, protectoras de los árboles. Se consideraba que cada árbol era habitado y protegido por un hada. Su existencia duraba tanto como el árbol que escogían por morada.

Los elementales de los árboles, por ejemplo, salvo en las excepciones en que alguno de ellos entre en relación con un humano, no se alejan jamás de un área restringida, normalmente alrededor de un árbol cada grupo y de un bosque todos juntos.

Cada elemental tiene un nombre y por él se reconocen, aunque por razones rituales lo cambian periódicamente. Del tabú de citar su auténtico nombre y las consecuencias que ello trae consigo se hablará más adelante.

De sus respuestas se extrae que son muy conocedores de todas las ciencias naturales, incluyendo la medicina y la astrología. Pero su sapiencia es heredada y práctica. No sabrían teorizar sobre los fenómenos evidentes.

Llevan el sentido del arte de manera innata y gustan de bailar y hacer sonar rústicos instrumentos astrales, muchos de ellos parecidos al de los humanos, como la flauta o la siringa. Tienen muchos libros que tratan sobre fábulas y otros de significado complicado, muy al estilo de los rosacruces (según opinión del reverendo Kirk).

La luz de sus moradas proviene de lámparas y fuegos aparentemente perpetuos que no necesitan de ningún combustible, por eso sus habitáculos dan la impresión de estar eternamente alumbrados. Esta luminosidad suele tener, a los ojos de su ser humano, tonalidades verdosas o azuladas.

El gobierno del mundo feérico

Su forma de gobierno es semejante a una teocracia, pues cada grupo tiene una especie de monarca, pero éste cumple con funciones que podríamos llamar religiosas y su mandato no emana de elecciones ni consensos, sino de la gracia otorgada por el espíritu, genio o tótem de la tribu o comunidad.

Su sistema de gobierno es absolutamente natural, es decir, piramidal y popular: una jerarquía inamovible, que trabaja y se preocupa más por su pueblo que por sí misma, no negando sus atenciones a nadie. Los pocos culpables que dejan de observar esta ley milenaria de la costumbre tradicional son amonestados y puestos a trabajar en tareas vigiladas hasta que, poco a poco, se reintegran a una comunidad que no les recordará jamás sus delitos.

El rey es el rey como el agua es el agua y la luna es la luna. A ningún elemental se le ocurriría discutir esto o ponerlo en duda. No teniendo una mente como la nuestra, no conciben los cambios ni las revoluciones. Están sanamente contentos con lo que conocen y, por las dudas, no aspiran a conocer nada más. Si a veces sienten inclinación por alguna golosina o por la presencia de algún humano del que estén interesados, no tienen en su sentimiento ningún afán posesivo ni pasión alguna, aunque en el mundo genérico de las hadas hay alguna que otra excepción.

Se reúnen en periódicas asambleas, en noches de luna llena, en las que forman verdaderas comisiones de trabajo, se mantienen informados de la marcha de toda la comunidad. Saben quiénes murieron y quiénes nacieron y cualquier otra novedad, todo con un espíritu de gran paz y experiencia, como quien sabe que todo lo que suceda en su mundo es correcto, lo entiendan o no.

Aunque todos parecen iguales, algunos son más sabios que otros en determinados temas y mutuamente se consultan, se atienden y se ayudan. Si un humano es aceptado por ellos, lo llevarán de uno a otro para tratar de contestar

sus preguntas, ante las que hay que estar siempre preparado para lentísimas y fraccionarias respuestas que luego habrá que encajar unas con otras.

Se sienten impelidos a pagar los favores obtenidos por un humano, así como a castigar las ofensas recibidas. Su mismo sentido de compañerismo entre ellos no es más que el compartir determinadas obligaciones y derechos. Obedecerán al humano mientras éste a su vez respete sus usos y costumbres, así como sus naturalezas, y no les obligue a hacer nada que esté en contra de sus leyes y principios.

Es tan armónica la forma de sociedad que mantienen que cuando, por excepción, alguno de ellos está bajo la influencia de un humano, otros le hacen sus trabajos pendientes y le ayudan en todo lo posible a que cumpla bien su nueva tarea. De alguna manera, es para todos una inocente y dulce alegría que alguien del mundo humano se ponga en contacto con ellos y se comporte benéfica y respetuosamente con alguno de sus miembros. Siempre que han tenido ocasión han manifestado esta idea y se han congratulado con los pocos que han hecho intentos serios de comunicarse con su raza.

En este sentido, es interesante reseñar la experiencia del grupo escocés de Findhorn, en la cual tanto los devas (espíritus superiores de la naturaleza) como los elementales (espíritus inferiores en rango) estaban sorprendidos y encantados de que los hombres les hicieran caso, pues lo normal es que fueran sistemáticamente ignorados. En las comunicaciones que tuvo Peter Caddy con ellos se trasluce que estos seres estaban dispuestos —y muy ilusionados— con la idea de cooperar. Según ellos, el mayor don de los hombres es la imaginación creativa. El hombre tiene que crear primero en su mente la visión de lo que hay que hacer y entonces estos seres le ayudarán en perfecta armonía. Uno de ellos comentó: *«Venimos cuando hay una llamada de cualquier parte de la vida. Pero la iniciativa tiene que partir de vosotros. Celebramos la cooperación con el hombre... siempre hemos sido una parte de la vida en la Tierra y de los esfuerzos del hombre, pero generalmente el hombre no ha sido consciente de nuestra presencia.»*

Los mil nombres de las hadas

Saber el nombre de una persona confiere un cierto poder a aquel que lo descubra, pudiendo ejercer una influencia sobre él. Bajo estas premisas, reconocidas desde siempre por la tradición oculta, en algunas culturas se ha tenido un especial cuidado de no revelar el verdadero nombre a extraños, pues, de lo contrario, podrían estar a merced de aquel que poseyera el

secreto, sobre todo a efecto de invocaciones y exorcismos. Saber el nombre verdadero de cualquier ser es tener el «poder del nombre». Por una parte, poseen un nombre público, conocido por todos, y, por otra, otro oculto, íntimo, esotérico, el que revela su auténtica personalidad. Ésta es la razón por la que también los seres mágicos han ocultado su nombre auténtico, y por eso, con frecuencia, en los cuentos de hadas, conocer el nombre del hada, del duende o del demonio servía para deshacer algún maleficio o neutralizarlo.

El poder del nombre está relacionado con la creencia de la fuerza creativa del sonido: aquello que se invoca en voz alta, utilizando las palabras y los vocablos correctos, acaba por cumplirse. Es la base de los libros de encantamientos y maldiciones. Las palabras de poder pueden ser útiles para invocar a las fuerzas y seres elementales. El nombre de Dios o de la Virgen es suficiente para provocar la huida de las hadas (sobre todo de las lamias) o de cualquier entidad maligna. Esto mismo lo manifiesta el reverendo Kirk en *La comunidad secreta* cuando escribe que los subterráneos desaparecen apenas han oído invocar el nombre de Dios o el de Jesús, y no pueden actuar a sus anchas después de haber oído ese nombre sagrado. Así ocurre en varias leyendas asturianas con las xanas.

La creencia en este poder ha hecho que en las supersticiones de raíz cristiana fuera costumbre, hasta hace poco, no revelar el nombre de un niño antes de que fuera bautizado, pues en ese lapso de tiempo está desprotegido contra el poder del demonio, las brujas o los malos espíritus. En el País Vasco existe una arraigada creencia de que aquello que no tiene nombre no existe (lo mismo que ocurría en la antigua Babilonia y otras civilizaciones).

La prohibición de usar el nombre verdadero se produce especialmente entre las hadas. En las tradiciones españolas esta prohibición la establecen, sobre todo, las «hadas del agua». Ellas son delicadas en exceso y toman como una falta de respeto el abuso de su nombre. Razón por la cual en todas las partes de España, así como en el resto de Europa, tienen otros nombres que se les aplican, siendo innumerables las alternativas por los que son conocidas ellas y todos los espíritus elementales de la naturaleza. Así, en el folclor nórdico y británico, cuando se habla colectivamente de estos seres, se utilizan distintos términos a cual más sugerente:

— La Gente Menuda, mi preferido.
— El Buen Pueblo.
— La Gente de las Colinas (Sidhe).



Los castillos encantados de los cuentos de hadas son imágenes que perviven en la memoria de todos nosotros como algo inefable y difícil de alcanzar. Son castillos de ensueño y, según las tradiciones, reciben sugerentes nombres.

— La Buena Gente.
— La Gente Desmemoriada.
— La Gente Pacífica (Sith).
— La Pequeña Gente.
— La Gente Sencilla.
— Las Personas Superiores.
— Los Buenos Vecinos.
— Ellos mismos.
— Pequeñas criaturas, etcétera.

Lo mismo ocurre cuando se habla del mítico País de las Hadas —que de nada sirve buscar en un mapa—, ubicado, por lo general, en islas imaginarias y que recibe, entre otras, estas denominaciones:

— El Otro Mundo.
— El País de la Eterna Juventud.
— El Mundo de Detrás de los Mares.
— El Reino de las Mujeres.
— El Imperio de la Esperanza.
— El País de las Promesas.
— Las Islas Bienaventuradas.
— El País de la Gente Menuda.
— El País Borroso.
— El País de la Alegría.
— Tir Nan Og (tierra de los jóvenes o paraíso céltico).
— Mag Mor (la gran llanura).
— Tirfo Thuinn (tierra bajo las olas).
— Tire Nam Beo (tierra de los vivos).

Individualmente, las alternativas siguen siendo múltiples. En Grecia, a una clase de hadas se las denominaba las euménides (las graciosas) y a otras las náyades. En la Bretaña Superior, un hada es denominada Margot la Fée, Bonne Margot o sencillamente «ma Commre» (mi Madrina). Lo mismo sucede en el resto del mundo. Veamos:

— En Francia se llaman fées, fayules, fayeltes, bergères o melusinas.
— En Suiza son fäies.
— En Inglaterra, las fairy elves.
— En Bretaña son las famosas korrigan.

— En Italia e islas Mediterráneas, las gianas o anguanas.
— En la Europa del sureste son las vilas.
— En Gales las tylwith-teg.
— En Alemania las ondinas.
— En Polonia, las rusalkis.
— En Rusia, las bereguini, palabra derivada de «bereg» (ribera).
— En los Balcanes, las pascha rosarum.
— En Escandinavia, las nixes.

He elaborado una lista de las distintas denominaciones que han recibido y siguen recibiendo nuestras hadas, sin que ésta sea, ni mucho menos, exhaustiva:

> Xanas, xianas, xanias, anjanas, injanas, janas, jainas, inxanas, onjanas, martas, juanas, cabelludas, pelosas, hechiceras, hilanderas, lavanderas, mouras, moras, princesas, ayalgas, oyalgas, atalayas, donas, dueñas, señoritas, madamas, dones d'aigua, dones d'aigo, mozas de agua, damas blancas, gojas, alojas, amilamias, encantaries, encantats, encantadas, xacias, lamias, lamiñas, sirenas, mari, doncellas del lago...

Como he dicho, la creencia en el poder del nombre aparece con frecuencia en los cuentos de hadas, jugando un importante papel. Los nombres tabú y los nombres secretos son la base de muchos de los cuentos que proliferan por todo el mundo. Los protagonistas suelen ser duendes más que hadas, y muchos de ellos guardan alguna relación con el hilado. Así, el de una joven que alardea de tener habilidad para hilar y se ve obligada a demostrarlo. En medio de su desesperación, recibe ayuda sobrenatural (una anciana, un duende, un hada o el diablo) con la condición de que la joven pertenecerá en cuerpo y alma a quien le ayude a menos que pueda revelarle su auténtico nombre. Por suerte para la joven —como nos dice J. C. Cooper—, los ayudantes hablan o cantan haciendo alarde de sus poderes, y alguien que casualmente los escucha le dice su nombre. En Inglaterra, el nombre oculto del duende es «Tom Tit Tot», y en Cornualles el nombre del diablo, con quien la niña hace el pacto, es «Terry-Top». En la versión escocesa es «Whuppity Stoorie». En Suecia se llama «Tiheliture». En un cuento húngaro es un enano cuyo nombre revelado es «Winterkoble». En Austria es «Kruzimugeli», en Islandia «Gilitruh» y en Alemania está el que posiblemente es el más famoso de todos, debido a los Hermanos Grimm, cual es el del enano «Rumplestilskin». En España también tenemos nuestra variante de este tabú que es la de María Quiriquitón.

3

Actividades y ratos de ocio de las hadas

Su comida mágica

COMÚNMENTE, se ha señalado que la esencia y aroma de las flores eran el alimento básico e indispensable de algunos seres intangibles como las hadas. Lo cierto es que estos espíritus de la naturaleza, debido al conocimiento profundo que tienen de las propiedades de las plantas, las flores y de los frutos, lo aplican adecuadamente en sus alimentos y en sus dolencias.

Las hadas, al menos en la mitología española, prefieren alimentarse de los productos más puros que encuentran, pues por su naturaleza, aunque pueden tomar alimento de nuestro mundo, sólo lo hacen si es sano y natural de la tierra, ya que de lo contrario les resultaría mortal.

Su comida favorita parece ser la miel de las abejas, junto con las fresas, almíbares y ciertos manjares misteriosos que ellas mismas elaboran artesanalmente, sobre todo aquellos que proceden del néctar de las flores, suponiendo un elixir deliciosamente mágico y que ya quisieran para sí algunos «herbolarios». En sus profundas moradas y grutas suelen tener huertos y jardines, colmenas y fontanas de aguas purísimas, panales derretidos, vacas y ovejas que ordeñan y llenan de leche sus ánforas, etc. Las hadas, sin embargo, rechazan la carne, los huevos y el pescado. Baten su propia mantequilla y todo se lo preparan ellas mismas con los frutos y productos de sus plantas y árboles feéricos, de sus huertos y de sus corales.

Para Manuel Llano, las anjanas (las hadas cántabras) se sirven los alimentos en vasijas doradas adornadas de rayas de plata y guardan celosamente el secreto de la construcción de un barro que jamás se decolora ni se daña con el agua o el fuego.

Las lamias se alimentan con elementos muy conocidos para el ser humano, como son la leche, la cuajada, el pan, la sidra... que sus devotos le solían ofrecer

o bien que ellas mismas consiguen o fabrican en su mundo. Saben perfectamente cuándo un alimento está sano, y existe una leyenda vasca que lo corrobora. Un taimado pastor ofreció a una lamia un cuenco de cuajada disimulada de «altxirria» (cagarrutas) y se salvó de la persecución a la que fue sometido el pastor gracias al toque de medianoche en el reloj de la iglesia del pueblo.

Las hadas, en general, se caracterizan por cocer unos panes integrales, con forma de picos, que además de ser un alimento delicioso, sirven también para realizar ciertas prácticas de desencantamiento de un «hada encantada» siempre que el pan no sufra daño ni el humano se coma ninguno de los picos. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos...

Características comunes

Por lo se refiere a las costumbres y características comunes que adoptan todos estos espíritus femeninos de la naturaleza, tanto si son hadas encantadas como hadas de agua, se dan unas pautas muy similares que paso a enumerar. Se verá que las referencias al oro son numerosas pero la mayoría en sentido metafórico.

— Todos ellos son seres femeninos, vinculados a la naturaleza, sobre todo al mundo acuático, forestal y telúrico.
— En numerosas leyendas se las describe con cabellos de oro que cardan con un peine de oro, pero, en realidad, sus cabellos suelen ser rubios o pelirrojos de un gran brillo y belleza.
— Tienen una voz cautivadora.
— Sus ojos suelen ser verdes y profundos.
— Algunas van desnudas y otras visten túnicas blancas o plateadas, provistas de capas.
— Lavan madejas de lana cuyos hilos parecen ser de oro, e hilan dichas madejas con una rueca de oro.
— Cuidan gallinas y pollos de oro o que, al menos, tienen ese aspecto áureo.
— Se las suele encontrar en la boca de una cueva o en la orilla de una fuente.
— Les gusta danzar en corro.
— Tienen suntuosos palacios y reinas.
— Custodian fabulosos tesoros de todo tipo que suelen estar encantados. Si alguien las libera o desencanta, esta riqueza pasa al liberador.

- — Se enamoran de mortales y, a veces, se casan con ellos, con los que suelen tener hijos.
- — Roban niños y jóvenes humanos, cambiándolos, a veces, por réplicas.
- — Cuidan ganado, sobre todo toros y vacas.
- — Se suelen transformar en animales o en personas de sexo masculino.
- — Suelen proferir amenazas, profetizar desgracias y lanzar maldiciones.
- — En muchas ocasiones, estos seres se presentan en forma humana, pero con alguna deformidad: largos pechos (ijanas), pies de cabra o de oca (lamias), colas de pescado (sirenas), la espalda hueca...
- — Tienen como tabú principal todo lo relacionado con la sal, tanto en sus comidas como en sus hábitos.
- — Suelen ser incapaces de aprender a contar.
- — En el día y noche de San Juan (solsticio de verano) es cuando pueden perder su invisibilidad y transformarse en bellas mujeres perfectas. También es la fecha en que se dan las condiciones favorables para ser desencantadas.

Sobra decirlo, pero el presentar estas características no significa que las cumplan todas y cada una de ellas, sino que son comportamientos arquetípicos, constantes y muy genéricos de lo que estos seres femeninos pueden llegar a hacer.

Constructoras de megalitos

Dato a tener en cuenta: las mayores concentraciones europeas de monumentos megalíticos se dan en las zonas de Cornualles, Bretaña, Galicia y, en menor medida, en Cataluña y la zona vasco-navarra. Recientes estudios han llegado a la conclusión de que en la zona montañosa que se extiende por los macizos del cabo de Creus, sierra de Roda y la Alvera, se encuentra la mayor acumulación de restos megalíticos de la península Ibérica. Ciento quince en total, y comprenden 100 dólmenes de diferentes tamaños, 14 menhires y una «piedra de sacrificios», oscilando su antigüedad entre los 6.000 y 3.500 años. Todos ellos, sin excepción, se encuentran a menos de 150 kilómetros de la costa, y a este singular hecho el investigador García Atienza añade otro: los caballeros templarios buscaron en la península Ibérica el establecimiento de sus encomiendas en las proximidades de aquellas zonas con abundantes megalitos y yacimientos prehistóricos. Añado un nuevo peldaño: es abrumadora la cantidad de leyendas

donde asocian estos monumentos con la presencia de seres mágicos, en concreto con la aparición de diversas entidades femeninas.

Cada dolmen suele estar ligado a una leyenda o a una costumbre ancestral, rindiendo el pueblo culto a estos extraños monumentos de procedencia misteriosa para ellos. Existen creencias supersticiosas que les atribuyen virtudes energéticas, curativas o sencillamente que eran balizas de tesoros ocultos. Las tradiciones atribuyen su construcción a diversos personajes míticos: gigantes, enanos, duendes, brujas, lamias, hadas... y por esta razón muchos monumentos de esta índole han recibido nombres como «casas de hadas», «cuevas de moros», «huertas de gentiles» o «casas de brujas», entendiendo las palabras *moros* y *gentiles* como pertenecientes a una raza ancestral, precristiana y gigantesca. Los bretones dicen que los dólmenes los trajeron a Bretaña los *korred*, unos elfos de la oscuridad de ambos sexos, y eran tan fuertes que podían acarrear las enormes y pesadas piedras a sus espaldas.

Desde el punto de vista de la historia oculta, los celtas ya se encuentran con estos monumentos megalíticos que fueron construidos por la raza de



En algunas localidades del norte de España se atribuye la construcción de algunos de sus dólmenes a mujeres míticas que trasladaban las voluminosas piedras, mientras hilaban con rueca y huso.

los hijos de la diosa Dana —los *Tuatha de Danann*— (según una versión irlandesa) hace unos cinco mil años. Para el prehistoriador Antonio Arribas, las primeras invasiones célticas en la península Ibérica se iniciaron probablemente en el siglo IX a. de C., bien en dos oleadas (como sostienen algunos autores) o en un continuo fluir (como afirman otros). Al llegar, y gracias a sus grandes conocimientos, lo que hacen es usar estas construcciones megalíticas como señales astronómicas, siendo lugares para celebrar sus reuniones sagradas. Además, a través de los druidas, se ponían en contacto con estas entidades de la naturaleza para que les suministraran todo tipo de información cosmotelúrica. Pero el pueblo celta desapareció y otras culturas posteriores, con muchos menos conocimientos, utilizaron estos dólmenes tan sólo para enterrar a sus muertos. En la memoria de todos quedó grabada la presencia de genios antiguos que en un tiempo inmemorial levantaron estas grandes piedras y que luego pasaron a vivir en profundas cuevas debajo de estos dólmenes y menhires.

En ciertas leyendas, nuestras hadas dejan de peinar sus cabellos dorados, de lavar su ropa o de hilar sus madejas de oro, para pasar a ser constructoras de alguna obra colosal, y es aquí donde el mito se funde con el de los gigantes, las brujas y otros seres fantásticos.

En Taüll (Alta Ribagorza), en unos prados de la Ribera, abundan unos grandes paredones construidos con enormes bloques aplanados de granito que los aldeanos atribuyen a los «encantats», lugar donde aseguran vivían en otros tiempos. El dolmen prehistórico que se encuentra en buen estado de conservación y se halla en la cumbre del Bosa de Sarroca, en la divisoria del término de Piñana (Pallars suroccidental), es obra de las «encantades» y por eso recibe el nombre de la «Casa Encantada», siendo al parecer el primero en descubrirse oficialmente en Cataluña. Según una versión de esta localidad, una noche salió una encantada de Estany Obert, lugar del barranco de Piñana —donde solían habitar ellas—, con una enorme piedra en la cabeza, otra debajo de cada brazo y otra en el mandil, sin dejar de hilar con la rueca y el huso durante el trayecto.

En Sarroca de Bellera existe una poética versión de lo anterior que dice que una bruja o encantada (según versiones) iba por el mundo con tres enormes piedras (el dolmen tiene cinco) y al pasar por la Borda de Torres de Sarroca, al atardecer, los vecinos, al verla tan cargada y fatigada, le ofrecieron hospedaje, más ella contestó: «Casa mía, cama mía», y empezó a subir la enorme cuesta. Llegó tan extenuada a la cima que murió allí mismo, quedando formado el dolmen. Leyendas parecidas se han encontrado en Auvernia y en Asturias.

Otras veces este tipo de proezas se atribuyen a lamias, a brujas y a seres gigantescos y ciclópeos (como las basanderes vascas, compañeras de los baxajaunes).

En Llanes (Asturias) —donde a las xanas las llaman *injanas*— dicen que fueron ellas las autoras de las pinturas rupestres de la cueva del Pindal, atribuyéndoles, asimismo, la construcción de algunos de los casi 500 dólmenes descubiertos en la región, como el que se encuentra ubicado en el interior de la Capilla de Santa Cruz, en Contraquil (Cangas de Onís), dolmen formado por cinco grandes losas, probablemente del tercer milenio antes de Cristo, sobre el que se edificó una iglesia en el año 437 (la actual capilla se construyó en 1950).

En el concejo de Eilao se halla el dolmen de la «Llastra da Filadoira», cuya construcción se debe a una mujer mítica que llevaba las piedras encima sin dejar por eso de hilar con una rueca y un huso. La tradición de la hilandera como constructora de parecidos monumentos megalíticos está muy generalizada por varios puntos de España.

En el País Vasco y Navarra, una de las ocupaciones que tenían las lamias era la de controlar y manejar la energía emanada por estas grandes piedras, edificando sus hogares preferentemente bajo el suelo, en profundas cuevas, y pasando la mayor parte del tiempo cerca del arroyo y fuentes que se encuentran en las proximidades de menhires o dólmenes, debido a que ellas, desde siempre, han sabido que son «lugares de poder». Otras leyendas les atribuyen directamente su construcción, como los cromlechs de Soule (País Vasco-Francés) o los dólmenes de la región de Mendive (aunque también se le atribuye a los «maide», una especie de genios silvestres que Barandiarán considera como los maridos de las lamias). Este autor recogió una tradición sobre las grandes cubiertas de piedra del dolmen de Mendive (Gaxteenia), la cual se refiere a que fueron llevadas por *Mairi* sobre su cabeza mientras traía sus manos ocupadas en hilar. En la Baja Navarra se llama Mairi al genio colosal que transportaba enormes peñascos de la montaña de Arradoy hasta los lugares donde se construían castillos, dólmenes e iglesias.

De hecho, y como se ha dicho, las lamias influyeron en la cultura druídica de los pueblos celtas, muchos de los cuales aprovechaban el poder energético de estas construcciones.

Músicas y danzas seductoras

De todos es sabido que a las hadas les gusta la música suave y melodiosa, molestándoles en grado sumo el ruido estridente. Tienen terror a los

truenos y odian el sonido de los tambores y de las campanas, que tienen el extraño poder de ahuyentar los maleficios. El hecho de que les aterrorice el tañer de todo tipo de campanas obedece a que éstas suelen estar hechas de hierro, metal del que huyen despavoridas, hasta el extremo que el reverendo Kirk decía que las hadas y demás «Gente Menuda» no poseen nada de hierro o acero y, en cambio, sí muchas cosas de pedernal amarillo, material con el que elaboran sus armas y alguno de sus utensilios.

Poseen instrumentos musicales con los que se acompañan en sus canciones, siendo los más habituales los de cuerda, como las arpas, violines, guitarras, y otros menos conocidos (el birimbao y el címbalo). Como percusión suelen utilizar pequeños panderos. Tocan bellas melodías melancólicas, capaces de sumir al oyente en un sueño peligroso.

Tienen una afición desmedida por la música, así como por la danza, que realizan principalmente en primavera, al llegar la medianoche, momento en el que se reúnen entre las brañas de las cumbres de las montañas y bailan, a veces frenéticamente, casi toda la noche. Por los famosos «anillos de hadas» se puede descubrir los mágicos enclaves donde tienen lugar estos bailes y, posiblemente, la entrada a sus moradas.

El baile lo realizan siempre en círculo o en corro, pero dándose las espaldas. Este dato nos lo confirma John Beaumont, quien fue testigo de uno de estos acontecimientos: «Yo vi bailar a alguna de ellas en un anillo del jardín y cantar cogidas de las manos, sin mirarse de frente, sino con las espaldas vueltas hacia el interior del círculo.»

Sin embargo, los hombres deben abstenerse de participar en sus bailes si por una casualidad los presencian. La música y las cabriolas son de tal intensidad y embriaguez que los seres humanos son atraídos al corro, merced a un hechizo mágico que le impele a unirse a ellas, y pueden llegar a morir de agotamiento sin darse cuenta, pues una vez que empiezan no pueden parar. Sólo existe una manera, que sepamos, de romper el embrujo del danzante, y es que sus amigos, haciendo una cadena humana, desde el exterior del círculo y agarrándolo de la ropa, tiren de él fuertemente, dejando al menos un pie fuera. Si no se realiza adecuadamente el contrahechizo, la duración de la danza traería fatales consecuencias para el humano encantado.

La mágica danza de las hadas es uno de los espectáculos más cautivadores que pocos humanos pueden presenciar. Son danzas cósmico-telúricas, en círculo y dándose unas a otras la espalda.

(Ver doble página siguiente)





El baile de las hadas debe forzosamente terminar al amanecer, momento en que los primeros rayos de sol empiezan a despuntar, y rápidamente se retiran a sus hermosos palacios entre las rocas o en el interior de alguna fuente, cuyas entradas cubren las aguas.

El ritual de danzar siempre en corro tiene un cierto sentido: las hadas deben encontrar una regeneración de sus energías suministradas tanto por parte de la tierra como del cosmos, a la vez que para ellas es un juego, un rito, una comunicación, un deporte y seguro que mucho más.

Cuando bailan, lo hacen en torno a un montón de rosas que luego esparcen por las encrucijadas de los caminos y por pequeños senderos. Al danzar, levantan por el aire —según Constantino Cabal— «esencias de espliego y de tomillo».

Un escueto relato recogido por Hartland cuenta la historia de un hombre que vivía en Brecknockshire y cuando creyó que habían transcurrido tres horas, en realidad habían pasado tres semanas. Dicho así suena muy extraño, pero lo que ocurrió fue algo tan «sencillo» como que estaba tocando la flauta cuando de pronto se vio rodeado por unos hombrecillos que lo encerraron en un pequeño círculo (primer error). Entonces se pusieron todos a bailar y a cantar melodías embriagadoras y esto lo emocionó tanto que estuvo a punto de desvanecerse. Luego, esos minúsculos seres le ofrecieron unos pastelillos, de los que él comió (segundo error), y cuando regresó a su casa habían transcurrido tres semanas. Aseguraba, sin embargo, que nunca había gozado tanto en su vida.

Aspecto: vestidos, voz y pelo

Si nos fijamos en la imagen clásica de las hadas, éstas son criaturas pequeñas, hermosas, de mirada fascinante, con largos y brillantes cabellos, al igual que las ninfas, cuya belleza era alabada por los poetas clásicos, desde Homero a Eurípides. De las xanas dice Jove y Bravo que son, «pequeñitas, vaporosas como la niebla, hermosas, envueltas en plateadas túnicas», lo cual corroboran los folcloristas cántabros con sus anjanas.

Tienen, en cualquier caso, una cierta capacidad de metamorfosis, pero generalmente aparecen con el mismo aspecto. Se las ve vistiendo lujosos ropajes, sin desdeñar por eso el «traje de Eva», surgiendo desnudas de entre las flores. Brillan con luz propia y algunas tienen alas que les permiten volar, aunque no las usan mucho.

Normalmente, sobre todo las anjanas, tienen también un báculo o cayado mágico, que utilizan siempre para lograr sus propósitos, el cual, en forma de pequeña varita, ha quedado unido para siempre a la imagen de las hadas, no sólo en los cuentos españoles, sino en los de todo el ámbito mitológico de Occidente.

Algo inconfundible y que caracteriza a todas las hadas, sean éstas de agua o de la superficie, es su voz. Por lo general, aquellos que han tenido la oportunidad de oírla dicen que es dulce y bonita, como un trino, poniendo fuera de sí a quien la escucha; hasta no hace mucho tiempo, algunas ancianas recordaban que, en lo más profundo del bosque, «en las cuevas y fuentes de las xanas, a veces resuenan cantos, como si hubiera en el agua un montón de paxarines...».

Su voz es clara y sugerente, por eso se dice que la voz de una anjana es lo «mesmu que la voz de un ángel, que una vez paez cantíu de ruiseñor y otras veces, cuando está triste por haber encontrau muchas penas en el su caminu, paez escarabajeu de hojas muy tiernas cuando las mueve el vientu del mes de abril». Si el mero sonido de su voz provoca estas reacciones, imagínense lo que puede sugerir escuchar algunas de sus canciones.

El pelo, y sobre todo la actividad de peinárselo o cepillárselo constantemente, constituye un elemento importante en las historias y leyendas sobre las hadas. Sus cabellos suelen ser rubios o de un color castaño claro, largos y brillantes como la luz del sol. Por lo general, están sueltos sobre su espalda, aunque a veces los recojan en largas trenzas. La imagen más reiterada en las leyendas es la de un hada peinando continuamente su cabello con peines de oro. Aurelio de Llano destaca el gran arraigo de este hecho en la mitología popular del norte de España y, a través de ésta, en todo el territorio, alcanzando incluso al romancero español:

Arboleda, arboleda,
arboleda tan gentil,
en la rama de más arriba
hay una «bolisa» de Amadí
pinándose sus cabellos
con un peine de marfil;
la raíz tiene de oro,
la cimienta de marfil.

La tradición que existe sobre el peine de oro está tan extendida que no hay prácticamente cuento español en el que no aparezca una infanta o princesa

que no se cepille el pelo con peines confecionados de oro o de coral, a menudo junto a las fuentes. Es uno de los objetos mágicos que más persistencia tiene entre damas sobrenaturales como las lamias, las encantadas o las sirenas.

Los cabellos de la diosa Diana eran, asimismo, dorados, y es sabido que, en algunas partes de España, las hadas eran llamadas, hace tiempo, «cabelludas». Por si fuera poco, a las xanas se las designa a veces con la palabra bable de «pelosas», es decir, las que tienen el pelo muy largo y abundante. Cuenta Manuel Llano, respecto a sus trenzas, que en Cantabria una mozuca que volvía a su casa al atardecer se encontró de repente con una anjana, «vestida de blanco, con trenzas que chispeaban como las estrellas cuando alumbran y se esconden y güelven a alumbrar y güelven a esconderse».

El robo de objetos y el poder de las maldiciones

Existen rarísimos testimonios de objetos físicos traídos por un ser humano del «mundo de las hadas», y esto es así porque su mundo espaciotemporal se desenvuelve en una neblinosa dimensión paralela a la nuestra (en un plano astral) y, por lo tanto, las pocas incursiones que ellas hacen a nuestro «mundo físico» no dejan de ser, desde mi punto de vista, meras ilusiones, casi incorpóreas, dada la naturaleza de la que se componen, es decir, de sustancia astral o etérea (la materia de los sueños).

Cuando un hombre ha podido recoger o robar un determinado objeto feérico, como una madeja, un hilo, una toalla, una servilleta, un mantel, un cáliz, un peine de oro o una simple flor, el placer ha sido poco duradero porque el hada se lo arrebata en el último instante o desaparece volatilizado entre sus manos, o bien se convierte en carbón o piedra. Este mismo fenómeno ocurre con otros seres fantásticos, como son los gnomos. Es el caso de los objetos de oro que una lamia entrega a un hombre bajo cierta condición y al final, por incumplirlo, se lo arrebata, o como ocurre con el famoso «oro de los duendes» o de los enanos que más tarde acaba convirtiéndose en piedras o en trozos de carbón.

Por esta razón, son muy significativas las pocas leyendas que tratan este aspecto. Todas ellas hablan sobre un cierto objeto —un cáliz o una toalla— que, tras varias vicisitudes, traspasa ese mundo feérico para poder ser admirado, incluso hoy en día, por el mundo de los humanos. Independientemente de su verosimilitud, lo cierto es que son auténticas rarezas en nuestras leyendas, por lo que creo que merecen una especial consideración.

Asociado a lo anterior, es decir, a la posesión o robo de objetos de seres sobrenaturales, se encuentra otro de los mitos sobre el poder de las hadas, cual es el de las maldiciones. Aquí entramos en terrenos resbaladizos, pues encontramos dos aspectos de este poder —sobre todo del ejercido por las «encantadas»— cual es el de la maldición dual. Es decir, que, por un lado, pueden pasar a formar parte de este fantástico mundo algunos humanos, debido a una maldición proferida en el momento oportuno por una madre —u otra persona—, generalmente una mujer (es el caso de las hadas encantadas y las sirenas), pero, por otro lado, las hadas también son capaces de lanzar maldiciones terribles que, usualmente, tienen que ver con la descendencia y con las enfermedades de la persona afectada. Son conocidas, y veremos algunas, las provenientes de las lamias y de Mari —la Dama de Murumendi—, que amenazaban con dejar enfermos, mancos, cojos y pobres a aquellos que no respetaran sus prohibiciones.

No está de más recordar que las maldiciones de los seres del «mundo de los elementales» se suelen cumplir casi siempre, lo cual obliga a pensar que tal vez no se trate de auténticas maldiciones sino de la plasmación o puesta en práctica de uno de sus muchos poderes: la clarividencia. Las hadas, en este sentido, simplemente «verían» el futuro del ser humano que ha atentado contra un tabú o contra sus propiedades y lo único que hacen es comunicárselo en sus aspectos más negativos. Por esta razón, no siempre son acontecimientos nefastos los que vaticinan, como tendremos ocasión de comprobar seguidamente (de las lamias se cuenta que profetizaron con bastante antelación el advenimiento del cristianismo).

Debido a que estos seres siempre han poseído grandes y desconocidos poderes (a través de sus danzas, su cautivadora voz, su música, su comida....), a nadie se le escapa que son capaces de subyugar bajo sus efectos a cualquier humano que se les ponga a tiro, lo que no significa que esta circunstancia sea negativa *per se*. Ahora bien, entre las muchas cualidades buenas y malas que caracterizan a los habitantes del «País de las Hadas», está la de ser muy vengativos y rencorosos cuando se les da motivos para ello, pero, igualmente, son extremadamente generosos cuando se consideran deudores de un ser humano por algún servicio prestado.

El escenario adecuado para que un humano sea merecedor de una de estas terribles maldiciones es que penetre en su territorio y atente contra algún objeto propiedad de las hadas, sobre todo que las roben su peine de oro, que es una de las mayores ofensas que, por ejemplo, se puede hacer a una lamia.

Lo más frecuente es que estas maldiciones se relacionen con el robo de otro tipo de objetos. En las comarcas catalanas del Pallars y la Ribagorza son muchos los pueblos donde dicen poseer una toalla o una servilleta procedentes de la colada mágica que tendían las «encantades», consideradas en estas zonas como lavanderas, adoptando a veces la forma de sombras fugitivas. De forma inexcusable, estos hurtos, tanto si tenían éxito como si no, han traído de cabeza a los ladronzuelos pues llevaban consigo —por el mismo precio— alguna que otra maldición escalofriante.

La tradición por estos contornos asegura que quien ha conseguido una de estas piezas de ropa, consideradas como mágicas, tiene como consecuencia que su casa nunca se podrá arruinar, pero tampoco se podrá hacer más rica.

En el Pallars se encuentran varias localizaciones distintas donde se narran este tipo de hechos, con ligeras variantes. En un lugar de la montaña de Sant Corneli, conocido con el nombre de Coma Ampla, se dice que viven unas «encantades» que de tanto en tanto salen a tender su ropa al lado del río de Vilanova. Un día, un hombre de la casa de Pessonada les robó subrepticiamente una toalla y se la llevó para casa. En una versión de Son del Pi, dicen que las «dones encantades» viven en el Forat de les Encantades, situado en Sarcedo, y que al intrépido que les sustrajo alguna pieza de ropa le soltaron una de esas maldiciones.

Nos vamos ahora a la comarca de Ribagorza. Unas vecinas de la localidad de Barruera sorprendieron una vez la «bugada» (colada) tendida por las «encantats» de aquel pueblo y sigilosamente les tomaron una toalla, pero al instante oyeron muchas voces que les seguían por todas partes diciendo: «¡Nunca más seréis ni más ricas ni más pobres de lo que ahora sois!» Y, en efecto —asegura Ramón Violant—, desde entonces aquella casa no ha variado de posición económica.

Por contra, en la comarca del Pallars, en Aguiró (Flamicell), una de sus casas asegura poseer una olla de cobre perteneciente a las «encantats», y hasta el momento nada malo les ha ocurrido (que se sepa).

Existen deliciosas tradiciones recogidas en el Pirineo catalán por el investigador Pep Coll, que hablan de unas «encantarias» que vivían escondidas en el fondo de un tojo de agua del barranco de Castanesa, llamado «la Gorga de les Encantàries», cerca del pueblo de Prat de Francés. Tan sólo una vez al año, la noche de San Juan, se atrevían a salir de su escondite y empezaban a lavar ropa. Una vez tendida la colada cerca del barranco, se desnudaban y se echaban encima de la hierba para tomar el rocío de la madrugada.

La gente de Castanesa sabía que estas piezas de ropa eran un tesoro y, en más de una ocasión, alguien había intentado cogerles una. Tan pronto como se acercaba al prado, era descubierto por una de las "encantarias" que siempre vigilaba. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, recogían la colada y desaparecían dentro del agua.

Hace muchos años en casa Francés había un joven heredero de la familia, muy diestro en el manejo del caballo, que una noche de San Juan ensilló el animal, lo montó y galopó como un relámpago en dirección al prado y robó un mantel, llevándoselo consigo. La «encantaria» que estaba más cerca de la pieza le dijo:

Franceset, Franceset:
pobre nunca te harás,
rico te volverás,
pero con caldo de gallina no morirás.

A raíz de este acontecimiento, la casa Francés se convirtió en una casa rica, una de las mejores de Castanesa. La única que tenía una torre muy alta al lado de la casa para defenderse de ladrones y de los ejércitos en caso de guerra. Muy de tarde en tarde, cuando lavaban el mantel, lo tendían al sol en el balcón de la parte más alta de la torre. Era tan largo que las puntas casi tocaban las losas de la calle. Tejido con un hilo finísimo, era una maravilla.

De todas formas, el atrevido jinete, tal como había pronosticado la encantada, no murió en la cama de muerte natural. En una ocasión, cuando volvía de una feria, en el momento en que atravesaba un barranco, una avalancha se lo llevó aguas abajo, con caballo y todo.

Una variante de esta historia se produce en el término de Montiberri (Ribagorza) donde se sitúa una profunda caverna en la cual vivían y se oían a las encantadas en la noche de San Juan, en que estos seres tenían por costumbre lavar la colada que luego tendían delante de la cueva. En un prado de Casós de Montiberri se presentó allí el dueño de la casa de Farré de Buira, de Ribagorza, y ni corto ni perezoso les robó una toalla. Al darse cuenta del hurto, las lavanderas encantadas persiguieron al osado hasta que tuvo la suerte de cruzar el río Noguera Ribagorzana, y ellas, al no poderlo alcanzar, le echaron la siguiente maldición:

—«¡Nunca más serás pobre; pero no morirás con caldo de gallina!», y así fue, pues murió ahogado en una crecida del río, conservándose, no obstante, la casa próspera.

Lo cierto es que pocos son los objetos de los que hay constancia que hayan sido robados por algún humano, si bien el investigador catalán Pep Coll ha localizado varias casas que dicen haber tenido una de estas piezas, lo que no les ha impedido tener que desplazarse a las grandes ciudades para ganarse la vida. Tuvo oportunidad de recoger el testimonio de una persona de un pueblo de la Ribagorza que aseguraba que no sólo sus antepasados habrían logrado capturar una de estas toallas (tovallola), sino que incluso todavía la conservaban en su casa de Barcelona, siéndole mostrado tan sólo una fotocopia en papel de la misma.

Una leyenda asturiana asegura que en la parroquia de Naviego (Cangas de Tineo) guardan un manto elaborado por estas mujeres sobrenaturales, y que en la iglesia de Santiago de Aguino, concejo de Somiedo, existe otro objeto de estas características. Cuentan que el día de San Juan una xana de pelo muy largo estaba limpiando sus alhajas al pie de una fuente. Pasó por allí una niña, se le acercó sigilosamente, le arrebató un cáliz de un tirón y marchó con él a toda prisa.

La xana corrió detrás de la niña, y ésta, cuando iba llegando a la iglesia, dijo:

—¡Santiago de Aguino, sálvame, que lo quiero para ti!

Y dicen que el cáliz que hoy existe en aquella parroquia es el mismo que la niña le quitó a la xana. En el pueblo de Villanueva (Teverga), a Aurelio de Llano le dieron esta variante en el año 1921:

> Una mujer, al pasar por un sitio que llaman las Xanas, vio una tienda de quincalla y cogió un cáliz. La xana corrió tras de la mujer para quitárselo, pero ésta exclamó:
>
> —¡Virgen de Villanueva es para ti!

Y en agradecimiento entregó el cáliz a la Virgen, que sería el mismo que se expone en la iglesia de este pueblo.

Un final distinto encontramos en otra leyenda localizada en la oscense Selva de Oza, muy cerca de la frontera francesa, donde habitaba una mora que había logrado reunir, con sus malas artes, una gran cantidad de cálices, cruces y demás objetos de culto. Un pastor de los contornos encontró un día, perdido en el monte, uno de aquellos cálices. Fiel cristiano, se apresuró a llevarlo a Siresa, pero pronto advirtió que era perseguido por la mora. Corriendo cuanto pudo, llegó al monasterio de San Pedro, sabiendo que allí encontraría seguro refugio, ya que, por ser recinto sagrado, estaría libre

de su perseguidora. La mora, enfurecida, se convirtió en serpiente, y, dando suelta a su ira, dio un fenomenal coletazo en uno de los bancos de la entrada, en el que quedó grabada la huella de su cola.

¿Por qué las hadas raptan a niños humanos?

Cuando nos formulamos preguntas que empiezan por qué las hadas hacen una cosa u otra, entramos en un territorio verdaderamente espinoso,



Una de las costumbres más enigmáticas de las hadas es el rapto de niños humanos, dejando en su lugar a sus propios niños feéricos, más enclenques y enfermizos.

pues debido a su naturaleza astral y a su carácter ambivalente, a nosotros, los humanos, se nos escapan, la mayoría de las veces, los intentos de dar una explicación lógica y coherente a ciertos comportamientos de esta civilización sobrenatural.

No obstante, siempre hay hipótesis —y que nunca falten— que nos aproximan, aunque sea muy vagamente, a ciertas motivaciones que pueden tener las hadas para obrar de una determinada manera. En el caso concreto del rapto de bebés humanos, se han barajado dos posibles teorías, a cual más variopinta, pero en las que tantos argumentos hay a favor como en contra para considerarlas aceptables.

La primera de ellas dice que se trata de una raza en clara decadencia genética y por eso sus visibles manifestaciones cada vez son menores —por lo menos tal y como lo hacían a la vieja usanza—, sintiendo fascinación y envidia por la vitalidad de los humanos, motivo por el cual solían secuestrar o abducir —ya no lo hacen— a niños para aportar sangre fresca a sus deteriorados organismos y a su raza en general. Las hadas se aprovechan de la inteligencia y la fuerza de los seres humanos, lo que da lugar a ocasionales interacciones en su mundo: efectuando secuestros de comadronas para que les ayuden en difíciles partos «feéricos» o para amamantar a sus recién nacidos que, por lo general, son débiles y enclenques. Cuando la comadrona no puede ser trasladada a su «mundo», las hadas deciden llevar a sus bebés al mundo de los humanos para que sean amamantados, e incluso se atreven a cambiarlos por otros niños humanos, realizando un trueque, casi nunca definitivo, sino temporal, y sin que la madre humana se entere, por supuesto.

La otra teoría dice que cada siete años el diablo u otra entidad maléfica exige un tributo de sangre al reino de las hadas y suelen pagarlo raptando a un bebé humano.

Tanto en un caso como en otro, siempre se nos presenta el mismo problema: ¿Qué dejan a cambio? Aquí entramos de lleno en el tema del «doble» feérico. Al parecer, existen varias versiones, desde las que dicen que dejan en su lugar a un viejo elfo, o a un niño raquítico —el cual suele morir a los pocos días de debilidad—, a las que aseguran que realmente es un trozo de madera que, por un encantamiento especial, tiene una apariencia física igual al niño robado.

Katharine Briggs postula que hay tres tipos diferentes de «changelings» o impostores:

— El trozo de madera, método que solían usar cuando el «cambiazo» era de personas adultas capturadas (como un ama de cría o una joven), representando el «doble» exacto de dicha persona.

— El enfermizo bebé del hada, a quien la nutritiva leche materna puede darle alguna oportunidad de salvación, a cambio del vigoroso y saludable bebé humano.
— El hada vieja y arrugada que, cansada de su vida, prefiere ser acunada, alimentada y mimada por una madre adoptiva, transformándose para ello en un niño.

Robert Kirk consideraba, por su parte, que lo que dejaban en su lugar era una especie de doble o falsa imagen del niño humano que, tras depauperarse, acababa por morir. No dejemos de lado este aspecto del doble pues una constante poco tratada en el mundo de las hadas es la facultad de imitar o reproducir a seres humanos, gracias a sus hechizos, pero nunca con total exactitud: suelen ser más delgados, con más pelo, más lívidos y con una imagen especular, es decir, que si el sustituido tenía un lunar en el muslo derecho, el reemplazado lo tendrá justo en el mismo sitio pero en el muslo izquierdo.

En todo caso, y analizado el fenómeno con cierta seriedad, se produce algo similar a lo que ocurría con las brujas-vampiros (de las que en España tenemos una buena muestra, como son las guajonas, guaxas o las meigas xuxonas), es decir, ante la excesiva mortandad infantil, debido a varios factores, entre ellos la alimentación inadecuada, la insalubridad, el clima y las enfermedades, se buscaron explicaciones consoladoras para que sus padres pudieran echar la culpa a alguien (a brujas o hadas) o se contentaran con saber que, al menos, su hijito seguía vivo en el mundo de las hadas. Esto no quiere decir que todas de las muertes infantiles obedecieran siempre a causas naturales, ya que hubo otras muchas cuyo misterio nunca pudo ser resuelto satisfactoriamente.

Vladimir Propp, en su ensayo *Las raíces históricas del cuento*, al estudiar el rapto de los niños en el cuento maravilloso de tradición oral, llega a una conclusión *sui géneris*, pero ciertamente interesante, de que los malvados personajes con que se amenazaba a los niños (ogros, hombres del saco, etcétera) no son más que la pervivencia en forma de mito del rito de iniciación de algunas sociedades primitivas, en que ciertos individuos venían disfrazados de animales a llevarse a los niños —más bien adolescentes— para someterlos a las correspondientes pruebas de iniciación. Aunque todo esto aporta muy poco a la clarificación del porqué de este rapto o abducción.

En España, como no podía ser menos, también existen algunos casos de raptos de niños por parte de xanas y anjanas, nuestras hadas del litoral cantábrico, aunque con una especial idiosincrasia y ligeramente distintos al del resto de Europa, sobre todo a la hora de saber a ciencia cierta si el niño en

cuestión es o no humano, para lo cual las afligidas madres tienen que realizar una serie de pruebas.

Se sabe que los niños que dejan las hadas a cambio son pequeñajos y escuálidos y no crecen a un ritmo normal. A los veinte años suelen aparentar una altura de diez, eso con suerte, pues son, en general, enfermizos y de aspecto macilento.

Refiere el folclorista asturiano Aurelio de Llano que una mujer de Alea —Ribadesella— que tenía un hijo pequeño y débil, iba por las casas diciendo: «Un poco de manteca pa'l mio fiu», y cuando alguien le daba la manteca, ella se la tragaba de un bocado sin dar nada a su niño. Resultó que la mujer no era tal, sino una xana transformada de esa guisa, que sabiendo que las campesinas dejaban a sus críos entre los árboles o sobre la hierba cuando hacían las labores del campo, aprovechó para robar el niño más hermoso que vio y dejar el suyo en su lugar. La madre la descubrió y la xana, apiadada, le devolvió al niño. Al invierno siguiente la xana y su hijo murieron y los aldeanos de Alea los enterraron juntos en la cueva en que habitaban.

Hay casos en que a las madres les resulta difícil conocer si el niño que colocan en su cuna es el propio o el de la xana, a pesar de que los xaninos se diferencian del resto de los niños porque tienen el cuerpo cubierto de una fina pelusa. Así ocurrió en La Canga, en el concejo de Colunga, donde una madre, sospechando el cambio, no le dio de mamar aunque el xanín no dejaba de llorar. Al poco tiempo apareció la xana con el hijo humano entre los brazos, entregándoselo a la mujer y diciendo: «¡Toma el tu mocosín y dame el mío pelosín!»

Una mujer de la casa de la Mantiega, en el concejo de Grau, encontró en la «fonte la Figal» un xanín muy peludo, que estaba tiritando de frío. Lo llevó a casa y lo envolvió en un paño de color que estaba muy usado. Al poco oyó una voz que le decía: «Anda, xanín, que te llama la xana, y tú mujer, poco amiga del agua, si envolvieses a mi hijo en un paño blanco y limpio y no en uno usado y de color, te hubiera hecho rica.» La mujer, al darse la vuelta para ver de dónde procedía la voz, nada pudo ver y el xanín, mientras tanto, había desaparecido.

Para salir de sospecha, se procura deslumbrar y aturdir al supuesto niño, para lo cual existen diversos métodos. El más común es poner en el fogón de la cocina un gran número de cáscaras de huevo, rellenas de agua a modo de puchero, a la espera de que hiervan; cuando el niño las ve hervir, se llena de pasmo y, si es un xanino, acaba por exclamar:

—¡Cien años va que nací,
y nunca tantos pucheros vi!

Es entonces cuando la mujer le da unos azotes, el niño grita y la xana acude rauda y veloz a que le devuelvan el xanino, entregando a cambio el niño robado.

Refieren una historia de un robo parecido pero con un final distinto, ya que la mujer humana cuando descubre el engaño de la xana se pone a gritar:

—«¡Inxana inxana dame la mió neña rebolluda (gruesa), y toma la tuya revelluda (ruin)!»

En esta historia la xana no acudió a la casa a recoger al niño, sacándose como conclusión que sería porque en esta ocasión la mujer no pegó suficientemente a la xanina.

Sin embargo, a pesar de lo que a primera vista pueda parecer, las hadas quieren a sus hijos, lo que ocurre es que creen que se criarán mejor con la leche y los alimentos humanos, prefiriendo para su mundo a hermosos y robustos niños de los hombres que aporten sangre nueva al País de las Hadas. Tal vez este comportamiento de raptar a niñas pequeñas podría explicar muchas de las leyendas sobre «encantadas» que pululan por toda España, puesto que éstas se convierten en hadas por el mero hecho de vivir en su mundo, teniendo, no obstante, su origen en el mundo de los humanos y anhelando volver a él a través de algún desencantamiento.

En Cangas de Onís se contaba que las xanas pedían a las mozas asturianas que les tiraran castañitas para que las pudieran comer sus «neniños».

En Cantabria hay pocas historias sobre el rapto de niños, de hecho, García-Lomas dice que esta costumbre no es habitual de las anjanas, aunque sí de otros seres míticos, no propiamente del mundo de las hadas, como eran las ojáncanas, mujeres míticas y gigantes de un sólo ojo, y las guajonas, especie de brujas vampíricas de los bosques.

El temor a las hadas ha dejado en el rico refranero español multitud de advertencias sobre ellas; he aquí algunas:

— De alhajas y hadas malas presto se llenan las casas.
— Hadas malas, corazón ancho.
— Acá y allá, malas hadas ha.
— Bien criada y mal hadada.

— Da Dios habas a quien no tiene hadas.
— Cerezas y hadas malas, pensáis tomar pocas y viénense hartas.

Un informante de Walter Wentz confirma que: «El pueblo demuestra un gran interés por los asuntos de los hombres y siempre se ponen de parte de la justicia y el derecho. A veces pelean entre ellos. Raptan a personas jóvenes e inteligentes que les interesan. Se apoderan de ellos en cuerpo y alma y metamorfosean aquel en uno de los suyos.»

En Gran Bretaña tienen sus sortilegios y conjuros mágicos para descubrir al impostor. Uno de ellos es similar al utilizado en España: se coge una docena de cáscaras de huevos y se meten en una marmita con agua hirviendo. Si el niño resulta que es un elfo empezará a hablar irremediablemente (algo que sería imposible para su corta edad) con expresiones como éstas:

—¿Qué estás preparando mami?, o ésta:

—¡Llevo quinientos años en el mundo y jamás he visto un cocimiento de cáscaras antes de ahora! (esto es eficaz cuando los impostores son muy viejos, pues a la mínima oportunidad revelan su edad).

Una vez que se delata él mismo, dicen algunas leyendas, hay que coger un atizador al rojo vivo e introducírselo por la garganta. La verdad es que no es necesario acudir a estos drásticos procedimientos, ya que el hecho de averiguar que se trata de un «doble» del niño humano es suficiente para que el hada recoja al suyo y deje en la cuna al niño auténtico.

En Escocia piensan que sus crecientes deseos de tocar la gaita los delata. Lo cierto es que la creencia en «changelings» ha sido, en algunas épocas, causa de grandes sufrimientos a familias que tenían niños enfermos que, imbuidas por estas prácticas supersticiosas, los maltrataban con el objetivo de que las hadas volvieran a traer al auténtico. Por suerte, en España las cosas nunca han llegado a estos extremos.

Familias de hadas

Una clasificación bastante genérica y simplista sería dividir a las hadas en buenas y malas, aunque ya sabemos que esta dualidad es meramente indicativa de algunos comportamientos, pero no de su verdadera naturaleza. Los gallegos distinguen las boas de las malas fadas. Entre las hadas buenas (o «boas fadas», como prefieren llamarlas) se encontrarían las «vírgenes», que

simbolizan la bondad y la generosidad; las «doncellas», que representan la juventud y el amor, y las «damas», que representan el poder, la justicia y la sabiduría.

Por lo que se refiere a las hadas perversas, existen pocas referencias sobre ellas en el folclor español y se las suele confundir con el aspecto y costumbres de las brujas. En Cantabria, su correspondencia serían ciertas anjanas malévolas que visten con una capa negra. Sus ojos son verdes y la cara amarilla, con salpicaduras azules. Usan un bastón de hierro y cojean al andar. Son, para Manuel Llano, las que plantaron las ortigas en los montes y van seguidas de cuervos y murciélagos, siendo su aparición mensaje de contrariedades, penas y de inviernos rigurosos. En Galicia son denominadas «malas fadas» y, por lo general, se presentan como viejas que personifican el egoísmo y la ruindad, así como el mal ajeno. Entre ellas, algún folclorista gallego —como Manuel Murguía— cita a las «ouvas», que son espíritus de los antros, generalmente de índole maléfica aunque inferiores en fuerza a las «lumias». Este mismo autor dice que en ellas pudieran reconocerse fácilmente a las «ouvanas» célticas. En el País Vasco y en Navarra este papel lo representan algunas lamias, y en Asturias las lavanderas.

En general, la mitología europea distingue tajantemente a las hadas buenas de las malas. Las primeras serían unas criaturas de belleza transparente que viajan por el aire y a través del agua, y las segundas serían hadas de la oscuridad cuya piel adopta el mismo color de la tierra bajo la cual tienen su morada. Pero tampoco por aquí van dirigidos los tiros...

El premio Nobel de Literatura, W. B. Yeats, por su parte y con mayor acierto, dividía a estos seres en dos clases principales:

— Hadas agrupadas. Se las distingue porque, independientemente de su tamaño, suelen llevar chaquetas o vestidos de color verde y abarcan a varias familias de hadas. Entre ellas incluye a las «hadas diminutas», que son las que forman los anillos feéricos con sus danzas y celebran el crecimiento de las flores. Algunas son tan pequeñas que sus gorros son del tamaño de una campanita de brezo. En este grupo estarían también las responsables del rapto de los niños, las novias que se casan con humanos y las sirenas.

— Hadas solitarias. Por regla general, son seres ominosos y malignos, con ropajes de color rojo. Serían representantes de espíritus de la naturaleza degenerados; Yeats incluye, asimismo, a los duendes domésticos (aunque el Fenoderee de la isla de Man es un solitario del tipo Brownie, pero no por naturaleza o elección, sino porque

fue desterrado de la corte feérica por cortejar a una mortal). También incluye a la Glaistig, que sería la equivalente de nuestras lamias, aunque con instintos más sanguinarios.

De todas las clasificaciones que se pueden hacer —y ya hemos visto algunas—, personalmente escojo la que posiblemente sea la más sencilla y la más clarificadora. Aquella que divide a estos seres en hadas terrestres (viviendo por encima y por debajo de la tierra) y en hadas acuáticas (de agua salada y agua dulce), que, a su vez, se distribuyen en cuatro grupos fundamentales, a saber:

— Hadas de los mares (sirenas).
— Hadas de los ríos y cuevas (lamias).
— Hadas de las fuentes (las antiguas ninfas: damas del agua).
— Hadas de los bosques (las antiguas dianas: xanas, anjanas, janas...).

A las que habría que añadir un quinto grupo, no menos importante, el cual participa de todas ellas, que sería el de las «hadas encantadas».

4

Las hadas encantadas

LAS «encantadas» serían, por decirlo de una manera expresiva, las advenedizas del mundo de las hadas, porque originariamente, es decir, por nacimiento, no formaban parte de su mundo y, sin embargo, por diversos motivos, pasan a integrarse en este submundo feérico, estando su hábitat situado indistintamente en el mar, en los bosques, en los ríos, en las cuevas o en las fuentes. Principalmente son mujeres nacidas de padres humanos que, por una maldición, una promesa, un comportamiento indecoroso con sus semejantes o cualquier otra oscura razón, son raptadas y llevadas al «País de las Hadas» y pasan a convertirse automáticamente en una de ellas con un alma mortal, invisibles e inmateriales, viviendo en sus hábitats, con las mismas virtudes, habilidades y poderes que caracterizan a las hadas, pero cuya misión principal suele ser custodiar los tesoros de estos seres sobrenaturales. Eso sí, siempre tienen la posibilidad —aunque remota— de ser desencantadas algún día por un ser humano, algo que anhelan continuamente. El mortal que lo logre, a cambio, podrá obtener las riquezas que custodia dicha mujer encantada e incluso su propia persona en matrimonio, pasando así a convertirse de nuevo en una mujer humana, con un alma inmortal, que, por naturaleza, les corresponde (a diferencia de las «hadas del agua» que, aunque se casen con un ser humano, no por eso dejan de ser hadas).

El proceso del «encantamiento», buceando en el simbolismo y en los mitos, siempre es una reducción a un estado inferior. Es —como escribe Cirlot— «una metamorfosis descendente, que en mitos, leyendas e historias aparece como castigo o como obra de un poder maléfico». Este encantamiento puede revestir distintos aspectos: la conversión de una persona en animal (como se ve en muchos cuentos de hadas anglosajones), en planta o incluso en piedra. Pero también puede corresponder a una desaparición o

traslado a un lugar lejano y desconocido (como ocurre en las leyendas españolas), o puede ser la causa de una enfermedad (mudez, ceguera...) que está relacionada asimismo con las maldiciones.

Muchas veces, las mujeres encantadas suelen estar vigiladas por seres míticos o bestias fabulosas (dragones o cuélebres) que, además de custodiar tesoros, evitan que un tercero consiga el deseado desencantamiento, como ocurre con las ayalgas asturianas, los «encantos» gallegos o los «encantats» catalanes.

Distintas variedades de encantos

Los «encantos», en general, pueden adoptar las siguientes formas:

— Como seres encantados (casi siempre mujeres a las que denominamos hadas encantadas), y que usualmente guardan un tesoro que es otorgado como premio al desencantador. Dicho tesoro suele consistir en piezas de oro, nunca de plata.
— Es el propio tesoro el que está bajo el efecto de un encantamiento.
— Es un objeto o animal que, al desencantarlo, se convierte en oro, siendo un caso especial la gallina con sus pollitos de oro, porque suele adoptar todas las modalidades: puede ser un hada o la señal de un tesoro oculto o el propio tesoro encantado.

Respecto a las formas de desencantar un hada las expondremos más adelante, pero antes quiero resaltar el hecho de que no se utilizan los mismos procedimientos para desencantar a una persona que a una cosa o a un animal. Si se trata de algún «encanto» en forma de animal (como la gallina con sus pollitos), se pueden emplear varios sistemas, alguno de ellos bastante variopinto y con ciertas dosis de mal gusto:

— Arrojarles una prenda encima, que puede ser un pañuelo o una gorra de hombre.
— Tocarles con la mano.
— Orinar o escupir sobre ellos.

En ocasiones hay que leer ciertos párrafos —de una determinada manera— de un libro mágico o grimorio (como el de San Cipriano), y durante la ceremonia no se puede nombrar a Dios, a la Virgen o a los santos. Dichos

grimorios se han solido utilizar para invocar a los «elementales» y para encontrar tesoros encantados. Es frecuente proveerse de objetos sagrados o benditos (medallas, escapularios, rosarios...), siendo necesaria la presencia de un sacerdote para proceder al desencantamiento. Todo esto hace que estos rituales se parezcan más a un exorcismo religioso que a una ceremonia mágica, lo cual tiene su lógica desde el momento que todos estos seres están asociados a entidades demoniacas.

Cuando el «encanto» reviste la forma humana, es frecuente y conveniente hacerle alguna herida por la que mane sangre para que surta pleno efecto el conjuro.

Podemos encontrarnos también con «seres cautivos» por culpa de la maldición de una madre a una hija (las cautivas de Mari o incluso las sirenas) o por transgredir ciertos límites geográficos que están prohibidos para un simple mortal, pagando con su cautividad tal audacia (así lo hacen, al menos, las lamias vascas).

El problema de las «hadas encantadas» radica en que, cuando se estudia el mundo de estos seres femeninos y todas sus variantes, nos encontramos con una aparente contradicción: o son hadas genuinas, nacidas de otras hadas, o son mujeres humanas que, por alguna extraña razón, se han convertido en hadas. De ahí que haya leyendas donde unas y otras aparecen con las mismas características y comportamientos, pero en un caso unas actúan sin ningún tipo de interés y otras con el objetivo de conseguir su desencantamiento, lo que nos obliga a pensar que esas damas que piden insistentemente ser desencantadas por un hombre mortal son mujeres de carne y hueso que llegaron a este «estado» posteriormente, o bien pudiera ser que se trate de auténticas hadas que quieren dejar de serlo para formar parte del mundo de los humanos. A cambio, suelen recompensar al galán con inmensas riquezas y a veces con su propia persona.

El mito vasco de Mari nos da en parte la respuesta a esta duda, ya que se sabe que en su cueva suele albergar a jóvenes cautivas que están allí por el cumplimiento de una promesa o por una maldición de su madre. Estas mujeres, por el hecho de estar prisioneras, también reciben el nombre de Mari, con todos sus atributos, ventajas y desventajas, aunque pueden ser desencantadas.

Hay muchas leyendas sobre xanas asturianas y anjanas cántabras donde se las califica de hadas encantadas que se dejan ver, sobre todo, el día/noche de San Juan, buscando ansiosamente el desencantamiento (a veces convertidas en gallinas con pollitos de oro), y para conseguirlo tienen sus procedimientos.

Formas de desencantar a un hada

Exponemos a continuación siete distintos sistemas por los que se puede producir un desencantamiento que, sin agotar la relación, sí nos da una amplia muestra de la variedad que tienen estas mujeres míticas para conseguir sus propósitos. Aquellos procedimientos que están relacionados con el matrimonio como recompensa serán relatados en la tercera parte del libro. No debemos perder nunca de vista que estas hadas tienen como ocupación principal guardar tesoros y, como anhelo, proporcionar el modo de desencantarlas.

1. El hilo infinito. Por el ojo de una fuente asoma un hilo de lino o de oro, y una mujer u hombre debe devanar el hilo —que parece que no se va a acabar nunca— hasta el final sin que se rompa el mismo. En este sentido hay leyendas en la «fontica» del Monte de Naranco en Fuentebernalda de Naranco, y en la fuente de Fornosvieyos de Limanes, las tres en el concejo de Oviedo. Lo más frecuente es que el hombre se canse de tanto devanar, tire fuerte y el hilo se rompa, quedando entonces la xana sin desencantar y anclada en su fuente.
2. El preventivo. El padre se pone de acuerdo con unos encantadores para que encanten a su hija, a la espera de que el futuro novio consiga méritos para desposarse con ella. Llegado el momento, el encantador leerá un libro delante de una cueva, y para desencantarla un hombre tiene que:

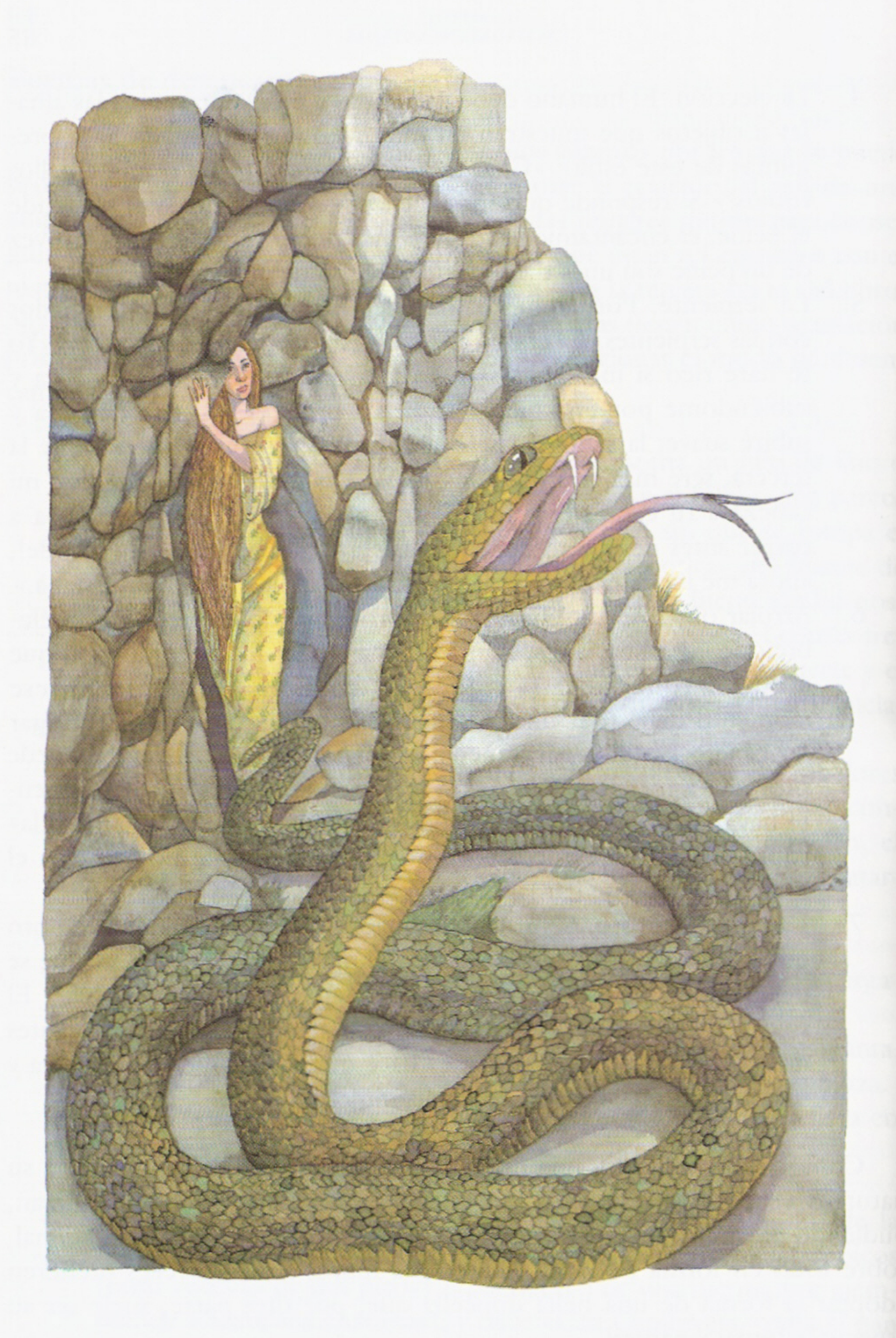
   — Presentarse una mañana de San Juan delante de la cueva cargado de reliquias.
   — Matar al cuélebre que la guarda de una lanzada en la garganta, rompiéndose en ese momento el encanto y apareciendo la moza.
   — O bien, dar tres besos al cuélebre o quitarle la rosa que lleva en su boca.

3. Los panes. El joven se debe presentar a las doce en punto de la noche de San Juan con doce panecillos o bollos de cuatro picos (otras veces es de seis picos) al pie del ojo de una fuente, por ejemplo, de Cambroña (Asturias), y dirá: «Can Cambroña, toma el pan que te envía tu señora.» Estos panes se convierten en caballos, y si les falta algún pico o cuerno, el caballo será cojo.

4. La elección. El humano debe preferirlas a ellas antes que a las alhajas u objetos que muestran en una mesa. La encantada hace preguntas de este estilo: «Cuál te gusta más: ¿el peine o mis cabellos rubios?» Si responde que sus cabellos, la desencanta, y si responde el peine, el encantamiento durará más tiempo. Otras veces, en vez de un peine son unas tijeras o un mechón de pelos...
5. La serpiente. Por supuesto, hay desencantamientos relacionados con las serpientes. La encantada bajo esta forma dice entonces: «Yo te haré rico si me esperas tres veces, haciéndome una culebra y subiéndome por una pierna tuya. La primera vez seré delgada y subiré suave; la segunda, seré más gruesa y subiré más torpe; y la tercera, seré más enorme y más gafa. Las tres veces llegaré con mi cabeza a tu cara, pero no te asustes.» Si el hombre se echaba a correr antes de la tercera vez, ella le gritará enfadada: «¡Cobarde!, ahora me metiste más honda, me encantaste más de lo que estaba.»
6. Arrojar objetos. Las encantadas, aprovechando el sueño del cuélebre que las custodia, esperan a que pase por allí un hombre, al que dirán: «¡Toma nuestra riqueza y danos tu pobreza!» En ese momento debe tirar una medalla en la fuente o les debe entregar un objeto bendito para quedar desencantadas. También se puede proceder a tocar su cuerpo con una prenda de lino que previamente haya estado dentro de una iglesia o bien «echando una prenda» sobre el personaje encantado, por lo general una montera, en el momento justo de dar las doce en la noche de San Juan.
7. La pollada de oro. Se procurará coger uno de los polluelos de oro que suelen acompañar a la gallina del mismo metal dorado y que se dejan ver en algunas fuentes o castros en la noche de San Juan. El solo hecho de tocar a este «pitin» con alguno de los objetos antes descritos (o incluso de orinarle) hace que el encanto desaparezca y se convierta entonces en una bella mujer.

Como ya he indicado, una de las cualidades de las hadas, debido a su naturaleza sutil, es su habilidad para poder transformarse en lo que quieran, pudiendo pasar con suma facilidad por una vieja repelente o por un animal, sobre todo en forma de reptil, aunque la mayoría de las veces prefieren adoptar la forma de una bella doncella que, por otra parte, suele ser su aspecto habitual y natural.

La transformación de un hada en serpiente o en dragón, fruto por lo general de un encantamiento, hunde sus raíces en la mitología medieval.



Algunas hadas encantadas se presentan como mujeres o como serpientes que suspiran ser desencantadas por un bello galán que se atreva a seguir los pasos del difícil ritual, entre los que se encuentra dar siete besos a la serpiente o dejarse enrollar por ella.

Juan de Mandevilla refiere, en *El libro de las maravillas del mundo* (siglo XVI), el caso de la hija de Hipocrás, transformada en serpiente en virtud de un perverso encantamiento del que sólo podía librarse si encontraba a un caballero lo bastante valeroso como para besarla en las fauces. Según la leyenda, un caballero de Rodas y un jóven navegante perdieron su vida en el intento de contrarrestar el hechizo. En España tenemos el clásico cuento del «Príncipe encantado», cuyo protagonista lo está en forma de dragón que al llegar la noche se quita la piel para transformarse en un bello príncipe, teniendo fatales consecuencias perderla, como asimismo sucede a las doncellas-cisne de las leyendas europeas, las selkies británicas, o sencillamente al licántropo u hombre-lobo.

El propio Miguel de Cervantes, en la primera parte, capítulo 32, de *El Quijote*, hace alusión a este tipo de encantamientos:

> Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego y él, así como la vio, se arrojó sobre ella y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas y le apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras de sí al caballero que nunca la quiso soltar? Y cuando llegarón allá bajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que eran maravilla, y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dijo tantas cosas, que no hay más que oír.

Existe un cuento asturiano, recogido por Aurelio de Llano, que ilustra esta facultad de transformismo referido a las xanas encantadas. En el mismo se señalan tres modalidades para poder ser desencantada por un mortal. El protagonista es Pachón de Morcín, a cuya puerta llaman unos vecinos para darle esta noticia:

—¡La tu becerra, Pachón, anda suelta por el Cuetu!...

Pachón se levantó para buscarla. Amanecía la mañana de San Juan. Cuando llegó al Cuetu, oyó ruido, miró al agua y vio una xana lindísima que se estaba peinando bajo un árbol. Acercóse Pachón, notólo ella, le sonrió con blandura y le dijo de esta suerte:

—Toma este pan, tenlo un año, vuélvemelo sin tocar, y todas mis riquezas serán tuyas...

El pan era un panecillo de tres picos y Pachón lo llevó a su casa, lo escondió de su mujer, y aguardó tranquilamente la llegada del próximo San Juan... Mas sucedió que su mujer le descubrió el panecillo y empezó a darle vueltas en las manos:

—Pero, señor —se decía—. ¿A qué diablo sabrá este panecillo que tiene mi marido tan oculto?...

Y se comió un pico para salir de dudas...

Cuando, en la madrugada de San Juan, la xana vio el panecillo sin el pico, dijo a Pachón enojada:

—No cumpliste tu palabra. ¡Mas voy a cambiarme en cuélebre, y si me dejas acercar mi lengua a la punta de tu lengua, aún podré liberarme del encanto!...

La xana se transformó en cuélebre, mas Pachón tuvo miedo y escapó. Tornó la xana a su forma, y la xana le volvió a reñir, dando Pachón nuevamente sus excusas, y ella entonces sacó un espejo, mostró un peine, y le dijo a él de este modo:

—Coge de estas dos cosas la que quieras...

Y Pachón prefirió el peine... ¡De haber cogido el espejo, aún se hubiera la xana liberado del encanto en que vivía!... Ella miró a Pachón, y le habló así:

—Eres cobarde, desdichado y frívolo. ¡Ni a ti ni a tus descendientes os faltarán sarnazos que rascar ni ovejas que trasquilar!...

Aseguran que aún hoy los descendientes de Pachón trasquilan las ovejas y no paran de rascarse, pero se dicen tantas cosas...

Otra versión parecida se cuenta de la cueva de la Roza, situada en el castillo de Sobeirón, donde vivía una mora encantada. La maldición final es la misma:

Nunca te faltarán
ovejas que trasquilar
ni sarna que rascar.

Lo mismo se dice de encantadas de otras cuevas, como la de Huelga, situada en Cobiella, en Cangas de Onís, así como en una cueva de Vidiago, en Llanes, y, por último, en la cueva de la Porra de Socastiellu, en Riera de Covadonga.

Uno de los riesgos que se corren por desencantar incorrectamente, además de perder el tesoro prometido o de que te echen una maldición, es quedar encantado allí mismo. Ojo con las lavanderas que piden ayuda para escurrir las sábanas, o las xanas que demandan un pañuelo, o las encantadas que dan a elegir un objeto. El torcer la ropa para el lado izquierdo es peligroso, y entregar un pañuelo a tontas y a locas, también. Por eso, en este último caso, es conveniente preguntar con qué mano quieren el pañuelo y luego entregarlo con la contraria de la indicada. Si se elige el objeto inadecuado, puede quedar uno convertido en astilla, como ocurrió en una leyenda aragonesa.

5

Las hadas del agua

Las hadas de agua dulce parece que gozan especialmente en las cascadas, cataratas y saltos de agua, tal como sus hermanas marinas se recrean en la espuma de las olas... Las que comúnmente habitan en las rías, se trasladan al mar cuando se hielan las aguas fluviales, al paso que a otras les repugna el agua salada y prefieren emigrar a lejanos parajes en vez de refugiarse en el océano.

CHARLES W. LEADBEATER: *Los espíritus de la naturaleza: una evolución aparte*

Hadas dulces y hadas saladas

POR numerosas y variadas que sean las hadas de la superficie de la tierra, casi siempre alejadas de la vecindad del hombre, son todavía más numerosas las hadas marinas, nereidas o sirenas que moran en la superficie y en el interior del mar, y mucho más numerosos son todavía los espíritus del agua dulce o ninfas u ondinas que moran en las fuentes, en los lagos, en los ríos y en las cascadas. Estos últimos tienen más puntos de contacto con las hadas de superficie o terrestres que con sus parientes las hadas marítimas.

Los seres o espíritus marinos de la naturaleza presentan características comunes y diferenciadoras de unas partes del mundo a otras. Para Leadbeater, que presumía de ver a estos espíritus, los del Pacífico difieren de los del Atlántico, y de unos y otros los del Mediterráneo. Las especies que juguetean en el azul luminoso de los mares tropicales son muy distintas de las que saltan por entre la espuma de los grises mares del Norte.

Las formas de las hadas marítimas son variadísimas, aunque con más frecuencia remedan la humana. En general, tienden a tomar formas más



A las "damas del agua" no siempre se las ve vestidas. A veces prefieren mostrar la exuberante belleza de sus cuerpos desnudos, acompañadas siempre de animales y flores.

amplias que las hadas de los bosques y las montañas, pues así como éstas son diminutas, las nereidas y sirenas asumen la forma y estatura humanas, aunque con una extremidad fuera de lo común.

En nuestro folclor existen numerosas referencias a estas «damas, mujeres o hadas del agua», surgiendo dos rápidas consideraciones. Por un lado, aclarar que bajo esta denominación se encuadran dos tipos de seres femeninos diferentes: las hadas de agua salada o «sirenas» y las damas de agua dulce o «ninfas» (utilizando la terminología griega). De las primeras hablaremos extensamente en la segunda parte del libro, y de las segundas, a diferencia de las sirenas, tienen un cuerpo físico perfectamente normal, similar al de una bella muchacha, sin colas de pescado, patas de oca, de cabra, ni nada por el estilo. Por otro lado, tanto unas como otras son muy proclives al enamoramiento y casorio con los seres humanos.

Casi todas las tradiciones que he recogido de estos fantásticos y acuáticos seres femeninos están relacionadas con seducciones y bodas que siempre acaban como el rosario de la aurora: de forma trágica, y da igual que sus protagonistas sean *xacias* gallegas, que *alojas* catalanas o *donas d'aigo* baleares, porque todas ellas tienen un mismo esquema de comportamiento que en parte las diferencia del resto de sus congéneres femeninas.

Respecto a nuestras ninfas, son seres coquetos que buscan deliberadamente el contacto con el hombre para engatusarlo y seducirlo, no siendo tan aparentemente benéficas, ya que cuando no son correspondidas pueden acabar con la vida de un hombre. Pero hay más:

— Viven en el fondo de una fuente, estanque, manantial, cisterna o gruta, pero siempre donde fluya el agua dulce, pura y transparente.
— Tienen el aspecto de mujeres muy hermosas, de larga cabellera, y suelen llevar una estrella o cruz grabada en su frente.
— A veces lavan ropa blanca en el río, y se las ha visto vestidas con largas túnicas e incluso completamente desnudas.
— Tienen poderes muy especiales. Son grandes benefactoras (pueden curar y provocar ciertos prodigios), pero también pueden ser letales (ahogan en sus aguas a los humanos). A veces profetizan acontecimientos, y gracias a su influencia producen riqueza.
— El día más favorable para poder verlas es, sobre todo, durante la noche o el amanecer de San Juan, donde se las puede observar peinando sus cabellos con peines de oro o tendiendo madejas de lana a la entrada de sus moradas.
— Sus ojos son de un profundo color verde esmeralda, con una mirada extremadamente seductora y hechizante para un humano.
— Viven en palacios fabulosos, ocultos a la vista de los humanos, en lugares subterráneos o subacuáticos, ricamente decorados e iluminados, en los cuales guardan grandes tesoros y riquezas.
— Muchas veces seducen y se casan con un ser humano por amor y tienen hijos con ellos, pero siempre con una condición, que suele ser la de no pronunciar o mencionar su condición de «mujer de agua». Aquí también se sigue un esquema preconcebido que veremos con más detalle.

El origen de las ninfas del agua procede de viejos cultos paganos, donde se buscaba el apoyo de estos seres para dar a las aguas virtudes mágicas y medicinales, siendo en un primer momento adoradas como diosas, pasando

su culto más tarde a centrarse en su propio habitáculo, se tratara de una fuente, estanque, remanso o similar.

Estas prácticas, cercanas a la superstición popular, estaban tan extendidas y arraigadas en el vulgo del noroeste peninsular que ya San Martín de Dumio, en el siglo VI, criticó duramente estas creencias en su obra *De correctione rusticorum*, doliéndose de que «muchos de los demonios expulsados de la gloria, aún triunfan en el mar, en los ríos, en las fuentes, en las selvas, y aún hay hombres ignorantes del Señor que los consideran dioses y que en el mar adoran a Neptuno, en los ríos a las lamias, en las fuentes a las ninfas y en las selvas a las dianas».

Más tarde, en el Concilio de Toledo del año 693, se anatematizó a todos aquellos que seguían rindiendo culto a los espíritus de las fuentes, pues una práctica frecuente era llevarles ofrendas de pan y vino, ofreciendo incluso sacrificios de pequeños animales. Tal vez de este viejo tributo pagano derive una de las formas de desencantamiento más populares de las hadas, cual es entregarle un bollo de pan totalmente intacto.

La leyenda de Bécquer

Aparentemente no se ve ninguna relación entre este poeta sevillano y las ninfas. En todo caso se sabe que entre sus leyendas hay una referida a los gnomos, espíritus masculinos de la naturaleza asociados al elemento tierra. Lo que mucha gente tal vez ignora es que escribió un relato con el título de «Los ojos verdes», en el cual habla de seres femeninos vinculados a las aguas de las fuentes, aunque su escenario no esté situado en Asturias o Galicia, sino en Soria.

Bécquer, con su peculiar estilo romántico, describe perfectamente a un hada del agua:

> Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

La historia acabará en tragedia, pues Fernando de Argensola, el primogénito de la Casa de Almenar, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, se aproximaba más y más al borde de la roca, mientras la mujer de los ojos verdes le seguía hablando:

> ¿Ves el límpido fondo de ese lago? ¿Ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... yo te daré una felicidad sin nombre.

Roso de Luna, que no tiene precisamente una imagen idealizada de estas entidades femeninas, menciona esta preciosa leyenda en su novela iniciática *El tesoro de los lagos de Somiedo*, diciendo: «Tampoco faltan locos jóvenes incautos que ora por terquedad, ora por vicios de esos a que en dos o tres ocasiones alude la Biblia, han roto a destiempo el casto velo separador, perdiéndose, sin remedio, cual aquel primogénito de la casa de Almenar, que en las ondas de las Fuentes de los Alamos viera aparecer "mujer de los ojos verdes de ajenjo" quien, en nupcial abrazo, lo arrastrase al abismo, no lejos de la misteriosa caverna soriana de San Saturio, al decir de la preciosa leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer el ocultista que, sin conocerlas, adivinó, sin embargo, a las irresistibles xanas astures. Porque ellas son el resumen de todo cuanto hay de dulce al par que ingrato; de amoroso al par que pérfido... no gozan sino seduciendo a los hombres más puros, más rozagantes y de más risueño porvenir, tanto que es fama que ellas han copiado y copian de la luz astral el reflejo de cuantas bellezas mujeriles han refulgido en Asturias desde que el mundo es mundo.»

SEGUNDA PARTE

EL VARIADO Y AMENO MUNDO DE NUESTRAS HADAS

Es el amor que al mismo amor adora,
el que creó las sílfides y ondinas,
la sacra ninfa que bordando mora
debajo de las aguas cristalinas.

JOSÉ DE ESPRONCEDA: *El diablo mundo*



Las sirenas

Después, Uriel me dijo: «Aquí es donde estarán los ángeles que se han unido a las mujeres. Sus espíritus, tomando numerosas apariencias, han mancillado a los hombres y les harán errar para que sacrifiquen tanto a los demonios como a los dioses, hasta el día del gran juicio, día en que serán juzgados para ser perdidos. En cuanto a sus mujeres, que han seducido a los ángeles, serán convertidas en sirenas.»

Capítulo XIX, El Libro de Enoch

Algunos apuntes históricos

EXISTEN varios nombres para referirse a seres femeninos de las aguas pero, probablemente, los tres más comunes son: ninfas (que se asocian fácilmente a las aguas dulces, conocidas también como náyades y ondinas), sirenas y nereidas. Gran parte de la confusión que existe sobre el mundo de las sirenas se explica porque bajo este último término se han englobado a personajes sobrenaturales diferentes entre sí. Dentro de las aguas oceánicas habría que distinguir a las llamadas *mujeres marinas* (mer-women, mer-maids, nereidas, morganas, etc.), careciendo todas ellas de la clásica cola de pez y aprovechando la menor ocasión para entablar relaciones amorosas con jóvenes y apuestos marineros, de aquellas otras que se denominan *sirenas,* con su habitual cola de pez. En los mitos y leyendas de todo el mundo, y sobre todo en España, se habla indistintamente de sirenas para referirse tanto a unas como a otras. En la medida que me ha sido posible, procuro distinguirlas en esta obra.

Las nereidas se diferenciarían de las sirenas en que, además de que no suelen tener cola de pez, habitan en mares interiores o menores. Mitológi-

camente, a las nereidas se las considera como seres nacidos de la unión del mar y de sus ríos, en una época en la que aún no existían los hombres y fueron relegadas a un papel secundario en el reino de los mares, debido a la supremacía del dios Poseidón. Se las representa como bellas mujeres jóvenes y desnudas, rodeadas permanentemente de tritones. El nombre de nereidas significa «mojadas», y eran las que salvaban de los peligros a los marineros (a diferencia de las sirenas que los provocaban), siendo habituales sus incursiones tierra adentro.

Leadbeater nos aclara que casi todas las nereidas tienen la facultad de alzarse de su peculiar elemento y flotar o volar en corto trecho por el aire. Se complacen en juguetear entre la espuma o en cabalgar sobre los escollos (como, por otra parte, hacen nuestros *espumeros* asturianos). Las nereidas no sienten tanta repugnancia por el hombre como sus hermanas terrestres. Para Nancy Arrowsmith y Moorse, las «mujeres marinas» conservan su juventud y belleza durante muchos siglos y tienen, literalmente, cientos de hijos (y eso sin exagerar). Tienen la piel translúcida, con largos pechos que echan sobre sus hombros, como ocurre con las ijanas cántabras. Por el contrario, los «hombres marinos» (Mer-Men) tienen largos cabellos y barba, siendo todos ellos de avanzada edad, razón por la que sus mujeres buscan amantes más jóvenes, incluso en la superficie.

En cambio, las sirenas son los genios femeninos marítimos o «hadas del mar» por excelencia. Por supuesto, cuando hablemos de ellas excluimos toda referencia a esa clase de mamíferos marinos llamados manatíes o vacas marinas del Caribe, y que al parecer vio Cristóbal Colón en uno de sus viajes a América, confundiéndolos con tres sirenas de aspecto hombruno, según anota en el *Diario de viaje* del día 9 de enero de 1493.

Para Robert Graves, la traducción literal de sirenas es: «Las que atan con una cuerda o las que marchitan.» Su origen etimológico se halla en la palabra *seirazein* (secar), aunque en su libro *Los mitos griegos* se las describe de manera algo diferente a como aparecen en las leyendas españolas. La primera divinidad femenina con cola de pez fue Derceto, una diosa-sirena de la luna, pero no todas las mujeres sobrenaturales que vulgarmente reciben el nombre de sirenas ostentan una cola de pez en su anatomía.

La cita literaria más antigua que existe sobre ellas se encuentra en la *Odisea* de Homero, escrita hacia el año 850 antes de Cristo, en la que su héroe, Ulises, prevenido por Circe, no cae en sus engaños al pasar cerca de la isla donde habitan, tapando los oídos de los marineros y haciéndose atar él mismo al mástil del *Argos.* Desde entonces las sirenas han sido el símbolo mitológico de las artes seductoras y de los engaños femeninos. El historia-

dor romano Luciano, del siglo II d. de C., ya se refiere a la extraña figura pisciforme de estas deidades oceánicas.

Según las crónicas, en el año 558, unos pescadores de Belfast Lough (Irlanda del Norte) oyeron el canto de una sirena y lograron apresarla con sus redes. «Se dio caza a una sirena que se llamaba Liban, hija de Eochaidh, en la playa de Ollarbha, en la red de Beon, hijo de Inli.» La colocaron en una gran cámara a modo de pecera, como exhibición pública del hallazgo y allí permaneció durante 300 años. Durante ese tiempo le había salido una cola de salmón y deseaba ardientemente la libertad. Unos monjes piadosos, por fin, accedieron a liberarla en una red y la bautizaron según el rito cristiano, recibiendo el nombre de Murgan (o Murgen) que significa «la nacida en el mar». Después eligió la muerte para salvar su alma. Desde el día que murió se la conoció como Santa Murgen, figurando con esta denominación en ciertos almanaques antiguos y en el santoral irlandés, atribuyéndole varios milagros. Ya conocíamos brujas que más tarde se elevaron a los altares (como Santa Comba), pero, ¿sirenas santas? No es infrecuente esta simbiosis entre lo pagano y lo cristiano.

El Cantábrico, en otros tiempos, tuvo fama de ser mar muy poblado de sirenas. En el año 1147 una gran expedición marítima llevó un ejército cristiano del norte de Europa a Tierra Santa, al comienzo de la segunda cruzada. Por una carta que se conserva en la Biblioteca del Colegio de Cristo de la Universidad de Cambridge, escrita por el cruzado Osborne, sabemos que la flota salió del puerto de Dartmouth, al suroeste de Inglaterra «el viernes anterior a la Ascensión del Señor» y que, varias jornadas después, fue dispersada por un fuerte temporal un día antes de que pudieran arribar al puerto de Mala-Rupis (seguramente Gijón). El relato de Osborne, en traducción de Jesús Evaristo Casariego, dice así: «La noche que siguió (al temporal), por lo tenebrosa y rapidez de las corrientes, desconcertó a los nautas, aun a los más serenos. Entre todos esos peligros escuchamos los horribles alaridos de las sirenas, que primero eran como gritos de dolor y luego de risa y carcajadas, tal y como si desde sus castillos nos insultasen.»

En la Edad Media, en Inglaterra, se las llamó «Mermaids» o hijas del mar, a diferencia de las «Siren», que eran las sirenas clásicas, es decir, mujeres-pájaros (en Escandinavia se las denomina como «mermines»). La creencia real en la existencia de las sirenas se mantiene hasta muy entrada la Edad Media, a pesar de la creciente expansión del cristianismo que iba anatemizando estas supersticiones.

En 1403, cerca de Edam, en los Países Bajos, una sirena pasó por una brecha en un dique y dos jóvenes la encontraron varada en el barro del

canal, cubierta de musgo y plantas verdes. Habitó en Haarlem hasta el día de su muerte, al cabo de 17 años. «Nadie la comprendía —dice Borges—, pero le enseñaron a hilar y veneraba como por instinto la cruz» (razón por la que fue enterrada en un cementerio cristiano). Sigue escribiendo Borges que un cronista del siglo XVI razonó que no «podía ser un pescado porque sabía hilar, pero tampoco una mujer porque podía vivir en el agua».

En 1658 fueron contempladas varias sirenas en la costa de Escocia, cerca de la desembocadura del río Dee. El hecho tuvo tal resonancia que el *Aberdeen Almanac* lo convirtió en reclamo turístico para promocionar la zona, prometiendo a los visitantes la presencia de «un grupo de preciosas sirenas, criaturas conocidas por su belleza incomparable». Por lo que se ve, esto de la mercadotecnia engañosa no es un invento exclusivo del siglo XX.

En el siglo XVIII un periódico inglés menciona, como hecho cierto, la aparición de una «Mermaid» en las costas de Gran Bretaña. En 1728 el gobernador de las islas Molucas (actual Indonesia), Minher Van Der Stell, contó que había visto «un monstruo semejante a una sirena, junto a la costa de Borneo, en el departamento de Amboina», precisando que medía unas 59 pulgadas (aproximadamente 1,50 m.) y tenía el grosor de una anguila. Permaneció vivo en tierra, metido en una cuba llena de agua cuatro días y siete horas, emitiendo de vez en cuando un chillido débil, como una rata. «Se negó a comer, aunque le ofrecimos peces pequeños, cangrejos, gambas, etc. Cuando murió, encontramos en la cuba excrementos parecidos a los de un gato.»

En una obra reciente de Jean Merrien (*Legendario del mar*, 1969) se reproduce el testimonio, que tuvo lugar en 1869 cerca de las Bahamas, del encuentro con una sirena de cola bífida por parte de seis hombres que iban en una chalupa. Un marinero le tiró una naranja que agarró con gritos de alegría, se la llevó a la boca —mostrando una hermosa dentadura— y se la comió con gran rapidez. El patrón de la barca ordenó remar hacia la sirena, pero ésta se sumergió y reapareció en la parte posterior. Le tiraron otras naranjas y también se las comió... «un marinero se lanzó entonces al agua y nadó hacia ella. La sirena, mejor nadadora, daba vueltas a su alrededor, aparecía y desaparecía, hasta que el patrón le disparó y le hizo desaparecer definitivamente, herida, al parecer, en la cara». En todos estos relatos no se dice si carecían de cola o si, por el contrario, tenían una o dos.

Recordemos que antes del siglo X ya aparecen representadas sirenas de doble cola, como, por ejemplo, en el tímpano de la capilla de San Miguel, en Aiguihe de Puy (Francia). En España también existen muestras de sirenas de doble cola, una de las cuales puede verse en un bello capitel del ábsi-

de del Monasterio de San Cugat, del siglo XV, pero lo más común es que se las encuentre representadas con una sola cola, como si tuvieran las dos piernas metidas en una funda.

Sirenas asesinas

La imagen estereotipada de las sirenas es que tienen una dulce y melodiosa voz en la que concentran todo su poder. Con su canto pueden hechizar y hacer enloquecer a los hombres, a los pájaros, a los peces, al viento y al agua. Como otros elementales, se comunican con todos los seres vivos y son capaces de controlar las fuerzas naturales en su beneficio, dentro, claro está, de ciertos límites. Su poder está asociado a la leyenda negra que arrastran consigo puesto que, al igual que el de las lamias, alcanza su grado máximo en las noches de luna llena, en las que suben a la superficie y con sus cantos llaman a la niebla, refugiándose en ella a la espera de que los barcos que pasan cerca se estrellen contra los acantilados. Otras veces ese canto va destinado a los oídos de los marineros que quedan hechizados, volviéndose locos o matándolos (veáse el mito de Ulises).

Las leyendas que existen sobre ellas, siempre proclives a la fabulación exagerada, suelen decir que las sirenas desean ahogar a los marinos jóvenes y guapos y llevarlos a sus hermosos palacios en el fondo del mar. Allí, vigilan celosamente a los hombres y frecuentemente les proponen matrimonio. Si acceden a sus requerimientos, los marineros son tratados amablemente y pueden vivir entre grandes comodidades y lujos, pero si se resisten, pasarán el resto de su existencia presos, atados con cadenas de oro.

Puede parecer al lector, después de todo esto, que las sirenas son crueles, y en cierto sentido es así, sobre todo desde nuestra particular órbita humana. No debe olvidarse que para los elementales los seres humanos formamos parte de un mundo imperfecto, un mundo material que está perdiendo su relación armónica con Gaia (la Tierra), que desprecia las formas sencillas de vida que son las que la Gente Menuda respetan, protegen y aman. Las sirenas no son malvadas, simplemente se dejan llevar por sus sentimientos e instintos y aunque desde nuestro punto de vista sea en apariencia un acto salvaje, para ellas lo es de amor. El mismo Paracelso, en su *Liber Nymphis*, llegó a escribir: «... de tal manera que estas criaturas son necesarias, tienen su lugar correspondiente en medio de la creación y no han sido creadas sin fundamento.»

En nuestro país, los relatos de sirenas, que han sobrevivido felizmente al paso del tiempo y del boca a boca, están ligados a dos ideas fundamen-



La imagen clásica de la sirena es la de estar apoyada en una roca peinándose sus cabellos o contemplando el mar a la espera de algún marinero.

tales: por un lado, a su canto melodioso, que constituye un peligro a evitar por los seres humanos, ya advertido no sólo en la *Odisea*, sino también en *La Celestina*, donde uno de sus personajes, Pármeno, indica que «el canto de la sirena engaña los simples marineros con su dulçor»; y por otro lado, en todas las leyendas subyace la idea de la maldición que una madre humana hace sobre su propia hija, convirtiéndose ésta en sirena, pasando a formar parte, por consiguiente, del genérico «mundo de las hadas».

En España encontramos referencias sobre sirenas asesinas desde el siglo XVI, donde dos autores, por separado, hablaron de ellas en sus obras, recogiendo el sentir popular que sobre las mismas existía tanto en su época como mucho antes.

Uno de ellos es Juan Pérez de Moya, que se hace eco, en la *Filosofía secreta*, de una de las cualidades de las sirenas que ya debía ser tópica incluso en el siglo XVI, cuando escribe:

> Fingen cantar tan dulcemente, que los marineros que las oyen, admirados de la melodía, adormíanse y, no mirando por sí, las sirenas, cuando los sienten dormidos, trastornan las fustas para después comer sus carnes, por lo cual los antiguos pintaban las sirenas tendidas en unos prados verdes, entre huesos de muchos muertos.

Por su parte, Antonio de Torquemada, en su *Jardín de flores curiosas* (1570), recoge otro de los aspectos más típicamente conocidos de las sirenas, aceptando su posible existencia aunque no sus comportamientos:

> Comúnmente, se habla y se trata de esto de las sirenas, diciendo que, del medio cuerpo arriba tienen forma de mujer, que de allí para abajo lo tienen de pescado; píntalas con un peine en la mano y un espejo en la otra, y dicen que cantan con tan gran dulzura y suavidad, que adormecen a los navegantes y así entran en los naos y matan a todos los que en ellas están durmiendo (...) y aunque sea así, que haya en el mar este género de pescado, yo tengo por fábula lo de la dulzura de su canto con todo lo demás que se cuenta dellas.

En cuanto a su organización, tienen una reina que, por supuesto, es la más hermosa de todas ellas y que se distingue por llevar incrustado en la cola un anillo de piedras preciosas que se quita al llegar a la playa y vuelve a ponerse al regresar al mar, tal y como asegura una leyenda de Begur, en la Costa Brava.

Sirenas petrificadas

Por supuesto, hay otra serie de elementos a destacar, a cual más válido, recogidos asimismo en nuestro folclor, que enriquecen sin duda su figura. No hay en cambio unanimidad a la hora de describir el aspecto físico de una sirena, pues aunque es corriente representarla como mitad mujer y mitad pez, la imagen más común en la Antigüedad clásica de la sirena es la de mujer-ave, conocida también como Arpía (cuyo retrato pétreo aparece, por ejemplo, en la catedral de Pamplona, la de Gerona, la de Jaca o en la iglesia burgalesa de Soto de Bureba y, en general, en casi toda la Península), la cual se convirtió, en la época medieval, en la mujer-pez con una sola cola y otras veces con cola bífida.

La sirena-ave o Arpía, cuya imagen presenta rostro de mujer y el resto de ave de rapiña, personificaba las tempestades y la muerte, siendo la encargada de raptar a seres humanos para luego ofrecérselos al dios del infierno. Este ser ya aparece descrito por Homero y pervive en la época de San Isidoro, manteniéndose incluso hasta el siglo XII en las representaciones de las iglesias románicas, donde aparecen con su clásica silueta de sirena-pez, pero ya no se las ve en el arte gótico.

A las sirenas se las imaginaba de diversas maneras en las sillerías de los coros y en los arcos pétreos de las puertas de las catedrales de Ciudad Rodrigo, Zamora, Astorga, Salamanca, etc., donde encontramos representaciones artísticas de Arpías y de sirenas de cola única, que sujetan con una mano un espejo y con la otra peinan sus cabellos, así como representaciones más «desvergonzadas», aunque con un claro matiz simbólico, de un tipo de sirenas muy particulares: las de cola bífida separándola a horcajadas con las dos manos, en una actitud ciertamente provocativa (por ejemplo, en la iglesia de El Rivero de San Esteban de Gormaz —Soria—, en la iglesia de Santa Juliana, de Pineda de la Sierra, en Iscar —Valladolid— y en los capiteles de la catedral de Santiago).

Las sirenas están cargadas de un rico simbolismo, como el de representar la unión de la Gran Madre con el agua, y este elemento simboliza los sentimientos, las emociones, la intuición... por eso es frecuente que en las historias que intervienen sirenas haya pasión, amor desbordado hacia un mortal y éste acabe muriendo ahogado (en las aguas o en sus sentimientos). Es muy conocida la leyenda del pescador que captura a una sirena, quien le recomienda que la parta en algunos pedazos y se los dé luego a

comer a varias personas y animales con un evidente sentido iniciático que nos recuerda el mito egipcio de Osiris y su desmembramiento. Aurelio del Llano, en su libro *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral* (Madrid, 1925), da una curiosa versión de este cuento popular, en la que la *serena* le pide al pescador que la corte en ocho pedazos iguales: dos le recomendó que se los diera a comer a su mujer; dos, a la yegua; dos, a la perra, y los otros dos, que los plantara en la huerta, debajo de un naranjo. El pescador así lo hizo y, a su debido tiempo, la mujer dio a luz dos niños; la yegua parió dos potros; la perra, dos perros, y debajo del naranjo nacieron dos lanzas. Los niños eran completamente iguales, y lo mismo ocurría con los potros, los perros y las lanzas. Posteriormente, este prodigio sirvió para que uno de los hermanos pudiera, gracias a que ambos eran prácticamente iguales, liberar al otro de un encantamiento.

Algunas de las sirenas, si hemos de seguir al pie de la letra ciertas leyendas, tienen su origen o su estrato en el mundo humano. Me explico: tanto en el *Libro de Enoch* como en esta constante referencia a la maldición proferida por una madre a su hija, comprobamos que muchas de ellas (con independencia de las sirenas genuinas consideradas como espíritus elementales) son mujeres humanas en su origen que más tarde pasan a convertirse en espíritus de la naturaleza (como ocurre con las «encantadas»), y esto es significativo pues explicaría varias de sus reacciones: buscan el contacto con el hombre para casarse con él o para matarlo, buscan poseer un alma que debieron perder cuando pasaron a este estado sobrenatural, se pueden convertir con facilidad en mujeres con miembros y aspecto humano, no manifiestan aversión hacia ningún símbolo cristiano, su estatura es mayor que la de otras hadas, etcétera.

El francés Benoît de Maillet publicó, en el año 1755, una voluminosa obra dedicada a las sirenas, donde recogía todo tipo de leyendas relacionadas con ellas, llegando a la conclusión de que eran las supervivientes de una raza humana primitiva, prácticamente desaparecida, señalando su presencia desde la Tierra de Fuego hasta Madagascar.

Las sirenas de la costa

Las sirenas, dentro de sus múltiples habilidades, pueden cambiar de forma; hay casos en los que, por poco tiempo, una sirena ha podido desintegrar su cola y convertirse en una mujer de aspecto completamente humano. Para Nancy Arrowsmith, cuando viajan por el mar suelen tomar

forma de mujer-pez o de delfines, y si lo hacen por el aire aparecen como gaviotas o águilas (aunque esto es una facultad más propia de las nereidas).

Su altura habitual se encuentra en torno al metro y medio. Son muy bellas y adoran las joyas y las piedras preciosas. Como el resto de las hadas, duermen durante el día y solamente es posible verlas al amanecer o al ponerse el sol.

Las sirenas se encuentran en todo el litoral del Mediterráneo español, en el Cantábrico y también en el Atlántico, pues sus principales palacios están cerca de las islas Azores. Rara vez se las encuentra en mar abierto, pues gustan de acercarse a las desembocaduras de los ríos o a rocas de la costa. En el cabo de Gata (Almería) existe un significativo «arrecife de las sirenas», así como una población en la misma provincia que recibe el nombre de La Serena, a pocos kilómetros de la costa.

El peine de oro y el espejo son dos de sus atributos más comunes, al menos en España, porque en otras partes de Europa utilizan también un velo, un bolso y tienen un cinturón. La posesión de cualquiera de estos objetos —en los cuentos de hadas— permite tener el control sobre la sirena, pudiendo incluso casarse con ella. Sería un caso de magia simpática, en concreto de magia por contacto, ya que al apoderarse el mortal de algo que ha estado en estrecho contacto con un ser viviente, en este caso con una sirena, permite tenerla bajo su control o hechizo. En el caso de las mujeres-focas o «selkies», la captura se realiza cogiendo la piel de la foca.

Dentro de sus características genéticas estarían la del don de la profecía (lo que las permite proferir maldiciones), la sugestionabilidad de su voz (que les permite hipnotizar con ella) y la necesidad de tener un alma e hijos.

En Euskadi y Navarra

Empezando nuestro recorrido por tierras vasco-navarras, encontramos que aquí se evita utilizar el nombre de sirenas cuando se hace referencia a estas mujeres míticas de las aguas saladas, prefiriéndose, en cambio, el nombre más común de lamias. Según Garibay, el topónimo «Lamiategui», en Oñate, significa «lugar de serenas», haciendo una asociación clara entre los dos términos, asociación que también se produce en las leyendas que hemos recogido.

Juan Eduardo Cirlot, en su *Diccionario de símbolos*, hace la misma evidente comparación: «La reina Lamia, célebre por su belleza, fue transformada en fiera por su crueldad. Se citan en textos antiguos en plural; las lamias son entonces seres semejantes a las sirenas, que viven con frecuencia en compañía de dragones, en cuevas y desiertos.»

Aunque la verdad es que esta descripción de las lamias, ajustada posiblemente a otras partes del mundo, no lo es tanto en la zona vasco-navarra, que es donde masivamente se asentaron, venciendo en su lucha territorial a las dianas.

Se da el caso de que las lamias vascas adoptan, de cintura para arriba, la forma de mujer hermosa, y de cintura para abajo, la de pez, o sea, la forma de una auténtica sirena, pero tan sólo en aquellas leyendas de los pueblos costeros como Zornoza, Cortérzubi, Lequeitio, Galdácano... sin embargo, en los pueblos del interior del País Vasco y Navarra, las lamias son más genuinas, pues sus extremidades adquieren la forma a la que estamos acostumbrados, como pies de cabra, oca, gallina, etcétera.

Sin embargo, se conservan dos escudos nobiliarios donde aparece representada la sirena con cola de pez, tanto en el escudo de armas del Licenciado Egües como en el Señorío de Bertiz, los dos de Navarra, y ambos en la misma posición: sosteniendo con su mano derecha un espejo y con la izquierda un peine, que parece más bien un esqueleto de pez.

En Cantabria

Cantabria cuenta con una interesante historia sobre el origen de las sirenas, recogida por García-Lomas, que no deja de ser una variante de la leyenda más propagada sobre su origen: la maldición de una madre a su hija.

> Una joven muy linda, de cutis blanquísimo, prodigiosa esbeltez y cantarina en extremo, tenía irresistible afición a recorrer los acantilados o escarpes más peligrosos para pescar mariscos y también para satisfacer sin tasa su apasionada propensión a cantar escogidas arias.
>
> Fue reprendida repetidas veces por su madre para evitarle una posible desgracia y para que moderase sus ininterrumpidas cantinelas. Pero la chica, haciendo oídos de mercader, nunca tomó en cuenta las amonestaciones maternales. Por el contrario, empecinada y presa de deleitación, la enmienda no llegaba, limitándose a recordarlas como si fuesen triviales bagatelas. Y burlona o inconsciente solía tatarear cancioncillas sobre los peñascos, embriagada de euforia.

Pero la madre, cansada y harta de tan tenaz desobediencia y avezamiento, le lanzó en un momento de arrebato la siguiente maldición:

—¡Así permita el Dios del cielo que te vuelvas pez!

Convirtiéndose, en su inmediata escapada a los acantilados, en una bellísima mujer pero con cola de pescado en vez de piernas.

De este cuento surgió una famosa cantinela, que fue popular y aún hoy se recuerda:

La sirenita de la mar
es una moza muy maja
que por una maldición
la tiene Dios en el agua.

Sirenita de la mar
natural de Santander,
que por una maldición
llevas nombre de mujer.

Mi destino es ser amante
de una sirenita del mar,
pues amar no podré nunca
mujer alguna mortal.

Además, hay otra canción conocida en el folclor montañés:

Vi varada una sirena
en la playa del Puntal;
yo me acercaba a la arena
y ella buscaba la mar.

Como es sabido, un pescador que consigue capturar una sirena (cuyos ojos suelen ser del color verde turquesa) recibe como recompensa de Lantarón, el rey-tritón del Cantábrico, un regalo excepcional: el derecho a casarse con ella. Para ello, el pescador debe besar enseguida a la sirena, cuya cola se transforma inmediatamente en dos hermosas piernas. Además, la sirena le entrega su espejo de nácar, que él debe esconder de manera que ella no pueda hallarlo, pues, si así fuera, el hechizo termina, vuelve a transformarse en sirena y regresa al mar. Esta continua esperanza de poder volver algún día al mar es lo que explica que las ex sirenas no amen a sus maridos.

En Cataluña y Baleares

En Cataluña no existe la idea de la maldición, pero sí la de la soberbia. Joan Amades comenta que habitan en magníficos palacios submarinos, llenos de fantásticas riquezas, con una gran iluminación, sabrosos manjares y músicas deliciosas. La sirena siente una gran pasión por los hombres y cada noche, cuando la mar está tranquila y hay un buen claro de luna, sale a flor de agua y entona unas canciones de una dulzura incomparable, acompañándose a veces con un instrumento de cuerda. Se cree que tiene unos vestidos magníficos, muy relucientes y de colores. Lo que no llego a imaginarme es cómo una sirena puede tener el ánimo de ponerse un vestido de esta clase, cuando lo normal, tanto para nadar como para desarrollar sus actividades cotidianas dentro del agua, sería desenvolverse tan sólo con su cuerpo desnudo y escamoso y con la cabellera extendida.

Como en casi todas las leyendas, la sirena fue en principio humana, muy hermosa y vivía en un pequeño pueblo de la costa, pasando largas horas frente a las aguas del mar Mediterráneo ensimismada en sus pensamientos. Todas las propuestas de matrimonio que recibía eran rechazadas de forma sistemática porque, consciente de su gran belleza, «no se podía casar con un hombre que no fuera tan bravo y valiente como el mar».

Un buen día cogió una barca para estar más en contacto con el mar y, al parecer, naufragó. Posteriormente se supo que, con el paso de los años, le salieron escamas y cola de pez, transformándose así en una sirena. Tal vez por esta razón tiene esa mala costumbre de acabar con la vida de los marineros o de provocar tempestades y maremotos.

En algunos pueblos de la costa gerundense existía la tradición de que en la noche de San Juan las sirenas acudían a la playa y se envolvían en fantásticos velos. El mortal que conseguía uno de esos velos tenía asegurada la felicidad para toda la vida, al igual que ocurría con las ropas de las dones d'aigua.

Jacinto Verdaguer hizo exclamar al hada de Rosas —en su poema sobre el Canigó— de esta manera:

Coraleros de Begur
con sus barquitas navegan.
—¡Coraleros, si me amáis,
haréis buena pesca!

Si queréis saber quién soy,
soy un hada ampurdanesa;
las hadas del Pirineo
me llaman Sirena.

Cuando ellos bajan, yo subo,
subo con las manos llenas;
ellos sacan sus corales,
yo, un ramo de perlas.

El archipiélago balear, precisamente por estar repleto de costas, bahías y calas, tiene sus narraciones sobre extraños animales marinos, tritones (llamados «vell-marí») y sirenas que, sin ser muchas, aún los viejos marineros recuerdan. En la isla de Menorca, en la llamada «Cala Rafalet», muy cerca del único bosque existente en la mitad oriental de la isla, se asegura que en el solsticio de invierno y de verano se oyen cantar a «enanitos» (si el sonido proviene del bosque) o a sirenas (si procede del mar).

En Galicia

La más famosa y, posiblemente, más antigua sirena sobre la que existe tradición en tierras gallegas es la «Sirena de Finisterre», en la costa de la muerte, lugar donde aún perdura el remoto recuerdo de la ciudad sumergida de Duyo. Dicha sirena representa la llamada de «a serea» como un canto maravilloso y cautivador que atraía fatalmente a los marineros al agua. Menos mal que tienen, en una bella iglesia románica, al Santo Cristo de Fisterre, el de «a barba dourada», al que invocan y rezan los marineros y les da valor para que no escuchen, cuando se echan a la mar, las voces de los ahogados y de las sirenas. En Galicia existe un origen nobiliario que entronca con estos seres mitológicos. Son los «Mariño de Lobeira», que serán tratados en la tercera parte del libro.

En Asturias

Hasta no hace mucho, los pueblos de la costa asturiana han creído en la existencia real de la sirena, la cual «de medio cuerpo para arriba es mujer, menudina y guapísima, y de medio cuerpo para abajo es pescado».

El folclorista Braulio Vigón escribió el siguiente testimonio hacia 1889: «De las sirenas hablan también nuestros pescadores sin dar mucho asenso a la fábula en que se describe aquel monstruo marino, cuyo medio cuerpo arriba era de mujer y lo restante de pescado. Irónicamente llaman serena de la mar a la mobeya (cuervo marino), cuyo graznido llaman asimismo el cantar de la serena.» Y concluye el citado autor diciendo: «Más que los pescadores, creen los campesinos de la costa en la existencia de las sirenas, cuyo hermoso rostro y dulce canto atrae a los marinos, a quienes hacen sufrir largo encantamiento u ocasionan otro grave daño.»

En Caravia creían que por la noche se acercaban a la costa columpiándose sobre las olas, y que desde el acantilado de Moracey se las podía oír cantar dulcemente al son del oleaje. Este melodioso canto de las sirenas, sin duda su cualidad más notable, está presente en la lírica popular asturiana, como lo testimonia el siguiente cantar:

En el medio de la mar
oí cantar la sirena;
¡válgame Dios, qué bien canta
una cosa tan pequeña!

También en Asturias encontramos que su origen se halla en la maldición de una madre a su hija. Ésta, de nombre Serena, no hacía otra cosa que correr a los peñascos de la mar en busca de mariscos.

—¡Por Dios, mujer —le suplicaba su madre—, estáte quieta en casa un momento, que te pasas la vida entre las peñas!

Pero la hija no le hacía caso, hasta que un día la madre soltó tan temida frase:

—¡Así permita Dios que te hagas pez!

Y así fue, pues al meterse en el agua aquella tarde para coger un percebe, sintió Serena ganas de nadar y, al tenderse en el agua, vio con sorpresa la metamorfosis de sus piernas que se convertían en una cola de doble aleta.

Tanto la sirena como la xana encantada peinan sus cabellos de oro en sus ratos libres, y ambas, sobra decirlo, tienen un origen común. Dentro del cancionero popular astur, cuando de una moza se dice que canta bien, la ponderan de esta manera:

Aquella coloradina
que vive junto a la peña
bebe agua cristalina,
canta como una serena.

En Portugal, por ejemplo, aunque sería extensible a otros pueblos europeos, la historia es muy similar, siendo la frase que grita la madre enfurecida la siguiente:

—Em peixe sejas tu feita...!

Las sirenas de secano

A primera vista se podría pensar, no sin cierta lógica, que sólo existe tradición sobre sirenas en aquellas zonas de España —y del mundo— que lindan con la costa marítima y así ocurre en la mayoría de los casos, como hemos podido comprobar. Pero, por curioso que esto pueda parecer, no se reducen sólo a esos lugares costeros las referencias sobre estos míticos seres, sino que, por el contrario, he encontrado toponimias y leyendas en el interior de España que, de forma directa o adulterada, se refieren a ellas. No es necesario echar mano de viejos romanceros castellanos como el de «Conde niño» y sus variantes, en el cual se hace una velada alusión a ellas y a su canto en la siguiente estrofa:

Mira hija cómo canta
la sirenita del mar.

No hace falta recurrir a párrafos y versos literarios de autores de nuestro Siglo de Oro, porque tenemos también referencias folclóricas, mucho más ricas en matices, aunque muchas de estas leyendas no son otra cosa que versiones cuyo origen hay que buscarlo en alguna localidad costera.

Así, por ejemplo, en la provincia de Salamanca se localiza una creencia ancestral en que las guerras y otro tipo de desgracias eran producidas por alguna sirena preñada, situación que se prolongaba hasta que no paría a su sirenita, cesando entonces las calamidades a los seres humanos.

En el pueblo de Villar de la Yegua aseguran, suponemos que de oídas, que quien escucha su canto estando en el mar tendrá mala suerte, razón por la cual ellos, que son de tierra dentro, están a salvo y de enhorabuena.

En otro pueblo salmantino, El Arco, creen en la vieja versión de la maldición y dicen que una sirena puede transformar a una mujer humana en otra sirena, si a aquélla le han echado una maldición en este sentido, pronunciando, claro está, las palabras exactas.

En el pueblo palentino de Calzada de los Molinos afirman que tienen por única misión cantar bellas canciones que subyugan a los mortales. Y en las localidades de Gañinas de la Vega y Villambroz conservan únicamente, de forma vaga e imprecisa, la idea de que cantan muy bien.

En Vezdemarbán y Abezames, ambos pueblos zamoranos y, por lo tanto, con arraigada solera «marinera», creen que las sirenas velan por la muerte de los marineros cuando están en alta mar. Y en otros lugares hacen referencia al encantamiento del que son víctimas estos seres femeninos, asegurando que con su canto enamoran fatalmente a los jóvenes, o al menos así lo pronostican las consejas del pueblo zamorano de San Pedro de las Herrerías.

La idea de la maldición está tan extendida que aparece incluso en lugares de secano muy alejados de la costa, como ocurre en Segovia, donde existe una copla que dice:

La sirenita del mar
es una pálida dama
y por una maldición
la tiene Dios en el agua.

O ésta de Teruel:

La sirena de la mar
es una moza gallarda
que por una maldición
la tiene dios en el agua.

En el pueblecito leonés de San Martín de Valdetuejar, recostado entre el río Tuéjar y el declive de la montaña, existe un templo románico del siglo XII, en el que están representadas cuatro sirenas (dos en el exterior de la torre y dos encima del pórtico, en el alero de la primitiva iglesia, entrelazando sus colas y con los brazos en cruz, sostenidas por dos canecillos). El cenobio benedictino fue construido por San Guillermo, duque de Aquitania, que debió llegar a este pueblo hacia el 1160 (tenía parentesco con la tercera esposa de Fernando II, doña Urraca López de Haro). Se dice que

estas sirenas del Tuéjar sedujeron a los primitivos monjes del convento y que en la noche de San Martín (11 de noviembre) entonan cánticos y los mozos del lugar no se atreven a acercarse al río por miedo a que las ninfas o janas (aunque algunos incorrectamente las llaman sirenas) los rapten para siempre, hundiéndolos en sus frías aguas.

También hay que indicar que muchos nombres de pueblos, como casi todos los de la comarca de la Serena (Badajoz) pueden tener en su origen toponímico algún relato concerniente a una sirena, pero el estudio de esta cuestión se sale del propósito de esta obra.

2

Las hadas cántabras

Son las anjanucas
primorosas hadas
que en el monte viven
por las enramadas.
En el manto lucen
estrellas de plata
gastan faroluco
en la su «picaya»
que en el «cuento» tiene
florucas de malvas.

CARMEN STELLA: *Viejos mitos de Cantabria*

Las anjanas

CON el nombre de anjanas se conoce en Cantabria a las hadas de grandes cualidades, bondadosas y hermosas. Manuel Llano las idealiza diciendo que las anjanas tienen el espíritu siempre sosegado y poseen todas las virtudes, no existiendo en ellas ningún pensamiento áspero o amargo. Dechados de abnegación, de fortaleza y de limpios propósitos, «el corazón de la anjana es una rosa muy grande con muchas gotas de miel en las hojas y un rocíu que diz son las lágrimas de la Madre Dolorosa. Pero también este mismo autor, en *Brañaflor* y en *Mitos y leyendas de Cantabria*, dijo de ellas que a veces recorren los pueblos en forma de viejas para probar la caridad de las gentes; si son caritativas, las premian con diversos regalos y dones, pero si no, las castigan con picores espantosos, es decir, habla de anjanas malas al modo de brujas perversas.

La diferencia básica entre estas anjanas montañesas y las xanas asturianas no hay que buscarla en su belleza, pues son tal para cual, sino en que las



Las más estrambóticas flores y las más hermosas setas se pueden contemplar cuando se traspasa el umbral de nuestro mundo físico y nos adentramos en el fascinante «País de las Hadas».

primeras suelen usar, dentro de su personal ajuar, capas y bastones para realizar todo tipo de «milagros», algunas de ellas tienen alas, no roban a los niños y no poseen ganados.

El inmisericorde Adriano García-Lomas arremete contra Llano y sus particulares «anjanas», diciendo que «la mayoría de los abundantes relatos que sobre las anjanas incluye este autor no tienen el apresto utilitario para este tema, por lo que nos abstenemos de reproducirlos», y no le falta razón como tendremos ocasión de comprobar.

No obstante, separando el trigo de la paja y siguiendo con la poética y personalísima descripción que de las anjanas hace Manuel Llano, habría que decir que éstas abandonan al amanecer sus moradas secretas, siempre invisibles para los hombres. El suelo de las mismas es de oro y las paredes de plata, si bien sus entradas pueden en ocasiones ser percibidas entre la niebla del amanecer. Las anjanas cuidan la entrada a su mundo, regando con una jarrita luminosa las flores silvestres que nacen en la boca de la gruta encantada. Antes de salir de sus cuevas, se limpian y peinan el cabello con peines de coral y lo adornan con lazos de seda. Después,

en la salida de la gruta, se encuentran con todo tipo de pajarillos, que las reciben piando, pues ellas pueden perfectamente entenderse con los animales, ya que conocen el lenguaje de los pájaros y de las flores (la «gaya ciencia»).

Como espíritus elementales de la naturaleza que son, comprenden todos los secretos de las poderosas fuerzas de la naturaleza. Conversan con las fuentes y las aguas, que a su sola presencia se agitan y revuelven, al tiempo que aumenta el soplo del viento. Luego se sientan tranquilamente a descansar a la orilla de los arroyos, para retornar a media mañana a su mundo. Pero antes realizan una serie de trabajos benefactores, como limpiar las fuentes, bendecir los rebaños de los pastores, acariciar y reparar los árboles dañados, enfermos o viejos, limpiando sus grietas o eliminando los daños de algún incendio, en los robles, abedules y castaños.

Cuando anochece, salen de nuevo y marchan hacia el monte comprobando la hermosura de los campos, satisfechas del trabajo realizado. Finalmente, retornan a sus hogares subterráneos a descansar en lechos brillantes y hermosos.

Es conocida la afición que tienen las hadas a los cánticos y al baile, pero de las anjanas se dice que tan sólo cantan dos canciones: una muy alegre, parecida a una seguidilla de baile, y otra muy triste que parece el lamento de una madre desconsolada. El instante más propicio para verlas físicamente es mientras están cantando, sobre todo si el cántico coincide con el momento mágico del crepúsculo del amanecer o del atardecer (Robert Kirk comentaba que a las hadas se las puede ver en el intervalo de dos parpadeos).

Una vez al año, el día de Viernes Santo, a todas las anjanas les da un arrebato religioso, vistiendo capas negras y escondiendo sus rubios cabellos bajo pañuelos del color de la ceniza.

Algunos datos sobre su aspecto físico nos los proporciona Bruno Díaz, de la localidad de Carmona, cuando relata a Manuel Llano el encuentro que tuvo una moza montañesa con un hada en Peña la Mena. Un atardecer, volvía la muchacha de recoger leña, cuando se encontró de repente con una anjana. Ésta llevaba unos zapatos de color marrón con unas hebillas que «no eran de hierru, ni de metal, ni de plata, ni de oru. No se sabe de qué eran esas hebillas tan guapas» (a veces se habla de que usan sandalias hechas con piel de comadreja).

Explicó que las anjanas vestían de blanco, con «unas pintucas deslumbrantes que parecían estrellas. Tenían la cara igual que las personas, pero más descoloría. En la primavera cogían flores pa jacese unas coronas mu majas y el invernu se atotogaban con una capuca negra con puntucos blan-

cos. Usaban una picaya de espinu y tenían en la frente una cruz encarná». (De las alojas catalanas se dice que tienen una estrella, al igual que las mozas del agua). En alguna ocasión se ha mencionado que en la frente se observan unas «rayucas morás» que parecían arrugas de vieja.

Para García-Lomas, las anjanas montañesas dejaban de serlo y perdían sus atributos una vez que se desposaban, puesto que entonces se convertían en unas viejucas (como la mencionada por Juan Sierra Pando en su cuento *La onjana y el sevillano*). Asegura que en estas tierras no ha habido leyendas sobre «anjanos», y menos con tres ojos, como afirma el exagerado de Manuel Llano.

Interesa detenernos en varios puntos de cierto interés, como son los relativos a su báculo, su capa y sus alas. A las anjanas casi siempre se las describe provistas de un cayado o báculo de distintos colores, con los cuales realizan todo tipo de prodigios. En ocasiones, estos cayados, en los que se apoyan para caminar, terminan en una luz o una estrella luminosa en la noche. El báculo suele estar hecho de una madera desconocida y nudosa, aunque a veces se determina que era de espino o de mimbre recogida de la orilla del río. Este bastón siempre lo llevan en la mano derecha. El distinto color del báculo puede determinar la clase de prodigios que puede realizar, aunque también puede ser en función del momento o del resto de su vestimenta, pues, como coquetas que son, suele hacer juego su vestido o su capa con el color del cayado. En lo que todas las leyendas están de acuerdo es en que con tocar a alguien o a algo con este trozo de madera se producen fenómenos de todo tipo. Lo normal es que sirva para curar enfermedades con sólo tocar el cuerpo de los enfermos, aunque pueden tener otras finalidades. En una leyenda se dice que si la anjana toca con su vara verde la corona de espinas verdes que lleva sobre su cabeza, ésta se podía transformar en piedra, en árbol, en una joven o en una vieja como a ella se la antojase. Cuando la picaya es azul, sirve para espantar e incluso matar a los lobos y alimiñas del campo con sólo rozarlos. La verdad es que no siempre llevan en su mano derecha una picaya, a veces portan una rueca de hilar de color rojo (valle de Herrerías), una campanilla de oro (Ubiarco) o una bolsa de dinero para remediar así las necesidades que encuentran en el camino (Toranzo).

Otro aspecto a reseñar es el de sus ojos, que suelen ser siempre muy profundos y de color negro, aunque en ocasiones se las describe con los ojos verdes, la cara amarilla y capa negra, siendo consideradas por Llano como anjanas malas. Respecto a su vestimenta, aparte de los vestidos o túnicas largas que llevan, es frecuente señalar que tienen una capa que, según la época del

año, adopta un color distinto. Para las anjanas de los montes del valle de Herrerías, su capa es del color de la ceniza, y en localidades como Virgen de la Peña, así como en Ruiseñada, su capa es amarilla. No está claro el material de estas capas, pero se describe como de terciopelo o de seda.

En otras leyendas se hace hincapié en lo que pueden vivir, no existiendo acuerdo sobre si son 200 o 400 años los que permanecen sobre la tierra.

Aunque no es muy frecuente, se suele mencionar la presencia de alas en las anjanas, que de poco les sirven, salvo para volar detrás de las brujas cuando iban a sus conciliábulos en Cernégula (Burgos) y así cortarles el camino para que vuelvan a sus casas y no hagan mal al prójimo.

Es interesante también señalar su devoción religiosa y su fervor por la oración, aunque me temo que esto es una pequeña aportación de Manuel Llano al mito de las anjanas, ya que las hadas, por lo general, no son muy amigas de los símbolos cristianos y menos de sus costumbres, por las razones que ya expuse al comienzo de la obra. Llano las hace rezar una jaculatoria antes del amanecer «por toas las desgracias de los hombres», y al anochecer, antes de volver a sus palacios, rezan de nuevo. Incluso si un simple mortal se quiere poner en contacto con ellas, busca su protección o simplemente quiere encontrar algo que ha perdido, tiene que saber pronunciar una oración adecuada, como ésta:

Anjanuca, anjanuca,
güena y floría,
lucero de alegría,
¿ónde está la mi vacuna?

Si una persona se pierde en el monte con niebla, basta con que pronuncie media docena de veces estas palabras: «Anjana blanca, ten piedá de mí. Guíame por la oscuridad y por la niebla. Líbrame de los peligros y de los malos pensamientos», para que encuentre el camino de salida. A la vista de todo esto, ¿no es verdad que estas anjanas se parecen sospechosamente a las vírgenes del santoral cristiano?

Las moras de Carmona

Aunque las leyendas morunas debieron ser argumento socorrido en más de una velada, la verdad es que con el tiempo no se han extendido tanto

como en otros lugares de España. No obstante, encontramos referencia a unas extrañas «moras» en Cantabria, aunque algo distorsionadas por la pluma del tan citado Manuel Llano. Digo que son extrañas porque, por un lado, Llano las asocia directamente con las musulmanas y, por otro lado, sus actitudes nos recuerdan a las de los trasgos. Comenta que en la zona de Carmona y Rionansa, las anjanas se confunden con otro tipo de seres femeninos de la naturaleza, cuales son las «moras», que vivían refugiadas en cuevas desde el acontecimiento histórico de la batalla de Covadonga. Se refugiaron en las montañas próximas a estos pueblos y allí permanecieron por espacio de algunos meses. Al norte de Carmona, en la Peña de Mena, existe una «cueva de las anjanas» que sería *la morada donde moran estas moras* (diría Don Mendo), caracterizadas por un defecto: su glotonería; bajaban los domingos, mientras la gente oía misa, a robar las boronas en las casas que las cocían entre las cenizas. Las aldeanas y campesinas, ya escarmentadas, colocaban piedras redondas en lugar de las boronas. Las moras, que al parecer eran un poco estúpidas, las cogían y, lógicamente, se abrasaban las manos, gritanto: «¡Peldá! ¡Peldá! ¡Peldá!»

Conociendo un poco el estilo de Manuel Llano a la hora de tratar los seres mitológicos de su tierra, no me extrañaría que haya mezclado estas costumbres que atribuye a las moras con las que se atribuyen a los famosos trasgos, seres domésticos en los que es más lógico este comportamiento tan ingenuo, estúpido e infantil.

Por su parte, García-Lomas rescata una vieja leyenda, surgida cerca del pueblo de San Vicente de León y del de Los Llares, según la cual, en el lugar denominado «La regata de oro» solía aparecer una mora conversa que, al sentir de las gentes del lugar, estaba encantada y que en determinadas ocasiones salía de su refugio para transformarse en una anjana cautivadora, provista de una picaya en cuyo extremo llevaba una estrella reluciente para guiar solícita a los pastores despistados o caminantes extraviados en la nieve, en el recorrido comprendido entre Bárcena Mayor y los pueblos inmediatos de San Vicente de León, Los Llares y Valdiguña. Cuentan que para reanimarlos les hacía beber un pocillo de «haticuenta» (aguardiente de orujo), con resultados fulminantes.

Las anjanas de Treceño

En una pequeña revista trimestral cántabra —*Peonza*— de abril de 1994 aparece el testimonio de una comunicante, Blanca, que habla de su bisa-

buelo llamado Fernandón, el cual asegura que llegó a conocer a las anjanas, hará de esto unos ciento cincuenta años aproximadamente, y decía que vivían en la cueva Argel, que está encima de Treceño y es muy profunda, pues bajaba hasta el pueblo desde el Monte Corona, desembocando en un caserón en ruinas que había «en la parte más allá de lo que es hoy la gasolinera de Treceño». Los niños, para matar el tiempo, tenían por costumbre tirar a un perro en la cueva y lo veían salir en la parte de abajo. «Yo me acuerdo de oírselo a mi abuela.» La comunicante también habla de una señora llamada Dolores que se había casado con un nieto de una anjana, quedándose viuda, y con la cual su bisabuelo Fernandón tuvo relaciones.

Asegura que las anjanas estaban en la entrada de la cueva, tomando el sol en compañía de sus hijos, y a ella le contaron que tenían unos pechos muy largos y muy grandes, dando de mamar a los críos por la parte de atrás, por la espalda, gracias a la largura de sus pechos, y eso que decían que eran muy buenas mozas, altas, guapas, morenas, con largas melenas de color castaño. Y ellas siempre estaban sin marido, a los que no veían nunca. Según su abuelo, los anjanos eran cazadores y tenían unos enormes perros.

Las anjanas vivían solas en la cueva Argel, sin bajar al pueblo; sin embargo, eran visibles para las gentes de Treceño, que las veían dando de mamar a sus hijos, sentadas y sin decir una sola palabra, y todo esto se lo contó su abuelo que murió con 90 años; el padre de éste le contaba que nadie se aproximaba a ellas y que estaban reunidas en grupos de cuatro o de cinco. Las veía ir a lavar al río cercano y luego subían hacia la cueva para tender su ropa. Vivían pobremente, con ropas poco vistosas, casi andrajosas. Sus faldas les llegaban hasta los pies y llevaban los pechos siempre al aire.

De este testimonio se pueden sacar dos claras conclusiones: una es que estas anjanas de Treceño son muy parecidas a las ijanas de Aras, en cuanto a sus deformes pechos, sobre todo, no tanto en cuanto a sus taciturnas costumbres, y otra es que esta descripción poco o nada tiene que ver con la que nos proporciona el folclorista Manuel Llano de sus angelicales anjanas. Existen más visos de una posible realidad en este relato que el que nos suministra Llano, cercano a la ñoñería.

A pesar de las distintas versiones que sobre las anjanas nos han llegado, ello no obsta para pensar que todos estos relatos tienen sus partes concordantes y complementarias. No hay que olvidar que al lado de un aspecto real, cual es su posible existencia en estas tierras cántabras, tienen también un aspecto simbólico importante: son las hadas buenas, cuya misión es realizar aquellos sueños que los niños depositan en ellas.

Hechiceras e hilanderas

Al referirnos páginas atrás al origen del nombre «hada», hemos comentado que tanto anjana como xana proceden del término medieval «jana», que por aquella época se le hacía sinónimo de hechicera. Como todos los seres mágicos vinculados a un lugar, están asociadas a un elemento propio del terreno, ya sea una fuente, un arroyo, una peña o un bosque.

Al lector le parecerá que todas las hechiceras que Manuel Llano designa con este nombre en Cantabria son muy similares entre sí, lo cual es cierto, ya que probablemente hace miles de años eran idénticas e incluso es casi seguro que tengan el mismo origen, pero al centrarse en un área determinada, fueron perdiendo su influencia y su poder mágico, quedando relegadas a dicho lugar, cada vez en un radio de acción más pequeño, hasta, finalmente, no alejarse de su cueva o de su peña. Muchas de ellas son seres tristes y bondadosos con las gentes, usando el poco poder que les queda para hacer el bien, mientras que otras, en cambio, no soportaron la pérdida de su condición de Seres de la Luz, que les permitía desplazarse a voluntad, sin tener que regirse por las leyes físicas de la existencia material, odiando a los humanos, a los que consideran responsables del desorden generado en el entorno natural en el que ellas solían vivir. Físicamente son muy dispares, puesto que algunas, generalmente las más poderosas, aún conservan en plenitud su belleza, mientras que las demás han ido perdiendo su hermosura, lo que les hace parecer tristes y apagadas.

Luis Mantecón Fernández, maestro de escuela, relató a Llano interesantes datos acerca de unas peculiares anjanas de La Montaña, de las que en la actualidad se ha perdido todo rastro. En Lamasón (Cantabria) existía un grupo de seres, denominados por las gentes del lugar como «hechiceras», de características muy definidas: cenceñas, demacradas, morenas, tristes, con ojos grandes y melancólicos. Sus cabellos, a diferencia de otras anjanas, eran totalmente negros.

Vivían en moradas subterráneas con entradas escondidas para que no las localizasen los hombres. Sus poderes eran prodigiosos, empleándolos siempre en favor de los necesitados. Antiguamente estos poderes los usaron para ayudar a levantar los dólmenes y los menhires, pero, con su pérdida paulatina de energía, al final sólo usaban su increíble fuerza en contadas ocasiones. Su labor se limitaba a ayudar al leñador caído debajo de un árbol, a la moza que se fatigaba al llevar un cántaro o a los ancianos que no podían con la carga. Sus demostraciones eran, en ocasiones, bastante espectaculares. Se

sabe de una hechicera de Lamasón que levantó un gigantesco árbol que obstruía un río y desviaba su corriente, inundando los campos.

Carecen de tesoros, no poseen sedas ni objetos lujosos y sus regalos no son nunca materiales. Tienen un báculo, en forma de cachaba nudosa, que utilizan para apoyarse al andar. En la vuelta del bastón tienen una estrella en la punta que resplandece en la noche y con la que enseñan el camino a quienes se pierden en la niebla o en el bosque.

De características muy similares a las de Lamasón, tanto en su aspecto como en sus costumbres, se hablaba en Obeso, Cabrojo y en algunos pueblos de Polaciones y Peñarrubia, de unas anjanas-hechiceras que utilizan bastones, los cuales también tenían un farol en la punta, con prodigiosas propiedades, que cambiaba de color cada día. En Marcadal (valle de Reocín) había unas anjanas que habitaban en el interior de las ruinas, muy semejantes a las de Poblaciones, a pesar de la separación de ambos valles.

Cuenta Manuel Llano que en algunos pueblos montañeses de Valderredible vivían unas extrañas «brujas», parecidísimas en todo a las hechiceras, desde su hermosura, hasta sus vestimentas blancas y brillantes, aunque parecían estar siempre muy tristes. Por sus obras se sabía que eran bondadosas y amables. Gustaban del sosiego y de la tranquilidad. Quizás por ello solamente se dejaban ver cerca de las ruinas, en caminos escondidos y en lugares apartados del bosque, así como junto a los arroyos de agua cristalina.

No llevaban nunca báculo con estrella, ni ruecas, ni campanillas, y no hacían jamás ostentación de riqueza. Andaban descalzas, y su única y hermosa relación con los humanos se limitaba a hacer el bien, socorriendo a los desvalidos siempre que tenían alguna oportunidad, cubriéndolos con su capa.

Por su aspecto, es fácil adivinar que en otro tiempo las «Brujas de Valderredible» fueron hermosas como las hadas, y aún lo son, si bien su belleza está más acorde con la de los humanos. A diferencia de lo que ocurre con la mayoría de las que hemos denominado «hechiceras», se adornan los cabellos y la cintura con rubias espigas de trigo en forma de corona.

Las xanas asturianas a veces también reciben el nombre de hechiceras, como demuestra esta poesía popular recogida por Manuel Pidal a finales del siglo XIX:

¡Ay!, que una xana hechicera
lavando está en fuente noble,
lavando madejas de oro,
vestida de mil primores.

Otra variante de las anjanas serían las denominadas «hilanderas», caracterizadas por tener un poder aún más fuerte que las llamadas hechiceras y concentradas en un área geográfica muy limitada, comprendida entre los montes del valle de Herrerías. Presentan grandes analogías a primera vista con las anjanas; sin embargo, las hilanderas son fácilmente visibles en su forma material, ya que no están incompletas, y muestran tantas semejanzas con los hombres que pueden mezclarse con nosotros sin ningún problema. De hecho, según decían los que las han visto, eran hermosísimas, «más guapas que las mozas más guapas», recias y de elevada estatura.

Andaban sólo por la noche, vestidas de blanco y calzadas con escarpines blancos que hacían con la lana de las ovejas que se quedaba entre los escajos, y usaban capas de color ceniza o amarillentas. Siempre llevaban una rueca encarnada, con la que no paraban de hilar, de ahí que el vulgo las llamase «hilanderas». En Ubiarco se decía que en vez de una rueca tenían una campanilla que, al tañirla, hacía que cayeran perlas que solamente los niños y las doncellas podían ver, por lo que, siguiendo el símil, habría que denominar a estas últimas como las «campanilleras».

Siendo, como eran, muy ricas, dejaban frecuentemente oro y monedas en las puertas de las casas de la gente que a juicio de ellas se lo merecían. En ocasiones se acercaban a los pueblos, donde compraban lana que después regalaban a los pobres, dejando a todo el mundo con la boca abierta debido a su extremada belleza.

Las ijanas de Aras

En el valle de Aras habitaban (porque ya no hay constancia de que todavía habiten) un pequeño grupo de elementales femeninos absolutamente diferentes a sus parientes de los alrededores. Conocidas generalmente como ijanas (y en menor medida como onjanas), eran revoltosas, juguetonas, burlonas, alegres, golosas y tan pícaras como el trenti o el tentirrujo. A menudo se las ha confundido con otros seres femeninos míticos, como eran las ojáncanas, las cuales tan sólo tenían un ojo.

Las ijanas vivían debajo de la tierra, en cuevas con la entrada estratégicamente escondida. Bebían en los arroyuelos y en las fuentes y vagaban alegres por las montañas. Como eran muy golosas les encantaba la miel de las colmenas y cualquier dulce que pudiesen quitar a los campesinos.

No conviene olvidar que toda la zona del valle de Aras guarda muchos misterios, como también ocurre con la Peña la Mena, siendo lugares donde



Lo que más llama la atención de estas hadas cántabras son sus desproporcionados pechos y el modo como se las ingenian para dar de mamar a sus hijos.

—si nos atenemos a las leyendas— se podrían localizar «puertas inducidas», «zonas ventanas» o entradas al País de las Hadas en Cantabria. Así, cabe señalar que, frente a la caverna prehistórica de San Miguel de Aras, existe un monte cónico dentro del cual se supone que se oculta un lecho de oro guardado por un dragón.

No hay acuerdo entre los especialistas sobre el vestuario real de las ijanas, principalmente porque las muy picaruelas probablemente iban desnudas, tal y como aseguran la mayor parte de los montañeses que alguna vez tuvieron oportunidad de verlas. Así, unos manifiestan que solamente cubrían sus partes pudendas con sus bonitas y largas melenas rubias o pelirrojas, en tanto que otros creen que de la cintura a las rodillas llevaban un lienzo de un color difícil de determinar.

En algunos casos se cubrían con largas capas negras con cinturones de oro, y algunas tenían un pecho descomunal que echaban sobre su hombro derecho, con cierto desparpajo, característica común a gran parte de las mujeres élficas de los bosques del norte de Europa y Escandinavia, así como a la horrorosa, mítica y montañesa ojáncana, que nada tenía que ver con el mundo de los elementales.

Gracias a Manuel Llano sabemos lo traviesas que eran las ijanas, pues consiguió recoger una interesante historia que ocurrió tiempo atrás en la localidad de San Pantaleón de Aras.

Las ijanas eran sobradamente conocidas en el pueblo y, sabiendo las gentes lo susceptibles que podían llegar a ser, las respetaban y trataban con el mayor de los cuidados, menos el cura, que se burlaba constantemente de ellas.

El cura habitaba en la Quintana, que era una casa cercana a la cueva en la que vivían las ijanas. Cada vez que el sacerdote bajaba al pueblo, entraban en su casa y le revolvían los muebles, comían los dulces y no dejaban nada en su sitio.

En una ocasión, el cura preparaba la matanza de un cerdo. El hombre que estaba encargado de realizar la tarea le comunicó que no había ningún cuchillo en la casa. Cuando trató de buscar uno en el pueblo, descubrió que tampoco pudo encontrar ninguno. Todos pensaron que las ijanas eran las culpables y que lo habían hecho para vengarse de las burlas del cura. Al día siguiente fueron al pueblo vecino y allí consiguieron un cuchillo, realizando luego la matanza como todos los años y haciendo las acostumbradas morcillas, que colgaron de una vara para que se curaran.

No mucho tiempo después, cuando el cura volvió de decir misa, se encontró con que las morcillas habían desaparecido y en su lugar colgaban las sotanas, los alzacuellos, los bonetes, etcétera.

Algunos días más tarde unos cuantos vecinos del pueblo aseguraron haber visto a una ijana bebiendo agua en un arroyo, comprobando que estaba mucho más gorda, al parecer de tantas morcillas como había comido. En cuanto el cura lo supo, trató de tomar todas las precauciones posibles, cerraba las ventanas y las puertas y guardaba todo cuidadosamente, más no servía de nada; cuando regresaba al hogar, siempre encontraba todo revuelto y la alacena vacía.

Un día, el sacerdote convenció a un vecino para que amontonara carros y leña en la entrada de la gruta donde se decía habitaban estas engorrosas ijanas y le prendiera fuego, como así se hizo. En el pueblo pensaron que estos seres femeninos habían perecido abrasadas, pero cuál sería su sorpresa cuando una mañana descubrieron que todas las entradas a la casa del cura y del vecino que le ayudó estaban taponadas por maderos y leña.

Las ijanas no fueron vengativas y no llegaron a prender fuego a las casas, pero desde entonces nadie en el pueblo ha vuelto a burlarse de ellas, pues son conscientes de su extremado poder y de que realmente nunca han pretendido hacer daño físico a los humanos.

Lo cierto es que aquellos montañeses que vieron u oyeron hablar de estos personajes fantásticos femeninos las diferenciaban muy bien de las bellas y proporcionadas anjanas, a pesar de su similitud fonética.

En otros puntos de Cantabria, como en Mirones (Miera), se cuenta que los más pequeños eran advertidos de que no se acercasen por una determinada torca (cavidad natural muy profunda) porque allí habitaban los «ijanos».

Las mozucas del agua

Manuel Llano, por los datos que tenemos, pensamos que traslada a su mitología cántabra la existencia de unas hermosas muchachitas que habitan las profundidades de los lagos que, en la Grecia clásica, se denominaban «patámides», formando parte del extenso grupo de las ninfas.

Estas mozucas, a las que describe con detalle en su obra *Brañaflor*, son de aspecto semejante a las anjanas y pueden invertir el orden normal de las cosas, convirtiendo en feliz al desgraciado. Casi todo su tiempo lo pasan jugando o tejiendo hermosas madejas de oro. Por estas causas, García-Lomas considera que las mozucas de agua no se ajustan a las tradiciones de la Montaña y que son una mezcla inspirada en las ondinas, así como una versión acomodaticia de las dones d'aigua catalanas y las xanas asturianas.

Para comprobar este aserto, tan sólo hace falta que leamos textualmente algunos párrafos de Llano donde se aprecia su retórica y su imaginación: «Las mozas del agua eran muy majas y salían de las juentes y de los rius, vestías con capas de hilos de plata y de oru... Eran chicucas y tenían en la frente una estrella del color de las nubes cuando el sol se va... En los deos de la mano derecha gastaban unos anillos blancos, y en la muñeca de la mano izquierda una argolla de oru con franjas negras apaecía a las gargantillas que usaban las viudas haz muchos años... Si algún mozo podía coger un hilu de las madejas, las mozas jalaban de él y le llevaban a su palaciu, onde se casaba con la mas guapa de toas. Tos los años, el mesmu día de San Juan, salía el mozu del agua con la su mujer y sembraban por los senderos del monte una gargantilla, un anillu y un coral, que na mas que podían ver las pastoras honrás y cristianas...»

Según bailan, brotan de cada pisada unas florecillas amarillas y rojas de vida muy efímera, ya que se deshacen en el aire como la espuma. Se dice que si alguien consigue coger una de esas flores antes de que se deshaga, será feliz y rico toda la vida, pero todavía no se conoce a nadie que haya logrado tal dicha. Las mozucas del agua son celosas de sus costumbres y sólo bailan cuando no hay nadie observándolas, de modo que es prácticamente imposible encontrar una florecilla entera cuando interrumpen su baile.

En definitiva, lo que hizo Manuel Llano no fue «inventarse» a las ninfas de Cantabria, porque éstas están presentes en todos los mitos de nuestro país, sino que las aliñó y recreó a su gusto tomando aportes de otras leyendas.

3

Las hadas asturianas

Las xanas o chanas, como dicen en el país; las jianas, jainas o juanas, como en buen castellano acaso debiera decirse —observó Miranda—; las Diosas Astures, en fin, de lagos y fuentes, existen, ¡ay!, sin disputa. Yo no os diré ahora si las tengo o no vistas, pues la visión astral y la etérea, relativamente tan fáciles de desarrollar como sabéis, suelen ser título de dudosa gloria, y las más de las veces un triste privilegio del que no hay para qué envanecerse. Sólo, sí, os prevengo, que hago votos sinceros porque vuestro buen karma os permita no tropezároslas alguna vez en vuestro sendero hacia el ocultismo...

MARIO ROSO DE LUNA: *El tesoro de los Lagos de Somiedo* (1922)

Las xanas

UNA de las primeras menciones de las xanas se debe a la pluma, no de un escritor asturiano, sino del escritor romántico leonés Enrique Gil y Carrasco, quien, quince años antes de que Tomás Cipriano Agüero publicara los primeros trabajos monográficos sobre la mitología asturiana, viajó por Asturias en 1838 y en marzo del año siguiente apareció el relato de sus impresiones en el «Semanario Pintoresco Español». En este poco conocido artículo y sumamente revelador, habla de las xanas, dándoles el nombre de janas: «La otra creación de su fantasía, aunque más limpia y risueña al parecer, no por eso les infunde (se refiere a los asturianos, obviamente) menos interés y pavor. Dicen que hay una especie de lindas mujercitas de plata que salen por el agujero de las fuentes, que hacen coladas más blancas que la nieve y secan

sus delicadas ropas a la luna, retirándose con ellas apenas se acerca algún importuno que las estorba en tan inocentes ocupaciones. A estas mujercitas, de un codo de estatura, misteriosas y llenas de poder en la mente de estos montañeses, señalaban con el nombre de janas.»

La descripción física de las xanas suele ser muy poética: van desnudas o bien cubiertas con velos y gasas transparentes, sus cabellos son largos y brillantes, tienen una belleza excepcional «tan bonita y tan graciosa como un rayo de luz al amanecer»... Para Jove y Bravo, «son pequeñitas como los gnomos sajones, vaporosas como niebla, hermosas, envueltas en plateadas túnicas.»

Abundan mucho las xanas que custodian tesoros infinitos, teniendo por costumbre jugar a los bolos con una bolera de oro finamente tallada, sobre la alfombra del prado en las mañanas de San Juan. Aurelio de Llano prefiere describir a las xanas como una especie de ninfas pequeñitas, de extraordinaria belleza, que tienen un cabello muy largo, visten el traje típico del país y son cristianas (a diferencia de las lamias). Sin embargo, a semejanza de las lamias, habitan en cuevas y fuentes y se peinan los cabellos con un peine de oro (como asimismo hacen las «gojes» o «donas d'aigua»). De Llano dice también que algunas de ellas están encantadas, con lo que, a *sensu contrario*, está diferenciando —aunque no lo desarrolla en su obra— a las xanas genuinas de aquellas que acceden a esta condición por algún tipo de encantamiento.

Según diversas leyendas asturianas, las xanas visten ropajes blancos o floreados y aparecen en las cuevas o en las fuentes de agua cristalina, rodeadas de tesoros, siendo todo lo que poseen de oro, sean gallinas, pollos, peines o ruecas. Su pasión favorita es hilar madejas de oro finísimo o danzar en corro con sus compañeras, saltando alegres y contentas mientras cantan, acción con la que enamoran a los pastores o a todo aquel que las escuche. Algunas leyendas señalan el hecho de que las xanas, al tiempo que tejen, vigilan a los moros cautivos y encantados.

A diferencia de las anjanas, que se las asocia mucho más a la tierra y a los bosques, las xanas están muy unidas a las fuentes y a las aguas, gustando de salir gozosas de entre la espuma de las cascadas y las ondas de los ríos.

Cuando cae la noche, extienden en la orilla de los ríos las madejas de oro hiladas durante el día, haciendo de ello un divertido juego, al tiempo que bailan, hasta que el sol empieza a despuntar.

El cura párroco de Berber (Asturias) cuenta una curiosa historia que recoge Constantino Cabal, cuyo protagonista es un aldeano de Otero —en Somiedo, Villamor— que salió una noche a regar y, al volver a su casa por

el alba, dio un rodeo por el Prado de las Tercias para no ser oído. Encontró tendidas en ese prado una apetitosa colada de madejas de oro, aprovechando la ocasión para coger la más cercana, pero en ese momento alguien le gritó: «¡Ladrón, a ver si la sueltas!» El aldeano no hizo caso y echó a correr, persiguiéndole una xana-hilandera enfurecida, no teniendo más remedio que arrojar la madeja y encomendarse a la Virgen; en ese mismo instante la Xana se detuvo y dijo así:

—«¡Esto te valió!», y acto seguido se marchó de allí.

Se sabe, gracias a ciertas leyendas, que en el fondo de las fuentes que habitan, tienen las xanas un hilillo de oro que no se rompe nunca, y quien lo devane todo él sin soltarlo, al final saca a una xana, desencantada y feliz. Una vez, un afortunado se apoderó de uno de estos hilos y se lanzó al río en su afán de desenrollarlo, penetrando así, casi sin darse cuenta, en la caverna —palacio de las xanas, pero allí quedó cautivo de los encantos de estas mujeres que supieron agasajarlo, haciéndole renunciar a su libertad. Esto ocurrió en una mañana de San Juan, único día en que tal aventura puede acontecer. Jove y Bravo considera que sus palacios son de roca, cuya entrada cubren permanentemente las aguas.

Lugares favoritos de las xanas

El mito de la xana se va extendiendo progresivamente desde el este de Asturias hasta el oeste. Si trazáramos una línea que vaya desde la orilla del mar, en Cudillero, hasta un punto del límite de Asturias con la provincia de León (donde se las llama janas), pasando por Belmonte de Miranda y Somiedo, hallaríamos su delimitación geográfica. Nos pone sobre la pista Aurelio de Llano, diciendo que desde esta línea hasta el extremo occidental, no aparecen más datos sobre xanas, ni cuevas, ni fuentes, ni arroyos con ese nombre, ni personas ancianas que oyeran hablar de ellas, todo lo cual demuestra que el mito entró en Asturias por el este, esto es, por Cantabria. En las cuevas y fuentes del occidente astur, detrás de esa línea divisoria, viven, en cambio, las «encantadas», las cuales se dejan ver tan sólo en el día de San Juan, pero de las que se han conservado muy pocas leyendas. Respecto a las «encantadas» orientales, que viven junto a las xanas pero independientemente de éstas, tienen leyendas muy poéticas, a la par que simbólicas.

Algunos lugares tradicionales donde se han ubicado las moradas de las xanas son, según el citado autor, los siguientes:

— Cueva de la Cogolla en el Monte Naranco (Oviedo).
— Cueva del Moru (Colunga).
— Cueva del Castiellu de Aguilar (Muros de Pravia).
— Cueva del Lago (Pola de Leno).
— Cueva de la Xerra de la Pisón (Monte Alea).
— Cueva de la Injana, en la Sierra del Trave (Ribadedeva).
— Fonte la Xana en Aguino (Somiedo).
— La Fonanona de Llamosu (Belmonte).

Pero existen muchos más y apenas hay asturiano, viva donde viva, que no conozca de primera, de segunda o de tercera mano alguna conseja o relato fantástico relacionado con estas xanas principescas (pues del Principado estamos hablando).

Se las asocia con encantamientos y con abundantes tesoros ocultos que caprichosamente suelen ofrecer a los mortales (a diferencia de los gnomos o enanos, que son más tacaños y reticentes a la hora de otorgar estos dones). Esto ha sido objeto de cierto confusionismo lingüístico y mitológico, pues en Asturias existe, asimismo, el mito de las Ayalgas, que no son otras que xanas encantadas que custodian tesoros.

Sánchez Dragó, como inquieto buscador e investigador de todos los temas relacionados con la España mágica, hace mención de algunas costumbres de las xanas en su *Gárgoris y Habidis* (1985) con estas palabras: *«Y escuché cerca de Luarca, en la braña de Lairiella, la increíble y estupenda historia exhumada, durante su único paréntesis de sinceridad, por un detestable charlatán de pista circense, el vaqueiro más redomado y menos espontáneo de cuantos aquel viaje me deparó. Gusta de peinarse —dijo— sobre una peña situada no lejos de aquí cierta xana famosa por su hermosura y generosidad. Los hombres pueden y deben acercarse a ella mañanitas de San Juan para decirle: "Toma mi pobreza, dame de tu riqueza." Entonces el hada se transforma en bicho y empieza a enroscarse lentamente en el cuerpo de su interlocutor, anillándolo de pies a cabeza. Si el mitado aguanta y no se descompone ni siquiera al percibir el aliento del animal en sus pestañas, éste recula sin apresurarse, regresa a la roca, se instala nuevamente en su apariencia de espíritu femenino, llena el cesto del vaqueiro con objetos sutiles o invisibles y le conmina a llevarlo hasta su casa sin bajar la vista. Desenlace más que evidente: se descubre oro a raudales en el cuévano de quien supo obedecer.»*

El topónimo de xana es habitual en Asturias. Su nombre se encuentra en casi todas las partes. El camino del llamado «desfiladero de las xanas» (Santo Adriano/Quirós), hermosa garganta fluvial que encajona el río Las Xanas o Viscas, empieza en la zona denominada «Molín de las Xanas», poco antes de llegar a Villanueva (Santo Adriano), y así continuamente nos vamos encontrando a cada paso con su recuerdo. En Quirós, sobre el peñón de Brégola, apareció un día una xana que llamó a los pastores que estaban en la Vallina y les preguntó:

—¿Querís riqueza?

Y les arrojó a los pies un puchero lleno de oro en polvo, diciéndoles después:

Entre castros y castrina
hay una espinerina
con cien monedas de oro
y otras cien de plata fina.

Este relato no concluye, como ocurre con otros parecidos, llevándoles la xana al lugar del tesoro o respondiendo los humanos: «Toma mi pobreza y dame tu riqueza», y eso porque, en este caso, los pastores no han realizado nada meritorio para merecérselo.

Xanas parturientas y religiosas

El tema de las hadas embarazadas que solicitan ayuda para tener a su hijo es recurrente en las leyendas anglosajonas, pero no tanto en las españolas, donde no menudean sus ejemplos, aunque como muestra aporto este caso de una xana embarazada en el justo momento en que le dieron unos fuertes dolores de parto en la cueva de la Cogolla, sita en el monte Naranco (Oviedo).

Pasó por allí una moza costurera y oyó los gritos de dolor, asomándose al interior de la cueva y viendo a la xana en tan apurada situación que ésta le pidió que le ayudara, haciéndolo lo mejor que pudo, dadas las circunstancias y los escasos conocimientos en tales menesteres de la costurera, teniendo, no obstante, un feliz parto. Como recompensa y en agradecimiento a tan improvisada comadrona, la xana le dio a elegir entre una prenda o una alhaja de oro de todas las que estaban expuestas encima de una

mesa. La moza, como era costurera de profesión, escogió unas tijerinas de oro y se fue tan contenta a su casa, pero no siempre que se elige unas tijeras tiene felices consecuencias como tuvimos ocasión de comprobarlo en la primera parte de este libro.

Existe otra leyenda, recogida por Aurelio de Llano, que sirve para demostrar la religiosidad de las xanas (a diferencia de otras hadas con menos instintos eclesiásticos, como las injanas cántabras o las lamias vascas). En ella aparece también el clásico tema de los objetos que prodigiosamente salen a través del ojo de la fuente.

Una mujer de la parroquia de Cardo, concejo de Gozón, venía del molino con el «follicu» sobre la cabeza, y, al llegar junto a una fuente, puso la carga sobre una «muria» y sentóse a descansar. Cuando se levantó para continuar su camino, vio que por el ojo de la fuente asomaba un rosario blanco y exclamó:

—¡Ave María Purísima! ¡Qué rosarín más guapu sale por el ojo de la fuente; voy a llevalu pa la mio fía.

Y al momento de cogerlo salió una xana y le dijo:

—Oye, mujer, si me quitas el rosario, ¿cómo me arreglo para rezar?

Y la mujer dejó allí la prenda y marchó avergonzada.

Recordemos que les gusta custodiar cálices (objetos genuinamente cristianos) que luego les son robados por algunos mortales, y que se salvan de males mayores gracias a que éstos gritan el nombre de una virgen o un santo en el último momento.

Ayalgas y atalayas

Si bien no son tan hermosas como las hadas genuinas, pues son de naturaleza humana, las ayalgas son mucho más benévolas. Se trata de mujeres encantadas que un día fueron llevadas al País de las Hadas, donde tienen como principal misión la custodia de tesoros en misteriosos castillos, vigiladas día y noche por feroces cuélebres (dragones asturianos) agazapados entre los zarzales y los torreones.

Las ayalgas, como cautivas que son, suspiran continuamente por su perdida libertad. Ciñen en su talle una cinta de azules flores silvestres y ador-



Una de las ocupaciones favoritas de las hadas es hilar y confeccionar lujosos vestidos de seda o de oro. Muchas de ellas, como cautivas que son, suspiran continuamente por su perdida libertad, custodiadas por fieros cuélebres.

nan su frente con una corona de violetas. Los días de otoño en los bosques, al anochecer, puede oírse su triste canto llevado por el viento como un susurro entre las hojas de los robles.

En la noche mágica de San Juan, aprovechando el adormecimiento de los cuélebres, atraen hacia ellos a los hombres que pasan cerca de su morada, alertándolos con pequeñas y extrañas luces azuladas. Si algún mortal consigue tocarlas con la verde rama de un sauce, la ayalga podrá por fin liberarse. Soltando el ceñidor de flores, agarrará al hombre y lo conducirá hasta una gruta para hacerle dueño de fabulosos tesoros y de su persona, si es que la quiere como fiel compañera.

Son denominadas atalayas por parte de Menéndez Pidal y de Jove y Bravo, consideradas como espíritus melancólicos de las ruinas, lindas y vaporosas, cuyo cuerpo no puede ser visto más que en la noche de San Juan. Asimismo, son conocidas como «oyalgas», aunque esta última forma de llamarlas solamente la recoge Laverde Ruiz. En el concejo de Somiedo reciben el nombre de «chalgas.»

La palabra «atalaya», en bable, significa tesoro y una de las funciones que hacen las xanas es precisamente custodiar tesoros en sus palacios, de ahí el lío entre unas y otras. Lo cierto es que se trata de un mito bastante reciente cuya primera referencia la encontramos en el año 1853 en Tomás Cipriano Agüero, que poéticamente las describía de la siguiente manera:

> Las ayalgas son ninfas hechiceras que ocultan inmensas riquezas; habitan cual las xanas en palacios de cristales por donde se deslizan culebreando límpidos y transparentes arroyuelos, y cual los ñuveros guardan también un misterioso fuego que hacen aparecer a la entrada de sus palacios, ocultos en el seno de alguna montaña o bajo las ruinas de algún antiquísimo torreón (...) Las ayalgas son jóvenes y hermosas; un manto tan blanco como la espuma del mar cubre sus mórbidas formas... La entrada de sus palacios encantados está siempre oculta, ya en el horadado tronco de algún árbol añejo, ya bajo las ruinas de algún caído torreón o en el fondo de una sima cubierta de espesos matorrales (...) Las ayalgas guardan en sus palacios tesoros inmensos: en la noche de San Juan brota una llama rojiza y misteriosa en la boca de sus grutas; si alguno logra divisarla y tiene valor para acercarse a ella, arrojando al fuego una pequeña rama de sauce, la llama tomando de pronto un color azulado, se extinguirá pocos momentos después. Entre sus cenizas aparece una ninfa hermosísima: es una ayalga. La ninfa soltará la cinta de flores que ciñe su talle, y asiendo un extremo de ella, ofrece el otro al afortunado descubridor. La ayalga se interna en la gruta, y aquél la sigue, y por fin, llenándole de oro le vuelve a conducir al mismo sitio, desapareciendo enseguida. No cesa aquí su fortuna: si es casado, la hermosa hechicera hará nacer en el corazón de su esposa

un amor dulce y eterno, que colme su risueña existencia de goces y encantos. Si es soltero, pronto hallará una joven llena de inocencia y de hermosura que lo ame con todo el fuego de su virgen corazón.

De esta fuente bebieron sucesivos folcloristas como Gumersindo Laverde Ruiz en 1879 (el cual añade que están custodiadas por cuélebres) y Rogelio Jove y Bravo en 1897 que, como es su costumbre, traza líneas más rápidas del mito. A Juan Menéndez Pidal este mito le recuerda a la leyenda de Sigurdrifa, guardada por un dragón, en espera del mancebo que, guiado por la llama misteriosa, acuda a desencantarla...

Ramón Menéndez Pidal considera que ayalga o yalga es un sinónimo leonés-asturiano del castellano «hallazga» o «hallazgo», y en el prólogo de la obra de Aurelio de Llano, «Del folclore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres» (1922), comenta algo muy significativo respecto de la naturaleza de estas damas encantadas, puesto que nos dice que «las voces dialectales guaxa o búho, ayalga o tesoro, ocasionaron sin duda confusión en las personas que desconocían el valor de estas palabras dentro del dialecto asturiano y las tomaron por personificaciones de seres fantásticos.»

Aurelio de Llano abunda en esta idea y dice que no son jóvenes encantadas, afirmando que esta palabra —ayalga— significa tesoro oculto bajo la tierra, no considerándolo un mito genuino sino una creación romántica de mediados del siglo XIX. No lo es porque las ayalgas no son otra cosa que xanas encantadas que, por sufrir esta condición, se ven condenadas a custodiar tesoros ocultos («ayalgas»), acabando por confundir, en un mismo personaje, al tesoro y a la doncella encantada. Al ser su procedencia humana, las leyendas suelen llamarlas princesas o moras a las que su padre ha castigado por enamorarse de algún infiel o por haber cambiado de religión —o por ambas razones— (así ocurre en los concejos de Carabia y Piloña).

Un caso representativo de ayalga sería el de la reina hechicera que está encantada en el Lago del Valle (Somiedo) en una pequeña isla que alberga un mundo subterráneo del que dicen que está lleno de tesoros. Con ellos permanece esta mujer encantada que, por más intentos que ha hecho, no ha logrado salir de tan sobrenatural condición, vistiendo negros ropajes. Nadie se atreve a robar alguna de las ollas de barro repletas de oro porque al lado de estas ayalgas están los feroces cuélebres dispuestos a engullir al más osado. No obstante, a pesar de ser un mito literario y falso, a estas alturas es difícil que desaparezca del panteón mitológico asturiano, como pretende un folclorista actual como Ramón Baragaño, porque en el momento

que a estos seres les asignaron un nombre, empezaron a tener una existencia real...

Las lavanderas

No me atrevo a calificar a las lavanderas como hadas malignas, pues ya hemos visto que el concepto maniqueo de bueno y malo no se corresponde exactamente con el que nosotros tenemos cuando hablamos del mundo de las hadas. En Europa esta clase especial de seres femeninos, poco agradables con el hombre, se las ha llamado «damas blancas», «lavanderas» o «cantadoras de la noche», siendo muy frecuentes en la zona de Bretaña y en Alemania, atrayendo con sus cantos a los caminantes solitarios para más tarde atacarlos.

Las lavanderas están relacionadas con las «hadas del agua dulce», con las fuerzas climatológicas y, por tanto, con los nuberos y ventolines y con los espíritus de la noche. Se puede decir, siguiendo en esta afirmación a Jove y Bravo, que en buena parte son el elemento femenino de los mitos de la tempestad, provocando tormentas en ocasiones y precipitando inundaciones sobre los que les vienen en gana. A diferencia de las ninfas, las lavanderas tienen el aspecto de viejas de rostro seco y arrugado, con abundante cabellera que se asemeja a la espuma y ojos rojizos (como los del nuberu). Se consideran como una especie de brujas que habitan en las márgenes de los ríos y en las oquedades de viejos árboles. Los días de tormenta se agitan gozosas y frenéticas.

A mediados del siglo XIX —1853— el folclorista Tomás Cipriano Agüero nos proporciona la referencia más antigua que tenemos de ellas, afirmando que la «llavandera» es un mito astur, pintándolas de la siguiente manera:

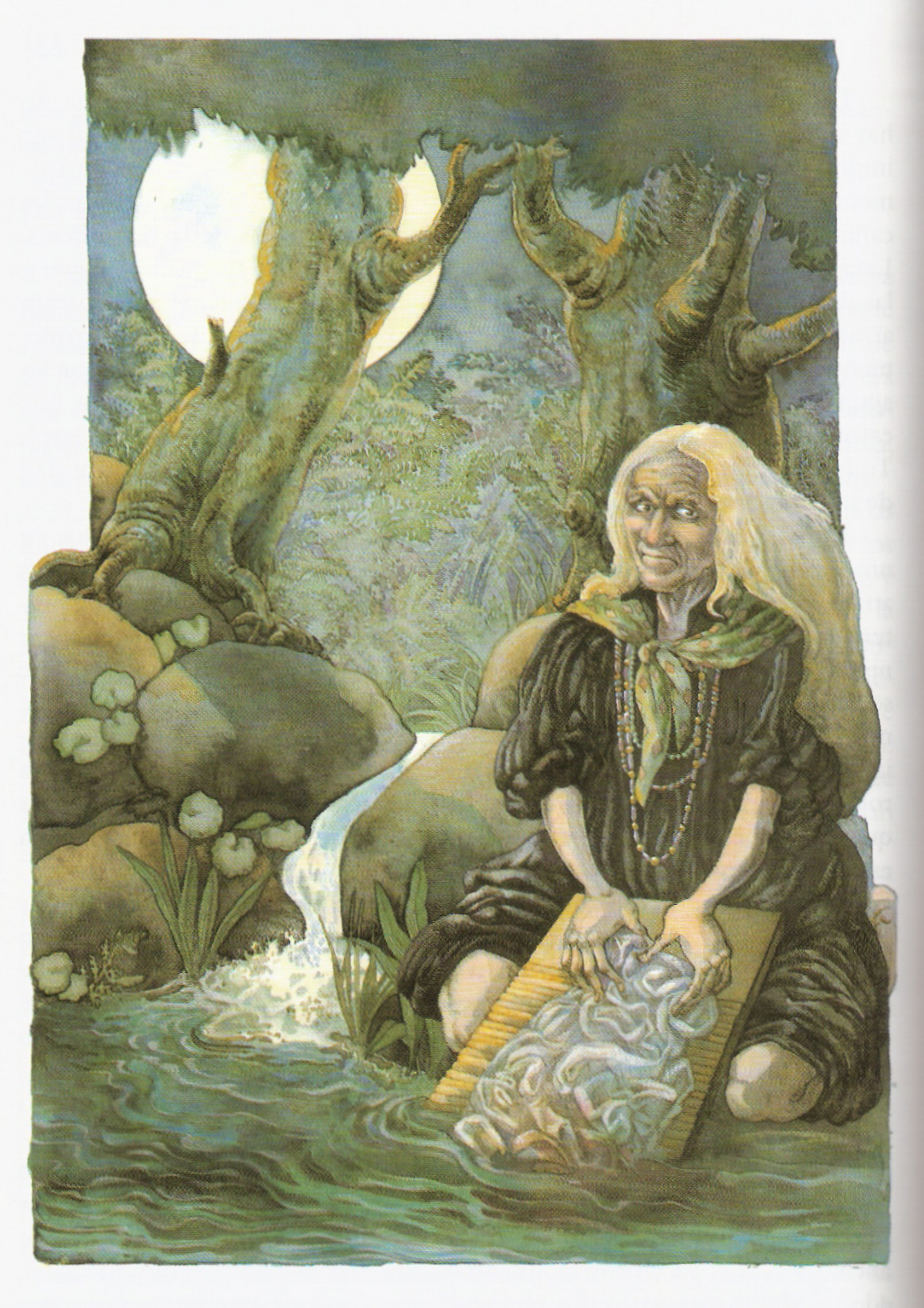
> «Viejas vestidas con amarillo ropaje, de rostros enjutos y cabellera más blanca que la nieve. Su voz es lúgubre, semejante al canto del fatídico búho, y sus ojos despiden con sus miradas un brillo sombrío y aterrador... Habitan en los huecos de las corpulentas encinas» (Jove las ubicaba en castaños).
>
> «Las lavanderas —nos sigue diciendo—, aunque tienen algunos rasgos de ferocidad, no por eso dejan de ser benéficas y humanas; miradlas si no cuando los incendios suceden en algún desmantelado castillo, o en alguna pobre aldehuela, sofocando sus horrores con sus palas cóncavas y llenas de agua, y penetrando por las llamas al voraz elemento para arrancarle los débiles niños indefensos y los pobres ancianos paralíticos. Sin embargo, cuando alguno las llega a ver excitado por la curiosidad, las lavanderas, en pago de ella, le dan la muerte más horrorosa.»

Las «lavanderas» asturianas y «lavandeiras» gallegas, de las que no hay muchas leyendas, denotan que su origen no es muy antiguo y tal vez importado de otras zonas. Dice Jove y Bravo que después de una tormenta, si se oyen extraños ruidos entre las sombras del bosque o en las cañadas, se trata en realidad de los golpes de las palas de las lavanderas. Lavan por las noches en los arroyos y en las cascadas sus propias ropas y las de otros genios que así se lo encomiendan. Cuando acaban, se dejan arrastrar por el agua hasta las grutas del bosque o del río. Son terriblemente peligrosas, porque quien vea su trabajo se verá arrastrado por las aguas desbordadas del arroyo y allí mismo perecerá. No olvidemos que estos instintos asesinos también los tienen otras hadas más jóvenes. Todos los autores están de acuerdo en que suelen castigar la curiosidad de los hombres.

Estos seres, macabros y casi espectrales, merecerían estar incluidos en una galería de horrores por la cantidad de aspectos desagradables que se les atribuye, como la de hacer daño a las madres que están embarazadas y pretender que enferme el embrión, bien porque ellas mismas no pueden tener niños o simplemente por maldad. Lavan sábanas y pañales de niño y al que se acerque a la orilla le solicitan ayuda para retorcer la ropa, alegando que no tienen suficientes fuerzas para hacerlo ellas solas. Si la ayudan les embrujará y perderán la razón. Una forma de conjurar su hechizo es retorcer la ropa en sentido contrario. Cuando las lavanderas logran colgar las sábanas que siempre están lavando, en noches de luna llena, en vez de escurrir agua escurren sangre.

Asegura Laverde Ruiz que en la orilla del río Sella existe una cueva atravesada por un arroyo en cuyo borde se ven cuatro mujeres de piedra en actitud de lavar, las cuales son cuatro lavanderas petrificadas por castigo de las xanas, a quienes aquellas quisieron robar sus madejas. Este hecho parece desvincular claramente a las xanas de las lavanderas, aunque Constantino Cabal afirma que «a las que lavan, xanas o mujeres, se las suele llamar lavanderas. Entre los mitos gallegos se halla la «lavandeira» que es un hada, lo mismo que la de Asturias.»

En la vecina Cantabria, las lavanderas visten trajes negros y se adornan con pañuelos de colores y todo tipo de collares, pulseras y abalorios, que les sirven como amuletos. Cubren su cabellera blanca con sombreros de alas anchas y alta copa en forma de cono, que normalmente llevan arrugada, adornándolos con una o dos plumas de ave, es decir, esta imagen que nos brinda Manuel Llano es la prototípica de la bruja «Maruja» de cuento de hadas, por lo que, honradamente, dudo de su verosimilitud.



Se ha querido ver a estas mujeres de aspecto demacrado como brujas o hadas malignas, que lavan su ropa en las noches de luna llena en los márgenes de los ríos, pero no todas las leyendas las conceptúan así.

La creencia en las lavanderas está extendida por todo el occidente atlántico. En las Islas Británicas, al igual que en el norte de España, están relacionadas siempre con la sangre; por eso, en Escocia e Irlanda se dice que son los fantasmas de mujeres que murieron de parto y lavan las ropas ensangrentadas de quienes van a morir pronto. En Francia existe una vieja tradición que las incluye dentro de su mitología. Incluso la escritora George Sand realizó un estudio sobre ellas. En algunas zonas francesas, como los Vosgos, son llamadas «mujeres blancas» o «lavanderas de la luna», y cito esta referencia gala porque arroja algo de luz a tan oscuro origen. Ciertas tradiciones francesas atribuyen sus manifestaciones y, por lo tanto, su leyenda, a mujeres que vivían en zonas próximas al Pirineo, que fueron seducidas por algún que otro «saludador» español, también llamados santiguadores o ensalmadores (una especie de magos, insensibles al fuego, curanderos y vividores). Estas lavanderas salían por las noches, a hurtadillas, a lavar las sábanas que habían cobijado sus devaneos amorosos. Sobre todo, aparecían las noches de luna llena en las fuentes y arroyos, cantando hermosas melodías para atraer a los viajeros (o a testigos poco deseables) y les pedían que les ayudaran a escurrir las sábanas, para luego, dando un brusco golpe al lienzo húmedo, quebrarles los brazos.

Como se puede apreciar, en esta ocasión el mito explicaría ciertos comportamientos «inexplicables» de estas mujeres, aunque sería digno de un estudio más pormenorizado el desligar su componente fantástico, que las ha relegado al mundo de los elementales, de su componente humano. Por otra parte, dentro del ciclo evolutivo de las hadas, estos seres femeninos no acaban de encajar en su estructura, sería como representantes de una línea degenerativa de esta benefactora y hermosa raza.

Cipriano Agüero, Gumersindo Laverde Ruiz y Rogelio Jove y Bravo incluyen a las lavanderas entre los personajes de la mitología asturiana. Los tres autores coinciden en presentarlas como viejas de rostro arrugado, cabello blanco, mirada feroz, vestidas con túnicas amarillentas, que habitan en las orillas de los ríos, en cavernas o en el hueco de antiquísimos árboles. Laverde coincide prácticamente en todo con la descripción de Agüero, incluso en su aspecto benéfico de salvadoras de niños y ancianos en los incendios. Rogelio Jove y Bravo, en cambio, coincide con Agüero en que castigan la curiosidad de quien quiera sorprenderlas, pero no habla para nada de sus actividades benéficas, y dice que si «no las hacen daño, las lavanderas son inofensivas; pero desdichado del que se lo haga, porque la furia de ellas es ciega e incontrastable como la inundación.»

Aurelio de Llano coloca a las lavanderas (al igual que al busgoso, a los espumeros y a los ventolines) dentro de los mitos eruditos traídos recientemente (él escribió su obra en 1922) por varios escritores (en clara alusión a Cipriano Agüero), no pudiendo ser sometidos a un estudio científico al carecer de tradición asturiana, siendo sus nombres desconocidos por el pueblo.

Constantino Cabal, aun admitiendo la afirmación de Aurelio de Llano de que hacia 1920 se había perdido ya el recuerdo de las lavanderas, supone que este mito pudo haber tenido arraigo popular en otros tiempos, ya que entre «los mitos de otros muchos pueblos se la tropieza también; y así, la lavandera catalana, lo mismo que la de Asturias, hace oír en el fondo de la noche los golpes de su risa y de su pala, y provoca inundaciones y manda sobre las nubes.»

Así pues, no es posible negar o afirmar rotundamente el carácter de mito popular asturiano a las lavanderas. Detractores y partidarios tienen sus razones, ya que, por un lado, carece este supuesto mito de arraigo en la tradición oral de la región, y, sin embargo, por otro, cuantos escritores se han ocupado de la mitología asturiana en el siglo pasado lo mencionan (también lo incluyen Juan Menéndez Pidal y la Sociedad Demológica). Julio Caro Baroja señala que esta creencia es «característicamente céltica» y que se halla más perfilada en Asturias que en la Basse Navarre, y escribe: «Las "lavanderas" asturianas aparecen especialmente los días de tempestad; son unas viejas arrugadas que en los arroyos golpean sus ropas con una pala por la noche.»

4

Las hadas vascas

Las lamiñak nos fueron descritas por alguien que evidentemente creía en ellas y las temía, como gentes pequeñas que vivían bajo tierra. Otro informante afirmó que eran seres diminutos que aparecían por la chimenea. Las lamiñak ansían poseer seres humanos y les gusta cambiar y raptar a niños sin bautizar, aunque aparte de eso no parecen causarles daño alguno. Traen la buena suerte a las casas que frecuentan y les gusta la limpieza.

WENTWORTH WEBSTER: *Leyendas vascas*

Las lamias

PARTAMOS de una cierta premisa: ni en el País Vasco ni en Navarra podemos decir categóricamente que las lamias sean sus hadas locales. Habría que añadirlas a Mari, numen femenino que puede adoptar la forma de una lamia, pero también de otros seres, estando en un rango superior de jerarquía.

La creencia en las lamias en la España precristiana, y aun entre los pueblos bárbaros que continuaban siendo paganos después de la llegada del cristianismo, es sobradamente conocida por un texto, ya clásico y muy citado, de San Martín de Dumio (muerto en el 580), arzobispo de Braga y fundador del Monasterio de Samos, al que ya he hecho alusión, titulado *De correctione rusticorum*, donde se las menciona por vez primera en España, que sepamos, con el nombre de *lumias*, texto en el que se demuestra que en el oscuro reino galaico de los suevos del siglo VI estas mujeres sobrenaturales eran adoradas y temidas, aunque más tarde su culto fue desapareciendo hasta ser completamente sustituido por otros espíritus femeninos como las *dianas*, más tarde llamadas hadas, fadas, donas o mouras. Rodrí-

guez López dejó escrito que en los castros todavía subsisten los encantos de las «mouras», las «lumias» y los «negrumantes.»

Pero, sin duda, las lamias despertaron algo más que la curiosidad de nuestros antepasados, y su nombre aparece citado en el *Cartulario de San Millán de la Cogolla* (CSM, 36, p. 44. Madrid, 1930) del año 945, donde textualmente se dice: «*de illo fonte qui vocatur lamiturri*» (de la fuente que llaman de las lamias).

Por sus características, lo más probable es que las lamias, así como las korrigans de Bretaña y sus parientes del sur de los Pirineos estén directamente relacionadas con los *Korred*, elementales de la oscuridad que viven bajo los dólmenes. Sin embargo, con el paso del tiempo se hicieron más etéreas. La razón del cambio se debió, por un lado, a la progresiva pérdida del poder de los megalitos y, por otro, a la acción del cristianismo que las empujó cada vez más a vincularse a las fuentes y los ríos, de donde hoy en día apenas se mueven. Este último hecho tal vez es el causante de que odien visceralmente todo lo que huela a religioso y, de hecho, el nombre de la Virgen María y la vista de una cruz o de una sotana las enfurece terriblemente.

Suelen ser muy hermosas, pero al no poder manifestarse en toda su belleza, suelen presentar alguna característica animal, como patas de oca, gallina o cabra entre las *lamiñak* (o lamiñas) vascas. Su pelo, largo, sedoso y brillante es normalmente rubio, pero al llegar la noche sufren una transformación y se vuelve blanco, sus ojos rojos y su piel se arruga como la de las viejas. De todas formas, gozan de una gran versatilidad y ahí está la «excepción» de las *amilamias,* que son de índole afable, caritativas, inofensivas, sin fallos en su anatomía, poseedoras de grandes secretos, como sacar harina de un cedazo vacío (aunque esto también lo hacen algunos prestidigitadores). Su zona se restringe a la cueva de Lezao, en la región de Salvatierra.

Las lamias constituyen uno de los casos más importantes de confusionismo entre los diversos grupos femeninos de elementales. Muy a menudo son identificadas con las ninfas (sobre todo por su vinculación con los arroyos y las fuentes) y otras veces con las brujas y *sorgiñak*.

Denominadas *lamiñak* en el País Vasco francés, *korrigans* en Bretaña y *mujeres de las Fuentes* en Francia, en España también reciben diversos nombres, si bien algunos de ellos se han ido perdiendo con el paso del tiempo, según fueron abandonando ciertas regiones. En cualquier caso, en Galicia son conocidas como *lumias* y en Cantabria y norte de Castilla como *lamias*, nombre que utilizaremos de forma genérica para referirnos a ellas.

toda vez que tienen tantas denominaciones que sólo en el País Vasco y Navarra el antropólogo Miguel de Barandiarán recogió decenas de topónimos relacionados con las mismas, siendo conocidas, por ejemplo, como lamis, lamiñ, lamiñas, lamín, amilamias o eililamias.

El vocablo *lamia* tiene su origen en la mitología griega, referido a una reina de Frigia, famosa por su hermosura y su terrible crueldad, que acabó siendo transformada en fiera. En las leyendas de Euskadi conservó todo su carácter negativo, y en otras regiones europeas, «lamia» llegó a ser sinónimo de vampiro feroz, capaz de chupar la sangre a los niños. Así, en Inglaterra, la temible «Glaistig» adopta la forma de mujer muy seductora, cuyos pies son pezuñas de cabra que oculta bajo los pliegues de su vestido verde. Seduce a los hombres y aprovecha el momento especial del aproximamiento del baile con ellos para chuparles la sangre cual vampira transilvánica. Por otro lado, paradójicamente, se muestra benigna con los niños y con los ancianos.

¿Lamias = brujas?

Las leyendas que en unos pueblos se refieren a las lamias, en otros se aplican a las «sorguiñas» y a las brujas. Antonio de Torquemada dice en su obra *Jardín de flores curiosas* (1570) que aunque lamia sea un género de demonios, también se nombran por este vocablo las bruxas hechiceras, como personas que tienen hecho concierto con el demonio.»

Esta concepción de la lamia deriva de la utilización en la Edad Media de la palabra «lamae», para denominar a las brujas, razón por la cual, en parte de Europa, lamia llegó a ser sinónimo de bruja. Finalmente, Covarrubias, refiriéndose a ellas, patinó en su erudición al escribir: «Lo más cierto es ser cierta clase de monas», con lo que contribuyó a que el despiste existente se generalizara más si cabe. Por mi parte, utilizaré la palabra lamia para designar a un espíritu o genio de la naturaleza que se manifiesta en figura de mujer (es decir, un hada), asociado a las fuentes y a las aguas, de gran belleza, y caracterizada por poseer, preponderantemente, un miembro no humano. Este último requisito es lo que las diferencia de otras familias de hadas y el que nos permite distinguirlas sin ningún atisbo de duda de otros elementales femeninos.

Por último, es importante indicar que varios autores, entre ellos García-Lomas, entienden que en Cantabria la palabra «lumia», designa a un ser totalmente distinto de la lamia. Aquí, las lumias son vistas por la tradición



En los pueblos que no son costeros, a las lamias se las ve como bellas mujeres, aunque con los dedos de los pies unidos por membranas, en forma de patas de oca o de ganso.

como una especie de brujas egoístas que, si no consiguen sus propósitos, se convierten en fieras iracundas que se ríen con cierta malignidad, hasta el punto de que «lumiar» es equivalente de «engañar». En el Valle de Baztán (Navarra) a la bruja se la identifica con las lamias, y se cree que todas las tempestades salen de la montaña de Azpilcueta, donde afirman que están enterradas dos mujeres que eran lamias.

El hecho de que en el País Vasco se confunda a las lamias con las brujas o «sorguiñak» se debe, según el reverendo Wentworth Webster, a un indicio de decadencia de la fe y el interés creciente con que en otros tiempos se referían los hechos de las lamias, parecidos a los que desde hace no mucho tiempo suscitaban las brujas que, como se sabe, ejercieron un papel preponderante durante un periodo importante de la historia vasca.

Hábitat y formas que adoptan

Aunque hoy casi no es posible encontrar historias y topónimos relacionados con las lamias, hay zonas de España en las cuales su presencia siempre ha

sido mayoritaria, fundamentalmente en Vizcaya, la parte meridional de Guipúzcoa, norte de Navarra, Cantabria oriental y en menor medida Asturias y Galicia. En el resto de España, sólo quedan oscuras tradiciones, ya perdidas en su mayoría, y algún topónimo, como en Burguilla (Badajoz), donde aún existe el denominado «Charco de las Lamias», y los casos sorprendentes de Cuenca y de Garganta la Olla (Cáceres), que luego veremos.

Las lamias son esencialmente subterráneas. Construyen sus hogares bajo el suelo, en cuevas o cavernas, aunque pasan la mayor parte del tiempo cerca de los arroyos o de las fuentes que, en general, se encuentran cerca de menhires o de dólmenes, construcciones megalíticas cuyo secreto conocen, tratando por todos los medios de absorber la energía que de ellos emana. Decoran con brillantez sus moradas y no aparecen en la superficie hasta que amanece. Sus cavernas se hallan repartidas por todo el país: Urepel, Iriberri, Isturitz, Orozco, Marquina, sierra de Entzia, Ezpeleta, Mañaria, Ceánuri, Dima...

La forma física que adoptan, aunque no sus características generales, varía según que las leyendas sobre ellas procedan del interior de la Península o de las zonas costeras. Se puede hacer la siguiente clasificación a modo clarificatorio:

1. En las leyendas de los pueblos costeros del País Vasco como Cortezubi, Zornoza, Lequeitio, Deva, Galdácano, Motrico, las lamias adoptan la forma de mujer, con la parte inferior de su cuerpo terminada en pez, es decir, nos encontramos con sirenas. Dato curioso, pues es cierto que este nombre de sirenas se utiliza en otras partes de la costa española, como en Galicia, Asturias, Cantabria y Cataluña pero no en la zona del País Vasco, cuya creencia también existe, aunque bajo el nombre de lamias, y en tal sentido lo atestigua el guipuzcoano López Martínez de Isasti, que en el siglo XVII escribía: «Algunas veces se han visto en el mar Océano, tritones, que son peces marinos muy semejantes al hombre, como las sirenas que en nuestra tierra llaman lamias que, aunque no son racionales, son muy al natural, como hombres y mujeres de la cintura arriba y lo demás fenece en cola.»

   Caro Baroja comenta que no le chocaría nada que el escudo de Bertizarana (Navarra) tenga algo que ver con la creencia en las lamias puesto que representa una sirena con los cabellos colgantes, los brazos levantados, manoseando con la mano derecha un peine y sosteniendo con la izquierda un espejo.
2. En las leyendas de los pueblos que no son costeros, a las lamias se las ve como bellas mujeres, si bien los dedos de los pies los tienen

unidos entre sí por membranas, en forma de patas de oca, pavo o ganso; así, por ejemplo, en: Arano (Navarra), Oñate (Guipúzcoa), Elorrio (Vizcaya) y Gargartza (Mondragón).

O con otro tipo de extremidades y características:

— Orozco (Vizcaya): pies con garras.
— Balzola (Vizcaya): pies de gallina.
— Elanchove y Ceánuri (Vizcaya): con un solo ojo.
— Vera de Bidasoa (Navarra): como mujeres de tipo corriente pero con piel color de cobre.
— Salvatierra de Álava: son hadas bellísimas, de índole afable, llamadas «amilamias».

Relaciones con los humanos

Entre las ocupaciones de las lamias figuran las siguientes:

— Hilar con rueca y huso (Ceánuri).
— Construir dólmenes (Arrizala y Mendive).
— Construir puentes (Bidarray, Arrosa y Liqui), castillos e iglesias.
— Lavar la ropa por las noches.
— Peinarse a las orillas de las rías con peines de oro.
— Guardar tesoros.

Respecto a su labor constructora de puentes e iglesias, aclara Webster que a menudo les engañaron en el salario previamente pactado, que no era otro que la posesión de un alma humana al término del contrato (equiparándolas de esta manera a demonios que en varias leyendas españolas construían puentes en una sola noche a cambio del alma de una persona que nunca llegaban a conseguir).

Cuenta Caro Baroja que había una vez un hombre que se encontró con una lamia a la orilla de Lamiocingoerreca, y ésta le dio un auténtico tesoro: una «xarrantxa» de oro (que es un peine para peinar el lino), y le dijo: «Si te vas hasta tu casa sin volver la cabeza hacia atrás durante todo el camino, esta "xarrantxa" será para ti.» El hombre aceptó esta condición y se fue a casa con muestras visibles de alegría, pero ya tenía recorrido la mitad del camino cuando oyó una voz de mujer que cantaba una melodía cautivadora

y sintió deseos de volver la cabeza. En ese momento se acordó de la «xarrantxa» y no lo hizo. Durante el resto del trayecto fue tentado de nuevo por la voz de la lamia hasta que por fin llegó a su casa y, cuando iba a cerrar la puerta, volvió la cabeza para satisfacer su curiosidad, pero al momento vino una mano por el aire que le quitó el peine de oro, quedándose desconsolado, descompuesto y sin tesoro.

El peine de oro es uno de los principales elementos del ajuar de una lamia y de casi todos los elementales femeninos asociados al agua. Su importancia es tal, que en multitud de historias, leyendas y cuentos aparece citado. Se peinan continuamente, y para ellas es un auténtico talismán de tal calibre que robarles el peine es una de las mayores ofensas que se le pueden hacer a una lamia. Se conoce un caso en Ataun, en el cual la lamia persiguió a la mujer que le había robado su peine (en vasco «orrazi») y la amenazó con un terrible castigo:

—¡Señora Engracia, deme mi peine; si no, destruiré su casta! (se refería a su descendencia).

Todas las primaveras las lamias celebran una importante fiesta —una de las tres fiestas mayores—, en la que beben en una copa mágica de cristal el secreto de la sabiduría terrenal y de la poesía. En las moradas de las «dones d'aigua», en estas fechas, se oyen risas enloquecidas procedentes de sus palacios subterráneos, así como el chocar de las copas de las fiestas que celebran.

Se dice que las lamias influían fuertemente en los cultos druídicos de los celtas, y que los druidas recibían de ellas importantes conocimientos sobre la naturaleza en sus iniciaciones. Cuando los romanos acabaron con el Colegio Druídico, centrado en ciertas islas sagradas, en ríos o junto a la costa, como, por ejemplo, en Hispania en territorio de los Herminios (islas Cíes) y en Britania en la isla de Mona (actualmente Anglesey), las lamias se enfurecieron y nunca llegaron a aceptar la religión cristiana que terminaron adoptando los propios romanos. Tal vez éste sea el motivo de que odien las campanas de las iglesias (al igual que ocurre con los míticos baxajaun y las basanderes), huyendo ante su presencia.

Las lamias encuentran cierto placer en enamorar a los hombres y si es posible tratan de vivir con uno de ellos. Este curioso asunto será tratado con mayor detalle en la tercera parte del libro. No obstante, en ocasiones acuden a procedimientos bastante expeditivos para conseguir sus propósitos, ya que pura y simplemente secuestran a los hombres que desean. Otras

veces, la razón del secuestro obedece a causas diferentes de la mera satisfacción sexual y afecta tanto a hombres como a mujeres. Respecto a los niños, éstos siempre han sido las primeras víctimas de los secuestros llevados a cabo por las lamias.

Un ejemplo que podemos señalar es el de una joven del caserío de Usi (Orozco), la cual descubrió accidentalmente la morada de las lamias ubicada en la caverna de Leizaga. Éstas, al ser sorprendidas, le dieron cierta cantidad de oro a condición de que no volviera más por allí, pero la joven rebelde, fuera de toda lógica, no obedeció. Volvió y nunca más se supo de ella.

Un suceso parecido ocurrió en Mañaria, cerca de la ermita de San Lorenzo (Saillegunta), donde las lamias advirtieron a una joven hilandera que no volviera a pasar por un determinado lugar. Al transgredir este consejo, desapareció sin dejar rastro y sus familiares tan sólo encontraron las cuentas de su rosario extendidas por el suelo.

A veces, muy pocas, las Lamias dejan en libertad al secuestrado como así ocurrió en Atzemín (Dima), junto a la sima de Bernaola. Pusieron en libertad a un carbonero al cabo de ocho días de secuestro, durante los que se alimentó de agua y avellanas. Nada se habla en las leyendas sobre un posible «síndrome de Estocolmo». Se sorprenderá el lector al saber que en ocasiones no han sido las lamias las que han secuestrado a humanos, sino al revés.

Ante su presencia, no siempre agradable, en todo el País Vasco existían conjuros para defenderse de las lamias, algunos de los cuales han permanecido hasta hace muy poco tiempo. Destacaremos uno, bastante enigmático y desconcertante:

—Guk bariuken makallaoa yan gendun.
(Nosotros ayer comimos bacalao.)

Este curioso conjuro se decía en Altzusta cuando los niños pasaban cerca del barranco llamado Memiño, donde al parecer habitaban las lamias. Desconozco totalmente la eficacia de tan extrañas palabras, salvo que el bacalao contiene sal y la sal es una sustancia prohibitiva para ellas.

De todas formas, son los «kutum» o amuletos el procedimiento más usual para protegerse de las lamias, fundamentalmente los que contienen ruda y apio. Asimismo tienen eficacia protectora los vestidos hechos con hilo de Nochebuena y, sobre todo, el canto del gallo, pues es el animal que marca el inicio del día.

Las lamias tienen una comida muy peculiar: comen, sobre todo, pan de trigo, pan de maíz y tocino, y suelen beber sidra, además de agua. Antaño,

sus devotos les ofrecían cuajada y leche que llevaban a los lugares en los que habitaban. Los labradores también dejaban parte de su cosecha para ellas, las cuales, como agradecimiento, realizaban algunas labores en sus tierras. También se sustentan, al igual que ocurre con el mito de Mari, de la negación humana; por esta razón, pueden hacer sidra con aquellas manzanas cuya existencia ha negado su dueño.

Espíritu de la contradicción

El reverendo Webster dice que el lector hallará pocas diferencias entre las lamiñak vascas y las hadas de sir Walter Scott, de Campbell o de las *Leyendas irlandesas* de Croker, aunque añade que una peculiaridad de las lamiñak vascas es que en ocasiones se dice que todas ellas se llaman «Guillen», que parece ser lo mismo que el nombre francés «Guillaume» o el inglés «William».

Casi siempre hablan y dan órdenes con palabras de significado exactamente opuesto al pretendido. Sobre el sentido figurado o contrario de las palabras de las hadas vascas o lamias (y por supuesto de Mari) existen diversos relatos, como aquel de una mujer que tenía tres hijas y un día la más joven se fue a buscar trabajo de sirvienta, de ciudad en ciudad, hasta que se encontró a un hada que la aceptó como criada. Ésta le encargó sus tareas de la mañana y le advirtió: «Somos hadas. Debo marcharme ahora, pero tu trabajo está en la cocina. Rompe el cántaro y todos los platos, pégales una paliza a los niños y haz que se tomen ellos solos el desayuno, mánchales la cara y despéinalos.»

La joven, gracias a la ayuda de un perrito hablador, sabe que lo que realmente tiene que hacer es barrer la cocina, llenar el cántaro, fregar los platos y atender a los niños. De hacerlo así, le dará a escoger entre un saco de carbón y un lingote de oro, y también entre una estrella sobre su frente y la cola de un asno colgando de ella, debiendo contestar que prefiere un saco de carbón y una cola de asno. Así lo hizo, y cuando el hada, de vuelta a casa, comprobó satisfecha que su criada había hecho todo perfectamente, y ante la disyuntiva del ofrecimiento que le hizo, recibió, por ese sentido de la contradicción del hada, lo contrario de lo que pidió: un lingote de oro y una hermosa estrella sobre la frente.

Hay un proverbio vasco que dice: «Lo dado a la negación, la negación lo lleva», y fiel a ese espíritu de contradicción de que hacen gala las lamias —y sobre todo Mari—, y por el disgusto que manifiestan hacia la mentira,

si uno dice que ha recogido 100 fanegas de trigo siendo en realidad 120 las cosechadas, se apoderan de las 20 fanegas que no han sido declaradas.

Mari, y las lamias en general, se mantienen de la negación (eza en vasco), siendo ésta la que constituye la principal fuente de sus ingresos. Otro ejemplo a citar para comprender esto sería que si un pastor posee 100 ovejas, pero él dice a la gente que sólo posee 90, las diez que no ha contado (eza) le serán arrebatadas por las lamiñas o por Mari en persona. En cierta ocasión le preguntaron a la Dama de Amboto dónde andaban sus compañeras y ella contestó que en Elgóibar buscando el no, la negación.

¿Han desaparecido las lamias?

Las lamias han desaparecido de muchos lugares en los que antiguamente habitaban. En general, se cree que la construcción de ermitas, monasterios e iglesias cristianas en aquellos lugares en los que vivían, influyó enormemente en su desaparición y probablemente fue así debido a su marcado carácter antirreligioso. Éste es otro de los aspectos contradictorios: por un lado, ayudaron a la construcción de iglesias y, por otro, demuestran cierta aversión por el toque de campanas, por la cruz y por todo lo relativo al cristianismo, marchándose de aquellos lugares donde se ubicaban firmemente estas creencias.

Además, al igual que la mayor parte de los elementales, se vieron sin duda afectadas por la expansión de las ciudades y de la industria, por la destrucción de los bosques y por la contaminación de los ríos y de las fuentes.

Hubo en un tiempo cierta obsesión por extinguirlas o, al menos, por hacerlas desaparecer de las tierras donde su presencia era más molesta, y así se detalla en algunas narraciones que nos han llegado. En una de ellas se cuenta que los vecinos que vivían en las proximidades de un río de Cebeiro, llamado «Lamiñerreka», cogieron a una lamia parlanchina e intentaron hacerle hablar por todos los medios sin conseguirlo.

Al poco, se acordaron de que a estos seres les gusta mucho la leche recién ordeñada y se pusieron a cocerla. Cuando empezó a hervir, la lamia de forma automática gritó: «¡Lo blanco arriba, lo blanco arriba!» Habiendo ella ingerido con el máximo placer esta bebida y familiarizada con el dueño de la casa (al que algunas leyendas le ponen el nombre de Txilibistro), fue cogiendo confianza poco a poco y no tuvo inconveniente en revelar al buen hombre (aunque algo ladino) que todas las lamias del valle se verían obligadas a irse si antes realizaba una determinada acción. A la pregunta de qué se

podía hacer, contestó que arando las tierras del valle por donde solían habitar con unos novillos abigarrados y pardos nacidos el día de San Juan. Y los campesinos así lo hicieron; araron toda la proximidad de dicho río con esos animales y, en efecto, desaparecieron de allí todas las lamias, porque se fueron definitivamente del valle de Arratia en dirección a las cuevas del Gorbea, donde al parecer establecieron su nueva residencia. Imagínense que este procedimiento se divulgó más de la cuenta y ya tienen una posible explicación de que se hayan encontrado lamias tan lejos de sus lugares habituales, como en Cuenca y en Cáceres.

Destaca, en el caso de las lamias vascas, la gran influencia atribuida al cristianismo que contribuyó a su extinción. La fuerza del mismo y de sus símbolos era tal, que en la región de Llodio dicen que se marcharon como consecuencia de las rogativas conjuntas que hicieron todos sus vecinos. Y en Garagarza (Mondragón) atribuyen a la Virgen de Aránzazu

Esta familia de hadas se distingue por tener unas extremidades en forma animalesca, con pezuñas en lugar de pies, razón por lo que a veces han sido asimiladas al demonio.

su expulsión. En Sara lo achacan a la construcción de ermitas diseminadas por el territorio. En Dima fueron desterradas de la cueva de Balzola gracias al ruido de la campana de la vecina ermita de San Francisco de Olabarri.

Hay también otras tradiciones legendarias sobre su expulsión, en las que se dice que las lamias fueron echadas por Rolando. Esta historia navarra tiene su versión en el País Vasco francés, en donde se dice (en Soule o Zuberoa) que Rolando, Rolán o Errolán (distintos nombres para un mismo personaje) las aplastó a pedrada limpia cuando, jubilosas e inconscientes, celebraban el robo de sus vacas.

Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, es posible que las lamias no estén ni mucho menos extinguidas ni tan lejos de nosotros...

LA GRAN DIOSA MARI Y SU COHORTE

Personaje femenino realmente importante y trascendental dentro del panteón mitológico vasco y en concreto del mundo de los elementales, pues se le considera el jefe o lugarteniente de todos los demás. Este nombre, Mari, en algunas partes del país significa Señora, y va acompañado luego del nombre de la montaña o caverna donde suele aparecer. Así, por ejemplo: Marimur (en Leiza), Mariarroka (en Olazagutia), Mariburrika (en Garay y en Bérriz), etc. En algunas zonas no siempre se cita el nombre de Mari, le llaman simplemente la Dama (Damea), pronunciado con un gran respeto.

Sin embargo, su hábitat más conocido es la sierra vizcaína de Amboto, donde existen múltiples cavernas y abrigos roqueros, siendo una de ellas la cueva Supelaur, en el monte Itziñe (en Orozko). En este lugar tiene tradicionalmente su morada la «Dama de Amboto» o Mari, que, al parecer, recibe este último nombre con la llegada del cristianismo y su identificación con la Virgen María. Según otros, su morada estaba en una cueva de Zabalaundi, al pie del pico de Amboto, pero veremos que su ubicación geográfica es tan cambiante como su forma. Lo cierto es que se trata de una divinidad cósmico-telúrica, asociada a la fertilidad, equiparable a otros númenes y mitos semejantes que han recibido parecidos nombres: Maya, Mah, Mairi, Maiti, Maida... siendo la raíz «ma» expresión de maternidad. Se la ha equiparado a otro de los númenes femeninos del bosque, a *Maitagarri*, protectora de los cazadores. Su mito se remonta al tiempo en que Euskalerria estaba cubierta de bosques y abundaba la caza, convirtiéndose en una especie de Diana o Artemisa local, cuyo remoto culto fue dejando paso al de Mari.

Formas de Mari

Todas las leyendas atribuyen a Mari sexo femenino, presentándose de mil maneras distintas, tanto con aspectos zoomórficos como antropomórficos. Así, se la puede ver como señora elegantemente vestida, con saya blanca o roja. O con figura de mujer que despide llamas, tendida horizontalmente, cruzando el espacio, como un meteoro. También como señora sentada en un carro que cruza los aires tirado por cuatro caballos, o con pie de cabra (como las lamias). En la citada cueva de Supelaur suelen aparecerse ella y sus compañeras con figura de buitre. En Ataun, Cegama y Zuazo de Gamboa adopta la forma de una hoz de fuego que se dirige en dirección a Aralar, y se le denomina Marimunduko ya que vive en el monte Muru, cerca de Besain.

Mari, como se ve, tiene grandes dotes de transformista, adoptando generalmente figuras zoomórficas (caballo, novillo, buitre, serpiente...) en sus moradas subterráneas y otras variadas formas en la superficie de la tierra (sobre todo de bella mujer) o cuando atraviesa los aires (nube blanca, ráfaga de aire, arco iris...). Todos estos aspectos representarían de una manera genérica a los ejércitos, subordinados o gran «familia» de Mari.

Una vez analizado todo este *mare mágnum* de formas que puede adoptar, es fácil llegar a la conclusión de que el espíritu que se presenta con el nombre de Mari es genéricamente una lamia, ya que se ajusta a sus características: es una bella mujer, vive en las cuevas, está continuamente peinando su cabellera rubia, hace ovillos con hilo de oro, suele tener pies de animal, y para colmo, se la convierte en la ascendiente del linaje de los señores de Vizcaya (la dama del pie de cabra), a pesar de que su nombre no se menciona en las antiguas crónicas. Pero si analizamos el mito con más profundidad, comprobaremos que estamos en presencia de una de las más bellas manifestaciones míticas de las fuerzas de la naturaleza.

Enumerando todas las características que de Mari se cuentan en las leyendas, encontramos un cúmulo de datos que corresponderían a varios seres míticos, aunque básicamente hay dos funciones relevantes que Mari suele hacer y por las que su personalidad adquiere caracteres más concretos. Por una parte, se la representa como genio subterráneo, pero no porque habite en las cavernas, sino porque en todas las leyendas tiene una aureola de numen o diosa que ejerce su dominio en las entrañas de la tierra. Por otra parte, su influencia y actitud es decisiva en el clima y en la evolución meteorológica, puesto que desata tempestades, atrae la lluvia, sacude los vientos y produce sequías pertinaces, todo lo cual le confiere también autoridad y señorío en los cielos.

Estoy totalmente de acuerdo con Barandiarán cuando dice que: «Atendiendo a algunos de sus atributos (dominio de las fuerzas terrestres y de los genios subterráneos, su identificación con diversos fenómenos telúricos o con los que se suponen que proceden de las entrañas de la tierra) lo consideramos como un símbolo o personificación de la Tierra.»

No me cabe duda de que Mari, desde un punto de vista genérico, es una clara manifestación de las fuerzas ocultas de la naturaleza y, por lo tanto, de Gaia, que premia o castiga a los seres humanos según el comportamiento respetuoso o insensato que se tenga con el medio ambiente o con el entorno ecológico que nos rodea.

Las cautivas de Mari

El mito de Mari parece renovarse continuamente. Se diversifica, se confunde deliberadamente con otros mitos, se diluye durante épocas de tiempo, surge y resurge como un ave Fénix en otras edades... Esto se debe en parte a que su leyenda se alimenta con las jóvenes Maris, que serían mujeres humanas cautivas que están allí retenidas por cumplimiento de una promesa o por una maldición de su madre. Existen múltiples ejemplos que corroboran esta afirmación. Una mujer del barrio Sarri (Bérriz) hizo la promesa de entregar a su hija a la Señora de Amboto, y para eso la llevó a apacentar unas vacas al prado de Sarrimendi, próximo a la caverna de Mari, hasta que ésta la cogió y se la llevó con ella. A veces han visto a Mari en figura de arco iris, relatando en Cerain que una hija del caserío Eguskitza (Mutiloa) llegó a tocar el arco iris y quedó convertida en Mari. O el caso de la muchacha de un caserío de Cegama, cuyo relato nos lo cuenta Satrústegui con todo lujo de detalles.

Hubo algún tiempo, en el término de Cegama (Guipúzcoa), un castillo del que apenas quedan vestigios. Era el castillo de Altzain. Su propietario fue un caballero valiente, pero muy irascible en su casa. Tuvo una hija de extraordinaria belleza, cuya única ocupación consistía en cuidar su hermosura y mirarse en el espejo durante todo el día, mientras se peinaba su espléndida cabellera.

Un día, descompuesta su madre por esta actitud tan ególatra, la maldijo invocando el nombre del diablo (en otras versiones dicen que gritó: ¡Ojalá te lleven mil rayos!). Al poco tiempo, y de forma inexplicable, desapareció la joven del mundo de los mortales. Esta joven pasó entonces a convertirse en el renovado mito de Mari. Días después, un pastor echó de menos un



Una mujer humana puede convertirse en una de las manifestaciones de la diosa Mari, la "Dama de Aizkorri", si sufre una maldición echada por su madre. Así ocurrió con una joven de Cegama.

carnero de su rebaño. Subió a Aizkorri en su busca y por fin vio, justo a la entrada de la cueva de Aketegui, a la joven desaparecida montada sobre el carnero. Al acercarse a la cueva, el carnero se alejaba hacia dentro. El pastor invitó a la joven maldita a que regresase a su casa, mas ella contestó que no lo haría hasta que su madre fuese llevada a Aketegui.

Refieren los pastores que, cada seis años, hace acto de presencia en la cueva de Aketegui, permaneciendo allí por espacio de tres años. Luego se traslada a Txindoki y Amboto, en sistema rotativo, con igual estancia en cada sitio. (No es extraño encontrar otros relatos que nos digan que suele estar siete años en Amboto y otros siete en la cueva de Oiz, esta vez referido a una muchacha natural de Lazcano que tenía un hermano sacerdote.)

La permanencia en Amboto se distinguía por las continuas tormentas que, con gran estruendo de truenos y relámpagos, incomodaban a los atemorizados habitantes de aquellos valles. La gente solía decir: «Ahí va la Dama de Aizkorri de nube en nube en su carroza.» (Aizkorriko Dama bere organ odeik odei dabil).

Cuando estaba en Aizkorri, de las entrañas de la sima de Aketegui salía un agradable olor que a los vecinos de Cegama recordaba el pan tierno recién sacado del horno. Solían ser años de sequía, y a la menor niebla asomaba el arco iris por la boca de la cueva. Desde Txindoki provocaba grandes nevadas en invierno y solían ser tres años de espléndidas cosechas para los caseríos circundantes.

En cierta ocasión, un pastor la vio pasar montada en su carroza, conducida por siete machos cabríos, hacia la cueva de Aketegui, entre las montañas de Álava. Cuando el muchacho se acercó a la boca del antro, vio cómo la Dama sostenía el peine de oro en una mano y el espejo en la otra, alisando su larga cabellera, mientras plácidamente se dedicaba a tomar el sol. El pastor quedó anonadado, sin poder pronunciar palabra. Ella dejó a un lado el peine y el espejo y, con amable gesto de cabeza, le indicó que se acercara, y lo abrazó apasionadamente. Luego la Dama le previno que le convenía regresar a su casa sin pérdida de tiempo, señalando con su dedo la tormenta que asomaba en el horizonte: «Ahí están mis ejércitos, y procura huir antes de que se hagan sentir aquí sus efectos.»

El pastor contempló el espectáculo que se avecinaba, y cuando quiso despedirse de la Dama, ésta ya no estaba.

Conviene saber que a la popular Dama de Aizkorri le llaman también Dama de Aketegui, localización toponímica del antro en la cima del monte.

Estas mujeres cautivas, por el hecho de serlo, también reciben el nombre de Mari y, por lo que hemos visto, adquieren sus mismas facultades.

Castigos y conjuros

Como todos los elementales, Mari tiene un carácter ambivalente: puede ayudar a los seres humanos de diversas maneras (proporcionando sol y llu-

vias para que las cosechas sean abundantes o entregando riquezas materiales a aquellos que saben corresponderla), pero, a la vez, se la considera una mujer altiva y arrogante, defensora a ultranza de la naturaleza y de la vida que en ella se alberga. Bajo ningún concepto consiente que un mortal se adentre en su territorio sagrado sin su permiso, ni que se apropie de sus objetos personales. Aquel que infringe cualquiera de las normas de Mari —que, por otra parte, son las normas de la naturaleza— puede sufrir serios disgustos, hasta incluso la muerte. Se cuenta que un pastor construyó su cabaña en las inmediaciones de «Supelegor» y fue perseguido por la Señora, convertida esta vez en cuervo. Aunque pudo escapar con vida, el pastor falleció al poco tiempo a consecuencia del susto. Otro ejemplo que se puede citar es el de un sacerdote que fue a realizar un conjuro contra la Dama de Amboto, a la misma morada de «Supelegor», y al poco de pronunciar sus palabras se le quemó la sotana incomprensiblemente, falleciendo por las quemaduras y por el susto recibido.

Los vecinos de Amézqueta le tienen un miedo reverencial. Dicen que reside en Marizulo, la cueva Txindoki, y los pastores creen que es una bruja porque les causa muchos perjuicios, ofreciéndole quesos y dinero a la entrada de su cueva para apaciguarla (sobornarla diríamos mejor) y no caer en desgracia. Este comportamiento es muy semejante a lo que siempre se ha hecho con las pequeñas y grandes deidades de la mitología de todos los tiempos.

Mari representa una serie de valores éticos. Condena la mentira, el robo de objetos que le pertenezcan, el orgullo y la jactancia, así como el incumplimiento de la palabra empeñada y el no prestarse ayuda mutua.

Se puede decir que tiene dos maneras de castigar: una psíquica, induciendo a los humanos estados de ánimo depresivos y provocando inquietudes interiores, y otra física, apoderándose de alguna pertenencia de los supuestos culpables (si son pastores, les quita algún carnero) o enviando el pedrisco y fuertes tormentas para que vean mermadas sus cosechas.

Han sido varios los conjuros utilizados, más que contra Mari contra los efectos que produce —aunque no muy eficaces—. Se coloca un hacha en el portal con el filo mirando hacia arriba para evitar que caiga el rayo en una casa, y en otras ocasiones, como el símbolo de Mari es una hoz (sabido es que atraviesa el firmamento en figura de una hoz de fuego, según ciertas leyendas), se considera a este instrumento como talismán contra el rayo y lo colocan usualmente durante las tormentas delante de la casa.

Los pastores y agricultores sabían que a ella se deben todos los bienes que nos proporciona la madre Tierra y muchas fuentes medicinales estaban

dedicadas a su memoria. Sabían también que no dañaba a nadie a no ser que hubiera transgredido alguna de sus normas. Unos cazadores que se entretuvieron en arrojar piedras en una de sus moradas, fueron víctimas del huracán que salió de la sima. Si un ladronzuelo quiere probar fortuna y apropiarse de algún objeto de Mari, sea de oro o de madera, indefectiblemente cuando llega la luz del día se convierte en carbón, castigo de todos aquellos objetos que han sido cogidos sin el previo consentimiento de Mari.

Normas en la morada de Mari

El humano que por diversos motivos caiga en el territorio de la Dama de Amboto o esté en el campo de influencia de Mari (la mayoría de las veces por error o porque se le vaya a consultar alguna cuestión), debe cumplir a rajatabla cuatro requisitos para evitar males mayores:

— Al hablar con ella, no hay que tutearla.
— Se debe salir de la caverna de la misma forma en que se entró, es decir, andando para atrás, mirando siempre de frente.
— No sentarse mientras uno se halle en la caverna con Mari.
— No probar ningún alimento ni bebida que le pueda ofrecer.

Si el visitante ocasional no cumplen estas reglas, corre el peligro de quedarse de por vida en su morada. Si es una mujer, pasa a ser una Mari más, y si es un hombre, se convierte en un ser fantástico, engrosando las filas de su familia.

5

Las hadas gallegas

Un mozo se acercó una vez junto a la mora de largos cabellos que allí había y ésta le preguntó:

—¿A qué vienes?

—Vengo a verte.

—Si sólo vienes a verme, vete; si vienes a desencantarme, vas a sufrir.

—¿Puedo yo desencantar a una muchacha tan hermosa?

—Sí, pero vas a sufrir. Yo me meteré en la piedra y luego saldré con forma de culebra, me enroscaré a ti y te pondré un clavel en la boca.

—Si subes por mí y te enroscas, es que eres una culebra. ¡Vete a tomar por el culo!

Así contestó el rapaz y luego salió corriendo. Nunca más se vio a la moza, y según los libros antiguos se «desdobló» y no aparecerá hasta que le «toque».

Cuento referido a una moura y recogido por Felipe Criado Boado
en *Mitología y mitos de la Hispania prerromana, II*

Las mouras

NO hay que confundirlas con la raza mítica de los «mouros», ni pensar que éstos son sus acompañantes masculinos, aunque en algunos relatos se suelen mezclar a los unos con las otras por la sencilla razón de que sus apariciones también tienen lugar en los mismos territorios: en los castros y en las «mámoas» (túmulos). Los mouros, básicamente, pertenecerían a una raza de seres humanos ancestrales (con manifestaciones actuales), mientras que las mouras pertenecen al lla-

mado mundo de los elementales o espíritus de la naturaleza. No obstante, la relación mouro-moura es muy habitual, sobre todo porque los mouros suelen hacer lo mismo que hacen los cuélebres en Asturias: custodiar al hada y al tesoro encantado. Asimismo, se suelen diferenciar en que en los mouros prima más el aspecto colectivo, de raza, mientras que en las mouras lo que predomina es la individualidad y lo sobrenatural.

Estos seres fantásticos femeninos moran en pequeñas lagunas, ríos, castros, pozos, cuevas, minas... pero casi siempre bajo tierra. Suelen ser denominadas «encantadas» cuando adoptan la forma de serpiente —llamadas «serpes» y «cóbregas» en Galicia y relacionadas con el agua y la mujer— o «mouras» cuando se vinculan a un castro, mámoa o monumento prehistórico, saliendo por las noches a peinar sus cabellos. En estas tierras existen distintos términos según la zona en que hayan sido vistas. Tenemos a las «xacias», con su historia de boda e hijos incluidos, que moraban en el río Miño, frente al castillo de Marce. A las «Vellas», que habitan en los nacimientos de ríos de alta montaña, así como a las «Princesas», que son pequeñas ninfas que viven y sufren en alguna fuentecilla del río Limia. Por último, están las «señoras», que son jóvenes y bellas mujeres que hacen brotar el agua debajo de una peña del castro de Donide.

Pero, por lo general, en Galicia designan con el nombre de «mouras» a unas encantadoras mujeres muy bellas, que guardan fabulosas riquezas, de las que tan sólo disfrutan ellas y ocasionalmente algunos humanos si aciertan a desencantarlas o a cumplir ciertos requisitos. El carácter de hadas que tienen estos personajes femeninos es indiscutible, y así fue destacado por Vicente Risco. El color de su pelo varía de unas leyendas a otras: en el castro de Santiago de Tortoreos (Las Nieves-Pontevedra), la moura sale a peinar su blanco pelo. En cambio, en el castro de Illón (Saviñao-Pontevedra), son descritas como esposas de los mouros —«fermosas e branquiñas»—, siendo sus cabellos largos y negros. Sin embargo, lo más normal es que cuando se hace referencia a su cabello éste sea de color dorado o de oro. Lo que no suele variar es la obsesión de estas mujeres por peinarse su larga cabellera una y otra vez. En alguna que otra ocasión solicitan el favor de pequeñas niñas para que las peinen a cambio de algún regalo (aunque no en esa mágica noche). Incluso existen leyendas en la comarca lucense de Saviñao, donde una señora pide a una jovencita humana que le mirase la cabeza a ver si encontraba algún piojo y se lo quitase. En agradecimiento, recibe carbones encantados de esos que al final acaban por convertirse en monedas de oro al llegar a casa. Sobre su eterna coquetería encontramos más datos en el castro da Iglesia dos Mou-

ros (Verín-Orense), donde se relata que unos pastores que apacentaban el rebaño en ese sitio trabaron conversación con las mouras que allí vivían, las cuales les dijeron que sentían una especial atracción por los trapos y vestidos de color rojo.



La relación que guardan los castros y los monumentos megalíticos con los espíritus de la naturaleza, tanto en su construcción como en su habitáculo, es una constante en muchas de las leyendas de España y del resto de Europa.

Como encantadas que son, sus apariciones suelen tener lugar en el día de San Juan, ya sea al amanecer o la noche anterior. La imagen clásica es mostrándose peinando sus cabellos, generalmente a orillas de un castro, una fuente o un río, con un peine de plata o de oro. Así fueron vistas en numerosos lugares como en Maceira (Covelo-Pontevedra) y en Troña (Mondariz-Pontevedra).

Las hadas gallegas se encuadran mejor en el mundo o familia de las hadas encantadas que en cualquier otra familia. Es decir, nos estamos refiriendo a una nueva variante de los denominados «encantos» en general, que los gallegos prefieren designar con numerosos vocablos como «mouras», «donas», «señoritas», «madamas», «reina mora», «moras», «fadas»... Tienen algunas diferencias significativas respecto a las hadas de otras regiones: el hecho de que las mouras salgan con bastante frecuencia a tomar el sol en vez de preferir el cobijo de la noche (aunque lo mismo ocurre con las anjanas de Treceño) o que los objetos que portan sean beneficiosos. Se cuenta que si se dejan ver con cántaros de agua y luego desaparecen dejándolos en el suelo, la persona que se lo lleve a su casa puede dar de beber ese agua a algún animal enfermo con la seguridad de que sanará.

El folclorista Lence Santos considera que el «encanto» gallego puede ser un hombre, o una mujer, esclavizado por el demonio, que mora bajo tierra, en las cuevas, en las fuentes y en las orillas de los ríos. Jamás muere y pasa su vida anhelando librarse del encantamiento para volver a ser libre y vivir cristianamente. Se ha hablado del carácter maléfico de estos seres, pues son frecuentes las leyendas (en concreto en la comarca de Saviñao) donde la curiosidad del humano o la pérdida de algún objeto entregado por la moura es pagado con la muerte.

En San Martiño de Gargantans (Moraña-Pontevedra) se aparece una «señora» con una tienda de objetos preciosos, entre los que hay unas tijeras de oro que, entregadas de punta, son un peligro, puesto que el posible adquisidor pasará a la «mina dos mouros» del castro allí enclavado, formando parte definitivamente del cortejo de los «encantados». Otras veces el humano no hace la elección adecuada de los objetos que le muestra, por cuya razón no puede llevarse a cabo el «desencanto» de la dama. Una leyenda tipo sería aquella de una moura que pone una tienda a la orilla del camino y al pasar un mozo, que se fija en las cosas allí expuestas, le pregunta:

—¿Qué es lo que te gusta más de la tienda? (¿Qué che gusta mais da tenda?)

Si el mozo responde «me gustan esas tijeritas...», está aviado. La moura respondería:

—¡Pues que te quiten los ojos con ellas!

Pero si el mozo responde con más sentido común, a la vez que con galantería, diciendo:

—Me gusta mucho la tienda, pero mucho más la tenderita,

ésta sería la frase mágica, ya que todo lo que hubiera en la tienda se convertiría en oro y la moura le daría a escoger lo que quisiera. Otra leyenda similar se recoge en el castro O Neixón (Rianxo-La Coruña), remarcando ese carácter maléfico de la moura, pues tan pronto está dispuesta a dar tesoros encantados como a quitar la vida o los ojos con una tijera.

En un romance popular que data del siglo XVI no se la denomina moura, sino «sabia» o buena hada, que, en vez de encantar, desencantaba a los que eran víctimas del sortilegio de las brujas, ordenándoles acto seguido que procedieran a purificarse con estas palabras:

Ide tomar nove ondas
antes de que saya ó día
e lavaredes con vosco
as nove follas de oliva.

Recordemos que en Galicia existe todo un simbolismo con el número nueve: el baño de las nueve olas, como ocurre en la playa pontevedresa de La Lanzada, que deben ser recibidas a las doce de la noche de San Juan, consideradas como milagrosas y dotadas de propiedades salutíferas; los nueve besos que hay que dar a la serpiente-moura para poder desencantarla, las nueve vueltas que se deben dar alrededor del castro, etcétera.

En el siglo XVII encontramos la que tal vez es la primera referencia documental sobre tesoros encantados y sobre mouras en Galicia, tal y como son conocidas en la actualidad. Se trata de un pleito que mantuvo el clérigo Vázquez de Orxas con unos campesinos sobre la pertenencia de unas mámoas en las que supuestamente había oro enterrado. En él se da cuenta de una «mujer descabellada y bestida de rraxa parda» que llevaba en la mano unos pelos suyos. Se encuentra con un criado llamado Hilario Alonso, al cual le propone que «qual le parescia mejor, aquello que trahía en la

mano ó ella». El criado respondió inmediatamente que ella, y entonces le dijo que fuera a cavar al otero de la mámoa de Segade y allí encontraría «un tesoro para sí y para toda su generación.»

Otras veces la moura aparece bajo aspectos tan espectaculares como el descrito en el relato recogido en el castro de Mourelos (Saviñao-Lugo), donde se cuenta que yendo un día un vecino de Portotide a cortar leña, le salió al paso un enorme ternero que de sopetón le dijo:

—¡O me salvas o te mato!

El hombre, aterrorizado ante tal disyuntiva, le dio entonces un machetazo certero en medio de la cabeza, con el que dejó seco al animal parlante. Pero al morir se transformó en una bella señorita que se hallaba encantada en aquella forma, siendo los autores de tan malévolo encantamiento —según confesó luego la pobre mujer— los mouros de aquel castro. Al surgir con tan bella forma femenina, el leñador se casó con ella, viviendo felices y llenos de riquezas.

Mouras-serpientes

A pesar de lo dicho hasta el momento, lo normal es que la moura, de no presentarse ante el humano en su bella forma habitual, lo haga en la de serpiente. Es un hecho probado, a la par que simbólico, que en Galicia a las mouras se las asocia con las serpientes y con la noche mágica de San Juan (San Xohan). En determinadas fechas, y sobre todo en esta mágica noche, salen a la superficie del agua y se colocan a un lado de la fuente, cueva o castro que les sirve de morada, lavándose y peinando sus cabellos con peines de oro.

Su hermosura es tal que cualquier mortal de sexo masculino que pase por allí se prenda de ellas sin remedio. Pero este amor suele ser imposible, pues cuando los más osados, echando arrojo y valentía al envite, se acercan a ellas, éstas desaparecen o se convierten en enormes serpientes. A veces logran entablar conversación sin que la mujer pueda abandonar la fuente o cueva a la que está unida por un encantamiento. Para que sus relaciones amorosas fructifiquen —o simplemente para que se rompa el encanto—, es preciso que el hombre desencante a la «moura» siguiendo un ritual o protocolo que ella misma le propone. Las formas de desencantamiento son muy variadas y van desde darle un beso a la aparente sierpe en la boca, en

una rosa o en un clavel que trae el reptil, hasta llevarle un bollo de pan o producirle una herida. Si este ritual se lleva a cabo de forma adecuada —cosa que se produce muy pocas veces—, la mujer abandona el fatídico encanto, así como su forma de serpiente, convirtiéndose en una mujer humana que se suele casar con el varón o le concede innumerables riquezas pertenecientes al tesoro secreto que custodiaba en el interior de la fuente o castro. Si el ritual fracasa, es frecuente que el héroe —y a veces la heroína— lleguen a morir o que se rompa definitivamente la posibilidad de desencantar a la «mujer serpiente.»

Como hadas que son, y además encantadas, les gusta relacionarse sentimentalmente con los seres humanos, pero suelen ser idilios frustrados. Se cuenta que en el castro de Illón (Saviñao-Lugo), la mujer de uno de los mouros que allí vivían (aquí se la asocia con esta raza mítica) entabló relaciones amorosas con un campesino y él, totalmente arrobado, al cabo de varias noches acabó hablándole de matrimonio, proposición que escuchó a hurtadillas el mouro celoso, sorprendiéndolos en el galanteo. La moura entonces rompió a llorar pues sabía lo que ello significaba y se despidió para siempre. Cuando a la noche siguiente volvió el galán a visitarla, no resignado aún con la negativa del día anterior, se encontró con un enorme «culebrón» de varios metros de longitud que le hizo tomar las de Villadiego.

Pero la leyenda más clásica de la aparición de una moura en forma de serpiente es, por ejemplo, la que se cuenta en la zona de Chan da Moura (Ribadabia-Orense), donde uno de estos personajes femeninos encantados peinaba sus cabellos con un peine de oro. Muchos la veían pero no se acercaban por miedo, hasta que un día un mozo se atrevió a hablar con ella y ésta confesó que era una mujer encantada, al igual que sus tesoros, y que si él quería desencantarlos, tendría que venir una noche que fijarían de antemano, presentándose ella con figura de sierpe con un clavel en la boca, debiendo él permitir dejarse enroscar por ella y retirar el clavel de sus labios. Así lo hizo el mozo, siguiendo todos y cada uno de los pasos, hasta que en el último momento la aprehensión y el asco pudo con él, sin conseguir retirar el clavel, motivo por el cual la serpiente cayó muerta, surgiendo a la vez un tremendo ruido en el monte. En otros relatos hay que echarle mucho más arrojo y suministrarle nueve besos, tal como sugiere la siguiente estrofa popular: «El que me desencantare, nueve besos en la boca me ha de dare.» Al darle el último, en teoría se debe transformar en bella doncella, yéndose agarrada del brazo del galán que ha realizado el desencanto.

El origen de los berberechos

¿Qué tienen que ver las mouras con los berberechos? Existe un vago pero interesante relato que relaciona de forma directa a las mouras con la aparición de estos moluscos en Galicia, también denominados «crica.»

La leyenda se recoge en el castro de San Lois, en Noya (La Coruña), en las tierras de Barbanza, y dice que al lado del llamado «Chan das Murallas» existe una piedra de moura en cuyo interior había un «encanto». En cierta ocasión preguntó la moura a un señor de Boa que pasaba por las cercanías del castro que si la quería (nos imaginamos que el tal señor sería muy apuesto, sabiendo el buen gusto que se gastan las encantadas), a lo que éste respondió de sopetón que no, que ni hablar del peluquín (versión libre). Ante esta negativa, la moura encantada se «desencantó», de tal manera que se marchó de allí echando chispas en dirección a la playa y desde entonces se dice que aparecieron los berberechos en sus costas («dende aquela hai os berberechos»). Como se puede apreciar, es de una lógica tan rotunda que huelga todo comentario.

Mouras cantadoras

Es muy frecuente sorprender a las hadas lavando, hilando o tejiendo; en cambio no lo es tanto sorprenderlas bailando o cantando y, sin embargo, existen algunos relatos donde incluso se han recogido las letras de sus canciones. Las mouras se convierten así en cantautoras excepcionales, sólo audibles para ciertos y privilegiados oídos mortales. Teniendo en cuenta sus habilidades cantarinas y que son mujeres encantadas, se las podría llamar «mouras en-cantadoras» y mataríamos dos pájaros de un tiro.

En el castro de Antorcisa (Fonsagrada-Lugo) la tradición señala que una doncella muy hermosa, al bajar por las cercanías de «A Vara do Castelo» a pastorear sus ganados, quedó fatalmente embelesada por los hechizos que allí había y a partir de entonces salía a cantar a una especie de mirador una cancioncilla que empezaba así:

—A vaca marela, está na correla.
—A vaca bragada, está na corrada.

Y en el castro Meimón (Boboras-Orense) relatan que muchas veces se vio a una moura recitar esta nostálgica cantiga maternal:

No castro de Parada (Cameixa)
teño miña filla Clara.
No castro de Magrás
teño o meu fillo Carlos.
E no castro de Meimón
teño o meu corazón.

Lo curioso es que cuando se hace referencia a sus cualidades vocales, nos encontramos generalmente con encantadas que anteriormente debieron ser mujeres humanas, pues no se las suele denominar como mouras. En el castro de Meirás (La Coruña), en el hueco de una peña que estaba orientada hacía el sur —ahora tapado—, aseguran que está encerrada una *princesa encantada* que en las noches de luna, sale al exterior y se pone a cantar unas tonadas «muy lindas». Si algún mortal intenta acercarse a ella, se oculta presurosa, no reapareciendo más.

El peligro de revelar un secreto

Las mouras suelen tener a veces comportamientos muy humanos. Se encariñan con ciertas personas y aparentemente detestan a otras, hasta el punto que pueden ocasionarles la muerte. Lo que nunca se debe hacer con un hada es transgredir ciertas normas o violar un secreto que ella no quiere que se sepa. Cuando alguien lo revela, tan sólo puede esperar todo tipo de desgracias, como el muchacho que por contárselo a sus padres se apoyó en una piedra de la que jamás se pudo despegar, o el campesino que encuentra monedas de oro y, por irse de la lengua, ya no vuelve a encontrar ninguna más, o la muchacha que fue obsequiada con ricos presentes viendo cómo todos ellos se convertían en carbón cuando dijo de dónde procedían, o aquellos que sufren daño físico e incluso encuentran la muerte por realizar algo que no debían... Ya hemos visto casos de una improvisada tienda donde el mozo tiene que elegir un objeto, con las funestas consecuencias que le acarrea si elige el equivocado.

No abundan mucho, pero hay alguna que otra leyenda donde una moura cede a su hijo recién nacido a una mujer que acaba de dar a luz para que se lo amamante por ser la leche humana de mejor calidad que la suya. Le entrega también una extraña sustancia grasa para que unte con ella a su pequeño mouro. Sin querer o queriendo, la mujer humana se unta uno de sus ojos con esta poción y logra ver cosas que los demás mortales no pue-

den ver. Consigue de forma milagrosa una «doble vista» que le permite observar con facilidad a la moura y otros objetos invisibles para una visión normal. Cuando la moura se da cuenta de esto, le arranca de cuajo el ojo.

En una preciosa leyenda que recoge Carré Alvarellos, se aprecian ciertas cualidades de las mouras, demostrando una vez más que pueden ser realmente muy peligrosas cuando se vulnera un tabú o secreto previamente establecido por ella.

En el monte «das Croas» (Salcedo, Pontevedra) estaba encantada hace mucho tiempo, quizá siglos, una joven de gran belleza. Su morada era un pazo que existía en el interior del monte referido, en el cual se guardaba el tesoro del «mouro» o gigante que la tenía encantada. Eran muchos los que deseaban encontrar aquel tesoro, pero nadie descubría la caverna o entrada por donde pudiera entrarse.

La dona, señora o fada encantada aparecía algunas veces a la vista de los hombres que iban por el monte antes de rayar el sol; pero tampoco nadie se le acercó jamás, porque, como era cosa de encantamiento, sentían cierto recelo, así que huían de ella.

Una vez la vio un niño que conducía las ovejas de su padre, y parece ser que estaba aquella señora sentada sobre una piedra peinándose los cabellos con un peine de oro. La fada lo llamó y pidió que le diera un cordero; pero el niño no le respondió y huyó. Llegó a casa y, tartamudeando por el miedo que llevaba y también por la carrera que se había dado, contó a su padre cómo había visto a la fada del monte y ésta le había pedido un cordero. Entonces, el padre dijo al muchacho que volviera al monte y le diera el cordero a aquella señora, no fuera que tomara a mal que se lo negase y después perdieran todo el rebaño o les viniese alguna otra desgracia.

Así lo hizo el niño, y al poco tiempo volvió junto a su padre y le dijo que la fada del monte das Croas quería hablarle y que fuera en su busca. El padre, aunque muy receloso, fue hacia el monte pensando en lo que podría acontecerle, puesto que estas cosas de encantamiento y del «más allá» le ponían muy nervioso.

La señora, al verlo, le dijo que se acercara a ella sin temor alguno, que nada malo había de pasarle, sino que, por el contrario, si guardaba el secreto de lo que ella iba a decirle y hacía lo que le ordenase, tendría muchos bienes y venturas.

El caso fue que desde entonces el hombre se hizo rico en poco tiempo. Su hacienda aumentaba y las cosechas le producían unos rendimientos muy superiores a los de todos los demás. Empezaron a circular rumores y decíase que el hombre aquel llevaba al monte das Croas todo cuanto la «dama

encantada» precisaba para su sustento, aun cuando él nada decía, ni cosa alguna respondía si le preguntaban.

Un día aquel hombre enfermó; tan grave se puso, que ya todos le daban por muerto. Pero sucedió que mientras su mujer tuvo que salir de casa para atender su hacienda, sin que nadie supiera cómo, la fada del monte das Croas le salió al paso y le preguntó cómo estaba su marido. La mujer la reconoció pero no respondió y, como le tomó miedo, salió corriendo a todo correr. Cuando llegó a su casa, vio con espanto que el hada inexplicablemente estaba junto a la cama y que su marido había mejorado de tal modo que ya no parecía encontrarse en el grave estado de antes.

Cuando se marchó, la mujer preguntó a su marido qué le había hecho para que se encontrara tan mejorado; pero él no quiso decirle nada acerca de esto. Tanto porfió la mujer, que al fin el pobre hombre le contó todo lo que había sucedido desde el mismo momento que la vio en el monte, así como los remedios que le aplicó con unas hierbas que trajera. Habló más de la cuenta, quebrantando el secreto, por lo que al día siguiente, inexplicablemente, apareció muerto; y parece ser que tenía todo el cuerpo como si hubieran estado apaleándolo, lleno de magulladuras y cardenales.

Las lumias gallegas

En Galicia, las «lumias» tienen un similar comportamiento y un aspecto físico más acorde con sus parientes cántabras que con las vasco-navarras. En las leyendas gallegas no se menciona nunca aquello que singulariza a las lamias: las patas de oca o de cabra formando parte de su anatomía. Por otra parte, Manuel Murguía coloca a las «lumias», consideradas por él como «malas fadas», al lado de las «ouvas», es decir, como seres femeninos de la naturaleza perversos que infunden temor a los humanos, con aviesas intenciones, equiparables a viejas brujas y odiosas, que personifican el egoísmo y la ruindad, aunque el poder de las lumias —nos dice— era inferior a las mencionadas «ouvas.»

Para Rodríguez González, una variedad de lumias serían aquellas que chupan la sangre a los niños, pero este autor, sin duda, está mezclando este mito con el de las «meigas chuchonas», las cuales tienen muy pocos puntos de contacto con las lumias.

En Galicia, las lumias —de las que apenas hay rastros en las leyendas locales— viven en castros y en las casas en ruinas, guardando tesoros (como

los encantos). Pondal las describió como si fueran mouras, de esta manera tan poética:

> Os cabellos pieitando,
> c'un lindo peine d'ouro
> que deslumbraba o mirarlo.

Es importante reseñar que cerca de la comarca orensana de Limia, cargada de ancestrales reminiscencias mágicas —y no sólo por el nombre—, está enclavada la iglesia de Santa Eufemia, en la localidad de Junquera de Ambia, en la cual se conserva aún un altar romano dedicado a las ninfas, diosas de las fuentes y los ríos con características idénticas a nuestras «damas del agua», entre las que habría que incluir, sin duda, a estas «lumias» gallegas. La razón de que todavía perdure esta antiquísima ara romana —diríamos que de forma milagrosa a pesar del tiempo transcurrido y, a pesar sobre todo, de San Martín de Dumio— se debe al vivo recuerdo de que en ese lugar se veneraba, hace muchos siglos, a estas divinidades femeninas. Sus habitantes aún recuerdan historias sobre ellas y otros espíritus afines, como las «mouras» encantadas. En tierras leonesas también existe un ara romana que pone sobre la pista de una fuente de ninfas y a la cual me referiré cuando hable de las janas.



Las hadas de ambas Castillas y León

Sea cual sea la causa física concreta de la extraña sonoridad acuática, ya no nos abandonará la idea de que las náyades de las fuentes y los ríos, como las nereidas y las sirenas del mar, tienen su origen en una alucinación acústica, en un embeleso de los oídos, los murmullos de las aguas en la noche. Sin comunicárnoslo, ambos tenemos la misma sensación y escuchamos fascinados, suspenso el ánimo en la absoluta negrura de la noche, los cantos, las risas, las llamadas con que las janas afirman su inmortal presencia en las fuentes. Estos mismos murmullos, en las noches de la humanidad recién nacida, fueron el firme testimonio de las divinidades de la naturaleza.

Sí, son las janas, es imposible equivocarse. Y las seguimos escuchando, traviesas y cantarinas, mientras el sueño se apodera de nosotros.

JUAN PEDRO APARICIO y JOSÉ Mª MERINO,
sobre las janas de las fuentes del Esla en *Los caminos del Esla*

Las encantadas de San Juan

CON el nombre de «moras encantadas» se designa en tierras de ambas Castillas y León (aunque en este último lugar también se las denomina janas) a una familia de mujeres sobrenaturales, similares en cuanto a su semántica y a sus actitudes a las «mouras» gallegas, que proliferan sobre todo por las zonas de Andalucía, Castilla y Aragón. Buscan como habitáculo las cuevas y antros subterráneos. Estas moras suelen abarcar indistintamente a dos grupos de hadas: a las encantadas y a las damas del agua.

En la casuística supersticiosa de estas tierras es frecuente que abunden tres temas concretos: las almas de los muertos, los tesoros ocultos y las moras encantadas, lo que no quiere decir que sean tratados de forma independiente, sino que la mayor parte de las veces se entremezclan o se funden en una sola leyenda. Respecto a las encantadas, es seguro que su creencia proviene de los antiguos númenes de las fuentes, seres míticos que moraban en ellas y las defendían, dándoles propiedades sobrenaturales que se acentuaban sobre todo en la noche de San Juan, noche donde las aguas de cualquier clase adquirían unas ciertas propiedades mágicas. A partir de la Alta Edad Media, esos númenes pasaron a llamarse *moras* o *encantadas de San Juan*, pero sus aguas seguían teniendo los mismos poderes, razón por la cual existen muchas costumbres relacionadas con ellas practicadas en la noche sanjuanera, en concreto en su vertiente salutífera y milagrosa. En algunos pueblos de las provincias de Valladolid y Salamanca creen que poniendo hierbas aromáticas a remojar durante esa noche y lavándose después con ese agua «se vuelve uno más guapo» o se cura de enfermedades cutáneas o de la vista. Asimismo, bajan el ganado a que se bañe en el río más próximo en la creencia de que las aguas les preservarán de todo mal durante un año, así lo aseguran en La Cabrera (León).

Cuando se habla de moras, dejando de lado sus reminiscencias musulmanas, con las que muy poco tienen que ver, lo normal es que se dejen ver peinando sus cabellos dorados en el día y noche de San Juan. Se corre el riesgo de confundirlas con «damas del agua», pues tanto unas como otras se manifiestan durante esa noche y ambas prefieren las proximidades de las fuentes. Es conveniente —para distinguirlas mejor— separar y diferenciar aquéllas que se presentan dentro de una fuente de agua —a las que trataremos como *ninfas, moras de las fuentes* o *damas del agua*— y aquellas otras que se dejan ver en cuevas u otros lugares, que serán las propiamente «encantadas», «moras encantadas», princesas, reinas moras, mozas o moras a secas.

Ciertamente, todas ellas presentan rasgos que podríamos considerar comunes: son seres de aspecto femenino; se manifiestan en la mañana de San Juan y preferentemente a hombres; tienden ropa; se relacionan con tesoros ocultos; piden ser desencantadas, etc. En Castilla siguen con la dichosa manía, ya vista en Asturias y en Galicia, de transformarse en culebrones para ver si el mortal elegido es capaz de vencer la repugnancia que le produce el verse rodeado por sus viscosos anillos con el fin de romper el hechizo al que está sujeta.

Menéndez Pelayo creyó que tanto las moras castellanas como las mouras gallegas tenían un origen celta, a partir de la palabra «mahra» o «mahr», con que designaba este pueblo prehispánico a ciertos espíritus. Caro Baroja, por su parte, apunta cierto parentesco de estas moras castellanas con el mito de la «Serrana de la Vera», célebre romance ubicado en Extremadura, en el que esta mujer llevaba con seductores engaños a su cueva a los hombres para allí devorarlos. Encuentra esta similitud porque ocasionalmente estas moras matan a hombres dentro de sus hogares cavernícolas, una vez hechizados. Pero estos relatos no son frecuentes ni representativos y, desde luego, se alejan un tanto de la tradición mítica de estos seres femeninos, aunque existen esporádicas hadas asesinas, sobre todo en Galicia.

Es una lástima que en algunas localidades tan sólo se encuentren vagas referencias a estas moras, como ocurre en Fuentespreadas, dentro ya de la provincia de Zamora, donde existe una leyenda que cuenta que en la noche de San Juan viene una mora a peinar sus cabellos a las aguas de la fuente de Santa Colomba, o en Fradellos de Aliste, donde localizan su morada no en una fuente, sino en una espelunca. Ciertamente, el encanto puede aparecer en cualquier momento y, si no se está avispado, se pierde una oportunidad de oro para hacerse rico, como le ocurrió en Avedillo (Zamora) a una moza que iba a saciar su sed a la fuente de la Luciana y vio en el remanso una mazorca que flotaba sobre un agua de color amarillo. Extrañada ante este fenómeno poco usual fue a comunicárselo a un vecino, pero cuando regresaron al cabo de unos pocos minutos, la mazorca había desaparecido y el color del agua era normal. Es entonces cuando le dice el hombre:

—¡Ah, tonta!, ¿por qué no echaste un trapo negro y se te hubiera convertido en oro? Eso era un encanto.

Reconozco que ese espectáculo no es frecuente que se pueda producir, pero nunca se sabe si a partir de ahora no es conveniente llevar un pañuelo negro discretamente guardado en el bolso... porque los encantos tienen la peculiaridad de aparecer cuando no se buscan ni se piensa en ellos. Incluso se dan casos de dos personas que van juntas y una los ve y los oye y, sin embargo, la otra está *in albis*.

En la Puebla de Valdavia, provincia de Palencia, de boca a oído siempre se ha susurrado que la llamada «fuente de la mora» recibe este nombre por el hecho de que en sus aguas habitaba no hace mucho tiempo una mora encantada sanjuanera.

La provincia de Salamanca está plagada de topónimos que hacen referencia a estos seres: casa del moro, pata del moro, cueva de la mora, charca de la mora, fuente de la mora... Podemos citar el pueblo de Villar de Argañán, en cuya fuente, llamada de «las tahonas», existía —y dicen que existe todavía— una mora encantada que todas las mañanitas de San Juan, antes del amanecer, tiende ropa que utilizó durante el año sobre las peñas cercanas, lo cual no sé si se trata de un síntoma de limpieza o de todo lo contrario. Es frecuente también verlas ejecutar esta actividad en la localidad de Villar de la Yegua, en la cueva conocida como «Los Castillos». De esta última nos refiere José Francisco Blanco que su abuela le contaba que una mora le había pedido a un joven que le ayudara a romper el hechizo. Para ello lo llevó a su cueva, donde debía superar dos espeluznantes pruebas: dejar que su cuerpo fuera enroscado por una enorme serpiente y aguantar la embestida de un toro con las cuernos en llamas, ambas sin inmutarse o asustarse. Su abuela le aseguró que la mora debía seguir sufriendo el encantamiento, pues el joven no fue capaz de soportar estoicamente tales pruebas, muy similares, por otra parte, a las que imponen las xanas —encantadas asturianas y las mouras gallegas. En la Sierra de Francia, en la cueva de la Quilama, se ubica el hábitat de una de estas reinas moras encantadas, así como una extraña e invisible ciudad subterránea habitada por enanos...

En el pueblo salmantino de Villarino de los Aires se recuerda una clásica leyenda, igualmente conocida en otros lugares de España: la del ama de cría que se encuentra con una de estas moras en su cueva, la cual le pregunta si puede entrar y dar de mamar a su hijo, a cambio de una recompensa. La mujer humana accede a sus ruegos y, tras dar de mamar al niño durante varios días, la mora le entrega como pago un montón de astillas que pone sobre el mandil. La mujer, cuando regresa a su casa, se pregunta para qué le habrá dado esas astillas que aparentemente nada valen. Ante la duda, las va tirando por el camino hasta que llega a casa, quedándole tan sólo una de ellas como muestra. Comprueba entonces con gran desesperación que era de oro macizo. Rápidamente volvió a buscar las demás pero ya habían desaparecido. Fue a la cueva de la mora y le pidió que le diese más astillas, pero la mora sentenció que no podía hacerlo porque las había despreciado. (José María de Pereda cuenta algo similar en Cantabria pero referido a sus «enanucos bigaristas» de los que hablaremos en el libro sobre los *Gnomos*).

La provincia de Madrid, a pesar de su gran población, también guarda sus misterios. Al pie del risco Picón, cerca de la carretera que va de Tielmes a Carabaña, en el valle de Tajuña, se encuentra la «Cueva de la Mora», de la

cual se decía que todos los días del año, excepto los de lluvia, la reina mora que habitaba estos contornos subía hasta la roca más alta rodeada de su guardia y una cohorte de doncellas vírgenes. Allí arriba pasaba las horas muertas peinándose los cabellos mientras contemplaba embelesada el río. Aseguran que los pocos mortales que la vieron nunca lo han contado porque la guardia personal de la mora les cortó la lengua...

En la provincia limítrofe de Toledo, y relacionadas con el día de San Juan, existen varias creencias respecto a apariciones femeninas que, según refieren González Casarrubios y González Moreno, salen de madrugada para peinarse, lamentarse, cantar dulces melodías o sencillamente para aparecerse a los que pasan cerca de sus moradas. Suelen ser jóvenes y bellas, y en la mayoría de los casos se trata de princesas, moras, hadas rubias o jóvenes engañadas. Hay noticias sobre ellas en localidades como Belvís de la Jara, Espinosa del Rey, Gálvez, Navahermosa (llamado «el pueblo de las brujas») y La Guardia (donde hizo de las suyas el duende Martinico). En Belvís, en la noche de San Juan, se rememora una vieja tradición de dejar agua al raso o «al sereno» para que las mozas se lavasen al amanecer y conseguir así una tez blanca y suave, como la de las ninfas.

En la llamada «Covacha del Moro», en la localidad conquense de Priego, hay un miedo supersticioso a pasar por sus cercanías por dos razones: porque está habitada por una determinada clase de serpientes y porque existe la creencia de que también convive con ellas una bella musulmana encantada. Si alguien pregunta por el motivo de su enclaustramiento, la culpa hay que echársela esta vez a su padre, que prefirió verla convertida en serpiente antes que casada con un infiel caballero cristiano. Cuentan que en las madrugadas del invierno, en las noches de plenilunio, se oyen los ayes lastimosos que salían del interior de la «Covacha del Moro», mezclados con silbidos de serpientes. La joven arriesgada que entre en la Covacha y vea al reptil, quedará encantada en lugar de la mora, mientras que ésta se transformará en piedra para siempre. ¿Alguien lo habrá intentado?

Janas, ninfas y ondinas en León

En la zona del Bierzo (León) abundan bastante este tipo de leyendas, donde indistintamente se las llama moras o janas. Esta última palabra debía ser muy habitual en el siglo XVIII en la zona fronteriza entre Asturias y León, porque el padre Martín Sarmiento en su *Viaje a Galicia*, escrito en 1745, dice: «Oí hacia Asturias llamar janas a las moras encantadas de las

fuentes.» En la toponimia de la provincia leonesa se pueden encontrar todavía nombres alusivos a ellas, como el paraje de «Las Chanas», al sur de la sierra del teleno, o «La Chana», cerca del lago Carucedo.

Lo que sí he encontrado es una vinculación muy directa entre estas janas leonesas y el antiguo culto a las ninfas de la mitología grecorromana, al estar estas tierras ocupadas durante largo tiempo por legiones del Imperio Romano.

En León existe amplia tradición sobre janas entre Carbajal de la Legua y Cabanillas. En el valle de Gete, en un camino que asciende desde el pueblo de Gete hacia el Abesedo, a medio kilómetro, se encuentra la fuente de la Vallina con agua muy fría y transparente (está a 4,6 grados). En ella se dice que vive una jana que vaga por el lugar expiando un pecado de amores. A la tía Periquita le llenó el mandil de canicas y le dijo que no las mirara antes de llegar a Gete. Cuando bajaba por las Vegas del Barrero, vio que eran carbones de robles. Al entrar en casa, no obstante, encontró una onza de oro entre la cinta del mandil y entonces comprendió lo torpe que había sido y el encanto que habían sufrido las canicas. (En Galicia las mouras, en su lugar, entregan carbones, y en Castilla las moras ofrecen astillas.) La jana de esta fuente sólo se deja ver una vez al año y, por si aún no lo han adivinado se trata de la tan citada noche de San Juan, a las doce en punto. Sus cabellos son rubios y, como mandan los cánones, es muy bella. Entregará sus amores al mozo montañés que la desencante si logra darle a beber agua de la fuente de la Vallina en el cuenco de la mano. El tío Gabriel decidió un año atreverse y proceder al ritual, pero como había pasado todo el día segando hierba, del cansancio se durmió al lado de la fuente, no pudiendo ver a la jana. A la mañana siguiente encontró un peine de cuerno de castrón que la jana se dejó, tal vez olvidado o tal vez a modo de regalo feérico por aquello de que lo que cuenta realmente es la intención...

En el Puerto de Pandetrave, junto al arroyo Mostajal, dicen que verse no se ven pero que se oye a las janas cantar con el acorde y acompañamiento de las aguas y del viento en el hayedo del otro lado del valle del Puerma. Por su parte, en Caminayo (aldea de seis vecinos y veintidós habitantes) existe una hermosa tradición sobre estos seres femeninos. Ya el nombre de Caminayo parece ser que tiene relación con las «Camenae» (las camenas), ninfas de las fuentes parecidas a las musas, que tenían su santuario cerca de la puerta Capena, en una de las siete colinas de Roma. Se asegura por lo «bajinis» que hay una jana encantada en las cuevas de caliza de Caminayo que guarda celosamente un tesoro consistente en dos escudillas de oro, esperando a ser desencantada en alguna noche sanjuanera.

En la localidad de Valencia de Don Juan se afirma que en los sótanos de su majestuoso y reconstruido castillo habita una hermosa mora que sólo sale de sus aposentos en la noche de San Juan, para peinarse sus rubios cabellos en el río a la luz de la luna. Dejando a un lado los pueblos y adentrándonos en la ciudad de León, en el claustro del que es ahora Hostal de San Marcos se localiza un ara romana con una extraña inscripción latina que dice: NYMPHIS FONTIS AMEVCNI TERENTIUS L. FHOMVHVS JUNIOR LEG LEG VII GE, que traducido habla de una fuente de la ninfa situada en un antiguo robledal, en cuyo honor se hizo este ara votiva por parte de la Legio VII Gemina, que se estableció en León en el año 68 d. de C.



De un fastuoso palacio bajo las aguas surge la ondina del lago, en actitud majestuosa, paseando entre las brumas del amanecer del día de San Juan.

Matías Díez Alonso siguió la pista a esta inscripción y sus pasos lo condujeron a lo que fue un robledal en la localidad de Navatejera, donde se asentó la Legión VII del Imperio Romano y encontró en el valle de la Huerga la que en la actualidad llaman la Fontaninfa, entre Navatejera y Copona. Le contaron que

en las noches de verano se suele oír un cantar melodioso similar al de varias niñas en un coro. A estas ninfas del «Amevcni» consagraron los mozos romanos de la Legión Séptima la citada ara votiva —según Matías Díez—, y sus poderosas razones tendrían para ello, ya que su influencia se deja sentir hoy en día.

He dejado para el final al lago de Carucedo, en la provincia de León, de 30 metros de profundidad y cuatro kilómetros de perímetro, el cual encierra varias leyendas. Por este lago paseó su melancolía doña Beatriz, la protagonista de la obra de Gil y Carrasco *El Señor de Bembibre*. Uno de sus misterios tiene relación con su origen. Dicen que se formó por la abundancia de lágrimas vertidas por la ondina Carissia, enamorada del general romano Tito Carissio, que dominó el Bierzo en el año 19 antes de Cristo y fue el que tomó Castro Bérgidum o Castro Ventosa, altozano que se encuentra cerca de Cacabelos (declarado monumento nacional en 1931) y aquí establecieron sus tropas los romanos para vigilar la explotación aurífera de Las Médulas. Recordemos que ondina es una de las muchas palabras que designa a las hadas de agua dulce o ninfas.

Carissia, según las leyendas, vivía en la mítica ciudad de Lucerna, y cuando se enamoró del general romano, éste se burló de ella y la despreció al tratarse de una ninfa astur que por aquellas épocas era un pueblo enemigo. La ondina lloró tanto y durante tantos años que anegó la ciudad de Lucerna y formó el lago.

Todos los años, al amanecer del día de San Juan, se vislumbra en el fondo del lago Carucedo el reflejo de Lucerna y en esa noche es cuando sale nuestra ondina a buscar un guapo mozo que la pida en amores. Aunque la verdad es que ni el mozo ni la ondina se suelen ver por esos contornos a esas altas horas, al menos se percibe un agradable perfume de rosas silvestres.

Como siempre, la verdad es mucho más prosaica, pues se trata de un lago artificial producido por el estancamiento de las aguas procedentes del lavado de Las Médulas de Orellán, explotaciones de oro que estuvieron en funcionamiento durante trescientos años a cargo de las tropas romanas (se calcula que se removieron unos trescientos millones de metros cúbicos de tierra). Entre las grandes bocas de salida del agua de Las Médulas hay una que lleva precisamente el nombre de Cueva Encantada.

Oro real y oro ilusorio

Abundan los lugares leoneses donde circulan leyendas sobre tesoros de la época de los moros: cuevas en las que hay un tesoro custodiado por un

cuélebre, un moro, una encantada, una culebra venenosa o una trampa disimulada. En alguna cueva se dice que el tesoro se halla bajo la apariencia de una gallina con los polluelos de oro. Todas estas leyendas, cuyo telón de fondo es el oro, suelen nacer de una fuente común que es el mito de los Molinos de la Griega o los Hornos del Griego. A primera vista no se ve bien la relación entre griegos y leoneses, pero todo tiene su explicación.

Históricamente, en la provincia de León se hallaba la gran despensa aurífera del Imperio Romano, pero antes de que llegaran ya eran explotadas sus minas. Los reyezuelos indígenas (en esa época las tierras eran ocupadas por los astures) vendían metales preciosos a comerciantes griegos que luego eran transportados a lo largo de la «Vía de la Plata» hasta tierra de los Tartesos. Los romanos, que no desperdiciaban ninguna ocasión, se enteraron de estas explotaciones y resolvieron ocupar esta zona *manu militari*, desmantelando las colonias griegas.

Había dos formas de explotación de estas minas: una, lavando las tierras auríferas, y otra, fundiéndolas en hornos calentados con carbón de roble. El lavado de las tierras se hacía en las Médulas de Orellán y Carucedo (las más conocidas) pero también en las de Villaviciosa de la Ribera, La Garandilla, Canales de la Magdalena, las de Valle Gordo, las de Villarroquel, Villasabariego, Vegas del Condado y Campo del Agua.

Con esta primera forma de explotación se relaciona la leyenda del Molino de La Griega, que representa a una mujer atea que se alza llena de soberbia ante la divinidad lanzando frases de desafío como ésta: «Quiera Dios o no quiera no ha de moler el molino hasta que lo diga la Griega.» Con ligeras variantes, estas leyendas llegan a decir que en vísperas de inaugurar el molino, cuando ya todo estaba dispuesto y preparado, la Griega (mujer sobrenatural, equiparable a las moras) se permitió decir:

—¡Mañana muele el molino!

Alguien consideró este comentario como muy rotundo y poco religioso, argumentando:

—Mujer, si Dios quiere.

Pero ella, al ser extranjera y no cristiana, contestó orgullosa:

Que quiera Dios
o que deje de querer

el molino de la Griega
ha de moler.

En este punto las versiones varían. Unos dicen que, ante esta blasfemia, al llegar el agua al molino todo voló por los aires. Otros dicen que el agua se volvió para atrás por la cuesta arriba, contra todas las leyes naturales, hasta esconderse en el depósito, y la molinera quedó condenada a permanecer eternamente en el molino lavando el metal.

El otro sistema de explotación aurífera obedece al mito de los Hornos del Griego que era obligar a la tierra a parir el oro antes de que estuviera maduro fundiendo en los hornos los sulfuros. Esta forma de proceder era considerada por los lugareños como irrespetuosa contra la naturaleza, pues no se seguía el proceso normal del metal, pudiendo incomodar a la Madre Tierra. Para aplacar su ira, se echaban al caldo de fundición varias gallinas o pavos como sacrificios expiatorios. De ahí brotan, seguramente, los relatos de cuevas donde hay un tesoro en forma de gallina o pavo con sus polluelos de oro.

Tanto en Barniedo de la Reina, Olleros del Alba, Gete, Barrillos de Curueño como en los Barrios de Gordón abundan antros donde se encuentran leyendas alusivas a tesoros en forma de gallina o pavo con sus polluelos de oro. En los Barrios de Gordón hay una cueva que denominan la Cardosa y en cuyo interior existe un molino, siempre dando vueltas, custodiado por una molinera encantada que lo fue por un pecado de amores, así como un pavo de oro macizo con sus polluelos correteando por allí. Comentan que esta cueva se comunica con la sima del castillo. Los límites geográficos casi siempre quedan sobrepasados por una imaginación sin límites.

Los tesoros pueden revestir distintas formas. Una pastora de Rosales, mientras se lavaba las manos en una fuente del monte, notó la presencia de un hilo mezclado con el agua. Tiró de él y observó que salía del mismo manantial. Por más que tiraba de él no cesaba de salir, así que tomó una piedra y comenzó a devanar el hilo hasta que hizo un ovillo muy grande. La pastora se cansó de tanto hilillo y con las tijeras lo cortó, pero éste, en vez de quedar inerte en el suelo como era de esperar, se fue escondiendo a manera de reptil por el manantial adentro. Cuando desapareció totalmente el hilo, salieron unas burbujas y una voz femenina gutural que decía:

Devanar, devanaste,
pero no acabaste;
si una vuelta más

hubieras dau,
una devanadera de oro
hubieras sacau.

La lamia de Cuenca

Por sorprendente que parezca, existen rastros sobre lamias fuera de sus contornos geográficos habituales, siendo éstos el País Vasco y Navarra. Como era de suponer, lejos de estas tierras no se las suele denominar como lamias, pero sus rasgos físicos suelen ser inconfundibles: los pies con membranas las delatan, sean éstos de oca o de gallina, aunque también hay rastros de mujeres con pie de cabra.

En la provincia de Cáceres, en la Cerdaña catalana, en La Rioja, en Cuenca... se conservan leyendas que hablan de estas mujeres misteriosas, cuyas historias aún no han sido investigadas en profundidad y que plantean algunos interrogantes: ¿Las lamias están más extendidas de lo que parece o son individuos aislados que se han salido de sus contornos?

Existe una curiosa tradición en las tierras conquenses, con fenómeno sobrenatural incluido, cuyo protagonista durante siglos ha sido el «demonio» —sobre todo para los más fervientes devotos religiosos—, pero que, analizado con detenimiento, nos encontramos ante un caso cuya protagonista es una auténtica lamia a la vieja usanza, es decir, que concuerda perfectamente con la visión que de ella se tiene en las tierras del norte de España.

La versión más popular y, por consiguiente, más conocida del mito, hace referencia a un demonio sarasa, con ciertas inclinaciones al sexo masculino. Refiere la leyenda que «hace muchos años» el demonio andaba por esos pagos y se prendó locamente de un joven y bello conquense al que quiso seducir y, para conseguir su objetivo, optó por travestirse de mujer. Tras varios irresistibles galanteos, el muchacho ya estaba «en el bote», merced a los encantos de tan hermosa «damisela», hasta que un buen día el galán —suponemos que algo mosqueado— levantó un poco la falda de su amada con todo el disimulo que pudo y comprobó que sus piernas acababan en pezuñas de cabra, única parte de su anatomía que no podía ocultar, por corresponder a su auténtica naturaleza sobrenatural. En ese momento, como era de suponer, el galán corrió asustado y el demonio, furioso, lo persiguió un buen trecho hasta que el joven logró llegar a una cruz de piedra en la que puso su mano. Entonces el demonio se paró en seco y no le

quedó más remedio que huir de aquel lugar, no sin antes dejar la huella de su pezuña en la cruz como muestra de su presencia. Tanto la huella de la mano del joven cristiano como la del rijoso demonio-lamia aún pueden verse, petrificadas, en la cruz que está situada junto al antiguo convento de las Descalzas y al lado de la ermita de las Angustias, en la ciudad de Cuenca.

Si analizamos varios detalles de esta leyenda, comprobaremos que todos ellos encajan perfectamente en la descripción que tenemos sobre una lamia:

— Se trata claramente de un ser femenino (aunque la leyenda se empeñe en atribuir esta hazaña al diablo metamorfoseado), el cual pretende seducir a un hombre. (A las lamias las encanta seducir a los humanos.)
— El hecho de que el joven cristiano se enamorase de ella en tan poco tiempo indica que, o era muy miope, o realmente la dama era muy bella. (Las lamias suelen tener rostros perfectos.)
— Este ser, lógicamente, vestía largos faldones para no ser vista su parte animal (al igual que las lamias que disimulan así el defecto de su anatomía).
— Sus pies no son humanos, sino pezuñas de cabra (las lamias vascas o navarras tiene esta misma terminación de pie, así como patas de oca).
— Huye ante la cruz cristiana, que ejerce de poderoso talismán (cualquier lamia que se precie tiene una profunda aversión a todo lo que represente símbolos religiosos).

Por último, en la vecina Albacete, J. A. Iniesta y J. F. Jordán, han recogido en su libro *Leyendas y creencias de la comarca Hellín-Tobarra* (1995) varios relatos sobre encantadas (en Agramón, Isso, Minoteda, embalse del Cenajo y Castellares de la Sierra) así como de encantados masculinos (en Sierra del Picacho).

7

Las hadas aragonesas

Vayamos a lo que de verdad nos interesa. Esas encantadoras, trágicas y, a veces, algo crueles, moricas encantadas que pueblan tantos de nuestros rincones aragoneses, y especialmente las cuevas o fuentes de nuestros escarpados montes.

JUAN DOMÍNGUEZ LASIERRA: *Aragón legendario*, II

Las encantadas baturras

EN la zona de Sos del Rey Católico y la Valdonsella (cerca de la provincia de Navarra) se mantiene la creencia en las virtudes mágicas que depara la noche de San Juan, noche en la que casi todo es posible, noche en la que pueden ser desencantadas las damas encantadas que habitan en las fuentes, y para ello es suficiente coger un ovillo que previamente la dama entrega y marchar con él, sin volver la cabeza. Conforme el hilo se va desenrollando, se oyen fuertes gritos intimidatorios, algunos de ellos aterrorizadores, pero bajo ningún concepto hay que asustarse ni volver la vista, porque en tal caso se malogra el desencanto. O si no, que se lo digan a aquel buen mozo que siguió este procedimiento, cerca de Sos, y cuando volvió la cabeza vio una hilera de yeguas negras unidas al hilo, las cuales desaparecieron instantáneamente, excepto la primera de la fila, que es la que tenía aferrada con el hilo.

En la localidad de Plan, en el valle de Gistaín (Huesca), se cuenta la leyenda de la «Basa de la Mora» —así llaman los aldeanos al ibón de Plan— que narra la aparición de una princesa mora, ejecutando una bella danza sobre la superficie del lago, en la madrugada del día de San Juan, visión que sólo pueden ver los que se lavan la cara en el agua de la Basa de la Mora y —añaden— los limpios de corazón, e incluso pueden contemplar una yunta de bueyes «labrando» el agua, algo que nada tiene que envidiar a los mejores espejismos del desierto del Sáhara.

Sobre los túneles de la carretera de Plan, en Saravillo, en el sitio llamado Lisán, existe igualmente un mito sobre una encantada y un tesoro escondido en una roca, del cual dice la canción:

Tozal, tozal de Lisán,
¡qué rico que estás!
Dabaixo una carronera
ya'y una filla encantada.
Y en la cabecera tiene
una olla de monedas.

La fuente mentirosa de Frías

La turolense sierra de Albarracín guarda recuerdo de extraños y sobrecogedores acontecimientos. Entre ellos el ocurrido en el llamado «bosque del diablo», cerca de Frías de Albarracín, considerado un lugar maldito, al que los habitantes del contorno aún tienen recelos en acercarse. De él se cuenta que en las márgenes del río, sobre las rocas que hay junto a un antiguo molino, existen unas huellas grabadas en la caliza que corresponden a pisadas dejadas por tan diabólico personaje mientras perseguía a un pastor que tuvo el atrevimiento de llevar a pastar sus cabras a dicho bosque.

César Tomás Laguía hizo acopio en su día de diversas leyendas en esta sierra que hablan de nuestras protagonistas: las moricas encantadas. En una de ellas se cuenta que en la corte árabe de los reyes de Albarracín hubo una princesa a la que su padre, el señor de aquel reino, guardaba celosamente entre los muros del alcázar, a la espera del día en que habría de entregarla en matrimonio. Pero la princesa soñaba con la libertad y, un día que su padre se hallaba ausente de la ciudad, escapó de su cárcel dorada, encaminándose hacia los montes de Frías, donde encontró cobijo entre las ruinas de un pequeño castillo, a cuyo lado brotaba una fuente de aguas cristalinas. Vuelto el rey a Albarracín y enterado de la desaparición de la princesa, a la que todos veían víctima de un rapto, mandó en su busca por todas las aldeas y lugares del contorno, sin que nadie pudiera dar con ella. Desesperado, recurrió a los adivinos, pero su magia fue también inútil para encontrar el paradero de la princesa. Hasta que una hechicera le reveló la verdad de aquel misterio: la joven había huido por voluntad propia, en busca de sus sueños de libertad, y nunca podría ser hallada. El señor de Albarracín, lleno de ira por la injuria que su hija había cometido contra él, aceptó el castigo

que la hechicera le propuso: ni la enfermedad ni la muerte habrían de herirla, pero cada vez que se acercara a beber de aquella fuente de sus aguas cristalinas que brotaba junto al arruinado castillo, las aguas se retirarían y el manantial dejaría de fluir. Y así sucedió. Es la que hoy llaman la «fuente mentirosa o burlona», de las montañas de Frías, que sigue retirando sus aguas desde entonces como si la desdichada princesa que quiso ser libre siguiera vagando por aquellos bosques y fuera a beber inútilmente del encantado manantial.

La cueva de la mora de Guadalaviar

Dícese que cuando los cristianos dominaron la sierra de Albarracín, obligando a los moros a abandonar sus tierras, llegó a la Muela de San Juan un jinete al que acompañaba una joven mora. Apeados del caballo, condujo el hombre a la joven hasta una cercana gruta, cerca de la cual brotaba una fuente, y le dijo que se escondiera allí y esperara su regreso. Luego, él partió velozmente a su desconocido destino. Pero los años pasaron, y pasaron los siglos, y la morica —con una paciencia encomiable— sigue esperando el regreso del jinete que venga a rescatarla. Cuentan las gentes del lugar que todos los años, en la inevitable mañana del día de San Juan, puede verse a la desdichada mora salir de la cueva y junto a la fuentecilla, arreglar su larga cabellera con peine de oro. Una vez terminado el tocado, regresa a su escondite, del que no vuelve a salir hasta un año después. También una doncella encantada de la localidad de Griegos (Teruel) mataba sus ratos de ocio arreglando con un peine de oro sus cabellos. Dícese que una vez un joven labrador tuvo la dudosa fortuna de encontrársela, y que la doncella, al verlo, le preguntó si la prefería a ella o al peine de oro. El mancebo, ante tal disyuntiva, y no sabemos si ante la ausencia de belleza de la joven, se fue a lo que él creyó seguro y respondió que elegía el peine. La doncella, que habría quedado liberada de su hechizo al haber sido preferida, arrojó el peine contra él y al instante quedó convertido en una astilla.

Melihah, la morica de Daroca

Juan Domínguez Lasierra hace mención de esta leyenda proporcionando todo tipo de detalles históricos. Es tal vez la más famosa de las moricas aragonesas encantadas. Es sabido que de las extensas ruinas del Castillo



Con expresión melancólica, peinando con oro sus cabellos negros, la bella morica encantada espera, año tras año, el regreso del jinete que venga a rescatarla.

Mayor parte una galería subterránea que conduce a un pozo. Por aquella galería hace acto de presencia —y aquí entramos en la leyenda— nuestra bella morica todas las noches, blanca y radiante, en busca de su perdido amante.

Estamos en el año de gracia de 1110. Ha muerto el célebre jefe árabe Mostain, sucediéndole Admad-Dola, y a éste, Abén-Gama, que es ahora rey de Daroca. En plena gloria de su reino, sueña con construir el más hermoso de los palacios y casarse con la más bella de las princesas. Zuleika, el mercader, hace realidad su sueño trayéndole de Arabia la más hermosa doncella que pudo encontrar en sus viajes, Melihah. El palacio se construye, pero Melihah no ama al rey y sufre en su dorado encierro del palacio de Daroca.

Abén-Gama se prepara para combatir el arrollador avance de Alfonso el Batallador, que, tras su victoria en los campos de Aranzuel, y doblegadas las plazas de Tudela, Zaragoza y Tarazona, sigue su marcha triunfal por la ribera del Jalón (castillos de Cubel, Villafeliche, Langa y Codos). En una de esas batallas, Abén-Gama hace prisionero al caballero don Jaime, de la casa de los Díez de Aux, y es encerrado en las mazmorras del castillo darocense. Alfonso toma el castillo de Ayud y se adentra por la cuenca del Jalón.

El padre del prisionero, don Juan Díez de Aux, intenta rescatarlo, ofreciendo por él una fuerte suma, pero Abén-Gama ha decidido ejecutarlo para escarmiento de los cristianos. Melihah, que lo conoció a su llegada, se

ha enamorado del caballero, y por las noches acude sigilosamente a visitarlo a la mazmorra. Cuando se entera de que al día siguiente será colgado de una almena del castillo, se apresura a comunicárselo y le propone un plan de fuga: lo sacará de prisión aquella noche bajo la promesa de que, una vez libre, vuelva con sus tropas, la rescate de Abén-Gama y la convierta en su esposa.

El joven, que también se ha enamorado de la bella mora, acepta su propuesta, dando por hecho que Melihah reniegue de su fe.

Alfonso ha puesto sitio a Daroca. En la confusión del momento, Melihah libera al joven Jaime, que se une a las tropas del Batallador. Pero un moro llamado Murid Omed, enamorado también de Melihah, ha descubierto la traición de la joven y, celoso, la denuncia a Abén-Gama. La tragedia se masca en el ambiente. Furioso, el rey la manda matar. A través de una galería subterránea que conduce al pozo del castillo es llevada la princesa y es arrojada al pozo. Poco después, Jaime y sus hombres penetran en la fortaleza y hacen prisionero a Abén-Gama.

Era el año 1122. Cuando Jaime supo el trágico fin de Melihah, la melancolía se apoderó de su espíritu. Todos los días al anochecer subía al castillo y pasaba largas horas junto a la boca del subterráneo que conducía al fatídico pozo. Y desde el día de su temprana muerte es fama que la bella princesa mora, a la que llaman desde entonces la «morica encantada», sale todas las noches de aquel subterráneo vestida de blanco, con una luz en su mano, vagando por las murallas del castillo en busca del gentil caballero al que aún espera para liberarse de su encierro.

Otros autores convierten a la «morica encantada de Daroca» en Selima, sobrina de Muza y amante esposa de un tal Ahmar, a la que desea el malvado Ibnabala, gobernador moro de Zaragoza que, con auxilio de las tropas francas de Carlomagno, quería apoderarse del reino de Aragón. La esposa es detenida y, al negarse a satisfacer las apetencias de Ibnabala, es enterrada viva en las mazmorras del castillo de Daroca. A partir de aquí la leyenda.

Otras moricas que enamoran

El Forato de la Mora, de Aquilué (Huesca), una cavidad en el hoy barranco de la Virgen de los Ríos, conserva el recuerdo de una mora misteriosa que solamente salía de su cobijo para peinar a una señora principal del pueblo. Era su trabajo de tal perfección que era recompensada con pepitas

de oro. ¿No encuentran algo raro en esta leyenda? Lo normal es que suceda al revés.

De peinadoras trata también la historia de la reina mora de la localidad oscense de Rasal, ocurriendo los hechos en Casa Petrico de Rasal. En las cuevas que han tomado su nombre vivían un moro y una mora unidos sentimentalmente. Una anciana de Rasal acudía todos los días hasta allí para peinar los hermosos cabellos de la mora, pese a que nunca percibía gratificación alguna por su tarea. Hasta que un día, en pago a su maravilloso trabajo, aquella reina de las cuevas le obsequió con un gran rebaño de vacas, que apareció a sus espaldas. Su generosa donante le advirtió que no mirase hacia atrás hasta que la última vaca de la manada hubiese entrado en su corral, pues de hacerlo así, el rebaño se dispersaría y desaparecería por el monte. La anciana, con gran excitación, y acompañada por el concierto de mugidos y esquilas a sus espaldas, siguió el consejo, y así llegó hasta el establo. Abrió la puerta y empezaron a entrar las vacas, cuyo número parecía interminable. De tal modo, que la vieja peinadora, asombrada de la cantidad de reses que entraban en el corral, olvidando la advertencia de la mora, volvió la cabeza en un irresistible impulso de curiosidad, y en ese mismo momento tanto las vacas que faltaban por entrar como las ya encerradas se dispersaron y desaparecieron tal como predijo la mora. Cuando pudo cerrar la puerta del establo, sólo quedaron allí cuatro animales.

Pero existen otras historias altoaragonesas que nos hablan de moras encantadas:

— La reina mora de Alquézar, que tras la toma de la población por los cristianos, fue capturada y mantenida presa en una cueva (Cueva de la Mora).
— La prisionera reina mora de las Cuevas de la Reina, de Santa Eulalia la Mayor, en la zona de Vadiello, ahora sumergidas bajo las aguas del pantano.
— La invisible mora de Sena, que tendía en un tozal la ropa que lavaba.
— La reina mora de Belarra y sus damas —que otros convirtieron en una reina bruja y sus compañeras—, que han hecho leyenda su lugar de asiento, la «Silla de la Mora.»
— La mora de la cueva de Tarazona, adornada de ricas joyas, de la que pocos rastros ha dejado en las tradiciones locales.
— Las cuevas de Chaves y Solencio, de Bastarás, que fueron durante largos años vivienda de una mora encantada. Allí acudían los pasto-

res del contorno a depositar cada día un pan y una alcuza de agua. Era un tributo que exigía la mora. El pan desaparecía y la alcuza diariamente se vaciaba. La noche de San Juan se mostraba la encantada, y si algún joven e inexperto pastor se descuidaba y rondaba por las cercanías, la mora lo fascinaba con su belleza y lo introducía en su escondrijo donde, dicen, lo desposaba. Al año justo el pastor moría.



Las hadas catalanas

Algunas cosas más se podrían contar de estos seres benévolos con las gentes vecinas de los lugares por ellas habitados, alejadas del trato del mundo, poseídas de una belleza incomparable, rodeadas de portentosas maravillas, pero no hay palabras suficientes para dar una idea de su fantástica existencia.

JOAN AMADES: *Éssers fantàstics*

Els encantades

LOS «encantats», tanto masculinos como femeninos, forman uno de los principales grupos de seres mágicos que encontramos en Cataluña. La tradición cree que se trata de mortales (hombres o mujeres) víctimas de algún tipo de maleficio o, como su nombre indica, de un «encantamiento», por el que se convierten en seres condenados a una vida eterna y desterrados a un lugar fuera del tiempo y del espacio ordinario. Este encantamiento los convierte en prisioneros y trae aparejado que unas veces se puedan convertir en objetos inanimados, como rocas o piedras, y otras en animales o repugnantes bestias de lo más variadas (no olvidemos un caso típico de la mitología europea popular: el príncipe convertido en sapo que es desencantado con un beso). Por lo común, si son hombres, se los condena a vagar y a estar en continuo movimiento durante toda una eternidad, como castigo de un pecado o de una mala acción cometida. Si, por el contrario, son mujeres, éstas suelen pasar al mundo de las hadas como seres encantados y a ellas nos vamos a referir.

Estos seres sobrenaturales aparecen mezclados muchas veces con las costumbres y poderes relativos a las brujas, pero, en realidad, tanto las *encantades o encantats* (Pallars), *encantaríes o encantàries* (Taüll), *gojes, alo-*

jes o dones d'aigua (en otras partes de Cataluña) son divinidades femeninas que representan las fuerzas generatrices de la Tierra, repartidas por las montañas, bosques, valles, lagos, fuentes, remansos (gorgs), ríos y estanques. Se las suele ver extendiendo la colada o peinando sus cabellos y «no solen ser ni bones ni dolentes». Algún autor, como el solsoní Joan Castro, las ha llamado mujeres de humo y agua porque son capaces de filtrarse por los lugares más recónditos y esfumarse sin dejar rastro.

En las proximidades de Ribes (Girona) existen unas cuevas (Coves dels Encantats), justo en el camino que llevaba antiguamente a Campdevánol. A las doce en punto de la noche de San Juan salían las encantades allí prisioneras a lavar sus ropas. Dice también la tradición que hay un lugar extremadamente peligroso en estas cuevas, toda vez que existe un punto (un agujero maldito) sobre el cual, si alguien pone el pie, queda encantado para siempre. Otros, mucho más alarmistas, aseguran que en ellas habita el diablo.

También en Ribes se cuenta otra historia de «encantats», en concreto de una princesa turca, hija del Gran Sultán de Constantinopla, que se encontraba encerrada en una cueva de la citada localidad en forma de terrible serpiente. Estando una vez un mozo de este pueblo en Turquía, el Gran Sultán, conociendo su origen, le pidió ayuda para desencantar a la muchacha. Para lograrlo, el joven debía darle una carta colocada en el extremo de una caña y dejar que cayese en su boca, pero si la carta caía al suelo, la muchacha quedaría encantada para siempre. El mozo volvió a Ribes convencido de que lograría su propósito, sin embargo, al ver a la monstruosa serpiente, se olvidó de santiguarse y se asustó tanto que la carta fue a parar al suelo. La linda princesa sigue, por esta razón, encantada por los siglos de los siglos.

En la noche de San Juan existen innumerables referencias a ritos que tienen que ver con el agua o con siete fuentes, sobre todo a efectos de sanación de personas y animales. Pero las muchachas de la ribera del río Freser, especialmente las de Ribes de Freser y de Campdevànol, están convencidas, o estaban al menos hace años, de que pueden convertirse en «goges» y «fades» (encantadas) bebiendo agua de siete fuentes situadas desde Coma de Vaca hasta Pont del Camí Ral, con la única condición de que entre estas siete fuentes una tiene que ser forzosamente la que se halla situada junto al lecho del río a la altura de los acantilados de Aigües de Ribes y otra no puede ser, bajo ningún concepto, la del Taga, que da lugar a los «Aigües de Ribes.»

Además, para que el agua de las fuentes tenga los efectos deseados, antes de ser bebida tiene que ser hervida con hojas pertenecientes a una

encina tocada por el rayo. Ahí queda el dato y el relato por si alguno quiere revitalizar esta peculiar superstición. Y ¿qué resultados produce todo este mejunje?, pues, sencillamente, que la moza que haya realizado debidamente todo el ritual y bebido de un tirón el brebaje, quedará encantada durante un año, a lo largo del cual —como si del reinado de una miss Cataluña se tratara— adquiere un encanto y una hermosura radiante a todas luces y un gran poder de seducción, con el que podrá encontrar y enamorar al hombre de sus sueños. Cuenta Josep María Armengou que, no hace muchos años, un viejo pastor de Serrat le dijo que una «pubilla» (heredera) de Can Perramón de Bruguera, del siglo pasado, había sido la última en casarse por este curioso e infalible sistema con un rico heredero de Ripoll.

Existen otras leyendas de seres encantados, muy semejantes en su fenomenología a los cuentos sobre fantasmas, de las cuales mencionaré dos de pasada. Citaré la conocida historia de la reina Guilleuma, que habitaba en el castillo de Montsoliu y se aparecía en las noches de luna llena acompañada de sus servidoras, asustando a los habitantes del pueblo de Breda, hasta que gracias a un exorcismo fue arrojada para siempre (no confundir con la reina Griselda). Así como la leyenda de la «Bugadera incrédula», condenada a lavar eternamente por haber lavado la ropa un Jueves Santo, que es una derivación catalanizada y femenina del mito del «judío errante.»

Al igual que las «mouras» gallegas, las encantadas catalanas también son muy amigas de transformarse en serpientes. Hace mil años, en el actual acantilado de Sopeira, en Lleida, había un castillo propiedad del Señor Baró. Cuando éste tuvo que luchar contra los moros, aprovecharon su ausencia para secuestrar a su hermosa hija. La doncella fue sometida a un encantamiento y convertida en serpiente, cuya sola presencia era suficiente para aterrorizar al caballero más gallardo. El «Senyor Baró», al enterarse de lo sucedido, prometió, como recompensa a quien la desencantara, una olla rellena de monedas de oro. Fue un noble caballero quien tuvo la osadía de comprometerse a luchar contra la temible serpiente y, ni corto ni perezoso, entabló una lucha de la cual salió mortalmente herida la serpiente, que era un paso previo para poder desencantar a la bella doncella. Pero tuvo la fatalidad de que en aquel momento un súbito e inoportuno terremoto derrumbó la montaña, sepultando castillo, doncella y caballero al mismo tiempo, así como a todo bicho viviente. Lógicamente, tal terremoto no fue casual sino consecuencia del incorrecto desencantamiento realizado. La sima que tal evento geológico creó es el actual «Graller del Castellot de Sopeira.»

Otra de las «serpientes encantadas» se sitúa, sin salirnos de la misma zona, en el Castell d'Orcau, debajo de cuyas murallas se dice que está ente-

rrado un gran tesoro del linaje de los señores barones d'Orcau, acumulado a lo largo de quinientos años de historia, pero celosamente custodiado por una gran serpiente encantada que lleva en sus fauces la gran llave que abre la puerta de entrada y nadie, hasta el momento, ha podido conseguirla.

Alojas, gojas o dones d'aigua

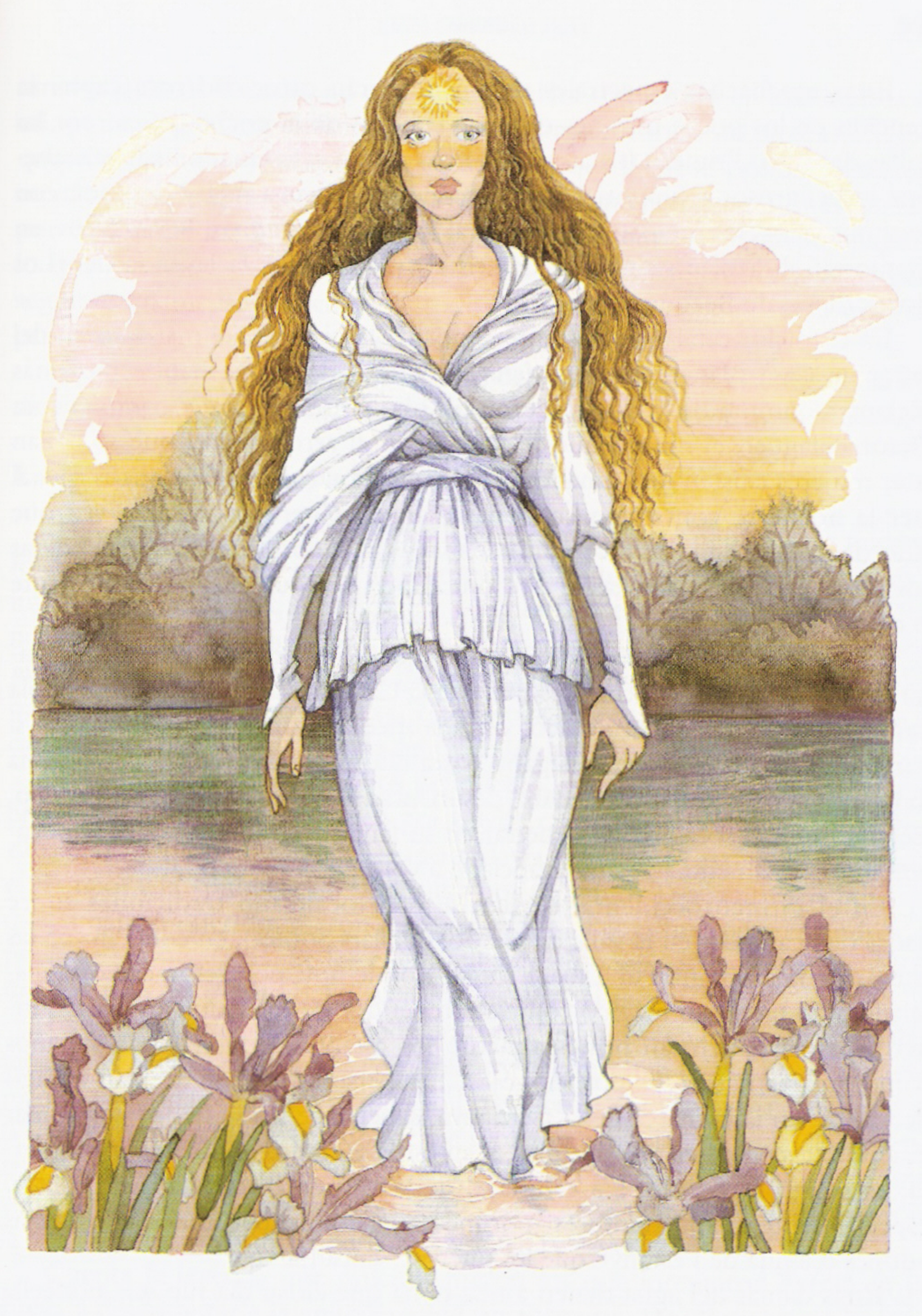
En el folclor catalán son muy frecuentes las alusiones a las denominadas gojas, alojas o dones d'aigua, según la zona en la que sean vistas. Estos elementales viven en el reino de las aguas dulces: en lagos, fuentes y estanques, aunque en ocasiones pueden habitar en cuevas próximas a los citados lugares. Para Joan Amades, son muy hermosas, usan vestidos de una riqueza sorprendente, llevan en medio de la frente una estrella que deslumbra a todo el mundo que las ve y van rodeadas de preciosas alas de variados colores que las ayudan a ser más bellas y seductoras (es importante reseñar este aspecto de las alas pues sus referencias son muy escasas en el folclore español, con la salvedad de algunas anjanas cántabras).

Poseen lujosos palacios construidos en oro y plata, y sus vestidos o cualquiera de sus prendas tienen una rara virtud: conceden la felicidad a quien los posee, como fue el caso de una campesina embarazada que, al ver una fiesta de alojas —algo reservado a muy pocos mortales— tuvo a su hijo de forma prematura. Las alojas envolvieron al recién nacido en pañales mágicos, siendo entonces el destino del mismo de lo más halagüeño.

La mayor parte del tiempo lo pasan en lo más profundo del bosque, pero sin alejarse demasiado de sus lagos o de sus estanques. Están danzando rítmicamente, jugando, tendiendo la colada o peinando sus largas cabelleras con peines de oro.

En las noches de luna llena hilan lino o lavan sus propias ropas, y los golpes de sus palas de madera resuenan en la distancia, pudiendo oírse en toda la comarca, por lo que, en parte, se las puede equiparar con las lavanderas de la mitología del Cantábrico.

En el Llac de Banyoles (lago de Bañolas), mítico y fantástico por varias razones, se asegura que existe un hermoso palacio de cristal sumergido, donde, en las noches de luna llena, a las doce en punto salen a la superficie las bellas muchachas que lo habitan (semejantes a las ondinas clásicas), con objeto de beneficiarse de la energía magnética del plenilunio y de la fuerza vivificadora de su pálida luz, así como para poder contemplar su hermoso rostro reflejado en las aguas del lago.



Las ninfas de la mitología clásica reciben en España distintos nombres según las zonas donde sean vistas: mujeres de los ríos, dones d'aigua, alojas, damas de las fuentes, hadas de agua dulce, etc.

La inconfundible estrella en la frente suele caracterizar a las hadas acuáticas catalanas.

Estas muchachas espectrales tienen una gran capacidad para captar la atención de los pocos mirones que a esas horas de la noche pasean por las orillas del lago. Primero los atraen con sus cánticos fascinadores (y ya sabemos lo peligrosos e hipnotizantes que pueden llegar a ser) y después, con finísimos velos, los atrapan y arrastran al fondo de las aguas, llevándolos, en un mortal abrazo, a su palacio de cristal (recordemos la leyenda de «Los ojos verdes», de Bécquer).

En el folclor catalán es bastante conocida la historia del matrimonio del Señor de Casa Blanch con una *dona d'aigua* —de la que hablaremos más adelante—, unión de la que nacieron un hijo y una hija, tal y como cuenta Víctor Balaguer, el mismo que relata que en el arroyo en el que se bañan estas mujeres existen los llamados «mirlos de agua», seres fantásticos que al caer la noche se convierten en donas d'aigua. Cuentan que una vez que estas damas del agua se divertían nadando y jugando, fueron sorprendidas por un doncel. Una de ellas le arrojó un poco de agua encima y al instante lo convirtió en piedra.

En cualquier caso, el lector debe saber que no es precisamente fácil alcanzar la morada de estas fascinantes ninfas. Pla Cargol escribe que: «nadie podía franquear la puerta de su palacio, cerrada mediante invisibles telarañas, y si por cualquier causa alguien llegaba hasta allí, inmediatamente desaparecía todo camino y el intruso quedaba desorientado.» Una leyenda, en cambio, asegura que tan sólo podían penetrar en su fantástica morada aquellos hombres que previamente habían renunciado a volver a su mundo...

En el Pirineo occidental catalán se han localizado tradiciones sobre hadas o encantades en el valle de Cardós (Pallars Sobirá), en concreto en las cuevas de la montaña Pui Tabaca (lugar donde hoy, por desgracia, está instalado algo tan poco mágico como un repetidor de televisión), y en el Pirineo oriental se señalan principalmente los estanques de Carança y Lanós como lugares habitados por las gojes. Las personas que se acercan al lago de Lanós, en la comarca de la Cerdanya, saben que no se deben aproximar mucho pues en determinados días, sean éstos sagrados, de niebla o tormenta, es peligroso asomarse a este lago de la vertiente cercana del Carlit, y especialmente si son hombres, porque en el fondo del Lanós viven unas «dones d'aigua de l'estany» que les pueden «encantar.»

Estas damas del agua tienen a una reina que en su día fue una doncella de una casa de payés del vecino Canigó. Se enamoró locamente de un joven del pueblo de Enveig (hoy francés). La muchacha del Canigó le dijo al mozo que le llevaría al fondo del lago para casarse en su palacio de agua y cristal, pero que durante el viaje a las profundidades no debería mirar hacia

atrás ya que, de hacerlo, no es que se quedara convertido en una estatua de sal, pero sí quedaría encantado para siempre en forma de piedra, a la par que ella también sufriría las consecuencias, quedándose prisionera eternamente de las heladas aguas del lago que, para aquellos que les interese, está por encima de los 2.000 metros de altitud. El lector ya se puede imaginar lo que ocurrió: aún están allí, uno para ser contemplado y la otra para seguir eternamente seduciendo a todo mortal que se ponga a su alcance, sin prisa ninguna, porque lo que se dice tiempo, tiempo no le falta.

En la zona de Queralbs, bajo el «Pas dels Lladres», sitúa la más crédula tradición unas cuevas encantadas, así como en la denominada «Cova de Rialb».*

La «pubilla» caprichosa

Hay una curiosa leyenda, de ésas que casi se hallan perdidas en nuestro folclor, en la cual una mujer decide pasar al mundo de las hadas, gracias a un encantamiento al que se somete voluntariamente, circunstancia ésta que no es muy normal, pues pocos casos hay en que este acceso sea de *motu proprio*. La leyenda refiere que había en Sant Quintí de Mediona (Barcelona) una masía de gran riqueza, que debía heredar una joven, hermosa y caprichosa a partes iguales, hija única de los dueños.

Eran muchos los muchachos del pueblo, y aun de toda la comarca, que pretendían la mano de la joven por obvias razones; pero a todos los rechazaba alegando que no había llegado todavía la hora de casarse. Iba pasando el tiempo, y la «pubilla» no se decidía por ninguno. Tres, entre los muchos que la habían querido, fueron más constantes, y continuaron asediándola, a pesar de sus negativas. Se los encontraba cuando salía a apacentar sus rebaños, cuando iba de paseo, en las romerías, los bailes...

Cansada ya de decirles que todo era inútil, se fue a ver a una bruja que habitaba en la cueva denominada «de Bolet» y le pidió que la encantara. De esta manera la dejarían todos en paz. Así lo hizo la bruja, y en la misma cueva quedó la joven, toda vestida de blando, de pie sobre un alto pilar, rodeada de serpientes que no permitían que nadie se acercara a ella. El encantamiento tenía una condición: únicamente el que consiguiera atravesar la muralla de víboras y tocar la orla de su manto blanco podría desencantarla y casarse con ella.

Cuenta la leyenda que muchos fueron los que intentaron entrar en la cueva y desencantar a la «pubilla» de Can Fábregas. De ellos son los huesos que llenan el suelo de la cueva «de Bolet», ya que no sólo no lo consiguió

* Gracias a la información aportada por Antonio Ribera, me enteré de una tradición local sobre las *donas d'aigua* en el municipio de Viladrau (Girona) llamadas «paitidas».

ninguno, sino que ni uno solo salió de allí con vida. Allí permanece la «pubilla», según creencia de los viejos del pueblo, y únicamente en la noche de San Juan, a las doce en punto, sale a tender su ropa en los zarzales que hay frente a la cueva y que casi obstruyen el paso.

Relato similar a éste se cuenta de una dama encantada, guardada por un gigante en el interior del Pico Sacro gallego. Los que intentaron salvarla murieron en el intento y sus esqueletos cuelgan de la entrada del subterráneo como escarmiento a los más atrevidos.

Las «pedras» de las alojas

En el libro sobre los *Duendes*, al hacer referencia a los follets del Ripollés, se dijo que poseían una pequeña piedra que siempre llevaban consigo a modo de valioso talismán o amuleto, que hacían rodar alegres por la casa que escogían como habitáculo. Su pérdida significaba grandes desgracias para el follet y para los dueños del hogar. Pues bien, las goges del Ampurdán, según puntuales leyendas, también tenían sus piedras encantadas, aunque no las utilizaban para divertirse, sino que las guardaban en su interior. Ellas vivían en el viejo castillo de Rupià, donde residía su reina, y en cierta ocasión, de la que no se nos refiere su causa pero que debió ser sumamente trágica, vomitaron la maravillosa piedra que les daba su esencia, convirtiéndose en humo, pues la pérdida de la misma, como si de su alma se tratara, equivalía a su desaparición, esparciéndose por el aire.

El castillo quedó entonces abandonado y, por la acción del tiempo, se derrumbó hasta no quedar más que un montón informe de pedruscos. Entre ellos, la gente del lugar sabía que se encontraban camufladas y mezcladas estas «pedras de aloja» que eran buscadas, ambicionadas y deseadas por todo mortal, en la creencia de que, al igual que las piedras del follet, eran portadoras de felicidades y de riquezas. Echando un jarro de agua fría, Joan Amades dice que tales piedras no son sino las popularmente conocidas como «espejuelos de asno» y «oro de los tontos.»

Sobre estas piedras encantadas que dicen poseer algunas hadas y sobre sus propiedades mágicas, he encontrado otra valiosa referencia en el «Anuario de Eusko-Folklore», en cuyo tomo XI se puede leer lo siguiente: «Entre Urruña y Tellatubaite existe un precipicio donde residen unas lamiñak que suelen dar unas piedrecitas a los contrabandistas para que pasen delante de los carabineros de una manera invisible.» Así que ya tenemos otra de las virtudes que pueden suministrar estos materiales pétreos y feéricos.

9

Las hadas insulares

Al cabo de un rato de espera dentro del bosque, las hadas hicieron su aparición, llegaron saltando y cantando: «Dilluns, dimarts, dimecres, dijous, divendres, disapte sis...» El malo enseguida añadió: «...y diumenge set.» Las hadas todas rabiosas se volvieron hacia él y dijeron: «¿Quién ha sido esta bestia que ha osado desafinar?»

MICHEL FERRER CLAPÉS: *Cuentos, creencias y tradiciones de Ibiza*

En el archipiélago canario: los seres blancos

A estas alturas del libro a nadie puede sorprender que determinadas fuentes de agua suelen ser lugares donde moran algunos personajes fantásticos de todo cuño y, por ello, tienen y conservan un carácter mágico. Así como en la Península existen múltiples referencias a estas fuentes y a sus sobrenaturales habitantes, en las islas Canarias hay, por el contrario, muy pocos ejemplos. Uno de ellos aparece recogido en un antiguo proceso inquisitorial de 1669, donde, en boca de Juan Donis, un muchacho de 17 años natural de la Orotava, durante el interrogatorio al que fue sometido habló sobre la entidad de una aparición que, según sus palabras, «sería algún guanche encantado de los que dicen que hay en una fuente donde dicen Buen Passo». Lógicamente, muchas de estas manifestaciones se atribuían a descendientes de esta legendaria raza, e incluso a brujas, pero casi nunca se hace mención de hadas.

Por contra, existen numerosos testigos, tanto de años pasados como actuales, que aseguran haber visto en algunas zonas muy concretas de las islas Canarias a unos etéreos «seres blancos» de ambos sexos. Según los testimonios de los más viejos del lugar, se trataría de ancestrales seres huma-

nos de carne y hueso que habitan en enclaves recónditos del archipiélago y a quienes es mejor dejar vivir y no molestar. Esta idea entronca con la hipótesis que mantienen algunos autores de que serían antiguos atlantes que viven en el subsuelo y oquedades de ciertas islas, preservando sus grandes tesoros y conocimientos.

Bastantes datos obtenidos parecen confirmar que un lugar especialmente propicio para este tipo de apariciones es el barranco de Badajoz, en Tenerife, en cuyas faldas se levantan las enigmáticas pirámides de Güimar. Se trata de un lugar de difícil acceso, horadado por cuevas, en donde los antiguos guanches depositaban a sus momias. Hay constancia escrita de que en el año 1912, durante unos trabajos en las galerías de aguas de la zona, se derrumbó una de las paredes y los operarios pudieron ver una extraña galería, hasta ese momento oculta. Vieron a tres extraños «hombres blancos» e hicieron un ademán de acercárseles, pero los trabajadores, asustados, corrieron hasta el cuartel de la Guardia Civil de Güimar para relatar el suceso. Cuando más tarde regresaron no encontraron rastro de esos túneles, circunstancia que suele ser habitual en relatos similares de otras partes del mundo.

Se ha observado, y plasmado reiteradamente por cámaras fotográficas, que sobre el cielo nocturno del barranco de Badajoz y sobre la zona de Las Cañadas, al pie del Teide, aparecen, de vez en cuando, misteriosas formaciones o haces lumínicos que los vecinos asocian a la presencia de extraterrestres o a la de esos enigmáticos «hombres blancos». Incluso existe una fotografía hecha a dos niños en la Caldera de Taburiente, en la isla de La Palma, donde se puede observar detrás de ellos una extraña y neblinosa figura blanca de aspecto femenino, cuya presencia todavía no se ha podido explicar de forma convincente después de las pruebas hechas en laboratorios fotográficos.

Mucha gente del lugar está fuertemente convencida de la existencia de estos seres, que unos asocian con espectros del «más allá», otros con extra o intraterrestres (los más), otros con hadas (los menos) y otros con una antigua y poderosa civilización paralela, y lo están porque los siguen viendo, aunque pocos son los que se atreven a dar su testimonio públicamente.

Las leyendas sobre lugares con «puertas inducidas» donde, una vez traspasadas, el tiempo transcurre a un ritmo diferente al de los humanos, hacen sospechar que dan acceso al «País de las Hadas» y no son exclusivas del monasterio navarro de Leyre (el monje Virila y el ruiseñor) o del monasterio pontevedrés de Armenteira (el abad San Ero). Los vecinos del pueblo tinerfeño de San Juan aún recuerdan la historia de la niña que salió a buscar peras, quedándose dormida en una cueva cercana. Cuando despertó, habían transcurrido ni más ni menos que treinta años (para Virila fueron 300 años y para Ero

200 años), pero ella tenía el mismo aspecto y edad que cuando desapareció. También se sabe que en ese mismo lugar desapareció un cabrito que nunca se volvió a encontrar. Ante todos estos hechos, hoy en día se ha cerrado la puerta de entrada a la cueva, pero los vecinos no tienen ningún inconveniente en señalar su ubicación ya que, según dicen, da paso a otras dimensiones, dándose la curiosidad de la cercanía de esta cueva con la mencionada anteriormente del barranco de Badajoz, en cuyo interior tuvo lugar el incidente de 1912.

EN LAS ISLAS BALEARES

Las donas d'aigo

Para el estudioso Joan Castelló, dado que la superstición popular tiene su lógica interna, la existencia de las brujas exigía la contrapartida maniquea: las mujeres buenas, las hadas o fadas que simbolizan las fuerzas espirituales y benéficas de la naturaleza y a ellas se encomendaban los imposibles. Al formular un deseo, los payeses suelen decir: «Por el hado y la hada que mi madre me ha dado y mi hermana me ha encomendado», haz que suceda tal cosa, y expresaban su deseo. Esto evidencia que en estas islas no existe una tradición genuina sobre hadas, entendidas éstas como aquí las estamos presentando. Se cree en ellas sencillamente porque hay que creer en ellas, no porque haya testigos que las hayan visto. En consecuencia, la tradición sobre las hadas no es, evidentemente, la que existe en el norte de España, por eso se les suele atribuir ciertos prodigios que en otras partes del mundo realizan otros seres, como quitar o poner una joroba al hombre que supiese terminar armónicamente su canción favorita, que, por cierto, es un tema copiado de las leyendas británicas.

En definitiva, en el archipiélago balear no existe tradición sobre hadas genuinas, ni encantadas, ni lamias. Tan sólo algunas referencias a la espectral «Dama Blanca», de la que hablaremos en otro apartado, y a las «donas d'aigo», como representantes del mundo de las aguas dulces, así como de un matrimonio entre hada y mortal, leyenda recogida en Pollença (Mallorca) sobre «l'Amo'n Biel Perxach y la dona d'aygo», publicada por Antonio Mª Alcover en 1924, muy similar a una versión asturiana que se cuenta en el pueblo de Zureda (concejo de Lena).

Estas bellas ninfas acuáticas poseen las mismas virtudes que sus compañeras de la Península, muy emparentadas, por razones obvias, con las «alojas» catalanas. Unas y otras suelen enamorarse de simples mortales, a los

que ayudan, arreglando y ordenando su casa cada noche, saliendo de su cisterna sin ser vista por su amado hasta que éste al fin, mosqueado por tanta limpieza y orden, acaba descubriéndolas en plena faena.

En Mallorca existe la creencia en una «mujer de agua» bastante malvada llamada «María Enganxa» que, haciendo honor a su nombre, vive en lo más profundo de los pozos y cisternas y si alguien se descuida y asoma por el brocal, lo «enganxa» con un gancho que tiene para la ocasión, arrastrándolo al fondo, de donde ya no se vuelve a saber más de él. Algo similar a lo que cuenta Bécquer en su leyenda «Los ojos verdes», pero a lo bestia.

Cerca de otra localidad mallorquina, Sencelles, antes de llegar a Ser Alqueries, a la derecha, hay una casa de planta baja con una cisterna que se dice está encantada, pues de cuando en cuando se escuchaban extraños ruidos atribuidos a la «dona d'aigo» que vive en sus profundidades.

El cuento del agua de luna

No obstante, como muestra de lo ya dicho sobre las hadas en estas islas puede servir una leyenda de esas que acaban con moraleja. Está recogida por el investigador Michel Ferrer, centrada en una cueva de Balafi (Ibiza) y en una niñita que siempre acudía a jugar a la cueva con «barruguets» (duendes domésticos) que habitaban en el interior de la misma. Un día nada más llegar, oyó unas risas y cantos, que no eran otra cosa que un torbellino de hadas, las cuales se pusieron a jugar con ella. Como les cayó tan simpática decidieron otorgarle un don especial, para lo cual formaron todas ellas un círculo y se pusieron a cantar:

Per la fi la fue la fa
Que me mare en va fedà
seràs s'atlota mes guape
que mai s'ha vist ni's vura.

Que venía a significar: «Serás la chica más guapa que nunca se ha visto ni se verá.»

Le aconsejaron lo siguiente: *«Mientras mantengas el secreto del hechizo que has de emplear, lavarte con "aigua de lluna" más guapa y hermosa que la mismísima luna serás. A la primera noche de luna vieja un lebrillo deberás preparar y, cuando lo veas lleno de luna, dentro del mismo tu cara deberás lavar, esto sucederá el día de luna vieja, en el cual la Luna, más que en el*

mismo firmamento, dentro del agua clara del lebrillo se reflejará. Debes tomar el agua con ambas manos, "es regalims" son de luz y las gotas son las que han de brillar.»

La jovencita, que debía ser del montón, se hizo muy hermosa y nadie podía lograr entenderlo. Los jóvenes, ante su presencia, exclamaban: ¡Es la joven más hermosa del mundo! ¡Mirándola, uno se deslumbra, es guapa hasta embelesar!

Más abajo de la casa en donde vivía había una bruja envidiosa llamada Maresa. Tenía una hija que era más fea que el blasfemar, y no lograba casarla ni utilizando todos sus hechizos. Fue un día a ver a la joven rogándole que le confesara con qué lavaba su hermosa carita con la que a todo el mundo deslumbraba por su extraordinaria belleza, pero ésta, acordándose de los consejos de las hadas, le respondió que su belleza era debida a los aires del bosque y al sol. A la bruja no le convenció dicha explicación y comenzó a idear una trampa en su mente.

Un día, llamándola, le dijo: «Mira cuánta riqueza, todo esto muchas libras debe pesar, este tesoro adornará tu pecho si me dices el filtro del agua con la cual tu cara te sueles lavar.»

Ella, coqueta y ambiciosa al fin y al cabo, se deslumbró por tanto oro y cayó en la trampa que la astuta bruja le había preparado. Olvidándose de los consejos de las hadas, le confesó a la bruja el secreto del «aigua de lluna». A continuación, tomó las joyas, yéndose corriendo hacia su casa para probárselas delante de su espejo, pero cuál no sería su sorpresa al comprobar que dichas joyas se habían convertido en carbón, por lo que, dando un grito de espanto, cayó desmayada al suelo y a partir de entonces perdió su belleza y se convirtió en una chica normal y corriente.

La Dama Blanca

No son muchas las leyendas sobre la «Dama Blanca», y las pocas que existen se refieren más a apariciones espectrales de mujeres vestidas de blanco que a auténticas hadas. Es el caso de la dama de la «casa de las siete chimeneas» en Madrid o las escalofriantes mujeres autoestopistas que desaparecen una vez que llegan a cierta curva. En Cataluña y Baleares perviven más este tipo de creencias en una enigmática dama blanca que suele aparecerse en las noches de viento huracanado en lo alto de las montañas, envuelta en una túnica blanca, con una luz en la mano y la cabellera alborotada, al compás de las ráfagas de viento.



En el archipiélago balear se identifica a las "damas blancas" con apariciones espectrales de mujeres vestidas de blanco, que suelen aparecerse en las noches de viento huracanado, con una luz en la mano.

Los payeses catalanes recomendaban, a quien la viera, taparse los ojos si era necesario o cambiar de rumbo antes que correr el riesgo de tropezarse con ella.

Estas apariciones suelen acontecer en noches de luna llena, donde su tétrica claridad remarca mucho más los relieves y consigue que sea mucho más fantasmagórica la puesta en escena de esta mujer, que al principio se asemeja a una blanquecina nube que flota en lo alto de una montaña, pero si el ser humano es curioso y se va acercando poco a poco, descubre que es una mujer de gran tamaño, de la cual quedará embrujado en el momento que se crucen sus miradas.

La dama blanca es una auténtica agorera, pues su aparición, como ocurre con la «Santa Compaña» en Galicia o la «Hueste» en Asturias, suele anunciar la muerte y dicen que si es mirada por el viajero, condenará a éste a una muerte no muy lejana, al menos así lo cuentan en algunos pueblos de Cataluña; en Mallorca, por el contrario, tiene un significado más ambiguo. Aparece en bosques deshabitados y ha sido vista en lugares tan concretos como en Son Caulelles, entre Sa Cabaneta y Portol, considerada su visión como claro mensaje de que alguien del pueblo va a morir, pero no necesariamente quien la ha visto.

Es tan popular en algunas zonas de Mallorca que incluso se ha dado nombre a una determinada clase de nube, llamándose «sa mala dona» a unas nubes muy gruesas, que tienen forma de una mujer blanca, gigante, como envuelta en una túnica y que suelen salir por el oeste, pronosticando casi siempre la tempestad, así lo creen al menos en la zona de Capdepera.

Pero todas estas apariciones de la «Dama Blanca» no tiene que ver, como claramente se puede comprobar, con el ciclo feérico de las hadas, sino más bien con el mundo de los difuntos y suelen corresponder a mujeres muertas en circunstancias violentas, pues las auténticas «damas blancas» (al menos tal como las conciben en otros países de Europa) son seres espiritualmente muy evolucionados y su presencia vaticina todo lo contrario de lo que nos cuentan las leyendas catalanas y mallorquinas. No obstante, he recogido un caso que sí se acercaría a la imagen clásica que de estos seres se tiene en el resto de Europa. Se trata de la aparición que tuvo el padre Palau cuando estuvo recluido voluntariamente, por motivos políticos, en el enigmático peñasco ibicenco de «Es Vedrá.»

La dama de Es Vedrá

En este peñasco de Es Vedrá, muy cerca de la Isla Blanca de Eivissa (Ibiza), perforado por numerosas cuevas, vivió entre los años 1855 y

1866 el padre carmelita descalzo Francisco Palau, fundador del Convento de los Carmelitas en Ibiza, que se aisló en este islote buscando retiro espiritual. Se sabe que este curioso personaje abandonaba habitualmente el monasterio D'Es Cubells, en Ibiza, para ir de ermitaño al peñón. La tradición dice que su único alimento era la leche que venían a ofrecerle las cabras que, hasta hace poco, poblaban la isla y que eran dejadas allí por los habitantes de San Antonio Abad, la localidad más próxima, para que se asilvestraran y sirvieran de reserva de carne para los tiempos de escasez.

Durante estos retiros salvajes tuvo oportunidad de contemplar diversas visiones místicas y apariciones sobrenaturales de seres que más tarde contó en su autobiografía titulada *Mis conversaciones con la iglesia*.

Investigadores como Josep Riera o Sebastián D'Arbó han sugerido la hipótesis de que este religioso tuvo contactos con seres extraterrestres en la cima del islote, teoría que se debería unir a otras que dicen que realmente lo que vio fue una aparición mariana (como así lo creía el mismo Palau), o que lo que presenció fue una manifestación femenina, telúrica y simbólica de la madre naturaleza. También pudiera ser que sólo se tratara de una simple alucinación, pero desde el momento que fue real para el Padre Palau y lo dejó escrito, consideramos que es importante reseñar esta extraña visión, por un lado, porque un mismo fenómeno puede tener diversas interpretaciones como hemos visto, y, por otro, porque, debido a sus características, tiene mucho que ver con las manifestaciones que sobre hadas y damas blancas se presentan en este libro.

La tesis de Riera, como ya hemos expuesto, es que el padre Palau tuvo contactos con extraterrestres en la cima del islote. El carmelita redactó sus emociones en un lenguaje sospechosamente místico. Lo llevan en bote al Vedrà, asciende la escarpada ladera y encuentra una gruta: «Es la gran cueva», escribió el clérigo, «donde está el agua y una gotera sola me da bastante para mi consumo». Se dedica toda la jornada al rezo y a la meditación, y al día siguiente el texto nos habla de sus súplicas a la Virgen con la que ansía «desposarse» espiritualmente. Y llega la primera visión, que el ermitaño describe así:

> Se pasó el día y vino la noche. El mar estaba en paz, el aire muy suave, el cielo algo cubierto por algunos nubarrones, la luna al cuarto creciente... la luz de la luna era muy opaca. Y vi venir frente a mí de lejos una sombra, que al ser lejos no tenía a mi vista figura; y se acercaba hacia mí. Al paso que se aproximaba, distinguía lo que era. Venía sola, y la figura representaba una niña de

16 años, toda cándida, toda bella, toda amable. Al instante de haber llegado se abrieron los cielos y a la luz radiante del sol vi quién era la que tenía yo delante. El monte se llenó de la gloria de Dios. Y vi a la hija del Eterno Padre en toda su belleza, cuanto posible es al ojo mortal. Mi pena era no verla con la claridad que yo deseaba: un velo cubría su cara, pero muy transparente (...). Callaba y yo también callaba, pero una voz muda hablaba y tenía la palabra...

Riera interpreta este episodio, en el que aparece el símbolo de la diosa Tanit (la luna en cuarto creciente) y la telepatía, como un clarísimo contacto previo con los extraterrestres.

En noches sucesivas el meditador es visitado por su «amada» (la Virgen para el padre Palau); o bien es una sombra que no puede definirse con rasgos perfilados. Interesándose por esta opacidad, una voz telepática le contesta que «nosotros en el cielo vemos sin sombras, pero en la tierra no podéis ver las cosas divinas sino en ideas.»

No se desanimó el clérigo en su comunicación telepática con aquellas sombras que tenían la propiedad de alumbrar la noche. Otra de sus visiones la describe de esta manera: «Retiróse tanta luz y tanta claridad (...) y pude ver su bellísimo cuerpo. Vi su cabeza coronada de gloria, sus cabellos eran hilos de oro purísimos; y cada uno de ellos despidiendo luz; todos los de la parte superior de la cabeza, tomando movimiento en un instante, se formaron en una corona, echando la luz por todas partes hacia arriba y a su alrededor; los demás, todos en orden (...) tenían su propio movimiento y acción causada por cierta emanación interna de luz comunicada por el alma al cuerpo. Su cara, color blanco encendido (...), y me dijo una voz: «No mires, porque es un misterio.»

Francisco Palau abandonó el islote y regresó a Ibiza en 1865, ocasión que aprovecha para predicar en distintos lugares de la isla. El predicador nos cuenta que le acompaña en su misión la bella Sara, y en su nombre va conjurando los elementos, para que no llueva ni haga frío. Y así fue: no llovió en ninguna de sus prédicas, si previamente había existido un conjuro. Más adelante regresa al Vedrà para continuar con sus meditaciones. Allí, una voz le habla desde el mar o el monte, diciéndole que Es Vedrà es la casa que el Padre le ha preparado. Sufre otras visiones, en sueño y vigilia, y su amada lo pasea por Jerusalén...

El padre Palau ha sido recientemente beatificado y el islote actualmente es propiedad privada y permanece deshabitado, contando con un solo edificio que está junto al pequeño faro de su parte oriental.



Las otras hadas españolas

«Las hadas son bellas y juguetonas y puede apreciárselas clarividentemente casi por todas partes, en todos los lugares en donde haya plantas con flores, árboles frutales y hierbas aromáticas. Hállanse muy particularmente activas durante la estación primaveral en la que la naturaleza cubre de verdor y de flores los prados, los valles, los bosques y los jardines.»

VICENTE BELTRÁN ANGLADA: *Las fuerzas ocultas de la naturaleza*

Encantadas extremeñas

EXISTEN muchos relatos y leyendas que tienen como protagonistas a hermosas mujeres, sean moras, princesas o aldeanas, que en virtud de algún perverso encantamiento están condenadas a hacer las más extrañas extravagancias, dejándose ver, por lo general, el día mágico de San Juan. Para no cansar al lector con el detalle de las mismas, expongo algunas de forma telegráfica:

— Respecto a moras encantadas, tenemos numerosos testimonios como el de la reina mora que habita en la fuente de Velasco junto a Cabeza de Buey, dedicada a bordar eternamente unas babuchas a Zancarrón. La mora de la cueva de Cantamora, en Talavera la Vieja, que deja estáticos a todo ser viviente que llega a oír sus melodías. O la mora de la peña del castillo próximo a Zorita (Cáceres).

— De tenderas, encontramos dos ejemplos: la joven bella de la Fuente de la Serrana, cerca de Plasencia (Cáceres) que ofrece inútilmente a

los caprichosos su bandeja rebosante de bisutería para que elijan la pieza adecuada sin conseguirlo, y la princesa que surge de un molino en la Resbaladera, en Alméscar, que exhibe un tenderete de calaveras y huesos humanos, recogiendo toda esta macabra mercancía al llegar el alba.

— La infanta Jarifa, moradora de las ruinas del castillo de Jaraiz, quien, para contrarrestar el efecto de un anillo mágico que no se puede arrancar del dedo corazón, cabalga por la noche de San Juan montada en un «grifo» (¡ojo a las confusiones!, estoy hablando del animal mitológico) y de picacho en picacho busca los nidos de águila de las altas rocas de la Vera un huevo no empollado, dentro del cual ha de encontrar otro anillo antídoto del que produce su encanto.
— La berberisca señora del castillo de Segura cuyo desencanto estriba en que algún día llegue a contar en una sola noche las estrellas que tachonan la bóveda terrestre, tarea que siempre llega a interrumpir la aurora, lo que la obliga a repetir el recuento a la noche siguiente. De todas las maneras, es sabido que la aritmética no es el fuerte de los elementales.
— La dama reclusa del pozo de la Mineta, cerca de Berlanga, llamada Pepa, a la que por un renuncio conyugal su marido arrojó en aquella profundidad, donde eternamente escucha una lechuza que le grita: ¡fea! Para contrarrestar en parte esta papeleta, tiene por compañía una perrita negra que, de cuando en cuando, sale al camino para ver si algún caritativo viandante desencanta a su dueña, que falta le hace.
— La hija del Profeta —Fátima—, guarecida en el castillo de Peñafiel, no lejos de Zarza la Mayor, que posee un talismán en forma de esferita de oro con el cual se transforma bien en rana o bien en gentil paje que enloquece con su labia y modales refinados a las muchachas del contorno.
— La doncella que, con una vela encendida y libro en ristre, se exhibe la noche de San Juan al abrirse misteriosamente una de las almenas del castillo de Montánchez, desde donde bendice o maldice —*urbi et orbi*— la agricultura de toda la comarca.

Como colofón, me referiré a una última leyenda cuyo escenario es la cueva de Peñalba, sita en un cerro próximo a la villa del mismo nombre, de la cual se dice que tiene tres kilómetros de profundidad. Aún se puede oír a la gente del lugar que antaño, antes de salir el sol en el día de San Juan, veían los labriegos

una tienda repleta de objetos a la puerta de la cueva que desaparecía nada más surgir los primeros rayos de sol. En cierta ocasión, un aldeano se acercó a beber en un arroyuelo cristalino que surgía del fondo de la oquedad y vio un hilo de oro que se perdía en el origen de la corriente, se lo empezó a liar al brazo y, cansado de tanta vuelta y revuelta, rompió por fin el hilo y es entonces cuando oyó una voz que salía del interior de la cueva que le decía:

—¡Incauto, has roto el hilo de mi desencanto... con lo que me has perdido y tú perdiste un tesoro!

Una leyenda similar a ésta se cuenta de la fuente «Labrada», situada en el pueblo cacereño de Guijo de Granadilla.

Hadas granadinas

Miguel Ángel Moreta y Francisco Álvarez, en su obra *Supersticiones populares andaluzas*, abonan la hipótesis de que las mozas encantadas existen en todo el variado folclor español, siendo divinidades o genios femeninos de las fuentes que se dejan ver sobre todo en la noche de San Juan. En Portugal y Extremadura es muy popular la creencia de que en esta mágica noche se manifiestan en forma de bellas mujeres, a modo de ninfas de las aguas, abandonando su habitual transformación en serpientes que es la que adoptan durante el año, viviendo en el fondo de los pozos o de los arroyos. Cuando se transforman en figura humana, se dedican a peinar sus cabellos con peines de oro.

De la mano y la pluma del folclorista José A. Sánchez Pérez ponemos sobre el tapete la existencia de estas bellas mujeres sobrehumanas en el sur de España, particularmente en Granada. Seres que «podían transformarse a voluntad, cuidaban de los animales, atraían a los mozos, tenían gallinas de oro, sabían hilar y tejer maravillas y danzaban en la mañana de San Juan», es decir, todo un inventario de quehaceres propios de sus parientes las hadas-encantadas, aunque por estas tierra al sur de Despeñaperros su recuerdo es tan diluido que apenas se las menciona en el folclor andalusí como tal y sí como moras cautivas o encantadas.

Francisco de P. Villarreal, en *El libro de las tradiciones de Granada* (1888), refiere que en Montes Claros vivía una de estas hadas encantadas, rodeada de espectaculares efectos especiales. Por la noche, la cueva donde moraba se llenaba de fulgores y en su umbral aparecía una hermosa mujer peinándose los cabellos rubios y sedosos, vestida con una túnica de plata.

La hermosa ciudad de Granada está repleta de leyendas, muchas de ellas entroncadas con la presencia musulmana en sus tierras y con las moras, fueran éstas de carne y hueso o fantásticas. Una de estas sugerentes moras encantadas se ubicaba en un fértil valle que antiguamente se llamaba de Valparaíso y que hoy se conoce con el nombre de La Salud, por donde corre el río Darro, cuyas aguas, desde siempre, arrastran pepitas de oro. Cerca de él hay un accidentado barranco, que se eleva hasta los cerros de la Silla del Moro, por donde se despeñaban las aguas torrenciales, formando bellas cascadas. Allí existía, en tiempos de Boabdil, una gruta a la que daba acceso una estrecha verenda, que partía del que hoy se llama puente de las Cornetas. Una vez dicho esto, pasemos a la historia.

Las escasas épocas de paz que podían disfrutar los habitantes del último reino granadino las aprovechaban las doncellas árabes, en las noches de verano, para bajar desde el Albaicín a llenar su cántaro en un arroyo que arrancaba de aquella misteriosa gruta, a cuyas aguas atribuían grandes beneficios.

Pero se daba el caso de que estas aguas cambiaban de sabor caprichosamente: a veces tenían un pronunciado sabor agrio o amargo, mientras que otras su dulzor era parecido al de la miel. Y a la vez que su sabor variaban también los efectos en aquellos que las bebían, inspirando odios, pasiones y extrañas personalidades abúlicas.

Tantos casos se produjeron que hubo de intervenir el cadí, poniendo a la entrada de la cueva una guardia de negros etíopes. Pero cuando el sueño los rendía, una maravillosa doncella que habitaba en ella se entretenía en cortarles los cabellos y atarlos. Al despertar, quedaban sorprendidos ante todo aquello, llegando a sentir temor a las travesuras del hada, conocida por todos con el nombre de Agrilla.

Un agareno, más valiente y atrevido que sus compañeros, decidió penetrar en la cueva, y sus acompañantes esperaron en vano su vuelta, porque no se volvió a saber nada de aquel intrépido. Sólo vieron un gran búho que chiflaba cerca de ellos. Las historias se sucedían y el temor a esta mujer sobrenatural era cada vez mayor.

El hada que habitaba en la gruta era en extremo caprichosa y voluble, cambiando a su placer el sabor del agua que nacía en su morada. Las gentes del lugar especulaban que cuando se sentía alegre y dichosa, las aguas adquirían un sabor dulce y proporcionaba la felicidad a cuantos la bebían; pero si, contrariada en sus amores, derramaba alguna lágrima, al mezclarse ésta con las aguas las tornaba amargas, perturbando la paz de cuantos la bebían.

Al ser conquistada Granada en 1492 por los Reyes Católicos y entrar en ella los cristianos, el hada de la cueva desapareció definitivamente, a la vez que los habitantes moros, dejando las aguas del manantial con un sabor agridulce, como aún hoy se conservan.

La princesa Ordelina

En una de esas interminables tardes de lluvia, contábale el abuelete campechano a su nieto, juntos los dos en el amor de la lumbre, que hace mucho, mucho tiempo, en la época de los visigodos, vivía la bella princesa Ordelina que estaba prometida en matrimonio con el noble Sigiberto, pero aquélla quebrantó la promesa y se casó con otro llamado Hilderico, rival de aquél, en vísperas del día de San Juan. Los caminos del destino son inescrutables y el matrimonio no quedó consumado porque a medianoche moría repentinamente la bella Ordelina, siendo condenada su alma a vagar en pena a causa del perjuro cometido, recobrando figura humana tan sólo la noche de San Juan, momento en que salía de la piedra, en cuyo interior permanecía encantada, para peinar sus largos cabellos en el arroyo de Benamor, situado en el municipio de Moratalla (Murcia).

Si el nieto ha logrado retener los nombres de Sigiberto, Ordelina e Hilderico, el abuelo puede proseguir diciendo que así pasaron los siglos hasta que, en el año 1400, doña Castellana Fajardo, hija del comendador santiaguista de la villa de Moratalla, íbase a casar con don Pedro López de Villora, noble caballero del reino de Murcia, pero le puso como condición para que se celebrasen los desposorios que le tenía que regalar, como inequívoca prueba de su amor, el collar de perlas de la encantada de Benamor. Los ojos del nieto, llegando a este punto, le empezarán a hacer chiribitas pero, incansable, el abuelo no cesará en el empeño de relatar su historia.

El caballero cede al fin a su peligroso capricho y se encamina en la noche de San Juan al lugar donde una enorme piedra, a orillas del arroyo, fijaba el punto de la anual aparición de la princesa Ordelina. Cuando dieron las doce campanadas, la descomunal peña se abría en dos, emergiendo una hermosa mujer vestida con túnica blanca que se dirigía andando hasta el arroyo, llamando por su nombre al caballero don Pedro. Éste, recuperado del pasmo, dialogó con la encantada, la cual le dijo que habitaba en las profundidades de la tierra y que era custodiada por un gigantesco negro, que esa noche le impidió que se pusiera su habitual collar de perlas, por lo que si don Pedro quería conseguirlo debería acompañarla al interior del peñas-

co. Así lo hizo y, una vez dentro, pudo ver una estancia ricamente adornada con terciopelos, alfombras y tisúes. Allí había un cofrecillo en el cual estaba el collar de perlas que entregó a don Pedro, pero en ese instante apareció el forzudo y grandullón negro que ordenó al mortal devolverle las joyas, a lo que negóse. Desenvainó su espada y lanzó una estocada sobre el cuerpo del guardián, comprobando horrorizado que el acero no hacía mella en él, pues al contacto con el negro la espada se tornaba invisible.

Es seguro que el nieto, en esta parte de la leyenda, estará sumamente interesado y preguntará más detalles al abuelo, pero éste, tras esperar los segundos de rigor, terminará contando que al día siguiente, en el amanecer de la mañana de San Juan, unos pastores que pasaban por el camino de Benamor encontraron el cuerpo de don Pedro López de Villora sin vida y sin señal alguna de violencia, junto a la piedra de la encantada. Pronto se divulgó la misteriosa y trágica muerte, y cuando fue conocida por doña Castellana Fajardo, de la impresión perdió el don de la palabra y tuvo remordimientos hasta el fin de sus días. No sabemos si al nieto le habrá gustado este final, pero, si no fuere así, se le puede compensar con esta otra leyenda levantina.

La mora de la fuente murciana

Pedro Díaz Cassou recogió en 1895 un curioso relato de una mora encantada escrito en el lenguaje popular panocho, típico de la huerta murciana. El suceso lo ubicó cerca del castillo del Puerto de la Caena donde narra cómo su protagonista, Pepurro, iba el día de la Ascensión con su burra y al pasar al lado de la fuente de la Piná e Tizón quiso beber agua fresca, que salía a chorros y, en ese preciso momento, sintió a lo lejos que daban las doce de la noche en la campana de la catedral de Murcia. Al sonar la última campanada salió de improviso a su encuentro una mujer, con aspecto de viejecita, que portaba una jarra verde y a la cual había visto el día anterior haciéndole la misma proposición que le hacía ahora:

—Si quiés agua, toma, pero dame un beso.

En esta ocasión, Pepurro accedió, cerró los ojos y le plantó un sonoro ósculo donde primero pilló, y al abrir sus párpados pudo ver con sumo agrado a una hermosa mora «más bonica qu'na peseta isabelina con una bestimenta mu bordá que l'ecía con una vos mu pegalosiquía:

—¡M'as desencantao!



Las hadas no siempre son lo que parecen a primera vista. A veces, una simple anciana que ofrece agua a beber de su cántaro oculta bajo esa apariencia una bella mora que desea ser desencantada.

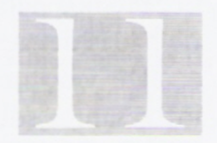
Así, como suena. No me invento nada ni añado ninguna vocal de más al lenguaje panocho. El hecho es que, según ella misma cuenta al huertano, en su anterior encantamiento se había transformado en la misma fuente, cuya agua manaba sin cesar y así debía permanecer hasta que algún día viniera alguien a desencantarla; mira tú por dónde fue Pepurro el agraciado con tal suerte, así que lo subió al castillo del puerto a desenterrar sus tesoros ocultos para dárselos en agradecimiento, pero, cuando subían, la mora notó que Pepurro llevaba algún objeto poco grato para ella y le dijo que se quitara el rosario, a lo que él, mosqueado por esta falta de religiosidad de la recién desencantada, exclamó:

—¡Jesús, María y José!

Y recién dicho esto cayó de bruces al suelo inconsciente. El relato termina siendo despertado por el señor cura que lo vio allí tendido, reanimán-

dolo como pudo. Pepurro poco contó de su historia —salvo lo imprescindible para que este relato haya podido aparecer en este libro—, y dicen que desde ese día de esta fuente no ha vuelto a manar agua.

En Alicante se encuentra el Barranc de l'Encantà, que son las ruinas de un pueblo árabe abandonado donde se contaban innumerables leyendas de seres míticos y que sirvió durante bastante tiempo para realizar rituales brujeriles y donde se ubicaban las historias más inverosímiles y truculentas.



Testimonios del siglo XX

«Me gustaría saber quién ha decidido que no existen las hadas. Ni los gnomos, los elfos, los trasgos y demás habitantes del mundo crepuscular. Ya sé que no hay manera empírica de demostrar la existencia de estas criaturas fantásticas, pero tampoco hay manera de demostrar la existencia de Dios, y fíjense ustedes la cantidad de partidarios que tiene.»

ROSA MONTERO (de un artículo publicado en el suplemento de *El País* en abril de 1994)

EN el siglo XX, aparentemente un siglo poco propicio a manifestaciones feéricas, no han dejado de surgir comentarios y testimonios esporádicos sobre avistamientos de seres elementales de la naturaleza, sean hadas o demás habitantes del reino de la Gente Menuda. Tanto en España como en el resto de Europa han surgido numerosos testigos que aseguran haber visto a las hadas, o al menos a presencias femeninas indefinidas, que las describen con todos los detalles de que son capaces, dada la dificultad que presentan estas visiones tan etéreas y volátiles. Suelen ser personas que tienen una especial facultad para «verlas» o personas que estaban en el lugar y en el momento adecuado. He recogido algunos de estos casos, los que me han parecido más espectaculares o esclarecedores, para que el lector no se vaya con la impresión de que las leyendas sobre hadas son únicamente recuerdos del pasado lejano, sin tiempo concreto y lugar determinado. Voy a presentar relatos, cuyos protagonistas tienen nombres, donde existen localizaciones geográficas y se sitúan en fechas muy concretas.

La ninfa de Torrente Ballester

Hemos hablado de hadas encantadas (mouras) y todas sus vicisitudes, y de hadas del agua, de las que también está nutrida la mitología gallega.

De vez en cuando, para encontrar relatos jugosos y sumamente interesantes sobre las hadas de las fuentes, no hace falta acudir a nuestros clásicos folcloristas o a la tradición popular, sino que leyendo atentamente algunas obras de nuestros escritores actuales más prestigiosos encontramos textos que hacen alusión directa a ellas, aportando una serie de valiosos datos que nos sirven para completar, en la medida de lo posible, las lagunas existentes en nuestra literatura mitológica sobre la «Gente Menuda». En esta ocasión, leyendo una obra autobiográfica de Gonzalo Torrente Ballester (nacido en la localidad coruñesa de El Ferrol) titulada *Dafne y ensueños* (1983), he encontrado un precioso párrafo sobre una de estas hadas del agua. Torrente empieza describiendo el lugar de los hechos:

> Para que os deis cuenta de cómo era mi aldea, voy a contaros algo que sucedió un domingo del mes de enero, allá por el novecientos diecisiete, más o menos. Sí, fue en el diecisiete, estoy seguro y podría probarlo trayendo a cuento bastantes referencias, aunque con el inconveniente de que ninguna de ellas es, a estas alturas, verificable (...) La carretera por la que íbamos se cruza a la altura de la casa de mi abuela con otra que baja de Serantellos y bordea la mar hasta la Graña. A la nuestra la prolonga un sendero ancho, con un puente al lado del molino y continúa pegado a una ladera hasta el ferial. En esa caída del monte, justo donde incide la vereda, brotaba un manantial al que llamaban la Fuente de los Caballos, no sé si existe ya (...)

Acto seguido, empieza el relato verdaderamente sustancial:

> Preguntamos, y se nos contó que aquella misma mañana, ya con el día claro, venía un hombre a caballo, de la parte de Viladóniga, por el ferial, y que, al pasar por la fuente que dije, había descubierto un hada o una ninfa, o alguna de esta clase, con las piernas metidas en el agua, que se estaba peinando con un peine de oro los larguísimos cabellos. Al verse sorprendida por el de Viladóniga, que era joven y la miraba, desapareció, no en el aire, ni huyendo por el bosque, sino sumida en el agua, como si la hubiese absorbido la fuente. El hombre subió la breve cuesta hasta la encrucijada, llamó a la puerta de la taberna y, sin apearse, pidió un vaso de garnacha, algo fuerte y de efecto seguro, y aun así no se le quitó el susto de encima: como que seguía temblando y hubo de apearse. Contó después lo que había visto, a cada uno que llegaba, mujeres madrugadoras que venían a comprar pan o una libra de azúcar

> y, con el cuento, olvidaban la prisa y escuchaban con asombro. Hubo gente que lo creyó, y gente que no. Los que lo creían traían como refuerzo de su fe memorias de otras visiones y de encuentros sobrenaturales oídos contar a los antiguos. Los incrédulos se reían, aunque no con demasiada seguridad. Lo de una mujer que se lavaba los pies podía ser: lo de que se la hubiera tragado la fuente, o el arranque del monte, ya era menos creíble. Con el sí y con el no llevaban unas horas.
>
> El hombre de Viladóniga había precisado detalles de la visión: tenía los ojos verdes, aquella mujer del agua, y la túnica que vestía se perdía en la fuente como si también fuera líquida. Las piernas, sin embargo, se distinguían: unas piernas delgadas de mujer fina, no las rollizas, coloradotas de las aldeanas. «Y, el peine, ¿era de oro?» «De oro o algo parecido.» «Le daba el sol a aquella hora y relumbraba» (...)

Torrente completa este extraño hecho con una anécdota que le ocurrió por esas fechas a su hermano:

> Las mujeres, con cierta unanimidad, decían que sí, que bueno, pero que el hombre de Viladóniga, conocido de todos y de buena reputación, no tenía por qué mentir. Ésta fue la misma razón que dio mi abuela, y no sé en cuál de aquellos años, cuando lo de mi hermano Álvaro y el río. Tuvo que ser un poco antes lo del hada, o por entonces, pero en verano. Mi abuela estaba rezando, se habría extasiado, tendría el alma en la cima de su propia espiral, mientras mi hermano Álvaro jugaba con las guijas. De pronto, él preguntó: «Abuela, ¿el agua habla?» Ella, sin descender de sus alturas, le respondió que no, como le hubiera respondido a un ángel. «Pues a mí me dijo: Cuquiño.» Cuando lo que se trataba iba en serio, mi abuela hablaba en castellano con mucho énfasis. Así, en castellano enfático, defendió la verdad del hecho. «Pues el niño no tenía por qué mentir», fue el resumen de su perorata. Nadie lo tomó en serio, esto de que el río hablase, naturalmente, pero en el aire quedó la duda, vaya usted a saber los misterios del agua, en el mundo hay más cosas que las que se pueden ver, y se contaba a veces, siempre diciendo que no, que habían sido ilusiones de mi abuela y de Álvaro. Pero ¿por qué lo repetían?, ¿y por qué repitieron también, cuando había pasado mucho tiempo, lo de aquel hada de los ojos verdes y de las piernas finas y blancas de señorita?

Con estas inquietantes preguntas acaba Torrente Ballester este extraño suceso acaecido a su hermano Álvaro, preguntas que también nos formulamos nosotros y muchos de nuestros lectores, ¿por qué tenía que mentir el niño u otros ocasionales testigos de estas apariciones?

Visión de sirenas en Cantabria

Adriano García-Lomas es quien nos suministra otros valiosos datos sobre la sirenuca, escuchados por él mismo en boca de uno de los tripulantes del *Agustín*, barco a la sazón al servicio de la R.C.A. que hacía la travesía de Hinojedo a Suances y otros rumbos, datos significativos y más acordes con lo que probablemente debe ser una sirena dentro del mundo de los elementales del agua.

García Lomas, en su Mitología y supersticiones de la Cantabria Montañesa (1967), transcribe el relato que le hizo un testigo presencial sobre una aparición de sirenas, aportando además una explicación sobre su posible origen. «Traemos a colación, si la amnesia no se nos interpone al querer coordinar el relato que sobre su génesis oímos hace más de cuarenta años a uno de los tripulantes del *Agustín*...» (se supone que el suceso ocurrió a mediados de los años 20). Así empieza García-Lomas su exposición, diciendo que se trataba de una excursión por el mar de jóvenes en pleno verano. Varias muchachas empezaron a tararear a coro el *Vals de las olas* (entonces en boga) entre risas y juegos. Navegaban plácidamente, cuando, de pronto, el cielo se empezó a nublar y el barco a zozobrar con las grandes olas que se levantaron. Uno de los pasajeros, que no era otro que el ilustre arquitecto, conservador del Palacio Real de Madrid, don Juan Moya, inquirió al capitán del *Agustín* sobre si aquel fenómeno tan rápido y amenazador era frecuente en el mar, a lo que replicó sin inmutarse:

—Sí, suele ocurrir con alguna frecuencia y por causas diversas e imprevistas, pero hoy estoy seguro que son las sirenitas las que han armado este fregado, porque ha de saber usté que estas fulanas son muy traidoras y vengativas si se las provoca sin más ni más.

—Y ¿en qué ha consistido nuestra provocación? —insistió el curioso pasajero.

—Pues escuche y no pierda hilo. Las sirenitas tienen a mucho aquél y lo han probado cuando ha llegado el caso, cantan como no lo pueden hacer las mujeres de la Tierra. Y ya con tono prosopopéyico y socarrón arguyó: «Dicen los que las han oído que no hay comparanza en el cante; además, las sirenitas siempre conservan su buena voz porque nunca están afónicas y porque tampoco se constipan.»

—No lo entiendo...

—Pos bien claru y a la vista lo tien —replicó el capitán—. Usted no comprende que cuando comenzaron esas señoritas a gorgear como los

mesmus angelucos del cielo, les ha entrado a las sirenitas una envidia venenosa y se han alborotado y por eso está la mar así de revuelta.

Juan Moya, a sabiendas que esta gente marinera sabía muchas cosas sobre estos minúsculos seres, aprovechó la ocasión, un día distinto, para interrogar a un tripulante del *Agustín* cuando éste se solazaba en una taberna del puerto. Le preguntó sobre si era cierta la clásica historia que corría de que las sirenas eran fruto de una maldición.

—Esas serán las sirenitas o «pitusas» de otros mares, pues las de por acá no son tan guapas aunque se dejan ver todos los días del año. Los del cabildo lo sabemos como el Padrenuestro, y los mozuelos de la escuela saben también que desde Adán y Eva —y puede que antes— no ha habido desde Castro Urdiales a San Vicente de la Barquera «denguna de estas ralezas.»

—¿Cuál es su opinión sobre de dónde proceden las sirenas?

—Parece mentira que un señor tan estudiado no haya aprendido al cabo de los años que veranea por aquí la verdad de este asunto. Sepa usted, y no lo olvide en jamás de los jamases, que las sirenitas son muchísimas. Ningún cristiano las podría contar en un millón de años. No han tenido ni padre ni madre con figura corporal humana porque forman entre todas el mismo mar del mundo... Cuando el mar da unos alaridos mayores que los del Ojáncano cuando va a morir, entonces es cuando las sirenitas comienzan a juntarse, a saltar y a echar unos espumarajos amarillentos como bilis, que al hervir se hacen cada vez más grandes. Éstos son los que, después de hacer naufragar las embarcaciones, llevan sin remisión a los tripulantes ahogados a la orilla, cuando no hasta los mismos profundos. Luego del estropicio les entra la galbana y van muy mansucas, como si ná hubiesen hecho, a recostarse sobre las playas. Sepa usted que las sirenitas son olucas chiquirritucas pero que están, muy unías y siempre disciplinadas no van más que a lo suyo. La luna dice que las gobierna pero no lo crea usted. El único que las amansa cuando quieren cometer alguna catástrofe es Aquél que está allá arriba. Lo demás son filfas y cuentos de viejas chochas.

Acaba diciendo García-Lomas que lo cierto es que en las embarcaciones de pesca de los antiguos «pejines» se prohibía silbar porque, al entorpecer la labor de las sirenas, éstas se enfurecían como demonios, y más si el silbo o el cántico era hermoso pues lo consideraban una provocación. Tampoco podían llevar tenedores de hierro a bordo, sino de madera, ni tridentes metálicos para no irritar a Tritón y sus huestes, pues es sabido que el hierro es un mate-

rial tabú para estos seres elementales, tanto de la tierra como del agua. Llama la atención que esta descripción de las sirenas se asemeja bastante al mito clásico de la diosa Afrodita, que dice que nació de la espuma de las olas.

La lamia de Garganta la Olla

Un día de lluvia del año 1948, José Pancho Campo, cabrero y agricultor de profesión, vecino del pueblo extremeño de Garganta la Olla (Cáceres), considerado como un hombre alto, fuerte y vigoroso, se encontraba en una casa de la finca «La Casilla», cuando llamaron a la puerta. Al abrir, vio que eran un grupo de mujeres que decían: «¡Qué frío! ¡Qué frío!», y le pidieron permiso para entrar a calentarse en la cabaña. Pancho pensó que se habían extraviado y las invitó a entrar. Vio que una de las mujeres, la cual en ningún momento abrió la boca, vestía totalmente de negro con una falda muy larga que hacía que pareciese una monja. Se dirigió a ella y le aconsejó que se acercara a la lumbre para calentarse. Cuando se aproximó al fuego, Pancho atizó la candela y el resplandor le permitió verle las piernas: no tenía pies sino pezuñas...

Al darse cuenta de lo que había visto, el campesino dio un alarido y gritó: «¡Jesús!» En ese momento, contaba él, la supuesta y extraña mujer-monja salió de la choza a toda prisa. José Pancho regresó al pueblo, contó lo sucedido y desde entonces se colgó varias cruces del cuello. El encuentro con esta presunta lamia debió ocurrirle cuando contaba unos 58 años de edad. A pesar de todo, se sabe que murió catorce años después del incidente (en 1962), de un proceso pulmonar.

Esta historia está perfectamente documentada, incluso gráficamente, por el periodista y escritor Juan José Benítez en su obra *La punta del iceberg* (1989). En noviembre de 1982, él iba buscando a un vecino de Garganta que en 1948 fue testigo del avistamiento de un ovni luminoso junto a un hombrecillo con patas de chivo, y al final, sin darse cuenta, en vez de naves misteriosas encontró un valioso testimonio sobre una lamia. Tuvo ocasión de entrevistar a un sobrino de José Pancho, llamado Ciriaco Basilio Pancho, y a otras personas que conocieron de primera mano este extraño suceso. Todos daban el hecho como cierto, pensando unos que se trató de una aparición diabólica, que el demonio en persona se había dejado caer por esos parajes, en tanto que otros opinaban que se trataba de un caso típico del fenómeno ovni.

Por mi parte, dejando posibles bromas a un lado, creo que se podría encuadrar en una de las escasas y contadas apariciones que estos seres han tenido en el siglo XX en nuestra Península y que demuestra, como reitera-

damente se expone en este libro, que algunos elementales no sólo han existido en el pasado, sino que siguen existiendo en el presente, materializándose y manifestándose, en algún que otro caso, disfrazados camaleónicamente para pasar lo más desapercibidos posible.

También —en rigurosa primicia—, Benitez nos cuenta otro suceso acaecido diez años antes en otro paraje del término de Garganta la Olla y que los lugareños conocen por el «Camino de las Tortiñosas», siendo en este caso don Teodosio Gómez López su protagonista, llamado popularmente «El Rojillo». Este hombre tuvo la ocasión de observar, cuando iba montado en una burra, a una mujer alta (muy buena moza, decía) que vestía de negro y que le precedía siempre. Iba vestida con una falda larga, casi hasta el suelo y que parecía tener un cierto brillo. Por más que intentaba darla alcance, la misteriosa mujer mantenía siempre la misma distancia. En ningún momento el testigo pudo verle los pies, pero tampoco el rostro, intuyendo cabalmente que aquella mujer no era humana, sino sobrenatural. ¿Se trataba de otra lamia? Sea como fuere, los sucesos de esta índole dejan un vivo recuerdo en la mente de los testigos.

La ondina de Lucía Bosé

Este relato me fue contado por la actriz italiana Lucía Bosé, y aunque André Malby lo ha recogido en su libro *Aggelos. Las presencias angélicas*, puedo añadir una serie de datos complementarios que lo enriquece. El suceso acaeció en enero de 1994 en una localidad del sur de Francia, en Aix-en-Provence, cuando estaba en los alrededores de la casa de André Malby. Ésta es una de esas zonas mágicas que existen en el mundo, donde incluso la persona menos dotada siente presencias invisibles que están continuamente rodeándola, y esta impresión la tiene casi toda la gente que frecuenta estos parajes. Allí se encuentra un río, con pequeños afluentes que confluyen en uno solo, y un bosque lleno de dólmenes de tamaño estándar y otros de tamaño diminuto, como si una legendaria raza de enanos se hubiera encargado de construirlos en una época inmemorial. Lucía estaba sentada en una roca, cerca de una cascada, contemplando el río en un proceso de meditación. Cerró los ojos, se concentró, abrió sus canales de percepción y cuando volvió a abrirlos vio en el río una figura femenina que ella identificó como una ondina o una sirena. Estaba de pie, mirándola sonriente. Medía aproximadamente un metro de altura y toda ella era verde, desde su larga cabellera hasta su piel escamosa, así como sus profundos ojos... No recuerda si realmente vio una cola o si en rea-

lidad eran sus piernas que estaban tan juntas que parecían una sola extremidad sumergida en el río. La visión tan sólo duró unos segundos, pero fueron suficientes para que a Lucía no le quedara ninguna duda sobre su veracidad, experimentando a la vez un intenso sentimiento de paz y armonía. A André Malby poco le extrañó esta aparición, pues él había sido testigo de varias de estas visiones relacionadas con seres elementales.

El hecho de que la pigmentación de su piel y el color de sus ojos fueran verdes no debe extrañarnos, pues lo mismo se cuenta de las míticas xanas y de otros seres sobrenaturales. El mismo Malby cita la experiencia que vivió su mujer Daniela en otoño de 1985 en la masía de Besalú: vio un ser diminuto de color verde —que asimiló a un duende— planeando por encima de un ramillete de rosas, colocado en un jarrón regado recientemente de agua. «No tengo ninguna duda —nos dice Malby— de que Lucía y Daniela han tenido, cada una a su manera, un encuentro con entidades presentes desde siempre en la naturaleza y con las cuales las conexiones eran aparentemente más frecuentes en épocas pasadas.»

El color verde de estas apariciones es relativamente frecuente en el mundo de las hadas. Es el color de la naturaleza, de la iniciación, de la sabiduría.

TERCERA PARTE

MATRIMONIOS CON HADAS

Fue la noche de San Juan, cuando el mozo de Ca Martín, el de la Alameda, estuvo a punto de enloquecer por mor de una xana. ¡Brava comedia!, comentaban los vecinos de la aldea, decir que una xana... Y en estos tiempos, en los que nadie cree ya en esas cosas... Vaya patrañas... Claro está que lo de enloquecer bien pudiera ser cierto, que el mozo más de una vez ha dado señales de no estar muy en sus cabales, pero de eso a decir que una xana lo ha enmaridado...

DOLORES MEDIO: *La última xana* (narraciones asturianas)

I

¿Se puede unir sexualmente un hada con un humano?

Inevitable hablar de íncubos y súcubos

UNA pregunta que se puede hacer el lector, y con toda la razón, es si un elemental, es decir, un espíritu de la naturaleza, que suele ser invisible e intangible normalmente, puede mantener relaciones sexuales con un humano. Y precisamente esta cuestión, por extraño que nos parezca, ya fue planteada hace siglos por algunos eruditos y Padres de la Iglesia. Haciendo un resumen de la postura teológica sobre estos temas, cabe decir que partían de la base de que los ángeles eran «sustancias intelectivas espirituales» que tenían, entre otras, la facultad de adoptar formas corpóreas. Como entre los ángeles estaban también los caídos o demonios, tanto masculinos (*íncubi*) como femeninos (*súcubi*) podían unirse sexualmente con los humanos.

Nada menos que San Agustín y Santo Tomás hicieron comentarios y tomaron postura en tan espinoso tema. San Agustín, en *La ciudad de Dios*, se hizo esa pregunta respecto a los ángeles, y se inclinó por una respuesta afirmativa en cuanto a los ángeles caídos o demonios, negando que los ángeles adictos a Dios cometieran alguna vez tal pecado. San Agustín alude incluso a las relaciones sexuales de seres mitológicos como los silvanos, faunos y «dusios» galos (íncubos) con mujeres; en el mismo sentido se expresará, dos siglos después, San Isidoro en sus *Etimologías*, pero considerando a todos estos seres como demonios y no como «elementales» o espíritus de otra clase. En la *Summa Theologica*, Tomás de Aquino (siglo XIII) exponía su particular punto de vista: «No obstante, si en ocasiones nacen niños como fruto del comercio carnal con demonios, no se debe al semen que éstos emiten ni a los cuerpos que adoptan, sino al semen extraído de un hombre con este propósito, pues el mismo demonio que actúa como súcubo para un hombre se transforma en íncubo para una mujer.»

Tomás de Aquino nos introduce en un mundo especialmente querido en la Edad Media y Renacimiento cual es el de los íncubos-machos y súcubos-hembras que ayuda a comprender ciertas actitudes o mentalidades entre la gente llana y culta de nuestra tierra, cuando este tipo de leyendas corrían de boca en boca. No en vano, se afirma que muchos personajes históricos tuvieron un origen diabólico o por lo menos sobrenatural. Tal es el caso, según *radio macuto*, de Roberto, padre de Guillermo el Conquistador; de Martín Lutero; de Alejandro Magno; de Platón; del emperador César Augusto; de Escipión el Africano; de Rómulo y Remo; del mago Merlín; de Servio Tulio, sexto rey de los romanos; de Seleuco, rey de Siria; de Aristomenes de Mesenia, ilustre general griego; de los hunos de Atila y, para el demonólogo Sinistrari, de todos los habitantes de la isla de Chipre, que ya es decir. Hasta del mismo Bertrand Du Guesclin, mercenario francés que luchó contra Pedro I el Cruel, se dice que se maridó con un hada.

El papa Benedicto XIV resumió el pensamiento eclesiástico de su época en esta frase, referida a los íncubos y súcubos: «... pues mientras que casi todas las autoridades admiten la cópula, ciertos autores niegan que pueda haber descendencia... Otros sostienen que puede haber hijos y dicen que esto ha sucedido en realidad...» Sin embargo, había autores que no admitían que tales relaciones pudieran producirse, como Guillermo de Auvergue, obispo de París en el siglo XIII.

Pautas que siguen

En el folclor español existen sorprendentes casos de relaciones carnales entre seres humanos y elementales. En su mayor parte se trata de uniones producidas entre hombres y seres femeninos de la naturaleza. Estas relaciones parecen estar presididas por una serie de pautas que, curiosamente, siempre son iguales.

En su tesis doctoral de 1967, la doctora Ramona Violant Ribera reseñó un buen número de estas uniones y creó un esquema básico para sintetizar la forma en que se producían los hechos, esquema —ampliado por mí— que a continuación se expone:

1. Un hombre encuentra a una mujer sobrenatural, de la cual se enamora y la solicita en matrimonio.
2. La mujer sobrenatural accede, tras imponer una promesa o condición que el hombre se obliga a cumplir. Si dicha promesa se rompe, la mujer se marchará. Este dato, que aparece siempre, está

relacionado bien con el aspecto físico de la elemental, bien con sus creencias. Existen tres posibilidades:

a) Prohibición de mencionar su nombre, de cuya trascendencia ya hemos hecho mención en páginas precedentes.
b) Prohibición de mencionar o realizar en su presencia actos propios del cristianismo. Esta prohibición es propia de las lamias, que aparecen siempre vinculadas al paganismo y aborrecen todo simbolismo cristiano.
c) Prohibición de mirarla desnuda. Esta condición es típica también de las lamias, que, como sabemos, poseen un miembro, o más, no humano. La prohibición responde al intento de este ser de no perder su aparentemente ganada humanidad. El no mirarla se convierte en algo esencial para alejar a su marido mortal del recuerdo permanente de su inhumanidad. El caso más célebre es el de Melusina.

3. El matrimonio del mortal con la mujer sobrehumana dura un cierto tiempo y aporta siempre una gran felicidad y riqueza material. Tal vez, esta creencia deriva de la realización, entre los pueblos primitivos, de matrimonios simulados de un hombre o una mujer con deidades que representan a las fuerzas de la naturaleza, con lo que se conseguían grandes beneficios para la tribu (como mejora de la caza o abundantes cosechas). Con el paso del tiempo, el matrimonio con una Lamia o con otro tipo de ser relacionado con la naturaleza proporcionaba también riquezas y prosperidad. En cuanto a la descendencia, según queda reflejado en todas las leyendas y cuentos populares, es totalmente humana, dejando muestras en la heráldica de la familia, como el caso de los Miranda, o en la propia tradición familiar, en el de los Señores de Vizcaya.
4. El incumplimiento por parte del marido de la condición impuesta supone en todos los casos la ruptura de la unión matrimonial y la desaparición de la mujer no humana, si bien en algunos casos puede volver, con carácter ocasional, no pudiendo ser vista por el marido, pero sí por sus hijos (como ocurre en los casos de las dones d'aigua de Vallderrós, Casa Blanch y del mozo de Espui) o como protectora en la sombra de su estirpe (caso de Mari, como luego veremos).
5. El marido nunca la recobra y suele caer en desgracia, perdiendo la prosperidad que había alcanzado.

Quiero hacer observar al lector que los elementales suelen ser muy dados al transformismo y a representar un aspecto ambiguo, a veces bisexual, con la consecuencia de que en algunas leyendas —como la del Linaje de los Señores de Vizcaya— da la impresión de que el ser sobrenatural adopta la apariencia y funciones femeninas pero sin saberse a ciencia cierta si se trata de una auténtica hada.

Los encuentros entre elementales y humanos responden en casi todos los casos a un deseo de la mujer-hada. Para lograrlo, la mujer sobrenatural utiliza siempre su inmensa belleza y atractivo personal para, de este modo, conseguir enamorar al humano.

A este respecto, cabe señalar que lo que el hada busca es, precisamente, dotarse de humanidad, principalmente conseguir un alma, en los supuestos de lamias y damas del agua, o un fin más práctico en el caso de las encantadas: liberarse del hechizo y ser, de nuevo, una mujer mortal.

En realidad sólo hay dos tipos de hadas en estos encuentros y de naturaleza muy distinta. Estos tipos de mujer son siempre los siguientes:

1. *Damas del agua*, ya sean llamadas donas d'aigua, gojas o alojas, si es en Cataluña, o pura y simplemente lamias en el norte de España.
2. *Encantadas.* Es muy frecuente, sobre todo, en leyendas catalanas, pero también en Asturias, que la dama del encuentro sea un ser encantado o cautivo, bien una «encantade», bien una «ayalga». Como vimos al referirnos a estos seres, no son elementales propiamente dichos, sino personas sometidas a un encantamiento del cual desean escapar.

Todas estas características se repiten de forma machacona en casi todos los relatos que existen en el mundo sobre las relaciones sexuales y descendencia entre un ser mítico con un mortal. El esquema es común con muy pocas variantes en los casos que he podido encontrar en nuestra mitología, procediendo muchas de estas leyendas de un tronco común conocido: el mito de Melusina. De ahí que todas aquellas versiones que siguen más o menos estas normas de conducta las haya denominado como «tradiciones melusinianas», aunque existen honrosas excepciones a esta regla general.

Dicho tronco se puede remontar incluso a tiempos inmemoriales: a la época de Salomón y la reina de Saba, llamada Balquis, de la que se decía que tenía piernas de cabra, circunstancia ésta que quiso certificar el rey Salomón poniendo espejos por donde ella pasara o, según dicen otros relatos, poner en su camino un arroyuelo que le obligaba a subirse las faldas para pasarlo, descubriendo así su auténtica naturaleza.

En el mito de Melusina se produce un tabú cual es el de su auténtica y animalesca naturaleza; sin embargo, con las damas del agua, el tabú está en el nombre prohibido que nunca se debe pronunciar.

Entre los habitantes del país de las hadas es notorio que existen muchos de estos tabúes o prohibiciones que, de ser vulneradas, acarrearían serias desgracias tanto a los seres humanos infractores de esta norma como a los seres sobrenaturales. El tema del tabú es recurrente en el mito y en los cuentos que sobre hadas existen. Sir James Frazer dice que el tabú es el aspecto negativo de la magia, pues en la brujería lo normal es actuar, pero en el tabú hay que abstenerse de hacer algo. Los duendes tienen el tabú del gorro: bajo ninguna circunstancia se lo pueden quitar y los elementales en general tienen el tabú de la sal: no la pueden tocar, comer ni acudir a sitios donde abunde (como el mar, con la lógica exclusión de las sirenas).

Entre las hadas, el tabú más frecuente es el de que un humano llegue a conocer su verdadera esencia, aunque existen otros no menos importantes, como el de la habitación prohibida o el nombre prohibido. Uno de los temas más socorridos en las leyendas de casi todo el mundo es el de la prohibición de ver al cónyuge encantado (sea hombre o mujer) desnudo o bajo su apariencia física verdadera. El mito más conocido, tal vez sea el de Cupido y Psique, pero con anterioridad aparecen las mismas constantes en el *Rig-Veda* de los hindúes. El otro tabú más común es el de la prohibición de entrar en un cuarto, palacio o lugar reservado que generalmente está lleno de tesoros (el cuento de Barba Azul es el más significativo).

2

Tradiciones melusinianas

EN estas tradiciones veremos que el tabú que más se repite es el que le ocurrió a su protagonista Melusina, cual fue la revelación de su auténtica naturaleza por su marido. A modo de representación teatral podemos escenificar el mito de Melusina en tres partes o actos: la madre de Melusina, hada igual que ella, el relativo a la propia protagonista y la descendencia de ésta. Se abre el telón.

Primer acto: Presina, su madre

A este ser femenino, de importancia capital en las tradiciones mitológicas de Europa, se le suele llamar vulgarmente como el «hada Melusina».

Su leyenda explica que era originaria de Albión —la tierra Blanca: Escocia— e hija de otra hada llamada Presina y del rey Elinás que gobernaba aquel territorio. Elinás se había prendado del hada Presina cuando ésta le ofreció agua de una fuente prodigiosa. La pidió en matrimonio y el hada consintió, siempre que el rey prometiera que jamás intentaría verla mientras diese a luz y mientras criase a sus hijos. De aquel matrimonio nacieron sucesivamente tres hijas. La mayor sería Melusina, y a ella seguirían Melior y Palestina. Pero su padre apenas llegaría a conocerlas, pues a través de Matacás, hijo de un matrimonio anterior de Elinás y enemigo de su madrastra, sugiere a su padre que visite a las recién nacidas mientras su mujer las está bañando. Al ser descubierto, las cuatro desaparecen para siempre del castillo, instalándose en Avalón, la Isla Perdida (lugar mítico que llegó a convertirse en la residencia del rey Arturo).

Años después, las tres jóvenes deciden vengarse de su padre y, valiéndose de sus artes mágicas, lo encierran para el resto de su vida en la montaña

de Brumbloremlión. Al enterarse, Presina maldice y castiga a sus tres hijas: Melior guardaría hasta el fin de los tiempos un gavilán prodigioso en un castillo de Armenia; Palestina quedaría encerrada en una cueva situada en las faldas del monte Canigó, en territorio del antiguo condado de Barcelona, separado actualmente por la frontera francesa, guardando eternamente los tesoros fabulosos de las hadas; Melusina será la encargada, lo mismo que su madre, de cuidar de la fuente sagrada, llamada *Fuente de la sed* o *Fuente hechizada*, y además se convertirá todos los sábados en una serpiente, de ombligo para abajo. Para poder vivir y morir como una mortal deberá casarse y su futuro esposo no la verá nunca en ese estado y, si lo hiciere, no podrá decírselo a nadie, de lo contrario permanecerá así hasta el día del Juicio Final.

Segundo acto: Melusina y el caballero Raimondin

Por esa fuente hechizada pasó, años más tarde, el caballero Raimondin (que más tarde sería el conde Raimundo de Poitiers, jefe de la familia de Lusignan). La escena del encuentro es como sigue. Intentando aquél cazar un gran jabalí en el bosque de Coulombiers, mata accidentalmente a su tío, el conde de Poitiers, y con gran desconsuelo se deja guiar por su caballo, que se adentra por el interior del bosque, conduciéndolo hacia esa fuente donde se solazaban tres damas. Una de ellas, Melusina, demuestra tener conocimiento de su crimen y le brinda su protección si el caballero se casa con ella. Raimondin, enamorado, acepta la propuesta de Melusina. Previamente le hizo prometer algo que, si era incumplido, haría que ella desapareciera para siempre. La promesa, ya sabemos en qué consistía. Raimondin, no obstante, accedió, se casaron y la misma Melusina, ayudada por hadas y genios, logró levantar en un tiempo increíblemente corto el castillo de Lusignan que habría de convertirse en su casa solariega.

Así vivieron felices durante años. Y fueron llegando los hijos: Antoine, Renaud, Geofroy, Urian, Guion... Todos ellos llevaban una u otra marca de nacimiento que los distinguía de los demás mortales: uno sólo tendría un ojo; otro tendría uno rojo y el otro azul; otro, una pata de león marcada en la mejilla; otro, un colmillo de jabalí saliéndole de entre los labios...

Una de las versiones más completas de la leyenda dice que Raimundo, instigado por su hermano el Conde Forêt, quien le hizo creer que o bien su mujer lo engañaba o que era un espíritu encantado, la siguió hasta una de las torres del castillo y allí la sorprendió un sábado en el baño observándola

por un agujero hecho en el muro. A pesar de su asombro, no dice nada a nadie y Melusina finge desconocer el suceso. En esos días, su hijo Jofré, el del Gran Diente, incendia la abadía de Maillezais y deja morir abrasados a cien monjes, entre ellos a su hermano Fromonte. Raimondin al enterarse, fuera de sus casillas, reprocha a su esposa, ante un grupo de nobles y damas, ser la culpable del crimen y revela a todos el secreto de su doble naturaleza. Melusina, al ser descubierta, desata una fuerte tempestad y huye



Es fácil imaginar la cara de asombro que debió poner esta mujer sobrenatural al comprobar que su auténtica naturaleza había sido descubierta.

de allí transformada en serpiente, volando literalmente y saliendo por una ventana del palacio tras dejar la huella de su pie en la piedra del alféizar donde se apoyó. El asombro de todos es fácil de imaginar. Oficialmente no se supo nada más de esta extraña mujer; sin embargo, hasta que sus hijos fueron mayores, acudió todos los sábados, cuando nadie podía verla, para alimentarlos y pasar unas horas en su compañía.

Fuera como fuese, lo cierto es que nunca se la volvió a ver más que esporádicamente, en forma de espectro, apareciendo enlutada en las torres de la fortaleza que ella construyó, tres días antes de que cambie de señor o dueño. También sería vista cuando algún descendiente de su estirpe fuera a morir. En España este papel de augures de muerte está reservado a las «damas blancas» vistas generalmente en Cataluña y Baleares, pues en otras zonas los emisarios suelen ser animales de diverso signo (sobre todo aves y raposas).

Esta leyenda sirvió de tema principal a una novela de Jean d'Arras (1387) titulada *El libro de Melusina o la noble historia de los Lusignan*, escrita por encargo del duque Jean de Berry, tercer hijo de Juan II el Bueno de Francia, a quien se la dedicó, el cual acababa de hacerse dueño de la propiedad del castillo solariego de la familia de Lusignan en 1369, en el Poitu. En esta obra, sin embargo, Melusina aparece en forma de sirena. Llegó a ser uno de los libros más populares de Alemania, aunque cuando realmente se expandió el mito fue con la famosa obra de Rabelais titulada *Pantagruel* que en su libro II hace referencia a él. La leyenda de Melusina recuerda el mito clásico de Eros y Psique, simbolizando el asesinato del amor por la falta de confianza.

En Francia también existe otro mito, muy parecido al de Melusina, cual es el de la «Tante Arie», ser femenino y mítico del Jura, que en los días de verano iba a refrescarse al agua de las cavernas de Milandre y, antes de bañarse, depositaba la corona de diamantes que ceñía su frente, transformándose así en serpiente.

Tercer acto: sus descendientes

La descendencia de Melusina fue numerosa y se dice que los habitantes de la isla de Chipre proceden de este fabuloso linaje. Dicha leyenda tiene sus orígenes en que la familia Lusignan realmente empieza a ser conocida con el inicio de la primera cruzada, ocupando en el año 1185 el trono de Jerusalén un tal Guy de Lusignan (el Guyot del que más tarde hablaría en

su obra Jean d'Arras) como sucesor del rey Balduino V. En el año 1195, Ricardo Corazón de León se apodera de la isla de Chipre y, después de cederla como feudo a los Caballeros Templarios, la entrega en calidad de reino a Guy de Lusignan, convirtiéndose éste en rey de Chipre y Jerusalén, conservando durante años la corona chipriota, cuando ya Jerusalén había caído en manos de los musulmanes. Éstos serían los precedentes históricos que hicieron apostillar alegremente a Sinistrari que todos los habitantes de la isla de Chipre tenían un origen diabólico.

Aparentemente, la leyenda de Melusina parece que poco o nada tiene que ver con el folclor y las tradiciones de nuestro país, pero ciertamente tiene muchas más vinculaciones de las que nos podemos imaginar, al menos en tres aspectos concretos: uno, el lugar que eligió para morir Raimondin; dos, el reinado de un nieto de Melusina en Madrid: León de Lusignan, y tres, la influencia del mito melusiniano en otros relatos de parecida factura que se encuentran en España.

La tumba de Raimondin

Pasemos a comentar el primero de los aspectos reseñados. Como dato interesante aportado por García Atienza, decir que Antoine de Lalaing, que acompañó a Felipe el Hermoso en su primer viaje en 1501, cuando aún no era rey de Castilla, escribió una *Crónica* donde cuenta, en su libro segundo, que en una visita del archiduque al monasterio de Montserrat y a las ermitas que lo rodean, le explicaron que «en una de ellas está sepultado Raimondin, marido de Melusina, que allí hizo su penitencia como el mayor desierto del mundo». Esto tiene cierta explicación si echamos mano de nuevo de la leyenda referida, la cual acaba diciendo que los dos últimos hijos del matrimonio, Ramón y Thierry, continuaron recibiendo los cuidados nocturnos de su madre Melusina, sin ser vista por nadie. El compungido Raimondin, después de haber intentado en vano recuperar a su esposa, se retirará al cenobio de Montserrat donde pronto morirá santamente, alcanzando su descendencia, no obstante, gran prestigio y poder.

Un nieto de Melusina, rey de Madrid

Respecto a la otra de las vinculaciones del linaje de Lusignan con España, tenemos que recordar que Jean d'Arras cuenta que los hijos de Melusi-

na cumplieron con el destino que se les reservaba, convirtiéndose, cada uno de ellos, en reyes: Renaud, en rey de Bohemia; Urian, en rey de Chipre; Guion, en rey de Armenia —donde su tía Melior guardaría eternamente el halcón sagrado en su castillo fabuloso—; Antoine, duque de Luxemburgo.

García Atienza, con información suministrada por Pero López de Ayala (1332-1407), consejero de Juan I, y de algunos cronistas de Madrid que luego la repitieron con más o menos detalle (el padre Mariana, González Dávila y José Amador de los Ríos, entre otros), indaga en la historia de la dinastía de los Lusignan armenios, que duró apenas treinta y cuatro años. En 1375, el reino de la Pequeña Armenia era conquistado por las tropas egipcias y su rey, León V (el rey con nombre de fiera al que se refiere la supuesta profecía de Melior en el libro de Jean d'Arras), era hecho prisionero y llevado a El Cairo, junto con su mujer y su hija, donde tendría que esperar casi seis años a que un soberano como Juan I de Castilla (1358-1390), que nada tenía que ver con su familia ni con la patria de sus antepasados, acudiera en su ayuda por compasión y lo rescatara a cambio de entregar al sultán piedras preciosas —que no había en su tierra—, sedas y halcones. Una vez libre, llegó a Medina del Campo enfermo y sin recursos económicos. El rey castellano le dio de por vida un nuevo reino consistente en el señorío de Madrid, Ciudad Real y la ciudad de Andújar, de las que tomaría posesión con el nombre de León I de Madrid en el año 1383 («e dióle para toda la vida la villa de Madrid, é la villa-real, é la de Andújar, con todos sus pechos e derechos e rentas que en ellas avía; é dióle a más en cada año en toda su vida ciento e cinquenta mil maravedís»), pero esta generosa donación sólo era válida mientras el rey armenio viviera, porque a su muerte volvería a pertenecer a la Corona.

El rey León Lusignan de Armenia permaneció en el poder durante siete años, gobernando a sus súbditos en paz y armonía, aunque para ciertos cronistas se preocupó muy poco de Madrid. Durante ese tiempo mandó reedificar las torres del Alcazar Real. Cuando murió su protector, el rey Juan I en 1390, se marchó de Castilla y pasó a Francia, según nos cuenta el padre Mariana, pero murió al año siguiente en París.

Con la muerte de León V desapareció definitivamente la estirpe de los Lusignan, justo cuando ésta empezaba a adquirir una fama inusitada gracias a la publicación del libro sobre Melusina de Jean d'Arras.

El heredero de Juan I, Enrique III, vivió siempre en Madrid e inició la construcción del palacio de El Pardo (lugar donde pasó sus últimos años al lado de su hermosa manceba, doña María de Castilla, que era la esposa de

don Enrique de Villena), por una real cédula de 1391, y para que no volvieran a ocurrir casos como el de León V, ordenó categóricamente que desde ese momento y para siempre, Madrid sería patrimonio inalienable de la Corona de Castilla.

Griselda, reina de las encantadas del Canigó

Anteriormente he hecho referencia a una de las tres hijas del hada Presina, llamada Palestina (hermana de Melusina) que era muy fina... Pero dejémonos de ripios baratos y vayamos al grano. Esta hada fue castigada a permanecer en una cueva situada al pie del monte Canigó, guardando en su fabuloso castillo los tesoros de las hadas. En España se da la circunstancia de que existe una curiosa leyenda que ubica a un hada legendaria, llamada Griselda, en este macizo y que está relacionada con la fundación del Monasterio de Sant Martí del Canigó, cuya gesta fue recogida y cantada magistralmente por el poeta catalán y mosén Jacinto Verdaguer, publicada en 1886. En este largo poema, un coro de hadas repiten, a modo de *leivmotiv*, la siguiente estrofa:

Montañas deleitosas
son las del Canigó,
todo el año florecen
luciendo su verdor.

Posteriormente, esta leyenda ha sido recogida por otros autores, dándole más o menos retoques, como Joan Llarch en su *Historia de la Cataluña Mágica* a la cual básicamente me ciño en la exposición de la misma. El gran interés de esta leyenda pirenaica de los tiempos de la Reconquista radica precisamente en esta posible vinculación a la tradición melusiniana —más bien palestiniana— que tendría en tierras catalanas, la cual nos adentra en el «Reino de las Hadas» con su reina, llamada Griselda, de protagonista.

El Monasterio de Sant Martí del Canigó fue fundado, según la tradición, por el conde Guifré, hermano de Bernard Tallaferro y nieto, como su hermano, de Guifré el Pilós.

Cuando su hijo Gentil alcanzó la edad para ser armado caballero, recibió el beneplácito y espaldarazo de su tío, el conde Guifré. Asistieron al acto caballeros del más alto linaje y damas de buen ver, pero tampoco faltaron los pastores que cuidaban de los grandes rebaños. Refiere la leyenda que entre las

pastorcillas había una de tan candorosa belleza, que Gentil se enamoró de ella sólo al cruzarse sus miradas y de inmediato se sintió correspondido. Terminada la ceremonia, bajo la advocación de San Martín, que, como San Jorge, es protector de los caballeros, comenzó la música y el jolgorio. La pastorcilla y el joven caballero, buscando intimidad, desaparecieron en los jardines.

Fue durante la ausencia de Gentil cuando llegó al castillo un mensajero. A grandes voces dio la alarma de que los sarracenos, formando poderoso ejército, habían llegado con sus galeras y desembarcado en tierras catalanas. Los dos hermanos, Guifré y Tallaferro, airados por esta invasión, llamaron a todos los hombres disponibles a las armas.

En tanto, el caballero Gentil, conducido por la hermosa pastorcilla, se había alejado del castillo e ignoraba todo lo sucedido. Habían llegado al pie del majestuoso y mágico monte del Canigó, sorprendiéndoles a ambos el anochecer, y el caballero quedóse dormido en brazos de la pastorcilla.

Cuando abrió de nuevo los ojos, asombrado, vio que se encontraba en un mundo extraño, irreal, pero de esplendorosa belleza. Todo el agreste paisaje anterior se había transformado. La pastora también se había transformado: ya no vestía sus humildes prendas, sino galas de fulgurante riqueza. En palabras castellanizadas de Verdaguer, la visión sería así:

> En un prado, en la cumbre de aquel monte,
> vio Gentil a su reina, coronada
> por un corro de vírgenes que giran
> tejiendo en derredor mística danza
> con sus brazos y pies, como la espuma
> que juega entre las conchas de la playa.

Era la reina Griselda, señora de todas las encantadas del Canigó. De pronto surgieron, no se sabía de dónde, todas las hadas de su reino maravilloso y le formaron sumiso cortejo. Colmaron de atenciones a la pareja. Gentil fue conducido por maravillosas salas de múltiples colores de un gran castillo. Las salas eras «avencs» (grutas subterráneas), todas ellas alumbradas con luces que se ignoraba de dónde procedían. Sonaban arpas invisibles y todo contribuía al propósito de hacer más agradable la estancia de Gentil.

Cuando salieron del palacio real les aguardaba una deslumbrante carroza guarnecida toda ella de perlas y diamantes. En vez de caballos eran siete ciervos blancos que tiraban de la carroza, y así, desde los aires, el caballero Gentil y la reina Griselda recorrieron desde la cima del Canigó todo el Rosselló, Foix y la Bigorra.

¡Asómate! —dice ella—, y en verde panorama
del Rosellón el mágico pensil abrirse vio
por entre cortinajes de nieblas de oro y llama,
y se encuentra, cual sueño de amor,
junto a su dama y sobre el Canigó.

Gentil, encantado por tantas maravillas y por el amor que sentía, había olvidado totalmente a los suyos. Ignoraba que los sarracenos habían desembarcado en Alger y que avanzaban peligrosamente.

Guifré y Tallaferro esperaban encontrarse con las huestes del caballero Gentil, y, uniéndose a ellos, frenar juntos a los sarracenos. Pero al llegar al punto donde esperaban encontrar la ayuda de Gentil, éste no dio señales de vida. El conde Guifré, que había captado las miradas intercambiadas entre el caballero Gentil y la pastorcilla, adivinó lo que había sucedido. Enfurecido por lo que imaginaba, espoleó su caballo y a la carrera fue ascendiendo hasta la cima del Canigó.

La leyenda no es explícita en este detalle, pero llegó en el preciso momento en que la pareja de enamorados se disponía a contraer matrimonio. Lleno de ira al comprobar cómo el caballero Gentil se había dejado seducir por la bella pastora en los momentos en que la patria catalana peligraba, se lanzó sobre su sobrino y lo despeñó por el precipicio. A una señal de su reina, las hadas rápidamente ascendieron del abismo al infortunado caballero Gentil y en silencio lo depositaron muerto junto a los pies de la reina. Enloquecida de amor y de dolor, Griselda emprendió el vuelo, seguida de su corte de hadas y ciervos alados, y desapareció en las alturas del Canigó sin que jamás se volviera a saber de ella.

Guifré ordenó que sonaran los cuernos de guerra reclamando más hombres para la lucha contra los sarracenos. Hasta los niños se armaron con las guadañas, hoces y horcas de sus padres y, seguidos de los perros de sus masías, quisieron defender la tierra y sus frutos.

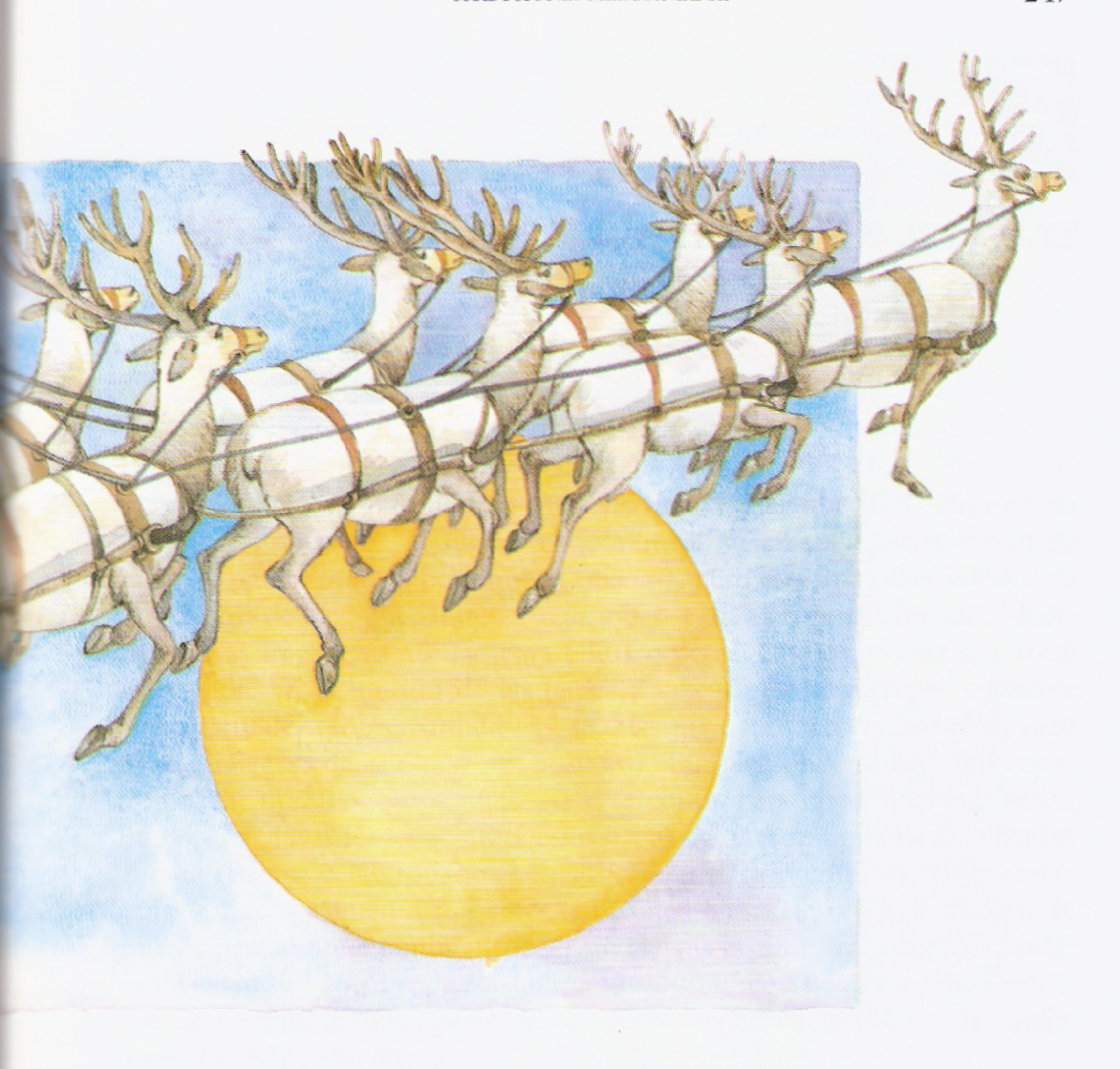
Mientras Guifré había partido en busca de Gentil, el caballero Tallaferro, conde de Cerdanya y señor del Rosselló, había contraatacado, venciendo a los sarracenos y logrando acabar con todos ellos. Algunos de sus valientes se habían adelantado al enemigo y habían prendido fuego a sus galeras, imposibilitándoles la huida, por lo que todos los sarracenos fueron aniquilados, sin que ninguno de ellos salvara la vida.

Reencontrados, después de la victoria, los dos hermanos, Tallaferro le preguntó a Guifré por su hijo, el caballero Gentil. Con inmenso dolor reveló a Tallaferro cómo, dejándose llevar de la ira, había despeñado a Gentil.



El caballero Tallaferro, con los ojos arrasados de lágrimas, abrazó a su también dolorido hermano, comprendiendo todo lo que había sucedido. Guifré, arrepentido de su acción, abandonó las armas y, deseando expiar su culpa, se retiró a la cima del Canigó, donde hizo construir el famoso Monasterio de Sant Martí, patrón de los caballeros.

Desde entonces perdura en el majestuoso macizo del Canigó la oque-



En la leyenda de la reina Griselda, señora de las encantadas del Canigó, y su enamorado Gentil no podían faltar todos los elementos de los cuentos de hadas, entre ellos la fabulosa carroza de perlas y diamantes tirada por siete ciervos blancos.

dad de la tumba que Guifré labró con sus manos en la roca viva y en la que sólo cabía la longitud de su cuerpo.

Aparte de esta hermosa leyenda, existen otras muchas en España donde de forma indirecta se aprecia claramente la influencia de la tradición melusiniana en nuestro folclor, sobre todo cuando se hace mención de encuentros carnales de un mortal con una lamia o una dama de agua.

3

Uniones con sirenas

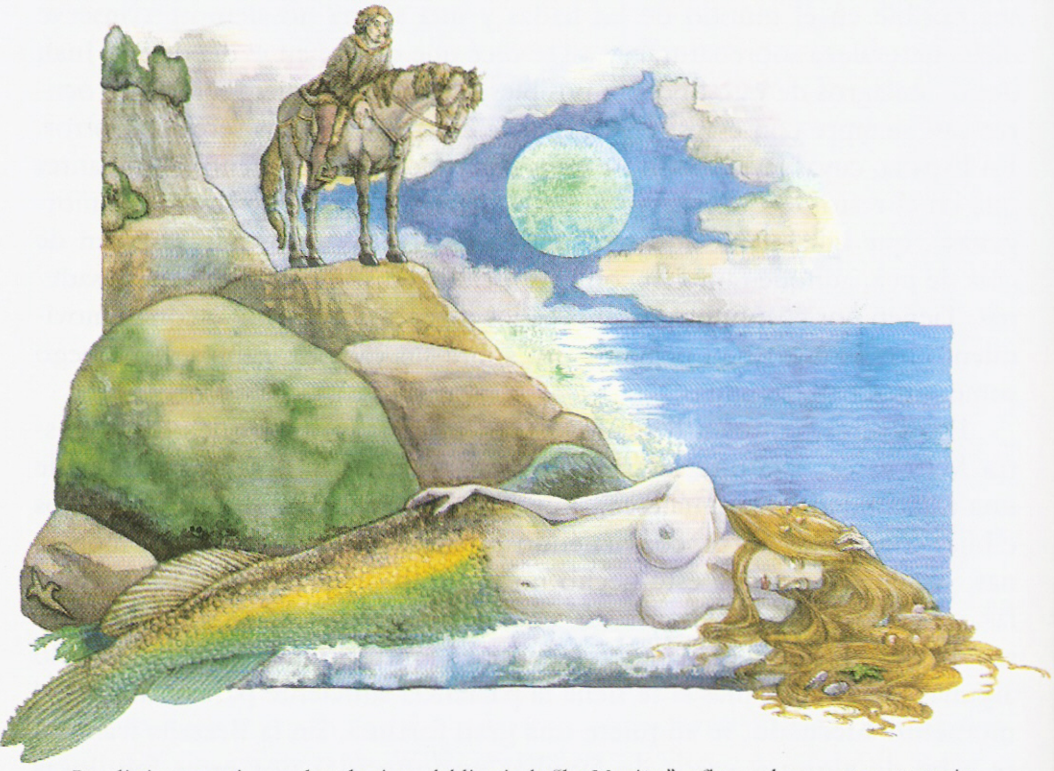
POR mero sentido común, no deja de extrañar que unos seres como las sirenas (en el supuesto de admitir su creencia), con busto de mujer —todo lo bella que se quiera— pero con una parte inferior de cola de pez, puedan tener relaciones sexuales con un humano. Nuestras tragaderas no dan para tanto, a no ser que... a no ser que todo sea posible en el mundo de las hadas y una sirena no siempre conserve dicha naturaleza sobrenatural (y así se dice que ocurre en el día de San Juan donde milagros de este tipo son posibles). También pudiera ser, como ocurre casi siempre con estos temas, que se confunda a unos seres con otros. En España, cuyas leyendas sobre estas hadas del mar son menos abundantes que en el resto de Europa, no se hace diferenciación entre sirenas y «morganas», que igualmente son seres femeninos de las aguas pero carecen de cola de pez, aunque también conservan ciertos instintos malvados y casaderos. Tienen por costumbre encantar a los jóvenes con su voz o con el movimiento irresistible de su peine de oro sobre sus cabellos rubios, para luego sumergirlos bajo las aguas.

Estos seres, también llamados «Mari-morganas» (recordemos a nuestra Mari vasca, a la que se atribuye descendencias míticas), al carecer de una extremidad tan animalesca, sí pueden tener relaciones sexuales e hijos e hijas con los hombres, convirtiéndose estas últimas, a su vez, en morganas. Aseguran, aunque este hecho no se produce en las leyendas españolas, que suelen recompensar a sus amantes humanos con una «caja sorpresa»: si se abre con demasiada rapidez, se encontrará en su interior tan sólo algunas algas secas, mas si se tiene la paciencia suficiente para abrirla en el momento adecuado, se adquiere una gran fortuna. En la Bretaña francesa se sabe de algunos casos de familias enriquecidas por estas fabulosas «uniones».

Hay quien ha creído que las sirenas eran hermafroditas, con lo que se pretendía solucionar el enigma, y así se recoge al menos en un libro de historia natural editado en Amsterdam en el año 1717, donde se habla de su «doble naturaleza».

Los Mariño de Lobeira

Como ocurre con la mayoría de los elementales, hay un cierto interés latente entre los tritones y las sirenas por la sexualidad humana (son mitos cargados de fuertes reminiscencias sexuales), y existen algunos casos, dentro de la mitología mundial, de cruces sexuales con seres humanos, así como constancia de la descendencia que tuvieron. Pero no son frecuentes, debido a la naturaleza tan diferente de su físico y del medio en el que se mueven, con respecto del nuestro. No obstante, existe un caso de unión especialmente interesante en las costas gallegas, con tres distintas versiones de lo sucedido.



Las distintas versiones sobre el origen del linaje de "los Mariño" refieren el encuentro y posterior captura, por parte de un apuesto caballero, de una "mujer marina" recubierta con una piel escamosa.

El apellido Mariño tiene unos orígenes diversos, bañados en fantasiosas y mágicas leyendas, que muchos autores han considerado como reales. Pedro Lezcano refiere que el tronco de este linaje tiene su origen en un caballero que naufragó en las costas gallegas, el cual acabó casándose con una dama de la comarca. A sus hijos se los llamó los Mariños y de ahí el nombre. Pero no todas las leyendas que hacen alusión a su origen son tan prosaicas como ésta.

De todas las versiones recogidas, en ninguna de ellas —sobre todo en las más antiguas— hay constancia de que la antepasada de los Mariños fuese una sirena con cola de pez. Siempre se refieren a ella, bien sola o bien acompañada, como una mujer marina que es capturada y cuyo cuerpo estaba recubierto de escamas o de un duro cuero escamoso, que al final se desprende de su piel, pero sin hacer mención a alguna anormalidad en sus extremidades.

El primero que refiere su historia es el conde don Pedro de Barcelos (1288?-1346), hijo del rey don Dionís de Portugal, en su *Nobiliario*, escrito a principios del siglo XIV.

Según relata en su obra, don Froiam era cazador y montero. «Y andando un día en su caballo por la orilla del mar, en su monte, halló a una mujer marina yacer durmiendo en la ribera. E iban con él tres escuderos suyos, y ella cuando los sintió, quiso refugiarse en el mar. Y después que la tomó a aquellos que la capturaron hízola poner en una caballería, y llevóla para su casa. Y ella era muy hermosa, y él hízola bautizar, y no le iba ningún nombre tan bien como Mariña, porque había salido del mar; y así le puso nombre, y llamáronle doña Mariña, y tuvo de ella sus hijos, de los cuales tuvo uno que tuvo por nombre Juan Froiaz Mariño. Y esta doña Mariña no hablaba nunca. Don Froiam amábala mucho y nunca pudo hacer nada que la pudiese hacer hablar. Y un día mandó hacer una hoguera muy grande en su palacio, y ella venía de fuera y traía consigo a aquel hijo suyo, que amaba tanto como a su corazón. Y don Froiam tomó a aquel hijo suyo y de ella, e hizo que lo quería enviar al fuego. Y ella, rabiosa por el hijo, se esforzó por gritar, y con el grito arrojó por la boca un trozo de carne, y de allí en adelante habló. Y don Froiam recibióla por mujer y casó con ella.»

Posteriormente se han ido intercalando datos a esta versión, diciendo que el suceso de la hoguera tuvo lugar en la víspera de San Juan, noche en que es costumbre encender grandes fogatas, y que el nombre de Juan se debe precisamente al recuerdo de aquel hecho.

Versiones sobre esta leyenda hubo muchas y variadas. Como la del licenciado Luis de Molina, que la recoge en su obra *Descripción del Reino*

de Galicia y de las cosas notables (Mondoñedo, 1550). Nos cuenta muy vagamente que un marino gallego pescó a una sirena en la isla de Lobeira (La Coruña), a la que cuidó hasta que se le cayeron las escamas. Cuando esto ocurrió, se unió a ella y tuvieron varios hijos que fueron llamados «los mariños de Lobeira.»

Antonio de Torquemada, en su *Jardín de flores curiosas*, publicado veinte años después, en 1570, relata otra versión del suceso, menos poética y romántica, en su diálogo primero, diciendo uno de los interlocutores: «No quiero que pasemos adelante sin que sepáis una común opinión que se tiene en el Reino de Galicia, y es que allí hay un linaje de hombres que llaman los Mariños, lo cuales se dice y afirma por cosa muy cierta, y ellos no lo niegan, que descienden de uno de esos tritones o pescados que decimos, antes se precian de ello y aunque se cuenta de diversas maneras como cosa muy antigua, todas vienen a concluir en que andando una mujer ribera de la mar entre una espesura de árboles salió un hombre marino en tierra y tomándola por la fuerza tuvo unos ayuntamientos libidinosos con ella, de los cuales quedó preñada y este hombre o pescado se volvió a la mar, y tornaba muchas vezes al mesmo lugar a buscar a esta mujer, pero sintiendo que le ponían asechanças para prenderle desapareció, quando la mujer vino a parir, aunque la criatura era racional, no dexo de traer en sí señales por donde se entendió ser verdad lo que dezía que con el Tritón le había sucedido.»

El padre Feijoo, que creía en la existencia del «hombre-pez de Liérganes», alude en su *Teatro crítico* a esta historia de los Mariños diciendo que se trataba de una patraña, aunque cita a Diego Hernández de Mendoza y una de las versiones de la leyenda que propone en el *Nobiliario*: «Tomaron ese apellido porque habiendo visto un caballero unos hombres desnudos tomando el sol al abrigo de una peña, dio de improviso sobre ellos y sólo pudo coger uno que llevó a su casa y haciéndole curas se le cayó un cuero grueso y escamoso que tenía, descubriendo un rostro de mujer hermosa que le enseñó a hablar y tuvo de ella un hijo, de quien proviene esa familia de este origen.» Al recién nacido le pusieron el nombre de Hernán Mariño: «Tomó este renombre a causa de la madre, que fue de la mar.» Esta misma versión la recoge Antonio de Trueba (1887), donde indica que fue contada en las crónicas de Alonso de Santa Cruz, en el siglo XVI. Trueba confirma que tuvo muchos hijos y muy guapos

Haciendo un cuadro sinóptico comparativo de las dos leyendas (la del conde don Pedro y la de Hernández de Mendoza) se verán claramente sus diferencias.

Para el conde don Pedro:

— El caballero se llama don Froiam.
— Encuentra a una mujer marina durmiendo en la ribera.
— La captura antes de que ésta se refugie en el mar.
— La bautiza y la llama Mariña por su origen.
— Era muda y tuvo varios hijos con ella, uno de ellos se llamó Juan Froiaz Mariño.
— Su mujer empieza a hablar y acaba casándose con ella.

Para Hernández de Mendoza:

— El caballero, sin nombre, ve a unos hombres y mujeres arrimados a una peña tomando el sol, desnudos, cubiertos con un cuero escamoso.
— Logran coger a una hembra con grandes dificultades.
— La llevan a casa y las escamas se caen, apareciendo una bella mujer.
— Aprende a hablar.
— Se casa con ella y tienen un hijo: Hernán Mariño.

En la versión que suministra Torquemada se dan varias circunstancias no contempladas en las versiones precedentes y, en general, en ninguna donde exista una relación sexual entre mujeres fantásticas y hombres mortales. Es el hecho de que el protagonista es un tritón o, mejor dicho, un hombre marino (pues no tiene cola de pez). Además, se emplea la fuerza (en realidad se trata de una violación) y, por último, el ser humano en cuestión es una mujer. Las mujeres son, junto con los niños, las víctimas principales de los secuestros llevados a cabo por elementales y, curiosamente, el dejar descendencia parece ser uno de los móviles del encuentro, lo que en cierto modo aproxima este supuesto a las agresiones nocturnas de los «visitantes de dormitorio.»

Sea como fuere, este suceso dejó tal huella que fue incorporado posteriormente a su escudo heráldico, compuesto por tres ondas azules, en campo de plata y surgiendo de ellas una sirena con un trozo de su cola en cada mano, en recuerdo de su extraño origen. El que confeccionó este escudo, que lo debió hacer transcurridos bastantes años del suceso, no fue muy riguroso al documentarse y es seguro que se dejó influir por el aspecto tópico de las sirenas.

Sobre este linaje han escrito diversos autores como el poeta gallego Teodosio Vesteiro Torres (que en el año 1876 eligió una sala del Museo del

Prado para pegarse un tiro, después de destruir casi todas sus obras); López Ferreiro, negando este último la verosimilitud de tales relatos; Torrente Ballester... El folclorista Enrique Chao Espina trae a colación la versión de don Pedro de Barcelos, situando el nacimiento del hijo en la noche de San Juan y llamando al protagonista don Fruela. Por su parte, Leandro Carré Alvarellos es más fiel —con toques personales— al *Nobiliario* del conde don Pedro y recrea perfectamente esta leyenda tradicional: «Entonces, con un rápido movimiento, don Froilán arrebató al niño de los brazos de su madre y, aproximándose a la hoguera, hizo ademán de arrojarlo a las llamas. Despavorida, doña Mariña se puso en pie y profirió un grito, un grito de espanto y clamó: ¡Fillo!...»

Todos los tratadistas coinciden en que la principal y primitiva casa de los Mariños, fue la que radicó en la isla de Sálvora y que su origen se remonta al siglo XIII. Algunos autores más «ortodoxos» hacen tronco de este linaje a Froy Mariño, siendo su descendiente Ruy González Mariño, ayo del rey Enrique II.

Entre los nobles Mariños hay dos que figuran en los Cancioneros de aquel tiempo: Martín Eáns Mariño, autor de algunas trovas del *Cancionero da Vaticana* y su hermano, Pedro Eáns Mariño, también trovador de dicho cancionero y padre del que fuera obispo de Orense, Vasco Pérez Mariño. Ambos hermanos eran hijos de Johan Froiaz Mariño (¿recuerdan el nombre?) del que se sabe que era señor de Valadares y que testó allá por el año 1220.

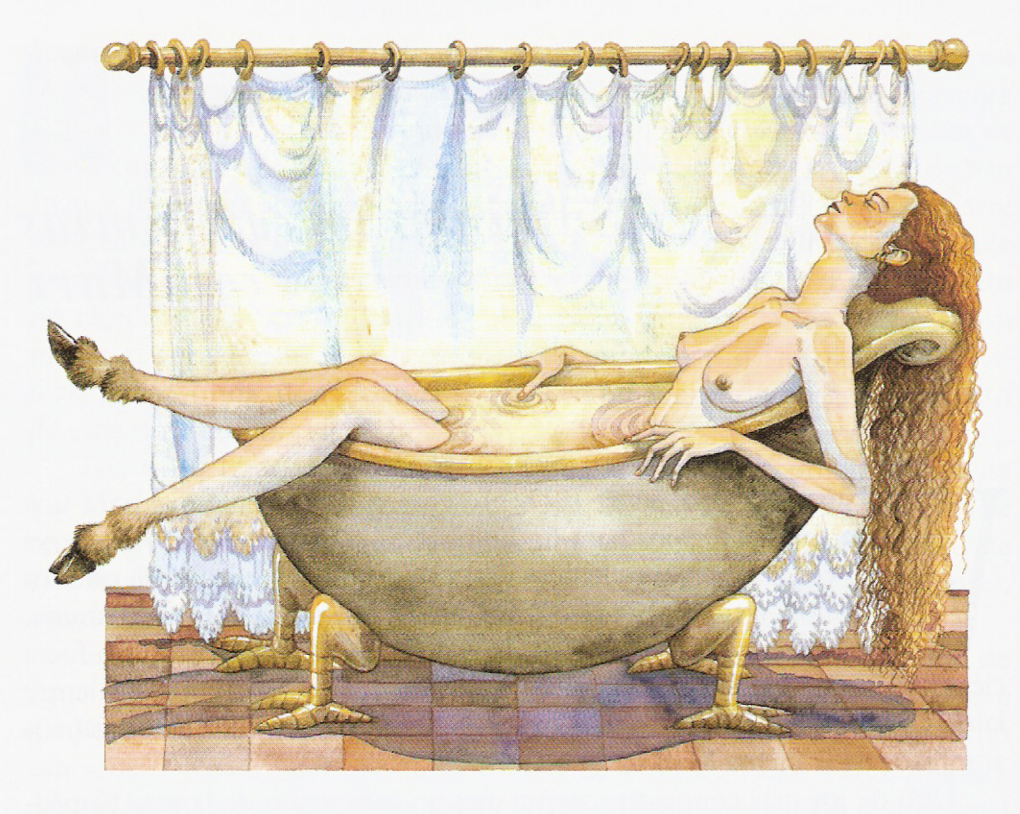
Como observación curiosa y punto final sobre este asunto, cabe añadir que el escritor estadounidense H. P. Lovecraft (no creemos que conociera la historia citada) nos presenta, en su obra *La sombra sobre Innsmouth*, una raza de seres «mitad peces, mitad batracios», a los que llama «Profundos», capaces de reproducirse con seres humanos y de dejar descendencia, que en principio parecen seres racionales, pero que con el tiempo adquieren, tras una metamorfosis, el aspecto de sus progenitores marinos y se lanzan a vivir al océano.

4

Matrimonios con lamias y con Mari

VER bañarse a una lamia no representa problema alguno para una mujer humana, pero para un hombre es ciertamente un peligro, ya que, en el amor, los elementales son mucho más radicales que los humanos, y el hombre que contempla a una lamia bañarse desnuda, o se casa con ella en el plazo de tres días o morirá. Por si esto fuera cierto, el hecho es que existen varios casos de enlaces matrimoniales entre lamias y humanos, sobre todo en el País Vasco, sin olvidar los devaneos amorosos de la ínclita Mari.

Uno de los más conocidos cuenta que un campesino de la casa Korrione (Mondragón) vio una lamia a la entrada de la caverna Kovaundi y se enamoró de ella. Concertaron el casamiento con una condición: que el joven averiguase la verdadera edad de la lamia. Sucedió que entonces una vecina del pueblo apareció frente a la entrada de la cueva y situándose de espaldas a la misma, se dobló de tal forma que, pasando la cabeza por debajo de los pies, podía ver la gruta. Asombrada la lamia, que se encontraba allí, exclamó: «En los ciento cinco años de mi vida jamás vi nada parecido.» Así se enteró el muchacho de la edad de su novia. Sigue diciendo la leyenda que, al ir a casarse con ella, observó atónito que tenía pies de pato, conociendo así que era una lamia. Descubrimiento tardío el del joven, que debía estar hechizado, ser miope o ser un poco tonto, pues tenía motivos suficientes para sospechar tal eventualidad. El fiasco fue mayúsculo, como se pueden imaginar, y comprendió que no debía de casarse con un ser que no era humano. Al poco tiempo murió de pena y cuentan que, al enterarse la lamia, fue a Korrione y dulcemente cubrió su cadáver con una sábana. Estos casos de decepción de un campesino enamorado de una lamia, cuando descubre la parte de su anatomía no humana, son frecuentemente recogidos en el folclor.



Dentro de las tradiciones melusinianas se encuentra la del herrero de Bor, quien descubrió la auténtica naturaleza de su mujer cuando miró por el agujero de la cerradura.

El asombro del herrero de Bor

Existe una comarca catalana, la Cerdaña, situada en los Pirineos orientales, entre las provincias de Girona y Lleida, con fama merecida de ser una zona mágica donde ocurren extraños acontecimientos, de los cuales los ovnis sería uno entre ellos. Pero esta comarca conserva asimismo varias leyendas sobre el matrimonio de un hada y un mortal. La investigadora Ramona Violant cita los casos de:

- La encantada de Lanós, recogida por Francisco Muns en el año 1865.
- La Fée d'Enveitg, cuyo suceso debió ocurrir a finales del siglo XIX.

Vamos a extendernos en la referente al herrero de Bor, cuya historia es contada por Joan Amades, que la incluye con el nombre francés de «El fargaire de Bor y la encantada de la Cova de la Fou.»

Aunque Amades califica a esta hada de «encantada», comprobaremos inmediatamente que se trata más bien de una lamia, circunscribiéndose perfectamente a los rasgos de la llamada tradición melusiniana, alejado del prototipo matrimonial con auténticas «encantadas.» Lo único que llama la atención es encontrar este tipo de seres femeninos en tierras tan alejadas de las que les son habituales (Euskadi y Navarra), pero ya hemos visto que su presencia está también localizada en Cáceres y Cuenca, aunque siempre considerados como casos aislados.

Dice Amades que un herrero de Bor, yendo a por leña al bosque para encender la fragua, se encontró con la mujer «encantada» de la cueva de la Fou. Su gran belleza lo deslumbró y le pidió la mano. La encantada consintió en casarse, poniéndole como única condición que nunca tratase de entrar en una de las habitaciones del gran palacio subterráneo del fondo de la cueva, del que la encantada era señora, y él, desde entonces, amo y señor. Al herrero, la condición le pareció poca cosa y se avino. Vivieron muchos años felices y tuvieron varios hijos. Nada más nos cuentan, y la verdad es que la historia se queda un poco coja, lo que nos obliga a acudir a otra variante de esta tradición, la cual aclara que la condición impuesta por la encantada fue que nunca tratase de verla desnuda. Siempre se acostaban y se levantaban completamente a oscuras. Cuando la encantada se tenía que cambiar la camisa y demás prendas interiores, se encerraba en una habitación, donde nunca permitió la entrada de su marido, guardando siempre la llave con intrigante interés. Al cabo de muchos años, el marido se propuso saber qué misterio podía haber en la privación tan rigurosa que le había impuesto su esposa y, un día, mientras ésta se mudaba, miró por el agujero de la cerradura. Vio con gran sorpresa que su mujer tenía los pies hendidos como las cabras. Y a partir de entonces se encontró arrojado fuera de la cueva, donde nunca más pudo entrar.

La familia de Mari

En ciertos relatos se dice que Mari tiene un marido que se llama Maju, el cual aparece en forma semejante a ella, y cuando los dos se juntan se fragua una tormenta que descarga granizo y piedra sobre la tierra. En otras leyendas, sin embargo, se dice que su marido es Sugaar o Culebro que, según la *Crónica de siete casas de Vizcaya y Castilla*, sería aquel ser que preñó a una princesa que vivía en Mundaca y de su unión nació don Juan Zuría, el primer Señor de Vizcaya.

Aunque lo habitual es que se diga que tuvo siete hijos, en ciertas leyendas se hace mención de diez, de cinco y de dos hijas de Mari. En otras, en cambio, se hace mención de sólo una que le acompaña en su habitación y en otras, por último, se habla de dos hijos: Atabarri y Mikelats, el bueno y el malo de la película, respectivamente («de los hijos se dice que uno era bueno y otro rematadamente malo y endiablado...»). También se habla de un hijo humano y mortal, don Íñigo Guerra, sería fruto de la unión con don Diego López de Haro, cuarto Señor de la Casa de Vizcaya. De hacer caso a las leyendas, las infidelidades de Mari y de Sugaar serían constantes y mutuas.

Tiene además una variada servidumbre de genios para su servicio particular, así se encuentran por ejemplo:

— **Odei**. Genio de la tormenta.
— **Eate**. Genio de la tempestad, del fuego, riadas y viento huracanado.
— **Aidegaxto**. Genio que forma y dirige las tormentas.

Es en el mito de Mari donde mejor se aprecian las características de la tradición melusiniana, pues tanto Mari como Melusina pueden adoptar la forma de serpiente, se casan con un mortal, ponen una condición que suele ser violada, tienen hijos, crean un linaje, salen volando cuando el tabú es transgredido, dejan la huella de un pie, etc., pero hay una diferencia ostensible, Mari no quiere bautizar a sus hijos, no quiere entrar en la iglesia y no quiere confesarse.

A ella se le llama la Dama de Muru o Murumendi, que es el nombre de una montaña que está sobre Isasondo, en la provincia vizcaína, horadada por simas, en una de las cuales se supone que vive Mari y donde los ocasionales testigos la suelen ver, en los anocheceres, pasando de un monte a otro, desprendiendo fuego y llamas, en forma de bola de luz (muchos ovnis son descritos de esta manera).

Existen varias leyendas procedentes de Ataun, de Villafranca de Oria, de Arano, etc., que aluden directamente al casamiento de Mari con un mortal. Nos referiremos en concreto a una que el prehistoriador y antropólogo vasco José Miguel de Barandiarán relata en su estudio monográfico sobre *Mari, o el genio de las montañas*, una historia que a él le cuentan de primera mano y que tiene como protagonista a la mítica Mari o tal vez a una de sus muchas *álter ego* o manifestaciones.

> Hallándome en la sierra de Aralar el verano de 1923, un pastor de la majada de Ezkizubarrena, natural de Villafranca de Oria, me contó que la

Dama de Muru o de Burumendi solía aparecer muchas veces cerca de la cueva de Burumendia, en figura de una mujer hermosa. Un joven del caserío Burugoena, de Beasain (Vizcaya), se enamoró de ella y contrajo matrimonio con ella. Luego, observó que su mujer no iba a la iglesia, ni había manera de persuadirla para que asistiera a funciones religiosas, y que tampoco cuidaba de bautizar ni de educar según la religión a los siete hijos que había tenido. Por lo cual se decidió a llevarla a la iglesia en un carro, juntamente con sus hijos. Mas cuando ya estaban cerca de la iglesia, ella se puso ardiendo en llamas y, elevándose en el aire, volvió a su antigua morada de Burumendi.

Más tarde, el mismo Barandiarán nos amplía aún más este caso en su obra *Diccionario de mitología vasca*, donde cuenta cómo un día el marido se propuso bautizar a sus siete hijos en la iglesia del pueblo, poniéndolos en un carro y, junto a ellos, a su madre a la que sujetó con cuerdas. «Iban ya camino de la iglesia cuando Mari se rodeó en llamas, quemó las ataduras, saltó sobre una peña situada cerca de Murugüena, dejó en ella huellas de un pie (como igualmente hizo Melusina) y luego voló hacia Muru diciendo: «Los siete hijos para el cielo y yo para Muru; en Murugüena nunca faltará enfermo o manco.» Esto recuerda la manía que tienen las hadas en general, y ciertas encantadas en particular, de lanzar maldiciones a la menor ocasión. Otras versiones refieren que pidió a los demonios que la llevaran consigo y así abandonó el carro, pero no la admitieron en el infierno y «desde entonces anda de Murumendi a la caverna de Aizcorri y de aquí a Aralar.»

Sólo en un caso, que se sepa, a Mari se la describe como infanticida, matando a sus siete hijos cuando éstos eran pequeños, suponiendo que no estaban bautizados y así no irían al cielo, pero su marido los tenía bautizados secretamente y fastidió de esta forma los planes de Mari. Evidentemente, es una versión espuria del mito, pues no corresponde con ninguna otra conocida.

5

Linajes míticos

ERA frecuente que los tratados genealógicos de distinguidas familias medievales incorporasen un rico caudal folclórico y mitológico a sus linajes, porque lejos de constituir un deshonor o ser motivo de chanza, lo que proporcionaba era un especial «pedigrí», con lo que se conseguía teñir de una fabulosa neblina el origen de la familia aristocrática en cuestión, apropiándose hábilmente, y a veces con descaro, de las tradiciones locales. Con gran frecuencia, los linajes se hacían remontar al Génesis o a la Guerra de Troya.

Antes de Alfonso el Grande, en el siglo IX, ningún escritor nombra a Vizcaya. La genealogía de este señorío es confusa y oscura, no nos extrañaría que provocada deliberadamente para ocultar detalles escabrosos... En dicho territorio nunca llegó a arraigar ni la dominación visigoda ni la sarracena.

El primer señor de Vizcaya

La crónica «oficial» del surgimiento del primer señor de Vizcaya la mencionan autores, entre ellos Pirala, el cual dice que Lope Chope Ortiz fue a Escocia, donde trabó amistad con la hermana del rey, heredera al reino. Parece que conspiraban sus parciales para llevarla al trono, originando turbulencias en el reino a las que puso fin don Lope, pretendiendo así tener propicio al rey y a los suyos para los asuntos de Vizcaya. «Impidió la rebelión —sigue diciendo Pirala— y al marcharse, o más bien fugarse de noche, llevóse a la escocesa, con la que desembarcó en Mundaca, donde tuvieron un hijo, que se llamó Lope Fortún, y por sobrenombre Jaun Zuria, por ser olanco y rubio, y añádese que fue el que venció a las fuerzas

de Ordoño en Arrigorriaga o Padura, persiguiéndolas hasta el árbol Malato y escapándose éstas por la peña de Orduña. De aquí que se eligiese al capitán Lope señor de Vizcaya.»

En la *Crónica de Siete Casas de Vizcaya y Castilla*, de Lope García de Salazar, publicada en el año 1454, se relata como verídica otra versión del acontecimiento, haciendo participar a un ser sobrenatural, un *sugaar o culebro* —genio mítico vascuence de perfiles muy poco definidos y escaso en leyendas—, que fue el que se unió sexualmente con una princesa que vivía en Mundaca. Ésta dio a luz a un niño que fue el primer señor de Vizcaya en el siglo XI de nuestra era. Con estas palabras narra el nacimiento de Jaun Zuria y de paso el origen del nombre de Mundaca:

> Una hija legítima del rey de Escocia arribó en Mundaca unas naos y vinieron con ella muchos omes y mugeres y, quando llegaron a la concha de fuera, avía tormenta, que quisieron pasar allí y bieron el agua que descendía de Guernica turbia, que venía crescida y dixeron oca mundo ca. Eran todos gramáticos, que en gramática dizen por agua limpia aca munda, y fueron al rrío arriba y posaron dentro donde ahora es poblada Mundaca y por esto le llamaron Mundaca; y aquí se dize que esta donzella se preñó y que nunca quiso dezir de quien hera preñada y que la dexó en destierro del rreino su padre, y que la dexaron allí en Mundaca aquellas gentes que con ella vinieron y que se tornaron para Escocia con sus naos sino algunos que quedaron allí con ella.
>
> Y por otra manera dize la historia que cuando el rey de Escocia, padre de esta doncella, murió, que fincó un hijo suyo por rrey y que esta su hermana no quiso quedar en el rreino, y que tomó aquellas naos y gentes con todo lo que pudo aver y que arribó allí en Mundaca, como dicho es, y que las naos y gentes, con algunos de las compañas, que se tornaron para Escocia, y la infanta con los más se quedó allí y que hizieron allí su puebla, y que, estando allí, que durmió con ella en sueños un diablo que llaman en Bizcaya Culebro, Señor de Casa, y que la empreñó y destas dos cosas no se sabe cual dellas fue más cierta; pero como quiera que fue, la infanta fue preñada y parió un hijo que fue ome mucho hermoso y de buen cuerpo y llamaronle don Zurián, que quiere dezir en castellano don Blanco.

Este niño, andando el tiempo, se convertiría en el primer señor de Vizcaya con el nombre de Jaun Zuria, Zurián, Froom, don Hortiz o Lopez Fortún (según a quien nos atengamos), inaugurando un linaje que no estaría exento de otros hechos sobrenaturales, como el que aconteció al cuarto señor de Vizcaya, el supuesto don Diego López de Haro, con la mítica Mari.

El historiador Gurrutxaga, que estudia con detenimiento la leyenda, anticipa que se trata de personajes históricos, pero sacados de contexto.

Intenta dar una explicación racional e histórica al embrollo mágico, diciendo que la princesa de Escocia desembarcada en Mundaca no es otra que la princesa navarra Belasquita, hija de Sancho I Garcés y de la reina Toda, como así lo indica el códice de Meyá. Siguiendo al mismo códice, encuentra un juego de etimologías, en las cuales Belasquita o Belascota (Bela-Scota) se convertiría en la bella princesa escocesa, el conde Mome (en euskera Momo, «fantasma») sería el «duende-casa» (*sic*) según la genealogía de García de Salazar. A Fortún Galindones, el primer señor de Vizcaya, cree que por la raíz galen, de Gales, se le convirtió en el hermano desterrado de un rey de Inglaterra, etcétera.

Esta leyenda vasca recuerda sospechosamente a otra que narra el nacimiento de Alejandro Magno y que era muy popular por aquellos tiempos. Relata que su madre, la reina Olimpia, fue engendrada por el mago Nectanebo, presentándose a ella en forma de dragón y haciéndola creer que era el mismísimo dios Amón en persona. Jon Juaristi, por su parte, ve en la leyenda de Jaun Zuria una similitud con la figura del mago Merlín, el cual fue engendrado por un íncubo, siendo su madre, como la de Zuria, una princesa céltica (aunque galesa en este caso).

Parece interesante dejar constancia del parecido físico que debía tener este Jaun Zuría, posiblemente albino o muy rubio, pálido, alto, delgado, de porte señorial... con un personaje del que, salvando el tiempo, nos habla Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles.* Nos referimos a Zequiel, el extraño joven, amigo y protector del doctor Torralba, al que hicimos referencia en el libro *Duendes*, como espíritu familiar asociado a un ser humano. Ambos tienen un nombre parecido, de ambos se cuentan que eran capaces de realizar cosas prodigiosas, formando parte de la leyenda y, por último, ambos surgen misteriosamente.

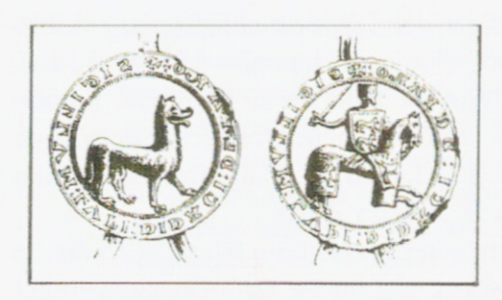
El cuarto señor de Vizcaya

Existe una novela del escritor romántico portugués Alejandro Herculano (1810-1877), titulada *La dama del pie de cabra* (1843), donde cuenta, a su modo, la leyenda de esta mujer sobrenatural. La obra comienza con esta significativa frase: «Vosotros los que no creáis en brujas, ni en almas en pena, ni en travesuras de Satanás, sentaos aquí al hogar, bien juntos, al pie de mí, y os contaré la historia de Diego López, señor de Vizcaya. Y no digáis al acabar: "No puede ser." ¿Acaso sé yo inventar estas cosas? Si la cuento, es porque la leí en un libro muy antiguo, casi tan antiguo como nuestro Portugal.»



La denominada «dama del pie de cabra», que algunas leyendas vascas actuales identifican con la todopoderosa Mari, fue la esposa mítica del cuarto señor de Vizcaya allá por el siglo XII.

Diversos autores que han estudiado la genealogía de la casa de Haro se han encontrado con la dificultad de sus oscuros orígenes. La familia Lope tomaría el apellido toponímico de Haro a partir de Diego López de Haro I, hijo primogénito de López Íñiguez (segundo señor de Vizcaya) que pasaría a convertirse en el tercer señor de la casa de Vizcaya (1093-1124), al cual el rey Alfonso VI de Castilla le dio para su custodia la aldea de Haro y la de Nájera, es decir, de toda la comarca de La Rioja. A partir de él todos sus descendientes usarán este toponímico. Fue desposeído de su señorío por Alfonso el Batallador en 1116, por lo que al morir y sucederle su primer hijo, López Díaz de Haro (1124-1170), éste heredó un señorío ocupado por el rey de Navarra y tuvo que estar ausente de Vizcaya sirviendo a los reyes castellanos. López Díaz de Haro, al que se le suele señalar como cuarto señor de Vizcaya a pesar de que nunca ostentó tal título en ninguno de sus diplomas, fue el que acuñó moneda que se llamó *lobey o lobbis* por la figura de dos lobos que aparecía en ella. Pedro Salazar de Mendoza opinaba que estos lobos son los que, unidos al





D. Lope Díaz III de Haro, VIII señor de Vizcaya (1254-1288), padre del fundador de Bilbao, fue un temible guerrero. Nombrado caballero a los quince años, alcanzó con Sancho el Bravo de Castilla el rango de mayordomo y alférez real, pero su arrogancia y despotismo le llevaron a la ruina. Murió asesinado a los treinta y cuatro años y, según las leyendas, por las venas de su familia corría sangre no humana procedente de la mítica Mari.

Reconstrucción elaborada según el Sello Céreo (arriba) que se conserva en la Cámara de Comptos de Navarra.

Armas: De plata, dos lobos de sable. Bordura de gules con aspas de oro.

árbol de Guernica, constituyeron las armas de Vizcaya.

A este supuesto cuarto señor de Vizcaya (genealogía discutida por otros autores que consideran que el cuarto señor fue Lope Íñiguez apodado el «Lindo»), le sucedió su hijo Diego López de Haro «el Bueno», quinto señor de Vizcaya entre 1170 y 1214.

El jesuita Eusebio Nieremberg en «Curiosa y oculta filosofía» (Madrid, 1643), hace mención, en su libro IV, del relato que don Lorenzo Ramírez de Prado le enseñó en un libro manuscrito del conde don Pedro, hijo del rey poeta don Dionís de Portugal. «Dice el conde don Pedro, diligente autor, que los señores de Vizcaya vienen de una mujer que tenía el pie de cabra. Si toda la historia que propone pasó así, demonio fue con aquella monstruosidad hallado en los montes por don Diego López, cuarto señor de Vizcaya, según nos cuenta, que por hacer caer a este caballero en pecado, en lo demás le mostró de gesto muy agraciado, ni es de inconveniente a este parecer que tuviese hijos. Pudo también el demonio fingir los partos.» Nieremberg, aunque no proclama abiertamente la veracidad del relato, lo reconoce implícitamente. Invoca la competencia del conde de Barcelos, «diligente autor.» El licenciado Diego de Llepes, por su parte, lo calificaba de «un hombre tan grave, de tanta autoridad y tan versado en historias».

El libro manuscrito al que se refiere es el *Livro das Linhagens* («Libro de los linajes») de don Pedro Alfonso, conde de Barcelos (1288?-1346), compuesto entre 1340 y 1344. Su original se halla en la Torre del Tombo (Lisboa), y uno de sus ejemplares de 1606 se encuentra en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, el cual contiene además la primera versión conocida de la leyenda de Jaun Zuria.

Aunque en este libro no se hace mención explícita a Mari, la tradición oral y posteriores traducciones vascas sobre el *Livro*, a tan misteriosa mujer con el «pie de cabra» la llaman con este nombre, pues no podía ser otra que Mari, la diosa mitológica por excelencia de estas latitudes. El citado *Livro das Linhagens* del conde don Pedro de Barcelos, cuenta la historia con todo lujo de detalles:

> Este don Diego López era muy buen montero. Y estando un día en su puesto y esperando a cuándo vería al jabalí, oyó cantar en muy alta voz a una mujer en la cima de una peña, y fue para allá y la vio ser muy hermosa y muy bien vestida y se enamoró luego de ella muy fuertemente, y le preguntó quién era y ella le dijo que era una mujer de muy alto linaje, y él le dijo que pues era mujer de muy alto linaje se casaría con ella si ella quisiere, que él era Señor de toda aquella tierra, y ella le dijo que antes le prometiese que nunca se santiguaría y él se lo otorgó, y ella se fue luego con él. Y esta dueña era muy hermosa y muy bien hecha en todo su cuerpo, salvando que tenía un pie forzado, como pie de cabra y vivieron gran tiempo y tuvieron dos hijos, y uno tuvo por nombre Iñiquez Guerra y la otra fue mujer y tenía por nombre Doña (...). Y cuando comían juntos Don Diego y su mujer, asentaba él al par de sí al hijo y ella asentaba al par de sí a su hija de la otra parte. Y un día fue él a su monte y mató un jabalí muy grande y lo puso ante sí comiendo con su mujer y con sus hijos, y lanzaron un hueso de la mesa, y vinieron a pelear un alano y una podenca sobre él de tal manera que la podenca trabó al alano por la garganta y lo mató. Y don Diego López, cuando ésto vió lo tuvo por milagro, y signóse, y dijo: «Santa María, váleme, quién vió nunca tal cosa», y su mujer, cuando lo vió así signarse, echó mano en la hija y en el hijo, y Don Diego López trabó del hijo y no lo quiso dejar llevar y ella huyó con la hija por una floresta del palacio y se fue para las montañas, de suerte que no la vieron más a ella ni a su hija.

Más adelante relata cómo la dama del pie de cabra ayudó a su hijo Íñiguez Guerra (Íñigo Ezquerra), años después, a rescatar a su padre don Diego, cautivo de los moros, con la ayuda de un extraordinario caballo alado que ella le dona:

Al cabo de algún tiempo fue este don Diego López a hacer mal a los moros y le prendieron y le llevaron a Toledo preso. Y a su hijo Íñigo Guerra pesaba mucho de su prisión y vino a tratar con los de la tierra de qué manera podrían sacarle de la prisión, y ellos le dijeron que no sabían manera alguna, salvo que fuese a las montañas y buscase a su madre y le pidiese consejo. Y él fue allí solo, encima de su caballo y encontróla en lo alto de una peña y ella le dijo: «Hijo Íñigo Guerra, llégate a mí, porque bien sé a lo que vienes, vienes a preguntarme cómo sacarás a tu padre de prisión.» Entonces llamó por su nombre a un caballo que andaba suelto por el monte y díjole «Pandal» y le puse un freno y encargó a su hijo que no le hiciese fuerza ninguna para desensillarlo ni para desenfrenarlo, ni para darle de comer ni beber ni terrarlo; díjole que este caballo le duraría toda la vida y que nunca entraría en lid que no venciese y que cabalgase en él y que podría estar aquel mismo día en Toledo ante la puerta de la prisión de su padre y que allí descabalgase y encontrando a su padre en un corral lo tomase por su mano y haciendo como que quería hablar con él, lo fuese llevando hasta la puerta donde estaba el caballo y en llegando allí montasen entrambos y antes de la noche estarían en su tierra. Y así fue.

Todavía en el siglo XIV los señores de Vizcaya depositaban entrañas de vaca sobre una peña de Busturia como ofrenda a su ascendiente Mari. Así lo asegura en su libro el conde don Pedro con estas palabras: «En Vizcaya dijeron y dicen hoy en día que ésta su madre de Íñigo Guerra es el hechicero o encantador **Coouro** de Vizcaya. Y como signo de ofrenda a él, siempre que el Señor de Vizcaya está en una aldea que llaman Busturia, todas las entrañas de las vacas que mata en su casa, las manda poner fuera de la aldea sobre una peña y por la mañana no encuentran nada y dicen que si no lo hiciese así, algún daño recibiría en ese día y en esa noche en algún escudero de su casa o en alguna cosa que mucho le doliese, y esto siempre lo hicieron los señores de Vizcaya hasta la muerte de D. Juan el Tuerto (1326) y algunos que quisieron probar a no hacerlo así se encontraron mal.»

Es importante reseñar que este *Coouro* del conde Barcelos no es otro que el *Sugaar* de Lope García, el mismo que engendró al primer señor de Vizcaya, pues coouro es una voz portuguesa que corresponde a la castellana culebro y ambas proceden del latín «Colubru.» Por lo tanto, estamos ante el mismo genio o demonio ofídico y bisexual, el cual sigue de cerca a los descendientes del linaje de los señores de Vizcaya, mostrando un cariño inusual por esta familia, aunque también hacia otras personas de sexo femenino, como comenta el *Livro das Linhagens*: *y más dicen hoy día allí que este encantador yace con algunas mujeres en sus aldeas, aunque ellas no quieran y viene a ellas en forma de escudero y todas aquellas con quienes yace se tornan*

hechizadas. Menéndez Pelayo traduce la palabra *coouro* como hechicero o encantador.

Los Manrique

Sobre este linaje nobiliario navarro he tomado prestado datos de Hernández de Mendoza y de Antonio de Trueba. Este último autor indica vagamente haberlos tomado de las historias de los reyes de armas, en particular de Antón de Bedia. Ambos nos proponen una explicación etimológica de la procedencia de la palabra Manrique, a cual más sugestiva.

> Hacia las riberas cantábricas del Ebro —comienza escribiendo Trueba— vivía un caballero que había jurado morir en estado honesto si no encontraba para casarse una mujer tal como él la había soñado... Un día en que había nevado en la cordillera pirenáico-cantábrica, nuestro caprichoso caballerito fue de caza y vio una avecica en un árbol, le disparó, la derribó y corrió a cogerla; viendo la hermosura de color que resultaba de la mezcla de la sangre con la nieve juró que si encontraba una mujer que tuviese en la cara color tan maravilloso se casaría con ella. El diablo, tomando la figura de mujer tal como la soñaba el caballerito, le salió a éste al paso, le contó no recuerdo qué peregrina historia, le hizo cuatro zalamerías que acabaron de enamorarle, y el galán se casó inmediatamente...
>
> Tenían ya dos chicos que eran lo que había que ver de hermosos y listos. La señora parecía judía según la aversión que tenía a la Iglesia y el gesto que ponía cada vez que su marido le decía: «Pero, mujer, tú no eres una madre como Dios manda, porque a esos chicos les enseñas picardías en lugar de enseñarles la doctrina cristiana.»
>
> Una de las criadas le fue un día al señor con el chisme de que la señora, cuando iba a misa, no tomaba agua bendita, y se tapaba la cara con las manos al tiempo de alzar el señor cura la hostia y el cáliz...
>
> Llegado el domingo, así que la señora y los chicos partieron, el señor llamó a dos criados de su confianza y les dijo:
>
> —Vais a ir a la iglesia, os vais a arrodillar durante la misa uno a cada lado de la señora. Cuando toquen a alzar, si veis que la señora levanta las manos para taparse la cara, se las sujetáis hasta que el señor cura haya alzado la hostia y el cáliz.
>
> En efecto, cuando el sacerdote fue a alzar la hostia, la señora quiso levantar las manos para taparse la cara como si viera al diablo, y entonces los mozos se las sujetaron, convirtiendo las suyas poco menos que en tenazas; pero, no se sabe cómo, la señora dando un terrible grito, logró desprender ambas manos de las de los criados, asió las suyas a cada uno de los chicos que tenía al

lado, e infestando la iglesia de un humo que olía a azufre o a demonios, se remontó hacia la bóveda y desapareció por una ventana con uno de los chicos, pues el otro no cupo porque era el más grandecito y cayó al suelo, de donde le levantaron sin sentido y con la mano que le había asido su madre toda achicharrada.

Aquel chico vivió, creció y fue un caballero cumplido en todo, sólo que quedó para siempre manco de la mano achicharrada, por lo cual se le conocía con el nombre de Manrique, que se transmitió como apellido a sus sucesores...

En el *Nobiliario* de Diego Hernández de Mendoza, se aportan más detalles, explicando que tomó a uno con una mano y al otro con la otra y haciendo un «grande tronido salió por una ventana de la iglesia», y al tiempo de salir se le cayó el mayor y en ese momento ella dio un grito diciendo: «El más rico me duele», dando a entender que quería más a aquél que al otro, y por aquella palabra que dijo le pusieron de nombre Manrique. También explica que al caer se le hendió la uña del pie derecho, en concreto del pulgar, y dicen que el hijo mayor de este linaje siempre nace con la uña hendida.

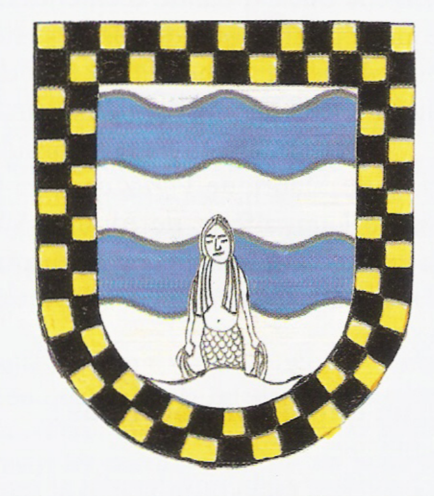
Tradicionalmente se ha considerado que el tronco de los Manrique procede de Manrique Pérez de Lara (muerto en 1164), hijo de Pedro González de Lara, alférez de Alfonso VII. Fue una de las casas más poderosas de la época Trastámara. Los Manrique fueron señores que habitaron en las faldas de las montañas de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa.

Una cripta con sorpresas

Nájera está considerada, al igual que Santo Domingo de la Calzada, una de las «villas mayores» de la ruta jacobea riojana. En esta ciudad es visita obligada el Monasterio de Santa María la Real, fundado por el rey don García, «el de Nájera», en 1052 por «el consejo y persuasión de su querida mujer Estefanía». La historia de su fundación está precedida de un hecho milagroso, bastante comentado en otros libros, por lo que no me detendré en sus detalles. El milagro consistió en que don García descubrió la imagen de la Virgen en la cueva en que se había introducido un azor persiguiendo a una perdiz. Ante tan armoniosa convivencia de estos dos animales y el hallazgo de la imagen, decidió construir un grandioso templo y fundar la Orden de Caballería de la Terraza, que tendría por emblema una jarra de azucenas. En este monasterio están enterrados insignes personajes, aparte de los esposos fundadores. Es en el Claustro de los Caballeros donde están los sepulcros de don Diego López de Haro «el Bueno» (1170-1214), quin-

to señor de Vizcaya, así como su segunda mujer, doña Toda Pérez de Azagra. Don Diego estuvo casado dos veces, primero con doña Manrique de Lara, hija del conde Manrique, señor de Molina y Mesa y alférez de Alfonso VII. De esta unión nació López Díaz de Haro II «Cabeza Brava», sexto señor de Vizcaya (1214-1236), y la segunda esposa fue doña Toda Pérez. También están los sepulcros de don Martín López de Haro, hijo de López Díaz de Haro (cuarto señor de Vizcaya) y su esposa doña Urraca. Pero hay, asimismo, un sarcófago que llama poderosamente la atención, en él se supone está enterrada una extraña reina denominada doña Sapa, hija de los reyes de Navarra y Francia, que fue conocida por los sapos de su escudo nobiliario y porque, según cuenta una leyenda, tenía los pies palmeados, anomalía ésta que también padecen las míticas lamias. En dicha cripta, ade-







Algunas familias, que según las leyendas tienen sangre élfica, recogen orgullosamente en sus escudos de armas esta particularidad, como ocurre con la familia Mariño (arriba a la derecha), donde algunos de sus escudos tienen representada una sirena. No obstante, en el caso concreto de los Mariño de Lobeira (arriba a la izquierda) aparece un lobo, pero no el hada marina.

Otras familias, como los Miranda de Asturias, uno de cuyos escudos representamos a la izquierda, crearon emblemas heráldicos de gran carga simbólica. Desconocemos las razones o motivos por los que esta familia reprodujo en su escudo una escena que parece sacada del País de las Hadas: cinco muchachas rubias se cubren con una venera, que acentúa su desprotección y desnudez, vigiladas y rodeadas por dos sierpes o cuélebres. Dejamos al lector, que ya conoce historias de ayalgas y atalayas, que extraiga sus propias conclusiones.

más, existe un panteón perteneciente a la casa de los Manrique de Lara donde se albergan sus restos. ¿Será casualidad?

Y como guinda, los Borbones

Las estirpes de los Lusignan, de los señores de Vizcaya o de los Manrique no son las únicas que han proclamado su origen sobrenatural y que tienen tras de sí algún ser mitológico con que se pretende ennoblecerlas.

Pocos conocen que una dinastía tan actual en España como la de los Borbones, sucesores de los Austrias en el año 1700 con el rey Felipe V, tiene, según algunos autores, orígenes fantásticos. Los Borbones fueron la última dinastía reinante de Francia y conforman la que actualmente reina sobre España. En la Antigüedad tuvieron en propiedad una serie de fortalezas en territorio galo que, tomando nombres como Bourbouvillou, la Bourboule, Bourbonne, etc., atestiguaban su origen en una divinidad llamada Borvo, convertida por los romanos en Bormanus: el Burbujeante. Este dios era una hipóstasis de Apo-Belenos, y fue proclamado por los primitivos Borbones como su antepasado, constituyendo el origen de su estirpe. Pero conviene recordar —y así lo hace García Atienza— que el tal Bormanus «el Burbujeante» es, en lengua francesa, «le Bouillonnant», y que otra estirpe paralela, seguramente en su origen la misma que la de los Borbones, fue la de Bouillon, cuyo miembro más destacado fue Godofredo de Bouillon, el líder indiscutido de la primera cruzada en Tierra Santa, el conquistador de Jerusalén y pariente directo de los primeros reyes francos de la Ciudad Santa, los Balduinos, que luego alternarían su dinastía con la de los Lusignan.

6

Matrimonios con ninfas

Las xacias del Miño

CIERTAS leyendas hablan de una curiosa raza de seres acuáticos, asociados al castro de Marce (Saviñao-Lugo), considerados como habitantes de los vados del Miño y que, sí bien conservan buen número de caracteres típicos de los «mouros», se aparta de esta tradición para encuadrarse perfectamente en las leyendas que sobre «damas del agua» existen en otras partes de España, teniendo ésta casi todos los elementos que caracterizan el matrimonio y descendencia de un ser humano con un ser mítico, como podremos comprobar.

Unos elementales llamados «xacios» tienen sus palacios acuáticos y sus guaridas en profundos pozos del río Miño, denominados de Chouzán, de Parreira, de Curbacira, y otros no menos profundos que los citados, todos ellos en la zona de Monforte de Lemos, entre los municipios lucenses de Caballedo y O Saviñao. Dichos seres anfibios, tanto de sexo masculino como femenino, presentan forma humana y con igual facilidad viven —o vivían— en el interior del referido castro de Marce que en las aguas del Miño.

Una versión de esta tradición dice que un pescador, vecino del lugar de Marce (Vilar de Ortelle-Pantón), pescando a orillas de dicho río, vio una xacia, hermosísima, morena y de pelo negro, la cual manifestó al pescador que, si la bautizaba, quedaría desencantada y se casaría con él. El pretendiente, ante el súbito arrobamiento que le produjo tan «encantadora» presencia, accedió de mil amores. Bautizóla el pescador y se realizó el matrimonio. Los hijos que de este matrimonio nacieron —tres, dicen las buenas lenguas— eran muy aficionados a bañarse en el Miño, en riachuelos y en cuantos estanques de agua existiesen en el citado lugar de Marce.

Un buen día —o mejor dicho, un aciago día—, el padre, que estaba de muy mal humor porque no pudo vender una vaca en el mercado, había



Las xacias tienen sus guaridas en profundos pozos del río Miño, en cuyas aguas juegan y saltan alegres con los peces, siendo a veces requeridas de amores por algún pescador.

reprendido a sus hijos por su demasiada tendencia al baño, lo cual por otra parte, era lógico teniendo en cuenta sus orígenes, y les gritó:

—«¡Salid de una vez del agua y marchaos de aquí, hijos de una xacia!»

Y, habiendo emprendido nueva greña con su consorte, en casa, asustada y enfadada la xacia con su marido, abandonó a éste y se volvió al encanto. En este punto, la leyenda se desmadra y se dramatiza un tanto, saliéndose de los cauces tradicionales del mito melusiniano, diciendo que sus connaturales la descuartizaron en las profundidades del río. Yendo su marido en busca de su compañera, a los pocos instantes observó que, a las faldas del castro de Marce, flotaban sobre las aguas las entrañas de la que fuera su mujer, así cruelmente tratada por los demás xacios por haberse hecho cristiana con el acto del bautismo.

Del referido matrimonio dicen otras versiones que nació tan sólo una hija pequeña llamada Isabel, la cual era la encargada de vigilar el ganado

que pastoreaba diariamente en los alrededores del Castelo de Marce acontecía que una xacia muy hermosa se le presentaba con mucha frecuencia, llegando a entablar amistad con la niña, a la cual daba granos de maíz moreno, que se convertían en onzas de oro al regresar a su casa con los ganados, encargándole que a nadie manifestase el portento, porque de lo contrario sería desgraciada. En el Castelo de Marce, le manifestó la xacia que hay tres reyes mouros encantados y poseen muchas riquezas que a nadie es lícito revelar.

La inocente Isabel tuvo la debilidad de manifestar a su padre todo lo que la estaba sucediendo, incluido lo de los granos de maíz, y un día que fue a pastorear sus ganados al Castelo desapareció súbitamente, como por arte de encantamiento.

El pobre y desconsolado padre, al observar que su hija no regresaba y que sus ganados vagaban abandonados, se dirigió al Castelo, dando voces desgarradoras por su hija. Llora y se lamenta, pero nadie le contesta, ni hay el menor vestigio de su querida Isabel. Sólo al volverse a su casa, con toda esperanza perdida, sintió una voz que sonaba dentro del Castelo y decía:

—«Sabelina, Sabelón,
fritita está en aceitón.»

Lo que el compungido padre interpretó que, por no guardar el secreto, le dieron muerte cruel a su querida hija, friéndola en aceite.

La versión que de este mito nos proporciona Nicanor Rielo Carballo igualmente acaba con ese desgraciado ripio, concluyendo con esta frase: «E o home renegaba daquela xacia maldita que un día conocera xunto do río.»

Algo parecido, en cuanto a su aceitosa conclusión trágica, relata otra leyenda —sin xacias por medio pero sí con «mouros»—, relativa a la hija de una vecina de Mallo, en el lugar de Papelle, llamada Marica, la cual un día que su madre la mandó al monte a buscar «os curiños», zona donde existe un castro habitado por malvados mouros, desapareció. Al ver que tardaba en regresar se acercó su madre al castro donde decían que los mouros chupaban la sangre a los niños, gritando sin cesar su nombre. Es entonces cuando una gutural voz le dice:

Nin Mariquiña
nin Maricón
que está nadando
en aceitón.

En la actualidad existe aún una familia de Marce a quien los vecinos señalan como descendientes directos del matrimonio con una xacia, según ha investigado el párroco de Vilar de Ortelle, Ramón Castro López, en el año 1929. Según él «es tal la credulidad de algunos ancianos sobre la existencia del hombre-pez en esta parte del Miño, que juraba y perjuraba mi interlocutor haber visto él esta clase de seres en el puerto de Semande».

La dona d'aigua de la Casa Blanch

En un bello libro de Víctor Balaguer, *Al pie de la encina. Historias, tradiciones y recuerdos* (1893), cuando habla de los mágicos valles del Montseny, refiere una leyenda que sobre el señor de Casa Blanch y su mujer corre por la tierra catalana y que tiene gran parecido con el mito francés de Melusina y en general con el de la «dama del pie de cabra.»

Resumida, siguiendo para ello a Caro Baroja, es como sigue: «Una tarde en la que sesteaba el señor de Casa Blanch, joven atrevido y gallardo, al pie de una encina, llegó a sus oídos una dulce voz de mujer que entonaba una bonita canción amorosa. Después de cerciorarse de que no era en sueños lo que oía, levantóse el mancebo y, acercándose con cautela al sitio donde sonaba la voz, vio a una joven hermosísima recostada lánguidamente junto al arroyo, que servía de límite a sus posesiones. El joven quedó enamorado, y la muchacha también, de suerte que determinaron casarse, como pronto lo hicieron. Pero en el momento de la ceremonia la muchacha puso como condición a su novio la de que nunca le había de preguntar ni su nombre ni nada acerca de su origen, ni que jamás había de llamarla mujer de agua ("dona d'aigua"). Casándose, vivieron muy felices y tuvieron un niño y una niña. Mas con el tiempo sobrevinieron querellas en el matrimonio, y en una el marido le reprochó a su mujer su origen desconocido y la llamó mujer de agua. No bien lo hubo oído, la desgraciada se puso como frenética y, sin hacer caso a nadie, lanzóse Montseny arriba. De nada sirvió al marido, arrepentido, que la siguiera, pidiendo perdón e implorando piedad para los hijos; al llegar al "Gorg Negre", abismo misterioso, la mujer se arrojó. El señor de Casa Blanch pudo ver cómo desaparecía entre las oscuras aguas. Desde entonces la familia vivió en la desventura. Poco a poco, la ruina se forjó como antes la prosperidad. Una cosa rara se notaba, sin embargo, y ella fue el motivo de que la casa resurgiera. Todas las mañanas el niño y la niña aparecían limpios y aseados, sin que, al parecer, nadie se preocupara de ellos. Interrogados por el triste padre, manifestaron que los cuidaba tan solícita su madre, que al alba aparecía. Un día, acariciando a su hija, el señor de

Casa Blanch encontró dos perlas en sus cabellos. Eran dos lágrimas de su madre. Varias veces quiso sorprenderla, pero a la madrugada le invadía un extraño sopor, de modo que no podía cumplir su intento. La mujer de agua siguió cuidando a sus hijos por mucho tiempo y depositando lágrimas perlíferas en sus cabelleras, y con su llanto la casa recobró el antiguo esplendor material.»

El investigador Xavier Renau, por su parte, tiene escrito un pequeño ensayo sobre las «dones d'aigua», tomando como base una versión que él recogió en el pueblo de Gualba, situado en el Vallés oriental, muy parecida a la que acabamos de mencionar, pero suministrándonos algún dato más, con alguna que otra variante: también está situada en tierras del Montseny, acaeciendo la aventura al amo de Can Prat, el cual, acercándose un día de plenilunio al Gorg Negre, de aguas insondables y tranquilas, ve aparecer de pronto, emergiendo del líquido, una figura maravillosa de mujer que lenta y absorta se estaba peinando su cabellera del color del oro. El humano queda inmediatamente prendado de ella, haciéndole varias preguntas que, de momento, ella no contesta, limitándose a mirarle fijamente a los ojos, hasta que por fin le explica que es una doncella del río, no mortal pero tampoco inmortal, de costumbres bien diferentes a la de los humanos. El amo de Can Prat asegura que la voz de la dama vibraba como el sonido de una campana marina y que su acento recordaba modulaciones de otro mundo. Se casa con ella y, según comentan, la señora de Can Prat fue altamente considerada incluso en el palacio del conde de Barcelona. Tienen dos hijos, niño y niña, con la misma mirada húmeda de la madre, y son felices hasta que un día discuten sobre algo tan trivial como la clase de cultivo de una tierra y ahí es cuando el humano infringe el tabú, mencionando su origen fluvial. La desaparición de la mujer, la visita a los hijos y todo lo relativo a las perlas es muy parecido a lo relatado por Víctor Balaguer.

La goja del Valle de Aro

Esta leyenda está mencionada por José Pella y Forgas en su *Historia del Ampurdán* (1883), diciendo que, a su vez, recogió esta tradición de su querido amigo el letrado don Joaquín Sitjar, en el Valle de Aro (Ampurdán, Cataluña).

Cuenta cómo un hombre iba con su mulo una mañana en dirección al mercado cuando, junto a un torrente, en mitad del bosque, oyó «voces infantiles» y entre enzarzados matorrales encontró a un niño abandonado a quien tomó en brazos y lo llevó a su casa, dejando para otro día el mercado.

Pasaron los años y el niño crecía sin que nadie supiera a quién pertenecía ni quién lo dejó en el bosque. Un día, desde la cocina de la casa, estando abierta la puerta, el padre adoptivo miraba la campiña teniendo al niño en su regazo, cuando apareció de improviso una hermosa mujer. El niño, al verla, corrió hacia ella y al rato desaparecieron juntos.

En los años siguientes a este suceso la fortuna del aldeano fue prosperando y sus cosechas eran más fértiles y dejaban mayores beneficios que las de sus vecinos. Al final, movidos por la curiosidad, la gente averiguó que la suerte y fortuna del hombre se debía a que, en secreto, se había casado con una «goja», ser femenino vinculado a las fuentes, a la que se veía de vez en cuando pasar, como una sombra, al fondo de las ventanas abiertas de la casa.

Un nefasto día, el dueño y presunto marido de la goja, con ocasión de cierto arrebato que tuvo, lanzó una terrible maldición sobre la mujer misteriosa; José Pella no nos dice cuál fuese, pero no cuesta mucho trabajo imaginar que sería la mención de su origen y el mandarla con los suyos. Dicho y hecho, pues la goja desapareció en ese instante de la casa y con ella la prosperidad de la misma.

A partir de ese momento vinieron calamidades y desastres, y lo que antes era una buena suerte, ahora se había trocado en una continua mala suerte que parecía no tener fin. Hoy —dice la leyenda— ha desaparecido el último heredero de la casa solariega, completamente arruinado. Así concluye José Pella su escueta narración de los hechos, transmitidos de segunda mano, y que *grosso modo* confirma los detalles de otros casos similares de seres humanos casados con «hadas del agua», como el de la xacia del Miño (Galicia), la dona d'aigua de Casa Blanch (Montseny), la dona d'aigua de Vallderrós (Vallés), la dona d'aigua y el mozo de Espui (Pallars); la dona d'aygo de Pollença (Mallorca), etcétera.

La dona d'aigua y el mozo de Espui

La, por desgracia, poco conocida obra de Ramón Violant i Simorra titulada *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*, aparte de numerosas leyendas y anécdotas de dichos lugares, nos transmite uno de los excepcionales casos de descendencias míticas, de un mortal con una mujer que él denomina «encantada» pero que, como veremos, se circunscribe perfectamente al ciclo de las damas del agua, muy similar al narrado anteriormente, pero



Se sabe que las hadas del agua usan sus artes y sus sentidos para fascinar a los mortales: su voz, sus bailes, su música, su comida, sus profundos ojos... capaces de embelesar y seducir peligrosamente. Si se casan con un mortal, ponen siempre como condición que nunca se haga mención a su origen.

digno de interés y de mencionar con todos sus detalles para ver los puntos en común que tienen las escasas tradiciones de este tipo de encuentros carnales.

Nos refiere Ramón Violant que, siendo él un niño, oyó contar en Espui (Pallars) cómo un mozo se enamoró de una encantada; ella, antes de casarse, le puso como condición que nunca, pasase lo que pasase, le dijera «dona d'aigua». Se avino él, y se efectuó el matrimonio. Al cabo de algunos años de casados, el marido tuvo necesidad de dejar el hogar por unos días. En este lapso, ella mandó hacer algo a los criados que molestó mucho a su marido. Ramón Violant no dice qué pudo ser lo que molestó tanto al esposo, pero si acudimos a otras leyendas catalanas, como una recogida por Joan Amades sobre el matrimonio de una dona d'aigua con un mortal, es probable que el día que el marido tuvo que salir de viaje, la mujer ordenase a los criados que segasen todo el trigo, aunque todavía estaba medio verde. Los criados, naturalmente, obedecieron a la señora pero, cuando llegó el marido y vio que mucho antes de tiempo su mujer había hecho segar el trigo, se puso furioso y en un rapto de ira le dijo: «¡Vaya, tenías que ser una dona d'aigua!»

En la versión de Ramón Violant el marido exclamó: «¡Ya no habrías de ser dona d'aigua!» Dichas estas palabras, se fundió y desapareció la mujer, como si hubiera sido de humo.

Amades, en su leyenda, aclara que a los pocos días vino una fuerte tempestad de agua que arrasó todos los campos y no quedó absolutamente nada en los sembrados; entonces, el marido comprendió que su mujer había tenido razón al mandar segar los campos, pues, por su condición de dona d'aigua, debía saber que llegaba la gran tempestad que se había de llevar todo, mientras que, si se segaba el trigo, aunque estuviera verde, si bien se perdía el grano, se salvaba la paja.

El marido, desesperado, la buscó por todas partes sin encontrar ni rastro, como era de esperar. Cuando marchaba al campo, dejaba en casa a una hijita que tenía en la cama, y cuando regresaba del trabajo la encontraba inexplicablemente levantada, arreglada y peinada. Extrañado, cada día le preguntaba:

—«¿Quién te levanta, te viste y te peina?»
—«¡Pues mi madre!» —le contestaba ella.

El hombre decidió averiguarlo y permaneció en casa escondido. Efectivamente, vio cómo de los pozales de la fregadera salía su mujer, levantaba a

su hijita, la lavaba, la vestía, la peinaba, luego la besaba y volvía a desaparecer por el mismo sitio. Un día quiso retenerla y se le quedaron unos cuantos cabellos en la mano; nunca más volvió a aparecer.

Lo mismo se explica en la mitología nórdica de las «nixinas» (especie de ondinas), que ante todo encantan a los hombres con la dulzura de su voz (como la sirena) y que muy frecuentemente contraen matrimonio con mortales.

7

Matrimonios con encantadas

Métodos para quien quiera casarse con ellas

HACIENDO un fácil juego de palabras, podríamos decir que el matrimonio con una encantada no deja de tener su encanto.

Tanto la forma de contactar con ellas como el tabú que imponen es distinto del que hemos visto con las «damas del agua» o ninfas. Aquí ya nos alejamos considerablemente de la tradición melusiniana (no suele haber hijos, no hay linajes míticos...), aunque la esencia siga siendo la misma.

Sabemos que uno de los procedimientos para desencantar a un hada que goza o padece de esta condición tan sobrenatural es casarse con ella y, para conseguirlo, el candidato enamorado tiene que pasar una serie de pruebas y rituales a cual más variopinto y aparentemente absurdos la mayoría de ellos. Estas pruebas las impone el hada como *conditio sine qua non* para vivir al lado del mortal afortunado, revestidas siempre de algún que otro tabú que no se puede vulnerar bajo ningún concepto y que al final siempre se acaba transgrediendo por parte del humano. Otro de los factores que influye en el proceso de un desencantamiento eficaz es el tiempo. El hada marca cronológicamente el preciso momento y la duración en que tiene que realizarla. Veamos tres de estos procedimientos:

1. El hada encantada pide como condición para vivir con un humano que no le diga nada de lo que oiga cuando pase por delante de una cueva determinada, que es precisamente donde ella vivía.
2. El hada acepta vivir con un humano poniéndole varias condiciones, como:

   — Que previamente tenga el consentimiento de su madre.
   — Y que cuando sus compañeras hadas y ella se introduzcan en la cueva, la tiene que coger antes por el refajo y tirar sobre ella un puñado de tierra de la iglesia.



No es fácil convivir con un hada encantada.
Todo va normal hasta que el hombre infringe el tabú impuesto.
A partir de ese momento, el hada desaparece y la familia deja de ser próspera y feliz.

3. En la cueva del monte Castiellu, en Muros de Pravia, vivía una pequeña xana, encantada por sus padres, porque cometió una «falta muy grave». Para desencantarla tenía que venir un hombre valiente que la bajara cogida en sus brazos desde la cueva a la playa, sin detenerse y sin dejarla caer al suelo. Al final, el fatigado caballero la deja en el suelo porque el peso de la xana cada vez era mayor a medida que se acercaba a la playa. La xana tuvo que volver a la cueva, para no salir nunca más de ella, y el caballero nunca se perdonó aquella debilidad.

En Ponga existe una leyenda donde se aúnan varias de las características aquí expuestas y que pasamos a contar completa. En esta localidad se localiza una cueva donde hace tiempo aseguraban que vivían unas xanas que por las noches salían para peinar sus cabellos y por el día hilaban madejas de oro, hasta que esta rutina fue interrumpida una mañana que un pastor acertó y se atrevió a pasar por allí, quedando perdidamente enamorado de una de ellas. La xana elegida le dijo que, para casarse con ella, tendría que cogerla en brazos antes de entrar en la cueva con sus compañeras y tirar sobre ella, en ese mismo instante, un puñado de tierra recogida previamente de la iglesia del pueblo. Así lo hizo el atónito buen hombre paso por paso y el pastor acabó casándose con la xana. Vivieron felices y en perfecta armonía, a pesar de su distinta naturaleza, durante varios años, hasta que un día el pastor, en una de sus confidencias hechas a su mujer, le dijo que había pasado por delante de su antigua cueva y había oído decir: «¡Xana hermana, fuístete y dexástenos solas!» Al oír estas palabras, la xana se marchó de casa del pastor para siempre.

Uniones con xanas-encantadas

Existen familias asturianas, algunas de noble linaje como los Miranda, a cuyos miembros, por descender de xanas, les siguen denominando en la actualidad los *xanos*. Aparte de lo dicho de las ayalgas y las atalayas, en Asturias las hadas-encantadas tienen la costumbre de convertirse en serpientes o cuélebres, para que las desencante un mortal apuesto que pase cerca de su cueva. A cambio, si consigue terminar con fortuna tan arriesgada operación (pues hay que dar varios besos al reptil o quitarle de la boca una rosa), el hada le suele recompensar con apetitosos tesoros que le sacarán definitivamente de pobre y, a veces, se casa con el mozo en cuestión. Veamos varios relatos donde se efectúan estos casorios.

En Zureda —pueblo distante a poco más de un kilómetro de la fuente Lasprones, concejo de Lena (Asturias)— vivía un viudo joven, sin hijos. Todas las mañanas se iba a trabajar al campo y, cuando volvía, encontraba su vivienda arreglada. Un día quiso averiguar quién hacía aquellas cosas, y para ello se escondió en un rincón de la casa. Al poco tiempo vio entrar un cuélebre por debajo de la puerta que enseguida se convirtió en una moza muy guapa.

El viudo salió de su escondite y la cubrió con su chaqueta, por lo cual no pudo huir. Habló con ella, y por fin decidió quedarse allí y casarse con el viudo, con la condición de que nunca le diría:

—¡Ah! Elena, Elena.
Tu padre te llama
y tu madre te espera.

Pasó tiempo y tuvieron hijos. Un día el matrimonio riñó y el marido, a bote pronto, exclamó dichas palabras, sin fijarse en lo que decía.

En cuanto la mujer oyó esto, cogió a sus hijos y echó a correr para la fuente Lasprones, de la cual había salido, y se sumió con ellos para siempre por el ojo del manantial.

Una versión del anterior relato, algo más extensa, habla también de un viudo, vecino esta vez de Carrandena, concejo de Colunga, que tenía dos hijos de corta edad. Y mientras él iba a trabajar la tierra, una persona desconocida le lavaba y peinaba a los niños, «restiellaba» lino y ponía la casa en orden. El viudo, por más que indagaba, no podía averiguar quién hacía aquellos milagros y para averiguarlo dejó de ir un día al trabajo y se escondió en casa. Al poco tiempo vio entrar por la puerta una xana con la «restiella» debajo del brazo. Se presentó a ella, le dio las gracias por todo cuanto había hecho en favor de sus hijos y le propuso que se quedara a vivir con él. A esto la xana contestó: «Me quedaré a vivir aquí pero con la condición de que no me digas nada de lo que oigas cuando pases por delante de la cueva del Moru.»

El viudo aceptó encantado y la xana comenzó a cuidar a los niños. El marido subía todas las mañanas al puerto Sueve a mecer las vacas y nunca bajaba sin un cesto de frutas para los niños, que cada vez veíanse más alegres y hermosos, y un ramo de flores silvestres para la xana. Ésta, con mucho cariño, curaba con hojas de «anzuela» una llaga que tenía el viudo

en una pierna y, a pesar de este amor y de la alegría que esparcía la xana por toda la casa, el viudo comenzó a ponerse muy triste, lo cual fue notado por ella y, por más preguntas que le hacía, él no quería decirle el motivo de su tristeza.

Pero un día que la Xana estaba «restiellando» lino le rogó, llorando, que le explicara por qué estaba tan triste. Él se resistió mucho, pero al fin dijo:

—Cuando paso por delante de la puerta de la cueva del Moru, aunque tape los oídos para no oír, oigo una voz que dice:

—¡Ah, Xana hermana!
¡Ven a ver a tu madre
que está muy mala!

La Xana, al oír esto, tiró la «restiella» contra las piernas del viudo y salió de casa diciendo:

—Por no haberte resistido cuatro días más en satisfacer mi curiosidad, perdiste de ser rico y a mí me desencantabas para siempre.

Los niños sintieron mucho la marcha de la Xana. Y al viudo, cuando pasaba por delante de la cueva del Moru, le decía una voz:

—¿Sigues con la pierna mala?
Pon anzuela y quita anzuela
y verás como te sana.

El relato siguiente va por otros derroteros menos dramáticos. Su protagonista es Pachón de Morcín, célebre personaje legendario y popular que aparece en varias leyendas asturianas (una especie de Nasrudín de los cuentos sufís), del cual se dice que tanto había oído hablar de lo generosas, apacibles y «encantadoras» que eran las xanas, que un buen día se atrevió a pasear junto a una fuente donde vivía una de ellas.

A los pocos días de rondarla, y ante tal insistencia, se dejó ver una hermosa xana. Pachón, al instante, se enamoró de ella, embobado por su belleza y sus modales, proponiéndole, mejor dicho, suplicándola, que se casará con él. Para conseguirlo, echó mano de todos sus recursos: era guapo, parlanchín, ingenioso, simpático, resultón... en fin, que la xana acabó por

decirle que sí y le comunicó además el modo de librarla de su «encanto» para que su unión fuera más duradera. Lo que tenía que hacer Pachón era acudir a esa misma fuente en el amanecer del día de San Juan y, en cuanto la viera asomar, le tenía que arrojar una montera. Pachón fue a la cita el día D y a la hora H, y lo hizo todo como estaba previsto, por lo que se casaron, fueron ricos y vivieron felices el resto de sus días. Que mejor manera de acabar el cuento y este libro...

Nota

AMIGO lector: Si después de haber leído este libro sobre las hadas españolas te ha venido a la memoria algún suceso que te haya acontecido a ti o a algún pariente o amigo relacionado con ellas, o que por azar hayas leído o escuchado en alguna parte relatos y leyendas relacionadas con los seres aquí presentados, te agradecería que lo escribieras y lo enviaras al Apartado de Correos número *53.112*, de Madrid, con el objetivo de ir completando, en la medida de lo posible, una documentada guía o mapa sobre las apariciones y manifestaciones actuales —o no tanto— de estos seres femeninos en nuestro país.

Bibliografía

ALONSO PONGA, José Luis: *Tradiciones y costumbres de Castilla y León.* Ed. Imprime Sever-Cuesta. Valladolid, 1982.

ÁLVAREZ PEÑA, Alberto: *Asturias mágica.* Ed. Conceyu Bable. 1992.

AMADES, Joan: *Folclore de Catalunya. Costumes i creences.* Ed. Selecta. Barcelona, 1969; *Ësser fantàstics.* Extret del Butlletí de Dialectología Catalana, XV, publicado por la Institució Patxot. Barcelona, 1927; *Las piedras de virtud.* Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. CSIC. Tomo VII. Madrid, 1951.

ANÓNIMO: *El Libro de Enoch.* Ed. Siete y Media. Barcelona, 1981.

APARICIO, Juan Pedro, y MERINO, José María: *Los caminos del Esla.* Ed. Everest, 1980.

ARMENGOU I MARSANS, Josep María: *Guía de la Catalunya misteriosa, mágica y paranormal.* Ed. Obelisco. Barcelona, 1990.

ARROWSMITH, Nancy, y G. MOORSE: *Guía de campo de las hadas y demás elfos.* Ed. Olañeta. Palma de Mallorca, 1988.

BARANDIARÁN, José Miguel de: *Diccionario de mitología vasca.* Ed. Txertoa. San Sebastián, 1984; *El mundo de las divinidades en la mitología vasca.* Ed. Pamiela Komikia. Pamplona, 1984.

BELTRÁN ANGLADA, Vicente: *Las fuerzas ocultas de la naturaleza.* Madrid, 1979.

BENÍTEZ, Juan José: *La punta de iceberg.* Ed. Planeta. Barcelona, 1991.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo: *Rimas y Leyendas.* Ed. Edaf. Madrid, 1970.

BLANCO, José Francisco: *Brujería y otros oficios populares de la magia.* Ed. Ambito Ediciones, Valladolid, 1992.

BLÁZQUEZ MIGUEL, Juan: *Castilla La Mancha. Magia, superstición y leyenda.* Ed. Everest. León, 1991; *Hechicería y superstición en Castilla-La Mancha.* Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo, 1985.

BRIGGS, Katharine M.: *Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales: quién es quién en el mundo mágico.* Ed. Olañeta. Palma de Mallorca, 1988.

CABAL, Constantino: *La mitología asturiana. Los dioses de la vida. Los dioses de la muerte. El sacerdocio del diablo.* Ed. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1972; *Mitología Ibérica. Cuentos y Consejas de la vieja España.* Ed. Grupo Editorial Asturiano. Oviedo, 1993.

CARO BAROJA, Julio: *Algunos mitos españoles y otros ensayos.* Ed. Ediciones del Centro. Madrid, 1974; *Del viejo folclore castellano.* Ed. Ámbito. Valladolid, 1988.

CARRE ALVARELLOS, Leandro: *Las leyendas tradicionales gallegas.* Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1977.

CARRERAS Y CANDY, Francisco: *Folclore y costumbres de España,* tomo I, Editorial Alberto Martín. Barcelona, 1931.

CASTAÑÓN, Luciano: *Supersticiones y creencias en Asturias.* Ed. Ayalga Ediciones. Gijón, 1976.

CIRLOT, Juan-Eduardo: *Diccionario de símbolos.* Ed. Labor. Barcelona, 1985.

COLL, Pep: *Muntanyes Maleïdes.* Ed. Empuries. Barcelona, 1993.

COOPER, J. C.: *Cuentos de hadas. Alegorías de los mundos internos.* Ed. Sirio. Málaga, 1986.

CRIADO BOADO, Felipe, y otros: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana,* II. Ed. Akal. Madrid, 1986.

CROWLEY, Vivianne: *La antigua religión en la nueva era.* Ed. Arias Montano, Editores. Madrid, 1991.

CHAO ESPINA, Enrique: *Leyendas de Galicia y otros temas narrativos.* Ed. Imprenta Fojo. La Coruña, 1981.

CHARPENTIER, Louis: *El misterio vasco.* Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1978.

DÍAZ CASSOU, Pedro: *La literatura panocha. Leyendas, cuentos, perolatas y soflamas de la huerta de Murcia* (obra de 1895, reeditada por Belmar. Murcia, 1972).

DÍEZ ALONSO, Matías: *Mitos y leyendas* (Diario de León, 1978).

DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan: *Selección de relatos aragoneses de Brujas, demonios y aparecidos.* Ed. Librería General. Zaragoza, 1978; *Aragón legendario,* I y II. Ed. Librería General. Zaragoza, 1984.

FABER-KAISER, Andreas: *El muñeco humano. Nos fabricaron para utilizarnos.* Ed. Kaydeda Ediciones. 1989.

FEIJOO, Benito: *Teatro crítico universal.* Ed. Taurus Ediciones. Madrid, 1985.

FERRER CLAPES, Michel: *Cuentos, creencias y tradiciones de Ibiza.* Ed. Gráficas Guasch. 1981.

FRAGUAS Y FRAGUAS, Antonio: *La Galicia insólita. Tradiciones gallegas.* Ed. Edicios do Castro. La Coruña, 1990.

FROUD, Brian: *Hadas.* Ed. Mondadori. Madrid, 1985.

GARCÍA ATIENZA, Juan: *La historia no contada.* Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1989.

GARCÍA LOMAS, Adriano: *Mitología y supersticiones en Cantabria.* Ed. Excma. Diputación Provincial de Santander, 1964.

GARRIDO, Carlos: *Mallorca mágica.* Ed. José J. de Olañeta. Palma de Mallorca, 1988.

GONZÁLEZ REBOREDO, José María: *El folclore en los castros gallegos.* Ed. Universidad de Santiago, 1971.

GRACIA BOIX, Rafael: *Brujas y hechiceras de Andalucía.* Ed. Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes de Córdoba, 1991.

HALL, Michael: *Hadas, duendes, elfos y más gente menuda.* Ed. Edicomunicación. Barcelona, 1992.

HERNÚÑEZ, Pollux: *Monstruos, duendes y seres fantásticos de la mitología cántabra.* Ed. Anaya. Madrid, 1994.

HOYO SÁINZ, Luis de, y HOYO SANCHO, Nieves de: *Manual de folclore.* La vida popular tradicional en España. Ed. Ediciones Istmo. Gijón, 1985.

HURTADO, Publio: *Supersticiones extremeñas.* Arsgráphica, S. L. Huelva, 1989.

IBERO, Juan: *El secreto de la xana.* Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. CSIC, tomo I. Madrid, 1944-45.

JUARISTI LINACERO, Jon: *La leyenda de Jaun Zuría.* (Caja de Ahorros de Vizcaya. Colección Temas Vizcaínos, nº 62, febrero 1980).

KIRK, Robert: *La Comunidad Secreta.* Ed. Siruela. Madrid, 1993.

LEADBEATER, C. W.: *El más allá de la muerte.* Ed. Casa de Horus. Madrid, 1992; *Los espíritus de la naturaleza.* Ed. Sirio. Málaga, 1984.

LIVRAGA, Jorge: *Los espíritus elementales de la naturaleza.* Madrid, 1985.

LLANO, Manuel: *Brañaflor.* Ed. Librería Moderna, Santander, 1931; *Mitos y Leyendas de Cantabria.* Ed. Artes Gráficas Resina. Santander, 1982.

LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio: *Del folclore asturiano: Mitos, supersticiones, costumbres.* Ed. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1977.

LLARCH, Joan: *Historia de la Cataluña mágica.* Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1986.

LLINARES, María del Mar: *Mouros, ánimas, demonios. El imaginario popular gallego.* Editorial Akal. Madrid, 1990.

MALAXECHEVERRIA, Ignacio: *Fauna fantástica de la Península Ibérica.* Ed Kriselu. San Sebastián, 1991.

MALBY André: *Aggelos. Las presencias angélicas.* Ed. Enrique Marín. Barcelona, 1995.

MARTÍN DE BRAGA: *De correctione rusticorum. Sermón contra las supersticiones rurales. Texto revisado y traducción de Rosario Jove Clols.* Ed. El Albir. Barcelona, 1981.

MEDIO, Dolores: *La última xana (narraciones asturianas).* Fundación Dolores Medio. Gijón, 1986.

MORÁN, César: *Notas folklóricas leonesas.* Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. CSIC, tomo IV. Madrid, 1948.

MORETA, M. Ángel, y ÁLVAREZ, Francisco: *Supersticiones populares andaluzas.* Ed. Arguval. Málaga, 1993.

MOURE MARIÑO, Luis: *La Galicia prodigiosa. Las ánimas. Las brujas. El demonio.* Ed. Galicia Editorial. Santiago, 1992.

MURGUÍA, Manuel: *Galicia.* Ed. Xerais. Barcelona, 1981.

PARACELSO: *El libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y demás espíritus.* Ed. Obelisco. Barcelona, 1987.

PASCUAL, Carlos: *Guía sobrenatural de España.* Ed. Al Borak. Madrid, 1976.

PELLA Y FORGAS, José: *Historia del Ampurdán. Estudio de la civilización de las comarcas del Noroeste de Cataluña.* Ed. Luis Tasso y Serra impresor. Barcelona, 1883.

PLANELLS, Mariano: *Diccionario de secretos de Ibiza.* Ed. Sirven Grafic, Barcelona, 1982.

PRIETO LASA, José Ramón: *Las leyendas de los señores de Vizcaya y la tradición melusiniana.* Ed. Universidad Complutense de Madrid, 1992.

PROPP, Vladimir: *Las raíces históricas del cuento.* Ed. Fundamentos. Madrid, 1984.

RENAU, Xavier: *Dona d'aigua. El mite de la ninfa dels gorgs interpretat de nou.* Ed. Alta Fulla. Barcelona, 1986.

RIELO CARBALLO, Nicanor: *Escolma de Carballedo.* Ed. Castrelos. Vigo, 1976.

RODRÍGUEZ CASAL, Antón A.: «Carta arqueológica del partido judicial de Carballo de Bergantiños (Coruña)». *Studia Archaeologica.* Santiago de Compostela, 1976.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Jesús: *Supersticiones de Galicia y otras preocupaciones vulgares.* Ed. Ediciones Celta. Lugo, 1970.

RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, Antonio: *Los cuentos maravillosos españoles.* Ed. Crítica. Barcelona, 1983.

RODRÍGUEZ-GONZÁLEZ, Eladio: *Diccionario enciclopédico gallego-castellano.* Editorial Galaxia. Vigo, 1961.

ROSO DE LUNA, Mario: *Por la Asturias tenebrosa: El tesoro de los lagos de Somiedo*. Ed. Eyras. Madrid, 1980.

RUA ALLER, Francisco, y RUBIO GAGO, Manuel: *La piedra celeste: creencias populares leonesas*. Ed. Diputación Provincial León, 1986.

SÁNCHEZ PÉREZ, José Augusto: *Supersticiones españolas*. Ed. Saeta. Madrid, 1948.

SÁNCHEZ CIRUELO, Pedro: *Reprobación de las supersticiones y supercheria*. Editorial Glosa. Barcelona, 1977.

SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Ed. Planeta, 1992.

SATRÚSTEGUI, José María: *Mitos y creencias*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1983.

SCHNITZER, Rita: *Hadas y elfos*. Ed. Elfos Ediciones. Barcelona, 1988.

SEIJÓ ALONSO, Francisco: *Los fantasmas de Alicante, Valencia y Castellón*. Ed. Seijó. Alicante, 1969.

SENDER, Ramón J: *El verdugo afable*. Ed. Destino. Barcelona, 1968.

SORAZU, Emeterio: *Antropología y religión en el pueblo vasco*. Tesis doctoral. Ed. Caja de Ahorros Prov. de Guipúzcoa, 1980.

STELLA DE VALLEJO, Carmen: *Viejos mitos de Cantabria*. Ed. Institución Cultural de Cantabria. Sopena de Cauerniga, 1987.

TOMEO, Javier, y ESTADELLA, J. M.: *La brujería y la superstición en Cataluña*. Ed. Ediciones Géminis. Barcelona, 1963.

TORQUEMADA, Antonio: *Jardín de flores curiosas*. Ed. Castalia. Madrid, 1982.

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: *Dafne y ensueños*. Ed. Destino. Barcelona, 1983.

VALLEE, Jacques: *Pasaporte a Magonia*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1972.

VALLEJO, Mª Luisa: *Leyendas conquenses*. Edición de la autora. Tarancón, 1981.

VERDAGUER, Jacinto: *El Canigó. Leyenda pirenaica de los tiempos de la Reconquista* (traducción de José Puchades). Ed. Prometeo. Valencia, 1981.

VIOLANT I SIMORRA, Ramón: *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Barcelona, 1986.

VIOLANT, Ramona: *El matrimonio entre hada y mortal*. Ed. Ivern. Barcelona, 1972.

WEBSTER, Wentworth: *Leyendas vascas*. Ed. Miraguano Ediciones. Madrid, 1989.

Índice onomástico y toponímico

HADAS

Espíritus femeninos de la Naturaleza

Dentro de la trilogía denominada genéricamente como *Guía de los seres mágicos de España,* toca el turno ahora a los espíritus femeninos de la Naturaleza, que no son otros que las fascinadoras hadas. Ha llegado la hora de rescatarlas, pero no de resucitarlas, pues ellas siempre han estado aquí, con nosotros, en nuestro mundo. Tan sólo es el momento de sacarlas del olvido, de desempolvar sus tradiciones, de contar una vez más sus leyendas, de rememorarlas con todas sus cualidades, virtudes y defectos. Aprenderemos a conocerlas un poco mejor y, por tanto, a amarlas, a respetarlas y a temerlas.

En este libro hablaremos de todas ellas: de las mouras gallegas, de las xanas asturianas, de las anjanas cántabras, de las alojas catalanas, de las encantadas castellanas, de las janas leonesas, de las lamias vascas, de las moricas aragonesas, de hilanderas, de ayalgas, de donas d'aigua, de damas blancas, de sirenas, de ijanas, de lavanderas, de Mari... en definitiva, de nuestras hadas.

Invitamos al lector que aún tenga cierta capacidad de asombro y que esté ávido por encontrar leyendas sugerentes, a que abra poco a poco las páginas de este libro con la garantía de que va a pasar momentos encantadores al lado de tanta mujer sobrenatural. Un solo consejo: déjese sorprender y, sencillamente, disfrute.

Hadas es el segundo volumen de la trilogía *Guía de los seres mágicos de España,* que se inició con *Duendes* y todas sus variedades, y acabará con el libro *Gnomos* y otros espíritus masculinos de la Naturaleza, en el cual se hablará de personajes tan fantásticos y sugerentes como los busgosos, hombres del musgo, idittus, ventolines, enanos, nuberos, diablos burlones, etc. Estamos seguros de que cada uno de estos volúmenes encantará y sorprenderá al lector más exigente.

Prólogo de
Juan G. Atienza


ISBN 84-7640-973-7
29002
9 788476 409732